

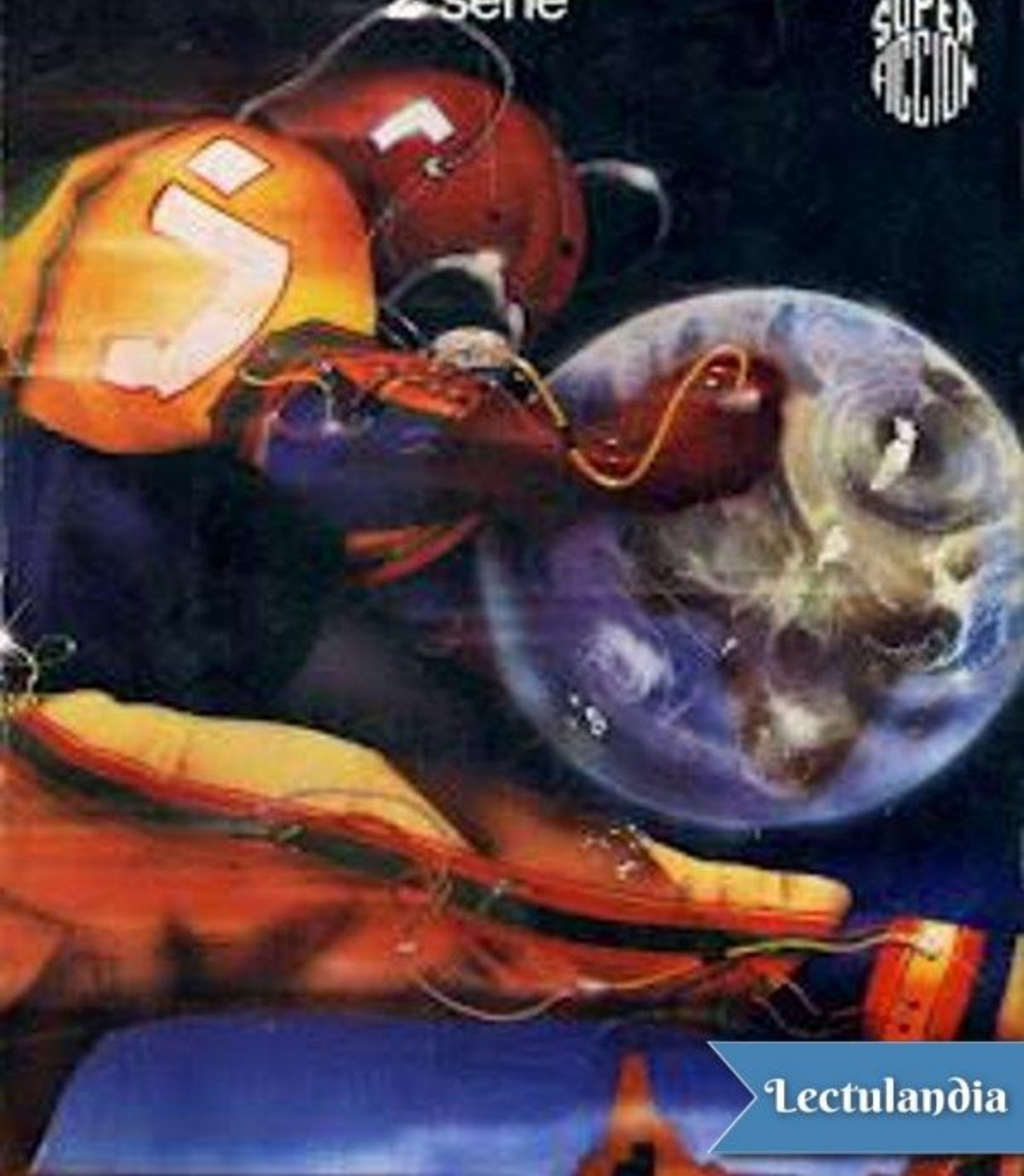
POHL/ELLISON/BESTER/POUL ANDERSON

Selección de E. FERMAN

LO MEJOR DE "FANTASY & SCIENCE FICTION"

2ª serie

SUPER
ACCION



Lectulandia

Despareja pero aún así interesante antología de relatos aparecidos en la revista Fantasy & Science Fiction, con dos joyas: El pajarito de la muerte, de Harlan Ellison y Tarde o temprano o nunca jamás, de Gary Jennings.

En esta antología aparecen los siguientes relatos:

Shaffery entre los inmortales («Shaffery among the Immortals»), de Frederik Pohl.

Un batería diferente («A Different Drummer»), de Raylyn Moore.

El Pájaro de la Muerte («The Deathbird»), de Harlan Ellison.

Nacido para el exilio («Born to Exile»), de Phyllis Eisenstein.

Así nos traiciona el amor («Thus Love Betray Us»), de Phyllis MacLennan.

La feria de los animales («The Animal Fair»), de Alfred Bester.

¿Es el fin del mundo? («Is it the end of the world?»), de Wilma Shore.

El oso del nudo en la cola («The Bear With the Knot on His Tail»), de Stephen Tall

Ligue («Birdlime»), de B. L. Keller.

El problema del dolor («The Problem of Pain»), de Poul Anderson.

Tarde o temprano o nunca jamás («Sooner or Later or Never Never»), de Gary Jennings.

Lectulandia

Edward L. Ferman
(recopilador)

Lo mejor de Fantasy & Science Fiction
2ª serie

Super Ficción - 57

ePub r1.2
Fauvar 05.06.13

Título original: *The Best from Fantasy and Science Fiction. 20th Series*

Edward L. Ferman (recopilador), 1973

Traducción: Hernán Sabaté

Editor digital: Fauvar (r1.2)

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Shaffery entre los inmortales

Frederik Pohl

Uno de los acontecimientos más felices de 1972 en la ciencia ficción fue el retomo de Frederik Pohl a la actividad literaria tras casi una década de servir a la literatura como editor y conferenciante. Una de las primeras narraciones de esta nueva época de Pohl fue este cuento cargado de ironía sobre Jeremy Shaffery, un astrónomo inepto y melancólico que se pasa la vida soñando que un descubrimiento sensacional hará famoso su apellido y que un día, por puro accidente, lo logra.

Jeremy Shaffery tenía un poco del cerebro de Einstein, aunque quizá no brillara en los momentos más importantes. Cuando Einstein se dio cuenta por vez primera de que la luz tenía una masa, se sentó ante una mesa y le escribió a un amigo contándole el hallazgo, al tiempo que describía la idea que se le había ocurrido como «divertida e infecta». Shaffery hubiera querido también tener alguna idea como aquélla, aunque probablemente hubiera sido incapaz de reconocer las derivaciones de las ecuaciones de Maxwell.

Shaffery se parecía un poco, por su físico, a Einstein, y acentuaba aquel parecido de manera especial con su cabello, hasta que éste empezó a caer. Como Einstein, era amante de navegar. Nuestro hombre tenía un trimarán de seis metros amarrado al embarcadero del observatorio. Su propensión al mareo le obligaba a utilizarlo en muy pocas ocasiones. Una de las cosas que más le envidiaba a Einstein eran los lagos suizos, pulidos como espejos, que tan deliciosos resultaban comparados con el litoral caribeño y su oleaje. A pesar de todo, al final de sus largas jornadas comparando fotografías de estrellas o intentando descubrir con el espectrógrafo algún compuesto químico ignorado en el polvo interestelar, iba a veces con su barca neumática amarilla a dar una vuelta por la caleta.

Le servía de descanso y, además, era un lugar al que su esposa no lo seguía nunca. Aquello era algo muy importante para Shaffery, pues la suya era una mujer muy difícil de tratar, una amargada crónica porque él siempre enfocaba su empleo y su carrera en la dirección equivocada. Si es que alguna vez había sido una compañera agradable, debía hacer ya mucho tiempo que dejó de serlo. Shaffery tenía dudas sobre si tal cosa había ocurrido algún día, pues recordaba que habían sido precisamente las protestas cargadas de desprecio de su mujer las que le habían obligado a dejar de lado la otra gran afición del maestro, el violín.

En la época en que Shaffery se convirtiera en director del Observatorio Carmine J. Nuccio, en las Antillas menores, empezó a parecerse cada vez menos a Einstein para asemejarse más y más a Edgar Kennedy. Las noches de buena visibilidad

escudriñaba los cielos inexorablemente con el reflector de veintidós pulgadas, con la esperanza puesta siempre en una futura gloria. Los días que no dormía vagaba por la cúpula como un fantasma, pasaba los dedos por los escritorios en busca de polvo, le sisaba latas de conservas caseras de setas al señor Nuccio, trataba de convencer a sus dos ayudantes de que se acordaran de cerrar la abertura de la bóveda cuando lloviera, a lo que éstos no prestaban mucha atención, pues sabían quién era el que les podía hacer la vida imposible, y no era Shaffery precisamente. Tenía pocos amigos, pues la mayor parte de los vecinos no podían soportar a su mujer, y algunos tampoco le aguantaban demasiado bien a él mismo. Había una simpática anciana alcohólica venida de Inglaterra que tenía una casita coquetona en la playa, una especie de comuna hippie en el otro extremo de la isla y un comentarista de televisión de Nueva York que sólo se dejaba caer por allí los fines de semana. Shaffery hablaba en alguna ocasión con ellos cuando no estaban borrachos, pasados o ausentes, respectivamente, lo que no acostumbraba a suceder muy a menudo. El único al que tenía verdaderas ganas de ver era al hombre de la televisión, pero siempre se presentaban obstáculos para relacionarse con él. El mayor de tales obstáculos residía en que aquel vecino se pasaba la mayor parte del tiempo escurriendo el bulto. El otro obstáculo era que Shaffery había descubierto que en alguna ocasión se había acostado con la señora Shaffery. No era la consideración moral del asunto lo que preocupaba a Shaffery, sino las dudas que surgían sobre la capacidad mental de aquel hombre. Nunca hablaba con él del tema, en parte porque no tenía la absoluta seguridad y en parte porque el comentarista le había medio prometido presentarlo en su programa. En alguna ocasión, le había dicho.

De todos modos, para ser justos con Shaffery cabe decir que no era un mal hombre. Al igual que Frank Morgan, su problema residía en que no era un gran genio. Los grandes resultados siempre quedaban lejos de él.

El método de Einstein, que había estudiado con asiduidad durante años, le iba a servir para formular una hermosa teoría. Posteriormente vería si, por alguna casualidad, las observaciones de los hechos que acaecieran en el mundo real la confirmaban. Shaffery tenía gran confianza en aquel método, pero éste no parecía funcionar de acuerdo con sus grandes esperanzas. Cuando asistió a la reunión de la Triple A-S de Dallas tuvo oportunidad de leer una comunicación suya, de cerca de una hora, sobre la Teoría del Principio de Relevancia. Se trataba de una de esas típicas ideas einstenianas de las que él presumía. Incluso había desarrollado unas explicaciones simples para los legos en la materia, como había hecho Einstein con aquellos ejemplos de sentarse en un horno caliente o de estrechar las manos de una belleza. «La Teoría de la Relevancia — ensayada ante las pequeñas ondulaciones de la cúpula— significa simplemente que aquellas observaciones que no se pueden relacionar con nada, no existen. Les evitaré a ustedes los cálculos matemáticos

porque —aquí unas risitas como desaprobándose a sí mismo— no puedo rellenar ni siquiera la declaración de la renta sin equivocarme.»

En fin, había desarrollado las matemáticas y había inventado signos y factores propios, como había hecho Einstein, pero al final pareció haber tenido algún error. Ante la audiencia de la AAAS, que se agitaba y susurraba entre sí tapándose la boca con la mano, arriesgó toda su fama científica al predecir que durante su siguiente oposición el espectro de Marte mostraría un desplazamiento hacia el violeta, pequeño pero detectable, de unos ciento cincuenta ángstroms. El hijo de puta del planeta no hizo tal cosa. Un miembro de la audiencia, que era estudiante graduado de Princeton y que estaba a punto de escoger el tema de su tesis doctoral, eligió la teoría de Shaffery y realizó las observaciones pertinentes, para, con airada satisfacción, remitirle más tarde las pruebas de que Marte había permanecido obstinadamente rojo.

El año siguiente los seleccionadores de la Unión Astrofísica Internacional le permitieron, tras algunas discusiones, veinte minutos de tiempo para una Breve Introducción a la Consideración General de Ciertas Anomalías Electromagnéticas. En ella ofrecía treinta y una páginas de cálculos que le llevaban a concluir que el siguiente eclipse lunar se produciría cuarenta y dos segundos más tarde de lo previsto. No fue así. El eclipse tuvo lugar justo cuando se había señalado. En la reunión del Simposium Mundial de la Ciencia del Espacio le comunicaron con gran pesar que la falta de tiempo y de espacio les impedía incluir su, sin duda alguna, valiosa contribución, y para cuando se celebró la siguiente ronda de conferencias ya no le enviaron siquiera invitaciones.

Mientras tanto, todos aquellos otros tipos que conocía se iban haciendo grandes. Shaffery seguía con tristeza las carreras de sus contemporáneos. Uno de ellos era Hoyle, que todavía sacaba gran partido de su Hipótesis del Estado Continuo, y también estaba Gamow, aún reverenciado por lo del Big Bang, y más recientemente personas como Dyson, Ehricke y Enzmann que avanzaban una serie de ideas que, según Shaffery, si se juzgaban con objetividad, no eran mejores que las suyas, excepto por un detalle: no se sabía cómo, las de los demás siempre parecían tener suficiente suerte para hallar de vez en cuando pruebas que les dieran validez. No le parecía justo. ¿Acaso no era miembro él también de la Mensa? ¿Acaso no era tan bueno como los que encontraban el éxito? ¿No tenía él tantos honores y medallas como los otros? ¿Acaso resultaba menos fotogénico que ellos en las revistas o menos entretenido y brillante en los debates? (Y más aún si Larry Nesbit le ofrecía la oportunidad de la televisión). ¿Por qué ellos triunfaban y él no? Había tomado en consideración la teoría de su esposa y la había rechazado: «Tu problema, Jeremy —le decía ella—, es que eres imbécil.» Pero él sabía que no se trataba de eso. ¿Quién no hubiera dicho que Isaac Newton no era también un imbécil si hubiese estudiado de cerca su anormal teología o sus crisis nerviosas? Y sin embargo, ¿hasta dónde había

llegado!

Por ello, Shaffery seguía buscando algo que le hiciera grande. Y lo buscaba por todas partes. En ocasiones hacía comprobaciones con una calculadora sobre los análisis de la órbita de Marte realizados por Kepler para buscar errores aritméticos (y encontró algunos, hasta media docena, pero con la maldita mala pata de que unos se anulaban a otros, lo cual demuestra lo difícil que resulta equivocarse cuando se tiene el santo de cara). Otras veces ofreció premios de cinco dólares a los chicos de la localidad si encontraban estrellas nuevas que pudieran convertirse en novae de Shaffery o, por lo menos, en cometas Shaffery. No tuvo suerte. Un ambicioso esquema destinado a describir la balística estelar por analogía con la actividad de los radicales libres en las moléculas enzimáticas se derrumbó cuando ninguno de los bioquímicos a los que escribiera le contestó.

El número de fallos fue aumentando. Tenía un cajón entero del escritorio lleno de revisiones de grandes teorías explotadas en tiempos pasados: «Un nuevo repaso al Flogistón», incompleto porque cuanto más se profundizaba en él menos parecía haber nada que reparar; un manuscrito llamado «La Tierra plana revisada», que nadie había querido publicar; trescientas páginas de dibujos de círculos cada vez más pequeños y cada vez más caprichosos para ver si los epiciclos de Copérnico podían explicar de algún modo lo que había hecho el planeta Mercurio para que Einstein lo considerara una prueba de su teoría de la relatividad. De tiempo en tiempo se sentía inclinado a intentar hallar una base científica para la astrología y la quiromancia, o a predecir los pasos de las partículas cargadas de nubes producidas en el laboratorio mediante las ramitas de sauce. Nada había resultado. Cuando se encontraba realmente desesperado pensaba en abandonar el campo de la ciencia pura y dedicarse a la industria, de ahí el fajo de diseños de coches movidos por energía nuclear, los experimentos de aromavisión que le habían destruido permanentemente los nervios de la parte izquierda de la nariz y el intento de conservar algunas de las setas del señor Nuccio mediante radiaciones de rayos X en la consulta de su dentista. Sabía que tales cosas no eran propias de un hombre de su valía, pero así y todo en ninguno de los intentos le fue mejor que en las investigaciones puras. En ocasiones soñaba con lo que hubiera sido dirigir el observatorio de Monte Palomar o Jodrell Bank, con cincuenta ayudantes dedicados a consolidar con pruebas sus intuiciones. Pero no tenía tal fortuna: sólo disponía de Cyril y James.

Sin embargo, en el fondo aquello no era tan terrible, puesto que allí no tenía muchas interferencias de las que preocuparse. El observatorio en que estaba empleado, el último de una cadena de once que le habían procurado su actual posición desde que terminara los estudios, no parecía tener muy en cuenta lo que hiciera, mientras no molestara a los que lo dirigían. Por otro lado, tampoco se podía decir que le proporcionaran mucho apoyo.

Lo más probable es que no supieran cómo hacerlo. Los propietarios del observatorio eran algo llamado Compañía Limitada de Mantenimiento de Máquinas Automáticas de las Antillas Menores. Por lo que le había contado un antiguo compañero de estudios con el que todavía conservaba cierta amistad, se trataba en realidad de una especie de tapadera para evadir impuestos mantenida por un sindicato del juego de Las Vegas. A Shaffery le traía sin cuidado, aunque de tanto en tanto se hartaba de oír que los dos únicos astrónomos que importaban eran Giovanni Schiaparelli y Galileo Galilei. Pero ésta era sólo una molestia de poca importancia. El gran cáncer que le corroía era que cada año que pasaba era un año más viejo y la fama no llegaba.

En las periódicas temporadas de abatimiento que sufría (y que incluso había intentado relacionar con las oposiciones de Júpiter, las lluvias de meteoritos o los periodos de su esposa, sin que ninguno de tales intentos se viera coronado por el éxito) jugaba con la idea de dejarlo todo y dedicarse a otra profesión más gratificadora. La banca, los negocios, las leyes. «Presidente Shaffery», sonaba bien si decidía entrar en la política. Pero en aquellos momentos sacaba al agua su barca neumática, se hacía con dos bolsas de seis latas de cerveza danesa, las engullía y se dejaba mecer. Tras la segunda botella empezaba a desarrollar un plan para detectar las ondas gravitatorias mediante análisis estadísticos de cuarenta mil pacientes agudos de gota, que deberían telefonar sobre el estado de sus dolores a un servicio central de computadoras.

En una de tales noches llevó la barca neumática a la orilla situada junto al observatorio, se quitó las sandalias, se arremangó los pantalones y se subió a la minúscula embarcación. Era el primero de año; lo más parecido al invierno de que disfrutaba la isla, lo que significaba sobre todo que oscurecía antes. Para él resultaba una mala época, porque la noche siguiente tendría lugar la reunión anual del Consejo Directivo. Los dos primeros años había considerado que se trataba de oportunidades, pero ya hacía muchos años que había dejado de esperar tal cosa. Su objetivo para la reunión que se le echaba encima era simplemente sobrevivir a ella, y para ensombrecer todavía más el panorama había oído algo de un sobrino político del jefe que era astrónomo graduado de la U.C.L.A.

La barca neumática de Shaffery no era propiamente una embarcación, sino el tipo de juguete infantil que cada año causa la muerte en las playas de todo el mundo por lo menos a una docena de muchachitos de menos de diez años. Medía menos de dos metros. Cuando por fin logró colocarse de espaldas sobre el costillar del fondo a base de vueltas y meneos, con la cabeza apoyada en una de las puntas y los pies chapoteando en el agua por la otra, dio toda la impresión de estar simplemente haciendo el muerto en un mar calmo y sin la molestia de mojarse. Abrió la primera

lata de cerveza y se relajó. La marejadilla le envolvió y le hizo dar vueltas; una suave brisa competía con la débil marea de la isla, y ambas se combinaban para arrastrarle hacia dentro, sin rumbo alguno, a más o menos tres metros por minuto. No importaba. Todavía estaba en la rada, protegida por islotes o bancos de arena de poca profundidad en su entrada. Si por algún milagro meteorológico repentino surgía una tormenta de aquel cielo límpido y bruñido, el viento no podría arrastrarle más que a la orilla o a algunos de los islotes. Además, no había posibilidad alguna de que tal tormenta surgiese. En cuanto quisiera podía remar un poco con la misma facilidad con que empujaba la esponja de un lado a otro de la bañera durante el baño, ruta que acostumbraba a practicar todos los días una vez, por lo menos, y en ocasiones hasta seis veces diarias, sobre todo en las temporadas en que su esposa estaba particularmente odiosa. El cuarto de baño era su otro refugio. Su esposa nunca lo perseguía hasta allí pues la habían educado demasiado bien como para correr el riesgo de sorprenderlo sin querer haciendo algo obsceno.

En la cima de las suaves colinas se podía ver la cúpula de color cobrizo corrompido del observatorio. Apreció un aumento de luminosidad que le indicó que su ayudante acababa de abrirla, pero las luces mostraban claramente que no la estaba utilizando para ningún propósito astronómico. Era algo fácil de deducir. Cyril había encendido las luces para que la mujer de la limpieza dejara el lugar impoluto para la reunión del Consejo, y había dejado abierta la rendija del telescopio para que se notara que estaba en funcionamiento. Shaffery dobló la lata en una uve, la dejó caer en la barca y abrió otra. Todavía no se había tranquilizado, pero ya no se sentía tan mal como antes. Por lo menos, Cyril no usaría el telescopio para estudiar las ventanas del hotel «Bon Repos», al otro lado de la bahía, pues la última vez que le había sorprendido en tal actividad había fijado los mandos de elevación de modo que nunca más pudiera bajarse por debajo de la línea del horizonte. Apartó de su mente una visión inquietante y fugaz de Idris, la mujer de la limpieza, la más vieja y también la más despierta, limpiando el espejo del telescopio con algún detergente infecto, echó varios tragos de cerveza, empezó a pensar con nostalgia en la Teoría de la Relevancia y lo cerca que había llegado de la solución en el asunto de los epiciclos, y dejó libre por fin su mente a pensamientos constructivos.

El sol se había ido ya por completo, y sólo quedaba un tenue y luminoso color púrpura en dirección de la costa venezolana. Casi directamente sobre su posición se apreciaban las tres estrellas brillantes del cinturón de Orión, que titilaban como las señales de tráfico de las líneas de ferrocarril, y alrededor de ellas el brillo aún mayor de Sirio y Proción. Una vez sus ojos se fueron adaptando a la oscuridad fue advirtiendo las estrellas de la espada de Orión e incluso la débil mancha de luz que indicaba la posición de la gran nube de gas. Se encontraba ya a suficiente distancia de la orilla como para que no llegara de ella ruido alguno, y ello le animó a llamar

suavemente a las cuatro estrellas de primera magnitud que formaban el gran cuadrado en el que se encerraba aquella constelación:

—¡Hey! ¿Qué tal, Betelgeuse? ¡Hola, Bellatrix! ¿Cómo va, Rigel? ¡Me alegro de verte, Safo!

Echó una mirada un poco por encima de la roja Aldebarán a las gemelas de las Pléyades, volvió de nuevo a Orión y, ya despreocupado, llamó en voz alta a las estrellas del cinturón:

—¡Hey, Alnitak! ¡Eh, Alnilam! ¿Cómo va, Mintaka?

El problema de beber cerveza en la barquichuela era que se tenía que doblar la cabeza contra el pecho y tal cosa dificultaba el eructo necesario tras cada lata. Sin embargo, Shaffery arqueó un poco el cuerpo sin que le importase el poco de agua que entró en la barca, eructó con tranquilidad, abrió otra lata y siguió contemplando, complacido, las estrellas de Orión. Le satisfacía saber tanto sobre aquellas lucecitas que brillaban sobre él. Repasó brevemente sus conocimientos: los árabes les habían puesto el nombre de Jauzah, que significaba las cabezas de oro, los chinos pensaron que parecían una balanza, y los groenlandeses las llamaban Siktut, «Los cazadores de focas perdidos en el mar». Cuando se disponía a proseguir con lo que de ellas pensaban los aborígenes australianos (que decían que eran tres hermanos bailando una danza ritual), su mente se detuvo en lo de los cazadores de focas perdidos. «Umm», se dijo. Alzó la cabeza y miró hacia la orilla.

Se encontraba ya a más de cien metros, lo que era bastante más de lo que quería, por lo que viró la embarcación, se orientó por las estrellas y se dispuso a remar un poco. Era fácil y agradable remar en aquella paz. Utilizaba una especie de remo de doble pala muy ancho, de las del antiguo modelo denominado «alas de ángel» y, como el peso de su cuerpo y el de la barca era muy poco, avanzó con rapidez. Disfrutaba con aquel ejercicio, con los dedos de manos y pies surcando cómodamente las tibias aguas, de las que surgían pequeños fantasmas fosforescentes donde hundía la pala. De repente, sin ningún aviso, una de sus manos chocó ásperamente y de lleno contra algo resistente, sólido y grande donde sólo debería haber habido agua. Era algo que se movía con tenacidad, algo rasposo como una lima. «Dios mío —pensó—, qué cosa tan asquerosa.» Un tiburón, con lo raro que era que se acercaran por allí. Qué vergüenza para un hombre que pretendía emular a Einstein acabar destrozado entre las mandíbulas de uno de aquellos bichos.

No era un mal hombre en realidad; lo primero que cruzó por su mente fue la pérdida que significaría su muerte para la ciencia, para sólo un poco más tarde pensar en cómo sería sentirse despedazado y engullido.

Sacó las manos del agua y las cruzó sobre el pecho, cruzó los pies sacándolos del agua y se acurrucó en el bote con las rodillas junto a las sienes. No había dejado nada cerca del agua que sirviera de carnada al animal. Por otra parte, no encontraba modo

alguno de acercarse a la orilla. No podía gritar, el viento estaba en contra. Podía esperar a ser atraído cerca de uno de los islotes, pero si no lo conseguía se encontraría en mitad del océano en menos que cantara un gallo.

Shaffery estaba seguro de que los tiburones rara vez atacaban las embarcaciones, aunque sólo fueran de goma. Con su pensamiento analítico llegó a la conclusión de que tal cosa no tenía una gran relevancia. Una barquichuela como aquella podía volcar con gran facilidad. Si aquel animal se decidía a devorarlo, nadie se daría cuenta de ello hasta que fuera demasiado tarde.

Sin embargo, había unas cuantas consideraciones que le daban un poco de ánimo. Aunque se tratara de un tiburón y tal monstruo fuera capaz de destrozarse el bote o de tragárselo entero con él y todo, le quedaba la esperanza de que eran animales enormemente estúpidos. ¿No era posible que simplemente no hiciera nada si no le importunaba ningún ruido o movimiento brusco, si no había sangre o cualquier otra cosa por las que era sabido que se interesaban aquellos animales? Quizás estaba ya a medio kilómetro de él.

Pero no, porque en aquel mismo instante oyó el ruido de un cuerpo de gran tamaño que irrumpía en la superficie a un palmo de su cabeza. Shaffery podía haberse dado la vuelta y mirar, pero no lo hizo; siguió absolutamente quieto, atento al ruido tranquilo del agua, hasta que éste fue roto por una especie de sonido respiratorio y luego por una voz. Una voz humana, que dijo:

—¿Qué, cagado de miedo, no? ¿Que me dice, Shaffery? ¿Quiere que le remolque a la orilla?

No era la primera vez que encontraba a Larry Nesbit practicando submarinismo en la cala, pero sí era la primera ocasión que le veía allí de noche. Shaffery se volvió y observó el rostro sonriente de Nesbit y la cortina de cabello que le caía sobre los ojos. Le llevó algunos segundos pasar de la imagen de un tiburón de seis metros a la de una estrella de la televisión de apenas uno setenta.

—Vamos —prosiguió Nesbit—. ¿Qué me dice? Bueno, diga lo que diga, le arrastraré y luego le dejaré invitarme a una copa de ese añejo whisky de Nuccio y le escucharé alguna nueva teoría sobre el sistema antigraavitatorio que va a inventar hasta que no pueda aguantar más de risa.

¡Aquel Nesbit! ¡Sabía cómo jugársela! La consecuencia fue que al día siguiente Shaffery tenía una terrible resaca; y no sólo era el dolor de cabeza, sino el tener que acudir a cada momento al lavabo y sólo ser capaz de digerir un poco de soda. Deseaba, o casi, estar muerto. (Aunque, por supuesto, no antes de hacer algo que realmente le inmortalizara, fuera lo que fuese.)

No sólo era la resaca la causa de su malestar. La mañana siguiente tenía que estar muy ocupado y se sentía totalmente incapaz de hacer nada en absoluto. Siempre había una actividad desacostumbrada cuando se celebraba la reunión del Consejo de

Dirección para discutir los acontecimientos astronómicos del año, o lo que fuese lo que discutían en la sesión de tarde, a la que Shaffery no estaba invitado. Cada director llegaba por su lado con un par de asistentes. Uno tras otro iban llegando al embarcadero los yates de doce metros preparados para la pesca de altura que llevaban a los hombrecitos rechonchos con sus pantalones marinos y sus camisas hawaianas. El automóvil del observatorio, que nunca utilizaba ninguno de los empleados del laboratorio, estaba limpio, engrasado y lleno de gasolina para llevar a los personajes desde el embarcadero de Jubila, en la otra punta de la isla, hasta Comray Hill, donde estaba el laboratorio. Shaffery se retiró a su recinto privado. Nunca le había contado a su esposa que no se le permitía la entrada en el observatorio los días de reunión de directores, así que ella no le buscaría. Se pasó la mañana en la choza embreada donde se había guardado una temporada el material fotográfico, hasta que se descubriera que la humedad hacía saltar la emulsión de los papeles especiales para fotografías estelares. Ahora aquel reducto se había convertido ya en su casa lejos del hogar. Lo había arreglado con un escritorio, una silla, una caja de cubitos, una cafetera y una cama.

Shaffery no prestó mucha atención a la actividad que se desarrollaba en el exterior, ni siquiera cuando los ayudantes de los recién venidos, que registraban metódicamente los matorrales y plátanos que rodeaban el observatorio, llegaron hasta su refugio, abrieron la puerta sin llamar y le observaron con atención. Le conocían de reuniones anteriores, pero a pesar de ello le estudiaron en silencio unos instantes antes de hacerse entre ellos un gesto de asentimiento y dejarle solo otra vez. No parecían hombres muy educados, pensó Shaffery, pero no cabía duda alguna de que desempeñaban a la perfección su trabajo, no importaba cuál fuese éste. Resolvió no pensar más en la reunión de directivos ni en las cosas calumniosas y amenazadoras que Larry Nesbit le había contado la noche anterior mientras bebían el whisky del secretario de dirección y comían de lo que había preparado para el Consejo. Shaffery había escuchado entonces con gran complacencia el estilo medio irónico, agudo e inquisitivo de su vecino. Shaffery no podía evitar pensar un poco en el delicado estado de su estómago, pero lo que más le ocupaba el pensamiento era el Teorema Final de Fermat.

Ahí podía encontrarse algún tipo de inmortalidad de poca monta y de poca originalidad. No era mucho, cierto, pero había que tener en cuenta que Shaffery estaba ya desesperado. El Teorema aquel era uno de los famosos problemas matemáticos que los estudiantes graduados trataban de resolver durante un mes o dos y que los matemáticos aficionados asaltaban en vano durante toda su vida. Parecía algo lo bastante fácil para llegar a conclusiones revolucionarias. Empezaba con una proposición que todos los estudiantes de bachillerato dominaban ya antes de aprender a masturbarse: si se elevan al cuadrado los lados de un triángulo rectángulo, la suma

de los cuadrados de los catetos es igual al cuadrado de la hipotenusa.

Bien, eso estaba muy bien, y era de tan fácil comprensión que había sido utilizado durante siglos para construir ángulos rectos. Un triángulo cuyos lados fueran, digamos, tres y cuatro metros y cuya hipotenusa midiera cinco tenía que dar un ángulo recto, puesto que $3^2 + 4^2 = 5^2$, y siempre había sido así desde los tiempos de Pitágoras, quinientos años antes de Cristo. $A^2 + B^2 = C^2$. La dificultad estribaba en que tal ecuación no salía nunca con números enteros si se utilizaba un exponente diferente del cuadrado; $a^3 + b^3$ nunca era igual a c^3 , y $a^{27} + b^{27}$ no daba nunca c^{27} , no importa qué números se usaran para a , b o c . Todo el mundo lo sabía. Nadie había demostrado que tuviera que ser así por medio de las matemáticas, excepto Fermat, que había dejado una críptica anotación que se encontró entre sus papeles tras su muerte en la que se leía que se había topado con una prueba «realmente maravillosa». Lo malo era que tal anotación iba al margen de un libro de matemáticas y no disponía allí de espacio para explicar la teoría.

Shaffery no era matemático, pero aquella mañana, despierto por la revolución de su estómago y el trueno que asolaba su cabeza, se había dado cuenta de que tal cosa era en realidad una fuerza. Por un lado, los matemáticos más importantes de tres o cuatro siglos se habían roto la cabeza contra el problema; por ello resultaba obvio que el problema no podía resolverse por las matemáticas comunes. Además, tampoco Einstein estaba muy fuerte en matemáticas, lo que le había llevado a desdeñarlas y a preferir otras inventadas por sí mismo.

Pasó la mañana rellenando papeles con signos matemáticos y operaciones de su propia invención, sólo interrumpidas por apresuradas carreras al lavabo. Sin embargo, no parecía llegar a ningún resultado definitivo. Durante un rato pensó en un plan alternativo, a saber: inventar una solución «realmente maravillosa» y pretender que no le había quedado espacio suficiente en el margen de, digamos, el último número de Matemáticas abstractas; sin embargo, unos restos de salud mental le persuadieron de que nadie encontraría aquella nota, o de que si la encontraban sólo provocaría burlas, y que de todos modos se trataría de una fama póstuma y que él quería gozarla mientras todavía estuviera vivo. Hizo un descanso para comer y volvió luego sintiéndose enfermo y preocupado por la reunión que seguía desarrollándose. Decidió echarse una siesta antes de continuar sus trabajos.

Cuando Cyril entró en su busca porque los directores deseaban su presencia, era ya oscuro y Shaffery se sentía como mil demonios.

Coomray Hill no era mayor que un edificio de oficinas de pequeño tamaño, pero disponía de un espejo que regulaba la humedad excesiva que provenía del mar. El observatorio estaba situado en lo alto de la colina, como una bola de helado de

pistacho, con su techo semiesférico de color cobrizo y las paredes circulares encaladas también en verde. En la parte inferior, el pedestal sobre el que se asentaba el telescopio ocupaba el centro de la sala. Aquel instrumento estaba colocado lo más bajo que podía estar, y apenas dejaba espacio para los directores y sus bártulos. Todos estaban allí cuando entró, y le miraron con evidente disgusto.

La esfera interior de la cúpula tenía pintado un enorme mapa de Marte obra de la hermanastra de Cyril, y mostraba los famosos canales de Schiaparelli con detalle; también había una vista de Nápoles desde el Vomero, con el Vesubio al fondo humeando tranquilamente; por último, había un dibujo iluminado de la constelación de Escorpión, que resultaba ser la constelación bajo la cual había nacido el secretario del Consejo. Había un mazo de cartas que permanecía cubierto por un trapo verde. Había seis sillas, ante cada una de las cuales había un cenicero, un cuaderno de notas, tres lápices afilados, hielo, un vaso, y una botella de John Begg. Había otra hilera de mesas contra la pared con los embutidos, que Cyril se había encargado de volver a llenar tras la rapiña que efectuara la noche anterior, pero que ahora se veía seriamente amenazada por la gente a la que iba destinada. Había seis cigarros puros y un par humeaban en los ceniceros. Shaffery trató de no respirar. A pesar de que la puerta estaba abierta, al igual que la zona del telescopio, el aire del interior tenía un ligero tono azulado. En una ocasión Shaffery ya había explicado tímidamente el daño que causaba el humo de los cigarros a la bruñida superficie del espejo de veintidós pulgadas. Había sido en la primera reunión anual. El secretario no había pronunciado una sola palabra y se había limitado a mirarle. Luego había hecho un gesto al hombre que permanecía siempre a su derecha, un tal DiFirenzo, quien se había sacado un paquete de Kleenex del bolsillo y se lo había entregado a Shaffery al tiempo que le decía:

—Pues limpie esa maldita cosa si se ensucia. Y luego haga el favor de vaciarnos también esos ceniceros, ¿me entiende?

Shaffery intentó sonreír lo mejor que pudo a los directores. Tenía conciencia de que a su espalda había varios de los ayudantes que patrullaban también el exterior en órbitas casi elípticas, con el perigeo en la puerta de la cúpula, donde se detenían siempre a mirar. Cuando Shaffery se acercara por el aparcamiento le habían estudiado con todo detalle, lo que le decidió no ir una vez más al lavabo, de lo que ahora se arrepentía.

—Bien, Shaffery —dijo el señor DiFirenzo, tras echarles una mirada a Shaffery y al secretario del Consejo—. Vamos con usted.

Shaffery se puso las manos en la espalda, según el modelo de Einstein, y dijo en tono brillante:

—Bien, este año ha sido particularmente productivo para el observatorio. Sin duda habrán leído ustedes mis informes sobre los cálculos efectuados con el

meteorito Leonid y...

—Muy bien —dijo el señor DiFirenzo—, pero de lo que hemos estado hablando es de los lanzamientos espaciales. El señor Nuccio ha expresado su opinión de que éste es un lugar de gran valor estratégico para la observación de los cohetes que se lanzan desde Cabo Cañaveral. Pasan por encima de nuestras cabezas, y queremos algunos datos sobre sus actividades.

Shaffery se movió un tanto inquieto.

—Ya les informé de las posibilidades de tal asunto en el resumen del año pasado...

—No, Shaffery. Hablamos de este año. ¿Por qué no podemos conseguir dinero del gobierno federal como estación de seguimiento, por ejemplo?

—Es que nuestra posición no ha cambiado, señor DiFirenzo. No tenemos el equipo adecuado, y además la NASA no...

—No estamos de acuerdo, Shaffery. ¿Sabe cuánto hemos destinado a equipo el año pasado? Tengo aquí las cifras. ¿Y ahora nos sale con que no tenemos lo necesario para hacernos con un par de billetes?

—En efecto, señor DiFirenzo. Vea usted: el equipo de que disponemos sirve para propósitos puramente científicos. Para el trabajo que usted propone se requiere un tipo de aparatos totalmente diferente, y en realidad...

—No quiero seguir escuchándole —dijo DiFirenzo al tiempo que se volvía hacia el presidente. Luego prosiguió—: Otra cosa: ¿qué hay del cometa que dijo que iba a descubrir este año?

Shaffery sonrió como excusándose.

—Bueno, no se me puede echar la culpa de que no haya resultado. En realidad no hablé de que fuera a descubrir uno, sino de que la búsqueda continua de cometas era parte de nuestro programa básico de trabajo. Por supuesto, he puesto todo cuanto estaba en mi mano para...

—No es suficiente, Shaffery. Además, su ayudante nos dijo que en el caso de que descubriera tal cometa no le pondría usted el nombre de Carmine J. Nuccio como desea el señor Nuccio.

Shaffery se sentía hundido, pero aún así dijo bravamente:

—No es culpa mía. Hay un convenio astronómico internacional que dice que el cometa que se descubra llevará el nombre de su descubridor.

—No nos gusta ese convenio, Shaffery. Y otra cosa más; ahora hablaremos de ciertos asuntos realmente desagradables en los que lamento comunicarle que está usted involucrado. Hemos estado discutiendo sobre asuntos privados de esta institución del señor Nuccio y de sus relaciones con esa especie de detective que es el señor Nesbit. Cierre la boca, Shaffery —dijo en tono amenazador el hombre cuando Shaffery intentó abrir la boca para contestar—. Lo sabemos todo. Ese Nesbit se está

metiendo en problemas. Ha hecho unas declaraciones cargadas de racismo contra el señor Nuccio en ese programucho que tiene en la televisión, que le va a costar un buen disgusto cuando los abogados de Nuccio empiecen a actuar contra él. Es un asunto grave, Shaffery, y que nos lleva a una nueva cuestión.

Alzó lo que parecía una servilleta arrugada que tenía colocada delante. Debajo apareció algo que parecía ser un potente transmisor de radio. Al cabo de un instante Shaffery lo identificó: lo había visto anteriormente en manos de Larry Nesbit.

—Una grabadora —dijo.

—Exacto, Shaffery. Lo que nos preguntamos es, ¿quién lo puso aquí? Y no me refiero a dejarlo aquí como se deja uno de esos aparatos que utiliza usted en sus investigaciones, sino dispuesto de forma evidente para que grabase las conversaciones de los que nos teníamos que reunir aquí y que estaba en pleno funcionamiento cuando un par de nuestros ayudantes efectuaron el registro del lugar y lo encontraron bajo la mesa.

A Shaffery le costó tragar, pero incluso así le sonó rara su propia voz cuando por fin pudo contestar.

—¡Yo... yo le aseguro, señor DiFirenzo que no tengo nada que ver con eso!

—Bien, Shaffery, tranquilo. Porque usted no es tan inteligente como para hacerlo. Sin embargo, el señor Nuccio está muy alterado por este intento de espionaje y ya ha hecho algunas llamadas, ha hablado con ciertas personas, y nos hacemos una idea bastante cabal de quién lo colocó. Mucho me temo que esa persona no va a tener lo que quería mostrar en su programa de televisión. Así que atento, Shaffery: el señor Nuccio no encuentra ya satisfactoria su labor aquí y quiere despedirle. Ya encontraremos nosotros a alguien que le sustituya. Nos gustaría que tuviera todas sus cosas listas para salir mañana por la mañana.

Hay situaciones en las que no queda mucho espacio para la dignidad. A un hombre que ha pasado ya de los cincuenta y que pierde el peor empleo que ha tenido en toda su vida le quedan ya pocas oportunidades de dejar tras sí el tipo de comentario que se quisiera brindar a los biógrafos.

Shaffery se dio cuenta de que estaba físicamente peor de lo que pensaba. Estaba francamente enfermo. El dolor de estómago crecía. La saliva que le surgía bajo la lengua le llenaba la boca a más velocidad de lo que podía tragar. Se dio cuenta de que si no regresaba a toda velocidad al lavabo tendría otra preocupación que añadir a lo que constituía ya una carga insoportable. Se volvió y se alejó caminando, para luego trotar más rápido y acabar corriendo. Cuando se quedó vacío de todo lo que tenía en el estómago, vejiga e intestinos, se sentó en el borde de la taza del lavabo y pensó en lo que podría haber contestado:

—Mire. Nuccio, no tiene usted ni idea de la ciencia. Nuccio, mire, Schiaparelli se equivocó rotundamente con lo de los canales de Marte.

Era demasiado tarde para decírselo. Era demasiado tarde para hacer las preguntas que estaba seguro que su esposa no habría dejado de hacer, sobre la paga por despido, las pensiones, y todas aquellas cosas que al final no había querido apuntar por escrito. («No se preocupe por todo eso, Shaffery, el señor Nuccio siempre cuida de sus amigos, pero lo que no le gusta es que le saquen de quicio.») Intentó hacer planes para el futuro, pero no pudo pensar en nada. Intentó incluso hacer algún plan para el presente. Por lo menos podría avisar a Larry Nesbit, quejarse ante él, avisarle («Hey, han descubierto la grabadora, está todo perdido, huya»), pero no se sentía con confianza en sí mismo más allá de la puerta del lavabo. Al menos en aquel preciso momento. Y en el momento siguiente ya fue demasiado tarde. Media hora después, cuando uno de los guardianes que orbitaban por el lugar hizo saltar la pequeña cerradura y echó una mirada al interior, el hombre que hubiera podido ser Einstein yacía tumbado en el suelo con los pantalones bajados hasta las rodillas, indigno, desamparado y muerto.

¡Ah, Shaffery! Qué disgusto hubiera sufrido al leer la noticia de su óbito en el Times, dos párrafos enterrados bajo el anuncio de la última actuación de un cantante pop. Sin embargo, más tarde...

La primera víctima fue Larry Nesbit, que se sintió indispuerto en la travesía aérea que le transportaba de nuevo a Nueva York, que no pudo terminar la grabación de su espectáculo televisivo y que finalmente murió al día siguiente. Luego fue el Consejo de Dirección en pleno. Empezaron a sufrir los dolores en sus hogares, aviones y barcos. Algunos lo pudieron soportar, pero todos murieron: de camino o en Las Vegas, Detroit, Chicago, Los Ángeles, Nueva York, Long Beach o Nueva Jersey. Varios de los ayudantes fallecieron y varios se salvaron (aunque por poco tiempo). La razón de aquellas muertes dejó de ser un misterio a los pocos días. La fuente de aquella nueva plaga fue situada casi enseguida en las comidas del bufé del señor Nuccio y, en especial, en las setas en conserva que Shaffery había tomado prestadas para el experimento.

La botulina se conocía desde hacía mucho tiempo como la sustancia venenosa más mortífera para el hombre. La versión mutada de Shaffery y los rayos X de su dentista había dado como resultado algo que tenía aproximadamente la misma potencialidad letal, pero que había adquirido una nueva cualidad que la hacía diferente. El *Clostridium botulinum* normal y corriente tiene muy pocas expectativas de vida; si queda expuesto al aire o a la luz, muere. La *Botulinia shafferia* era más resistente. Crecía en cualquier parte. En todas las cosas. Crecía en el bufé del señor Nuccio, en la ensalada de un restaurante de lujo, en el pastel de la abuela dejado a enfriar en el alféizar de la ventana, en el aparato digestivo humano... Los primeros cinco días se registraron nueve muertos, y luego la cifra se mantuvo. Los epidemiólogos no se hubieran preocupado por un número de muertes tan pequeño de

no haber sido por la identidad de varias de las víctimas. Sin embargo, las bacterias seguían multiplicándose. El río de vómitos que había bajo la alcantarilla en Long Beach se secó; las bacterias se convirtieron en esporas y fueron llevadas por el viento hasta que por fin dieron con algo húmedo y fértil. Se desarrollaron por todas partes. Los Kleenex contaminados arrojados desde un Cadillac Fleetwood a la carretera que llevaba de O'Hara a Evanston, los estornudos en el aeropuerto de Miami, las expectoraciones en una docena de lugares diferentes contribuyeron a aumentar su número. De las heces y orina de los afectados, de su sudor, incluso de las sábanas de lino de sus camas echadas a lavar, las bacterias pasaban al aire en esporas y eran inhaladas, engullidas, bebidas, comidas e ingeridas de todos los modos posibles por los cuerpos de cientos, luego de miles y por fin de incontables millones de seres humanos.

Hacia la segunda semana, Detroit y Los Ángeles fueron declaradas zonas catastróficas. A la cuarta semana la plaga se había abatido sobre todas las ciudades norteamericanas y saltado los océanos. Si tenía algo de bueno era que todo termina muy rápidamente: un dolor de estómago, un aumento del sudor, unas súbitas punzadas y luego la muerte. No había nadie inmune. Pocos sobrevivían. De cada cien, sólo tres quedaban vivos, pero el hambre, los disturbios y las demás enfermedades se cobraron asimismo su porcentaje; de los miles de millones de personas que poblaban la Tierra cuando Shaffery pusiera las setas bajo los rayos X de la consulta del dentista, todos menos unas cuantas decenas de millones murieron, murieron en la epidemia que el mundo nunca olvidará como lo que vino en llamarse el síndrome de Shaffery.

Un batería diferente

Raylyn Moore

Los cinco cuentos de Raylyn Moore publicados en «Fantasy & Science Fiction» en los dos últimos años han seguido tal línea de calidad que hubiéramos podido tomar tranquilamente cualquiera de ellos para esta antología. Uno de mis favoritos, sin embargo, es esta pequeña obra maestra de humor mordaz sobre «lo que sucedió en el Centro Coltharp de Educación Libre». La educación progresista preescolar nunca volverá a ser lo mismo.

Me llamo Ernestine Coltharp y soy maestra. Por favor, no caigan en el error de leer en esta presentación una insinuación de disculpa o de modestia, pues no soy una maestra cualquiera sino la directora del Centro Coltharp de Educación Libre Infantil, del que seguramente ya habrán oído hablar. Mi centro no sólo ha sido un envidiable éxito comercial —el «libre» se refiere por supuesto no a la enseñanza sino a la teoría que lo rige—, sino que ha sido objeto durante varios años de tesis y artículos, así como de visitas profesionales de expertos de todo el mundo. Todo ello a pesar de nuestra remota ubicación en el interior del país, buscada a propósito.

Me conviene no extenderme mucho en lo que viene a continuación. Sin embargo, el aburrimiento también cuenta en mi difícil y drástica situación actual. Además, el hablar sobre el Centro Libre nunca me aburre. Por eso me contendré, aunque parezca proclive a una cierta prolijidad. Parece que simplemente no puedo dejar de incluir unos cuantos detalles, en especial dado que quizá no vuelva a disponer (es una idea que me ha ido invadiendo gradualmente, a medida que las horas van pasando y se va haciendo más patente la verdadera seriedad de la situación) de una nueva oportunidad para explicarme. Aquí relataré detalles tales como el secreto de mi éxito, por ejemplo.

(Se podrá argüir aquí, por parte de los que tengan ideas superficiales, que la palabra «éxito» se ha convertido para mí en un término irónico a la luz de lo que ha sucedido. Si lo consideramos globalmente, sin embargo, he sido vindicada por completo. Mis métodos para hacer surgir en los niños su potencial máximo han tenido un resultado que obviamente supera el más fantástico de mis sueños, como se verá a continuación.)

El secreto de mi éxito reside, así pues, en dos aspectos: devoción al trabajo y un sólido sentido de la continuidad y el eclecticismo. Para mí la cuestión no es nunca si una idea es nueva o antigua sino si funciona o no.

Los recuerdos más antiguos que tengo de mí misma se centran en una pizarra rota, de casi un metro de ancho, recogida del cubo de la basura de la escuela primaria donde mi padre era conserje. Acostumbraba a poner la pizarra en la parte de atrás de

mi casa y sentaba a mis muñecas frente a ella, así como a los niños más pequeños o débiles del vecindario, a los que obligaba a asumir el rol de alumnos. Entonces me dedicaba sin descanso a emborronar la pizarra de letras y cifras, al tiempo que enunciaba reglas y fragmentos de conocimiento. «Ernestine ha nacido para maestra», decían con orgullo mis padres. Yo nunca tuve duda alguna de que tenían razón.

Posteriormente, enfrentada a la elección tradicional entre una carrera o un asunto amoroso y el matrimonio, no dudé ni un instante. En realidad, mi elección se vio facilitada por la enorme repugnancia que desde mucho tiempo atrás había descubierto en mi carácter ante la idea de otro ser vivo penetrando en mi cuerpo y tratando de vivir conmigo. Aunque fuese temporal, aunque sólo fuese un instante. La perspectiva de la intrusión de un macho era ya bastante horrenda; y la idea de tener como huésped a un parásito extraño en forma de feto durante un largo periodo de gestación era sencillamente horripilante. Rechacé por tanto todas las declaraciones y propuestas y me dediqué por completo a mis estudios y a la contemplación del que se había convertido en mi objetivo: abrir una escuela propia en cuanto terminara el doctorado.

Tampoco perdí mucho tiempo preocupándome de mi psique. Nunca exactamente falta de sofisticación, cuando era ya estudiante superior tenía un conocimiento extremadamente profundo sobre las ciencias del autoconocimiento, y por ello sabía que mi caso no era totalmente excepcional entre la raza humana. Además, como descubrí rápidamente al efectuar las primeras prácticas, mi ligera aberración no se extendía a los niños, por los que no sentía disgusto, sino al contrario, los prefería francamente a las niñas.

Como ven, mi vocación y devoción era mucha (y lo siguió siendo hasta un incidente posterior del que ya trataré a su debido tiempo). El eclecticismo es mucho más fácil de explicar. Con la única idea en la cabeza de que quería tomar a mi cuidado exclusivo a niños de dos años, o más jóvenes incluso, y educarlos hasta los cinco con absoluta libertad física y espiritual, seleccioné y adapté cuidadosamente a mis propósitos las intuiciones más claras de Anna Freud, Piaget, Dewey, la indomable dottoressa, los Bank Streeters, A. S. Neil y los demás. Luego fui añadiendo a aquella destilación mis observaciones originales y las conclusiones a las que llegaba (recopiladas más tarde bajo el título de «El método Coltharp explicado», en las publicaciones de la Universidad de Middenstead, 1951), sobre las que no me extenderé aquí más que para decir que la teoría de la gestalt y los análisis transaccionales han tomado muchos de sus puntos de partida de mí, sin concederme a cambio ningún crédito.

Mi idea del Centro Libre, como otras muchas ambiciones valiosas, estaba a punto de fracasar por falta de soporte financiero. Al salir de la Universidad descubrí que las brillantes teorías y las nubes de gloria académica no eran suficientes. Para fundar una institución tenía que disponer de dinero en mano en cantidades imposibles para

alquilar un edificio, asegurarlo, equiparlo, ponerlo en marcha, etcétera.

Los bancos y compañías de préstamos no daban signos de estar dispuestas a colaborar, por mucho que tratara con tenacidad de convencerles de la importancia de mis planes para el mundo educativo. Personalmente, no disponía de dinero ni de perspectivas de tenerlo. Todo el tiempo que había pasado en la facultad había estado becada, mis padres habían muerto ya y, de todas formas, habían sido pobres toda la vida.

Aquello sólo podía llevarme al profesor Havelock von Glubok, mi tutor de estudios, quien, según los rumores que corrían por el campus, había acumulado una considerable fortuna en su antiguo país mediante la manipulación del mercado negro durante la guerra. Como tutor había resultado útil en extremo, ciñéndose siempre estrictamente a los asuntos que me hacían acudir a su oficina durante las primeras partes de nuestras entrevistas. Los últimos cuartos de hora, sin embargo, el profesor los reservaba inevitablemente a intentar meter la mano bajo mi falda. Nunca había dejado de intentarlo y yo nunca le había prevenido de que dejara de hacerlo, aunque no se lo permitiera nunca. Al menos, hasta el día que acudí a contarle mis dificultades financieras.

Sus ojos reumáticos brillaron de lujuria por encima de sus gafas estilo Franklin cuando me respondió con voz engolada:

—Pego, chiquilla, no hable usted de préstamos. Le guegalagué todo el dinero que quiega si usted...

Una vez en la cama del profesor Von Glubok, me di cuenta de que la experiencia que se avecinaba iba a ser más horrible de lo que me había imaginado nunca. Hice rechinar los dientes, cerré los ojos con fuerza y en el momento decisivo no pude evitar que se me escapara un grito:

—¡No, no, doctor Von Glubok!

—Llámame papá, queguida —jadeaba mientras su barba oleosa se hincaba dolorosamente en mi pecho encogido—. Di «¡No, no papá!»

Al instante me liberé de su repulsivo abrazo y me senté sobre el confuso montón de sudadas sábanas. Me dirigí a él con tono de grave advertencia:

—Doctor, está usted profundamente inhibido por una fijación incestuosa. Necesita ver a alguien que le ayude.

En respuesta, me cruzó la boca de un bofetón.

Pero basta ya. Sólo había pensado incluir esta escena tan deprimente para mostrar hasta qué punto llegaba mi dedicación a la causa que perseguía.

Con el respaldo financiero de Von Glubok, compré veinte hectáreas bien apartadas de los núcleos de población, en zona montañosa, y rodeé la propiedad con unas vallas de acero, imposibles de escalar, de unos tres metros de alto, para mantener lejos a la entrometida civilización. Luego construí una magnífica escuela

diseñada hasta el último detalle por mí misma. Al año siguiente añadí un dormitorio, que seguía el modelo de los dormitorios universitarios, pero adecuado al tamaño de los niños que vivirían en él, y unas cuantas habitaciones separadas con cerraduras en las puertas para la directora. (Aunque aquellas habitaciones separadas comprometían ligeramente mi ideal de completa libertad de acceso en todo momento entre directora y alumnos, comprendí que, después de todo, necesitaba un poco de intimidad, en especial durante las visitas, los fines de semana, de mi profesor mecenas.)

Pagaba un alto precio por comenzar en la cumbre de lo que siempre soñara, pero mi madurez y mi sentido natural de la medida me salvaron de una crisis emocional. Aunque nunca terminé de adaptarme del todo a las repugnantes atenciones de mi antiguo tutor, aquella relación no llegó a afectar mi normalidad básica. Seguía prefiriendo los niños a las niñas.

Admito que debió ser simplemente el hecho de que Kyle fuera un niño lo que me predispuso a su favor en cuanto le vi aquella mañana del verano pasado, al correr hacia la verja de entrada en respuesta al timbre y lo encontré allí totalmente solo, cuando sus padres, o quien fuera que lo hubiese traído, se habían marchado ya.

No me sorprendió el hecho de que aquel niño hubiera sido abandonado en mi puerta como si fuera un asilo. La teoría del Centro Libre, como sin duda ya he dejado entrever, se basa en la premisa de que se me debe dejar por completo la educación del alumno. Los niños residen conmigo permanentemente los trescientos sesenta y cinco días del año, sin vacaciones de ninguna especie. (Todos los días son vacaciones para los niños del Centro.) Se sorprenderían ustedes (a lo mejor, si es usted un padre a quien su hijo no le trae sino preocupaciones, no se sorprenda tanto) de la cantidad de gente consciente y preocupada por el futuro de sus hijos que se muestran más que deseosos de dejar a sus retoños en mis manos durante un periodo de tres o cuatro años de formación.

Pero para explicar específicamente el caso de Kyle debo contar que hace algún tiempo el Centro se encontró en una posición financiera lo bastante buena como para ofrecer un puñado de «becas» a niños en precaria situación económica. Kyle era uno de tales becados que me envió la Sociedad de la Paz y el Amor, una comuna construida en la zona más intrincada y salvaje del este de Oregón, y que cumplía todos los requisitos porque dicha sociedad no tenía dinero ya que su economía no lo necesita.

Mi corazón ya se había acelerado al llegar por correo la solicitud de ingreso de Kyle. Al igual que los embalsamadores consideran que el mejor momento para introducir en el cuerpo los líquidos que utilizan para su trabajo es «justo en el instante antes de que se produzca la muerte real», nosotros, los maestros experimentales de preescolares, deseábamos hacernos con la potestad sobre nuestros alumnos desde el instante mismo de la concepción. (¡Ah! ¿O incluso un instante antes?) Consideré que

el haber pasado los primeros años de vida en la atmósfera pura y falta de competitividad de un grupo de la categoría moral de la Sociedad del Amor y de la Paz me parecían lo más próximo al ideal que se podía pedir. No quiero decir con esto que nadie que no forme parte y conozca cómo funcionan estas comunidades tan despreciadas por el resto de la humanidad pueda afirmar sus excelencias, pero al menos me proporcionaba algunos datos, aunque fueran pequeños, de que a gentes como aquéllas les gustaban teorías parecidas a las mías y las compartían: la libertad personal desarrollada en una democracia absoluta y naturalmente evolucionada.

Toda esta exposición de antecedentes no tiene nada que ver, sin embargo, con Kyle ni con nuestro primer encuentro en el camino polvoriento. Allí nos quedamos mirándonos en un silencio absoluto, roto sólo por la tranquila agitación de los insectos en los márgenes del camino y el suave susurro de las copas de los pinos más próximos. Percibí un cuerpo delgado pero vigoroso, de cabello rubio, rasgos ya definidos en parte a sus cuatro años (tenía su edad en la ficha), ojos firmes, nariz recta y barbilla adelantada con un mentón un poco salido. De sus ropas toscamente elaboradas con pieles —todas las ropas de esas comunidades están hechas a mano, en su mayor parte con pieles de alce o tejidos resistentes confeccionados por ellos mismos—, salían unas piernas delgadas y morenas llenas de gracia. Sus ojos eran de un tono azul celeste, como pintados al pastel.

Pero lo que las palabras no pueden describir es el cegador instante en que nuestras miradas se encontraron y conocí el amor repentino, el reto y el gozoso suspense que nunca en la vida había disfrutado. Mientras, mi otra mitad del cerebro estaba elaborando un juicio profesional válido basado en la intuición. Aquel Kyle era un auténtico líder. Aquella feliz circunstancia surgía con la misma claridad que si lo hubiera llevado grabado en la frente. ¿Acaso hubo allí, en algún instante de nuestra larga mirada, un augurio, una veloz vibración demasiado sutil para que la aprehendiesen incluso mis agudos y experimentados sentidos?

En aquel primer encuentro, cuando al fin empezamos a intercambiar frases, Kyle se mostró instantáneamente sensible e interesado. Volví a cerrar la verja de entrada con las manos temblorosas de la virgen en presencia del hombre que la va a desflorar (y me van a perdonar la analogía en aras de lo que finalmente sucedió) y, camino arriba hacia los edificios de la institución, obtuve fácilmente de Kyle la información de que su solicitud de entrada no estaba acompañada por su apellido porque no lo tenía, pues en la Sociedad del Amor y de la Paz todos los adultos eran considerados padres de todos los niños. Kyle me indicó incluso, sin la menor duda ni señal de excitación, que nunca había conocido exactamente la identidad de sus padres biológicos, un concepto muy avanzado para un niño de cuatro años.

A mí me excitan toda clase de interacciones de grupo; después de todo ocupan una gran parte de mi trabajo. El escuchar aquellas cosas de la comuna, sumado al

hecho de estar tan cerca de Kyle, me indujo una especie de éxtasis. Cuando llegamos al dormitorio, donde asigné un lugar al recién llegado, ya le había acariciado innumerables veces. Él parecía no rechazar ni tampoco aprobar aquellos avances. Yo, en cambio, vi en aquella indiferencia una prueba de su perfecto equilibrio; los niños que aparentemente no necesitan atenciones por parte de los adultos no son necesariamente poco cariñosos, sino que están tan acostumbrados a los signos de aprobación que los toman como un deber. Mi presunción de que con Kyle pasaba algo de esto quedó confirmada cuando durante las veinticuatro horas siguientes llegó a entenderse por completo con lo y los que le rodeaban. Se introdujo en la comunidad sin ningún problema, fue incluido y aceptado por el grupo sin ninguno de los dolorosos preliminares de costumbre.

En aquella época —era agosto—, los niños recogían frutas. Pero aquí debo hacer de nuevo una digresión inevitable, en aras de la claridad y pese al alarmante montón de verborrea del que pronto me voy a arrepentir.

Habrán advertido que en ningún lugar de este relato he mencionado a ayudante alguno ni a profesores adultos en el Centro Libre. La causa es que no hay ninguno. Uno de los principios innovadores más radicales del método Coltharp es rechazar el bulo de que tener a un profesor adulto por cada diez o doce alumnos en edad preescolar reporte ventaja alguna. Yo afirmo que es un sinsentido. Un control tan riguroso del profesor sobre el alumno es una patente admisión de incompetencia por parte de aquél. Nuestro promedio en el Centro es de sesenta niños, y siempre estamos a tope, además de contar con una larga lista de espera. Yo sólo les sirvo de guía adulta, y siempre me dejo llevar por el sentido común.

Los niños satisfechos acostumbran a ayudarse unos a otros y comparten voluntariamente los trabajos que consideran necesarios. Para lavar platos sólo se necesita la inteligencia de un niño de cuatro años, y para fregar el suelo la de uno de tres. La única razón por la que los niños no toman la iniciativa en tales asuntos es que no se les ha motivado adecuadamente la cooperación con los otros.

Por supuesto, todo tiene que ser muy básico, no se puede ir con adornos como alfombras de felpa y objetos que se puedan romper. Las comidas completas y faltas de complicación a base de verduras y frutas las preparan los propios niños. Incluso cultivamos nuestros propios alimentos; los alumnos plantan las semillas, desarraigan las malas hierbas y luego recogen las legumbres, verduras, raíces y frutos en gran abundancia. Tenemos varias cabras y unas cuantas gallinas ponedoras, aunque no producimos carne. Los especialistas en nutrición más dignos de confianza hace tiempo que nos han asegurado que los niños no precisan más proteínas animales que la leche y los huevos, y que uno de los desastres más grandes del siglo ha sido el fraude de la dieta basada en el alto grado de proteínas. Demasiada carne más bien causa enfermedades que protege de ellas.

Sin embargo, baste aquí con decir que somos vegetarianos y que casi nos abastecemos por completo con nuestras veinte hectáreas. Los únicos productos alimenticios que tienen que servirnos al Centro Libre son las galletas de trigo y los jugos embotellados. Como sólo se compran una vez cada dieciocho meses y se llenan varias despensas con ellos, algunos de los niños creen incluso que existe algún lugar de la institución donde se elaboran dichos productos. (Esta cuestión ha surgido algunas veces en las sesiones de encuentro en grupo, reuniones de toda la comunidad pensadas con el propósito de responder a las preguntas rutinarias sobre funcionamiento y el de intentar resolver los posibles problemas antes de que surjan.)

Volviendo a Kyle y las frutas, advertí inmediatamente que nuestro nuevo estudiante, como se podía prever, se había convertido en un solo día de estancia en una especie de capataz de una de las cuadrillas de recolección, y eso que trabajaba con niños un año mayores que él. Además, había experimentado un sistema mucho más eficaz de colocar las uvas directamente de las viñas en los cajones cuando los niños llegaban al final de la hilera, lo que por un lado ahorra tiempo y por otro el esfuerzo extra de cambiarlas de unas canastas a otras.

Por supuesto, no hice ningún comentario. La interferencia en cualquier tipo de interacción dentro del grupo es algo impensable a menos que se haga palpable alguna disensión. Sin embargo, no podía apartar los ojos de Kyle. Descubrí que mi embeleso era todavía mayor que el día anterior. ¿Me quería Kyle? ¿Había amado antes a alguna otra mujer? En otras ocasiones había sido, era inevitable, el objeto del amor puro y perfecto de los chiquillos, un amor falto de complicaciones, de lujuria irritante, intocado por el sexo. Si me alcanzaba a llenar el amor de Kyle, si tenía aquella fortuna, imaginaba aquel amor como el punto álgido de mi carrera, como mi *raison d'être*. ¿Sería yo capaz de dejarle marchar del Centro cuando cumpliera los cinco años?

Ensimismada en aquellos pensamientos, me había ido acercando involuntariamente a las proximidades de la pérgola donde estaba trabajando Kyle. Así fue como alcancé a escuchar por casualidad la palabra que murmuró por lo bajo tras llevarse ociosamente un puñado de uvas demasiado maduras a la boca y, repentinamente, escupirlas con un extraño rictus en la cara.

A pesar de mí misma, sufrí una auténtica conmoción ante su lenguaje. Si hubiera utilizado otra palabra, cualquier otra, hubiera guardado silencio, puesto que mis alumnos tienen totalmente garantizado el derecho a la libertad de expresión. Por otro lado, aquella palabra en particular nunca había sido pronunciada en el Centro Libre. La mayor parte de los chiquillos debían ignorar incluso su significado. No podía permitir que ni siquiera mi adorado Kyle socavara nuestro sistema.

—Kyle —le dije—, ¿qué es lo que acabas de decir? ¿Podrías repetirlo, por favor?

Sí, lo dije en tono de reprimenda y delante del grupo de niños que observaba la

escena. Pero estaba actuando por el bien de la comunidad. Kyle respondió de un modo bastante suave.

—Claro, Ernestine. He dicho que estas uvas estaban malas.

—Estropeadas —le corregí con suavidad—. Querías decir «estas uvas están estropeadas», o pasadas, o podridas si prefieres. ¿Dónde has escuchado la palabra «malas»?

Sus ojos azules y su boca abierta sonrieron con facilidad, casi como si se burlara.

—Quizá lo leí en algún libro.

—¿Oh? —repuse—. ¿Entonces sabes leer?

—¿Y por qué iba a decir que sí si no fuera verdad? —replicó con lógica aplastante.

Si no hubiera estado ya irremediablemente enamorada, hubiera sucumbido en aquel instante. Su madurez era encantadora. Hablaba exactamente como un adulto, y sin embargo allí estaba, con su cuerpecito de chiquillo delicioso, diminuto y bien formado.

En este punto, supongo que tengo que decir algo que, si no es aquí, tendré que poner en otra parte, y éste es un lugar tan adecuado (o inadecuado) como otro cualquiera. Como se puede ver, aquella estrella me había cautivado. Es la única explicación que puedo encontrar a una pregunta que debió ocurrírseme inmediatamente y que simplemente no llegué a plantearme nunca: ¿cómo era que la Sociedad del Amor y de la Paz enviaba ahora, por primera vez en sus quince años de existencia, a uno de sus niños al exterior para que recibiera educación preescolar?

Al llegar aquí, siento la tentación, tras la larga parrafada que llevo escrita, de ir de cabeza al grano, contestar a ésa y a todas las demás preguntas al tiempo que paso por alto mis muchos fallos de intuición. Sin embargo, un principio completo requiere un final semejante. Por eso me veo obligada a ir de un paso a otro con desazón para explicar todo lo que sucedió en el Centro Libre desde el día de las uvas en adelante, haciendo de esta narración una sucesión de hechos y meditaciones sobre los mismos, aunque ello sea a un alto precio para mí.

Pero que no haya error: para mí, esos dos meses han sido el paraíso. (Noto aquí que parezco inclinada de vez en cuando a los giros y frases propios de Wordsworth, cuando resultarían más apropiados los de Swinburn. Aun así, ¿quién puede hacer observaciones tontas sobre las expresiones subconscientes?) Mis sueños pronto fueron lo más *exalté* que nunca he conocido, y consistían en proyecciones en el futuro en las que Kyle aprobaba los exámenes de ingreso en Harvard directamente a la salida de Coltharp, consiguiendo así un éxito único en los anales de la educación. Para acompañarle al este iría... ¿quién si no? Era una especie de coronación de mi vida, que cada día parecía menos un sueño y más un destino cargado de magníficos augurios. Tomaríamos una casa juntos al lado del campus; le preservaría de todos los

periodistas, charlatanes y curiosos y proporcionaría a Kyle horas de estudio ininterrumpido. Y nuestro tiempo libre sería nuestro, pasara lo que pasara.

Mientras tanto, todo lo que iba sucediendo en el Centro Libre era suficiente en sí mismo para que yo me mantuviese en aquel estado de éxtasis, pues uno de mis otros sueños estaba madurando. Para quienes no hayan leído mi libro, explicaré que hace algunos años una conferencia sobre temas educativos dio pie a un proyecto, llevado a cabo por la escuela XYZ, en el que dos grupos de niños dejados enteramente a sus propios medios, sin que interviniera ni el más mínimo asomo de autoritarismo desde fuera, había desembocado en un sistema de gobierno en el que cada niño tenía igual voz en las decisiones, en que el trabajo se dividía de forma equitativa y en el que una benigna mayoría contemplaba a la minoría sin ningún sentimiento discriminatorio en contra de ella. Durante los primeros años de trabajar con niños yo misma había llevado aquel método a la enésima potencia y fue una versión ampliamente mejorada de aquel experimento lo que finalmente se convirtió en parte del método Coltharp.

En ninguna ocasión, sin embargo, había visto aquella naciente sociedad infantil funcionar de modo tan hermoso como después de la llegada de Kyle al Centro.

Es parte de mi política, cuando tales proyectos se desarrollan satisfactoriamente, no alterar para nada la mezcla mediante, por decirlo así, agitaciones premeditadas. Todos sabemos bien lo que sucede en las sociedades primitivas en el momento en que aparece un antropólogo entre el polvo del camino con el papel y el lápiz a mano. Es mi costumbre, pues, retirarme a mi propio apartamento durante un periodo indeterminado cuando uno de tales gobiernos de los niños se está organizando y sometiéndose a cambios de liderazgo. Sin embargo, siempre dejo claro que estoy a disposición de cualquier cosa que se me quiera consultar o para cualquier necesidad que tengan. Por ello me extrañó que durante todo aquel periodo ningún niño se acercara a pedir o contar nada.

En este punto tengo que insistir en que se debe comprender lo auténticamente profundo de mi locura pasajera. En los mejores centros educativos hay continuos conflictos. Nunca pasa más de media hora sin que alguno de los pequeños rompa a llorar por haberse llenado la boca de laca de uñas, la nariz de plasticina o por haber resbalado en el baño. También son comunes los conflictos interpersonales que requieren la presencia de un adulto. El «ven corriendo, que Danny se está meando otra vez encima de Sally» es un grito que deben atender al instante los maestros preescolares de todo el mundo.

Sin embargo, el día siguiente a la recogida de las uvas observé con todo cuidado la conducta del grupo semiescondida tras la cortina de la ventana de mi oficina, mientras tomaba notas en una libreta oculta en mi regazo, y no pude detectar ningún síntoma de discordia. La mayoría de los sesenta niños rodeaban a Kyle sentados

dócilmente en el suelo con las piernas cruzadas al estilo indio mientras el pequeño prodigio les hablaba largo y tendido. A continuación, el gran grupo se dividió para atender las diversas obligaciones, desperdigándose por todas partes para hacerse cargo de los trabajos de rutina. Pensé que era un comienzo loable. En honor a la verdad, no había visto que se llevara a cabo ninguna votación. Daba la impresión de que Kyle había distribuido el trabajo de forma arbitraria, aunque bien pudiera equivocarme, me dije, puesto que no había podido escuchar lo que se decía en la reunión.

Los días siguientes los niños parecieron portarse tan bien que hasta dejé de observarlos y me dediqué a poner en orden el trabajo burocrático que tenía pendiente en la oficina. En una ocasión oí un sonido rítmico y me acerqué a la ventana, desde donde descubrí una banda musical formada por toda clase de instrumentos. Daba la impresión de ser al mismo tiempo algo demasiado sofisticado y demasiado convencional. Había que tener en cuenta que yo nunca había prestado mi apoyo a juegos militares de ningún tipo. Sin embargo, era algo tan sorprendente para mí que decidí no actuar y reprimir lo que presumiblemente debían ser prejuicios personales.

Pasaré por alto la oportunidad de incluir aquí el relato de detalles similares a éste. Cualquiera que se sienta interesado en el relato cotidiano de este periodo del Centro Libre podrá leerlo en mis notas que, escasas como son debido a la despreocupación que me embargaba, todavía existen, o eso creo. Al menos, no dispongo de pruebas de que hayan sido destruidas.

Ya ha quedado claro el gran placer (por lo menos externo) que sentía por los acontecimientos que se desarrollaron durante estos dos meses, y debo añadir que no era sólo por el gran alivio que me suponía el haber descargado prácticamente de mis hombros la dirección del Centro. No, eran más bien las visitas de Kyle lo que me hacía rebosar de felicidad. Cada tarde, cuando los demás alumnos se habían retirado ya —a un toque de queda establecido bajo el liderazgo de Kyle, mucho más estricto que cualquier otro que el grupo hubiera ideado en toda la existencia anterior del Centro—, éste acostumbraba a presentarse en mi apartamento.

Nunca mantuvimos una conversación formal sobre aquellas visitas. Aparecía como por casualidad desde la segunda noche de su estancia y, como es lógico, no le desanimé nunca de que lo hiciera. Le servía té de menta mientras nos sentábamos a leer uno junto al otro en la biblioteca. Entre otras cosas, aquellas conversaciones hicieron que me diera cuenta de lo mucho que añoraba la compañía de algún adulto —¿había dicho ya que el profesor Von Glubok, que se había convertido en mi último aunque débil lazo con el mundo de los adultos, había muerto un año antes de estos sucesos?—, pues Kyle era capaz de proporcionar una compañía madura en todos sus aspectos importantes, tal como había pensado yo desde el primer momento en que le vi.

Leía a una velocidad endiablada y devoraba grandes montones de libros, con cierta predilección por una colección de trabajos de la mayoría de pedagogos y teóricos antediluvianos, tanto vivos como muertos, que guardaba en la biblioteca como una curiosidad. «¿Quién es William H. McGuffey?» preguntaba. O, «¿qué hay del doctor Max Rafferty?» Entonces surgía una conversación larga y feliz. Hablábamos, hasta entrada la noche, de Mr. Shaw y la escuela Bowes, de los azotes en Eton, de las hermanas McMillan, de las gobernantas y tutores privados, de las escuelas dispersas de los primeros pioneros, del aprendizaje a base de repeticiones y de los castigos corporales.

Kyle se mostraba particularmente entusiasmado ante las varias e imaginativas formas que éstos últimos habían tenido a lo largo de la historia de la educación, desde el «sentarse en el aire» de las clases antiguas hasta los vómitos provocados, que se decía habían estado en uso como castigo en una escuela privada de California hasta tiempos tan recientes como la década anterior. Yo ponía tal interés y persuasión al contarle a Kyle, para que le sirviera de ejemplo edificante, todas las atrocidades que los maestros habían perpetrado contra sus indefensos alumnos desde que se empezaron a tener datos de aquellos asuntos, que en un momento dado lamenté tremendamente no haber puesto en marcha mi grabadora al principio de la charla, pues aquel material hubiera servido muy bien para desarrollar alguna conferencia en la Asamblea Nacional de Educadores.

En varias ocasiones, durante aquellas veladas, intentaba, aunque quizá no con toda la fuerza que hubiera debido, distraer la atención de mi visitante hacia algo más ligero y más en consonancia con su situación real de chiquillo. Recuerdo que le recomendaba, entre otras cosas, a Lewis Carroll, quien, como es fácil de imaginar, ocupa un lugar preferente en mis afectos, pues la perversa inclinación del reverendo por las niñas era algo que yo estaba singularmente dispuesta a comprender. Kyle, sin embargo, no era tampoco el menos interesado en las tribulaciones de Alicia.

Algunas veces las sesiones se prolongaban hasta medianoche, pero nunca más tarde de esa hora. Aunque en las circunstancias en que me encontraba no le hubiese pedido nunca a Kyle que se fuese, él mismo se mostraba muy cuidadoso con el asunto de dormir lo suficiente para levantarse fresco para las actividades del día siguiente. Nunca hablaba de los problemas que con toda seguridad debían surgir durante su mandato sobre los demás niños, y yo, leal a mis ideales, no me aventuraba a hacer ninguna sugerencia o siquiera a abordar el tema.

Cuando Kyle se iba, entrada ya la noche, generalmente salía a dar una vuelta por el recinto para comprobar lo que necesitaba arreglo, o lo que había que reponer. Sorprendentemente, había muy poco que tuviera que hacer, incluso en lo que se refería a pequeños detalles, tal era la eficacia de Kyle en el trabajo. Fue una de

aquellas noches, sin embargo, cuando descubrí lo que había sucedido en la sala de muñecas.

Una nueva explicación al llegar a este punto, aunque este relato está siendo hasta el momento tan pesado que la mera contemplación de las hojas que tengo amontonadas junto a mí es una agonía física. ¡No exagero si digo que el manuscrito parece abultar más de un palmo!

La sala de muñecas, un lugar muy popular para los juegos imaginativos, está llena de muñecos muy reales dispuestos en grupos familiares. Además del cabello auténtico y del plástico imitación de piel que los cubre, disponen de unos deliciosos genitales con toda la apariencia de la realidad. Los niños no cesan de vestir y desvestir esos muñecos y de meterlos y sacarlos de sus casas, imitación de las típicas casas de las zonas suburbanas, con sus dos coches y la roulotte en el garaje y la antena de televisión en el techo. En esa sala hay también lo más parecido a juguetes bélicos de que disponemos en el Centro, unos cuantos mazos de madera dispuestos para que los niños los utilicen, si así lo quieren, sobre los muñecos de padres e hijos, que son necesariamente casi indestructibles.

Imagínense, pues, mi sorpresa la tarde que entré en la sala y encontré una de las muñecas mamá destruida con un cuchillo o con algo parecido. Le habían amputado ambos pechos y la zona genital estaba mutilada a fuerza de cortes. Una rápida búsqueda por la habitación me permitió encontrar en el interior de la chimenea de una de las casas de juguete el instrumento utilizado. Era un cuchillo de mesa del comedor, pero por los signos de su borde constaté que había sido afilado a conciencia y por una mano experta. Aquello demostraba astucia y premeditación por parte del autor del desaguisado. Sucesos como aquel jamás habían ocurrido en el Centro Libre hasta entonces.

Al principio sentí un cierto temor, pero rápidamente me dije que era una actitud estúpida y nada profesional. Que hasta aquel momento ninguno de los niños hubiera demostrado la inventiva suficiente para urdir y llevar a cabo tal acción no significaba en absoluto que el acto en sí fuera inadecuado. Tal fue mi razonamiento. Después de todo, aquella era la función de los muñecos, servir de ayuda para la exteriorización de los sentimientos de hostilidad. Algún niño —y nunca sabría cuál, ni tampoco intentaría averiguarlo—, había representado con total éxito un psicodrama en aquella sala de muñecos y sin duda dormía en aquel mismo instante del modo más descansado tras la catarsis que él o ella acababa de experimentar. Decidí no volver a pensar en el asunto.

Fue la noche siguiente cuando Kyle llegó a mi habitación con cara de estar terriblemente cansado. No dije nada, pero para mí pensé, con considerable preocupación, que debía estar enfermo, aunque las dolencias en el Centro son una de las cosas que escasean, a causa sobre todo de nuestra dieta vegetariana y

macrobiótica, que ya antes he explicado.

Mi visitante se ofreció a servir el té, que ya tenía preparado, y quedé encantada ante su gesto de amabilidad, pues era la primera vez que tomaba la iniciativa respecto al té.

Hubo un breve silencio, durante el cual Kyle terminó el té y tomó un grueso volumen de Nietzsche que llevaba unos días leyendo con gran afición y un tanto de afectación, o al menos así lo consideraba. Nadie estaba más sorprendida que yo ante la capacidad de asimilación de Kyle, cada vez más acelerada, pero tenía la sensación de que, de algún modo, aquel interés repentino que mostraba por la filosofía arcaica era una pose, quizás un truco de amante para impresionarme o, conociendo a Kyle, para procurarme diversión. (Dios mío, ¡y todavía lo creo así!) Por ello decidí en aquel instante reprenderle, sólo para ver en qué acababa todo aquello.

Tomé un vigorizante sorbo de té y le dije:

—Vaya, Kyle, supongo que no vas a seguir otra vez con ese rollo inaguantable esta noche, ¿verdad? El me miró pensativo por encima del libro.

—¿Oh? ¿Qué debo leer entonces, Ernestine?

Cerró descuidadamente el libro de Nietzsche y lo dejó caer con estrépito al suelo. Se subió luego con sus zapatos sucios en el sofá y tomó una de las lecturas que tanto le habían interesado varias semanas antes. Una valiosa edición de la «Aritmética» de Ray se desplomó también al suelo desde el estante, llevándose por delante la taza de té de Kyle, que éste no había siquiera tocado. Hice un gesto, pero, una vez más, mantuve la boca cerrada.

Kyle ignoró el accidente y abrió un libro al azar.

—¿Es mejor esto? «El mayor era un mal chico, siempre metiéndose en problemas y tratando de creárselos a los demás.» —Pasó la página y leyó—; «George se llevó una azotaina por su locura, como se merecía».

Llegué a la conclusión de que aquello era un sistema de mi invitado para iniciar uno de nuestros diálogos sobre la evolución de los métodos educativos, pero apenas había empezado a darle una ponderada contestación cuando, con inmenso alivio por mi parte, descubrí que había reclinado la cabeza contra el sofá y se había dormido casi de inmediato.

Aunque había rezado para que algo así sucediera en las visitas anteriores de Kyle, él nunca se había permitido ni siquiera bostezar en mi presencia. Esperé a que su sueño se hiciese más profundo, lo que sucede rápidamente con los niños, en general en menos de diez minutos. Temblando anticipadamente, urdí planes apresurados. Le llevaría a mi cama, en la habitación contigua, y le desnudaría; luego me acostaría junto a él. Fácilmente resultaría la noche más excitante de mi vida, el punto álgido de un encuentro indescriptible. Por supuesto, a través de los años, me había acostado muchas veces en las camitas de los chiquillos en el dormitorio, acunándolos hasta que

quedaban dormidos, tranquilizando su ansiedad, etcétera. Pero en esta ocasión había algo más. Nunca antes había tenido a ninguno de los chiquillos en mi propia cama, ni nunca antes había sentido algo tan intenso por ninguno de ellos como lo que ahora sentía por Kyle.

Le trasladé amorosamente. Al principio con tacto y luego con más energía. Su peso era bastante considerable; es un niño fuerte y musculoso. Lo único que puedo abogar en mi favor es que desde el instante en que sentí su piel mi mente se obnubiló. ¿Acaso si no hubiera sido así habría dejado encendida la lámpara de la cómoda? Sin embargo, en aquel instante el elemento visual era una parte importante de mi ansiada experiencia. Quería tanto ver como tocar.

Por desgracia despertó demasiado pronto, en realidad sólo unos quince minutos después de caer dormido. No pareció sorprendido de encontrarse en aquel lugar, sólo algo divertido.

—Bueno, Ernestine. ¿Y ahora qué?

—Cariño —le dije, intentando que mi voz no temblara—, ¿crees que serías capaz de llamarme «mamá»?

—¿Qué?

—Sólo si quieres, claro —añadí con una risita—. Significaría mucho para mí.

Sin embargo, su atención se desviaba de mis palabras.

—¡Hey! ¿Qué son esas cosas, Ernestine?

Momentos antes me había desabrochado impulsivamente el camisón y estaba semidesnuda. Casi histérica de placer ante su interés, me disponía a explicarle la función de mis pechos cuando noté que la mirada de sus ojos azulados no estaba posada sobre mi cuerpo sino que se dirigía a una de las paredes de la habitación. Colgados de ella había un gran surtido de látigos, propiedad de mí, en un tiempo, tutor estudiantil y luego mecenas, cuyos trastornos de personalidad habían ido mucho más lejos de lo que yo sospechara al principio de nuestras relaciones, cuando hiciera mis primeros análisis de la desagradable situación en que me tenía que ver, el primer día que me violara.

Los había como serpientes negras, otros de nueve colas, de cocheros, de tiras flexibles de acero e, incluso, de los eléctricos de arrear ganado, junto a algunos hierros de marcar. Tras la muerte de mi benefactor no había tenido ningún interés en aquellos aparatos, pero allí se habían quedado sin que me resolviera nunca a embalarlos y deshacerme de ellos —sobre todo porque no tenía prisa, dado que nadie había visitado hasta aquel momento mi habitación a excepción del propio Von Glubok—, hasta que por último los látigos se habían convertido en algo que me resultaba prácticamente invisible, y había perdido la cuenta de que estaban allí.

En aquel momento, sin embargo, me sentía terriblemente mortificada.

—¡Ah, eso! —Dije, esforzándome por darle a mi voz un tono de chanza que, me

temo, no convenció a Kyle—. Son unos recuerdos que pertenecieron una vez a un viejo conocido mío.

Poco a poco, Kyle fue componiendo su sonrisa, ahora ya familiar, de total comprensión. Aquello produjo el efecto de disolver los últimos residuos de mi reciente dicha.

Ya se deben imaginar el desenlace de todo aquello, aunque yo misma era incapaz de predecirlo en aquellos instantes. La mañana siguiente —¿o fue dos mañanas después?— me desperté tarde al sonido del teléfono que tenía junto a mi lecho. Sólo sonó una vez. Todavía adormecida, pensé que se habrían equivocado de número, pero de todos modos lo cogí, tratando de salir de una especie de letargo que me hizo pensar en los efectos a posteriori de una fuerte dosis de somníferos, aunque no había tomado ninguna pastilla antes de ir a dormir. Era curioso; quedaba claro que el aparato de mi oficina había sido descolgado y que se estaba desarrollando una conversación. Alguien que hablaba con el tono habitual de las conferencias de larga distancia preguntó por mí, y la voz del otro lado de la puerta de mi habitación le aseguró al comunicante:

—¿Ernestine Coltharp? Sí, al habla.

Y era yo, en efecto. La voz era exactamente la mía, con mi propia entonación, o con la de alguien que durante mucho tiempo hubiera estudiado y aprendido mis hábitos de lenguaje y mi tono de voz. La conversación duró varios minutos. El comunicante solicitaba si se podría arreglar una visita de un grupo de maestros en periodo de aprendizaje al Centro Libre. Mi voz respondió que no, que no era posible pues estaba llevando a cabo un complejo experimento a largo plazo sobre las relaciones interpersonales entre niños muy pequeños que iba a hacer imposibles las visitas al Centro por un periodo de, al menos, diez meses.

Me sentí tentada en varias ocasiones de interrumpir aquel loco diálogo y hacer patente el engaño. Sin embargo, la curiosidad que sentía por lo que se iba a decir a continuación —y más que eso, mi admiración ante un trabajo artístico de tal calibre— anuló por completo mis demás sentidos. Ya sabía quién era el impostor. Si se había hecho con todos los niños, Kyle debía haber considerado un paso adelante normal entrar en mi oficina y hacerse allí también con el mando.

Cuando acabó la conversación y todos colgamos, posé los ojos en la pared del dormitorio de donde colgaban los látigos. No había ninguno. Por falta de espacio — ¡OH, qué gran habilidad la de los periodistas que pueden reducir a un pequeño párrafo la vida de un hombre para que aparezca en las notas necrológicas!—, me saltaré la conmoción que produjo en mí ver realmente a Kyle en mi escritorio, con las mandíbulas más pronunciadas que nunca y los ojos azules fríos y brillantes, unos ojos que recordaban a un Franco, a un Castro o a un Ché.

La guardia de corps (no encuentro un término más expresivo), armada con los

látigos y el afilado cuchillo de mesa, me arrestó en el acto como enemiga política.

El juicio a que me sometieron fue considerablemente rápido. Kyle fue el juez y el jurado. Desde entonces estoy confinada en el otro único lugar provisto de cerradura del Centro, que fue dotado de llave por un error del constructor: las alacenas. Por supuesto, esta cerradura sólo funciona por la parte de fuera.

No voy a morir de hambre ni de sed. Por lo menos no inmediatamente. Antes de que mi interés decreciera llegué a contar quinientas bolsas de galletas de trigo y trescientos paquetes de jugo embotellado.

El tribunal (Kyle) decretó que me llevarían a hacer mis necesidades tres veces al día protegida por una guardia de látigos y cuchillos, y que tendría derecho a tres duchas semanales. Esta orden, no es necesario decirlo, no se ha cumplido; a los niños siempre se les olvidan cosas así. Sin embargo, sucede que hay un lavabo con agua corriente en una de las salas de mi confinamiento y un sumidero a ras de suelo en el que se podían lavar los aperos de limpieza. Si uso ese lugar podré mantenerme más o menos limpia.

No puedo dejar de preocuparme de vez en cuando por el efecto que este nuevo régimen tendrá tanto en los niños como en mí misma. Porque sé cómo se controla ahora a los llorones, y a los que no saben comer bien en la mesa, y los que de un modo u otro crean dificultades. Los azotes serán sin duda unos de los castigos más suaves. Para decir la verdad, creo que los niños se culparán a sí mismos por haber aceptado con tanta facilidad a Kyle, pero tal crítica se me debe hacer a mí, y multiplicada mil veces.

Quizás he olvidado decir que en las sesiones en que discutíamos los problemas yo había animado muchas veces a los pequeños a que contaran de palabra sus vidas, que dijeran todo lo que recordaban de sí mismos, utilizando todas las asociaciones que se les ocurrieran.

Supongo que ha sido esta costumbre la que ha inspirado mi propia sentencia, que cabe considerar como ligera. A no ser que la cambien. (En el fondo, los niños son caprichosos. ¿Quién puede fiarse de ellos? Yo no olvido ni por un instante lo que le sucedió a la muñeca mamá.)

Yo hubiera preferido, e incluso me hubiese gustado, una sentencia de azotes administrada por el propio jefe. Éste debe comprender que incluso ahora suspiro por tener un contacto con él, aunque sea punitivo. Por eso no se me acerca nunca. Lo hace a propósito. Como todos. He estado sola en esta sala mohosa y sin ventanas durante setenta y dos horas, que me parecen ya setenta y dos años.

Kyle, no hay duda alguna, puede seguir manteniendo a la gente alejada de aquí indefinidamente mediante el teléfono. ¿Cuántos meses pasarán antes de que los padres de algún niño se atrevan por fin a romper las barricadas y venir en busca de su pequeño? La Sociedad del Amor y de la Paz, que según creo ahora expulsó a Kyle

por incorregible, por ser una amenaza contra su estilo de vida, es muy poco probable que venga nunca a buscarle.

Pero ésta es mi sentencia: tengo que escribir la historia de mi vida con caligrafía perfecta quinientas veces, utilizando un montón de lápices y papel grueso de dibujo.

Por lo menos tengo la suerte de que durante todos estos años no he perdido el gusto por las galletas de trigo.

Me llamo Ernestine Coltharp y soy maestra. Por favor, no caigan en el error de leer en esta presentación insinuación alguna de disculpa o de modestia, pues no soy una maestra cualquiera sino...

El Pájaro de la Muerte

Harlan Ellison

Muchos de los cuentos de Harlan Ellison han sido tildados de osados o ambiciosos, pero éste, creemos, va más allá de estos dos adjetivos tan merecidos. El autor lo ha llamado la línea de flotación y el punto de partida personal de toda su obra. Relata la profundidad del amor que nos debemos como especie; será fácil que algunos encuentren sus premisas escandalosas por cuanto intenta un cambio radical en nuestras creencias más santas y arraigadas. Creemos que lo considerarán un logro sorprendente.

1

Esto es una prueba. Pueden tomar notas. Esta prueba supondrá las tres cuartas partes de su nota final. Pistas: recuerden que, en ajedrez, los reyes se anulan mutuamente y no pueden ocupar cuadros contiguos, y son por tanto todopoderosos y totalmente impotentes, no pueden influirse el uno al otro, producen tablas. El hinduismo es una religión politeísta; la secta de Atman adora la llama divina de la vida en el interior del Hombre; en efecto, dicen «Tú eres Dios». Las condiciones de igualdad de tiempo no se cumplen si una opinión llega por los medios de comunicación a doscientos millones de personas antes que una opinión contraria difundida desde una tribuna improvisada en cualquier rincón. No todos dicen la verdad. Nota para realizar la prueba: las distintas partes no siguen el orden numérico que indican; ordénenlas de nuevo para adaptarlas con la mayor claridad posible. Vuelvan la página y empiecen.

2

Incontables estratos de roca comprimidos sobre el magma. Éste escupía y vibraba al rojo blanco con la ferocidad burbujeante del núcleo de níquel y hierro fundido, pero no mellaba ni chamuscaba ni tiznaba ni dañaba en lo más mínimo la tersa y bruñida superficie de la extraña cripta.

Nathan Stack yacía en aquella cripta, silencioso, dormido.

Una sombra pasó a través de la roca. A través del esquisto, a través del carbón, a través del mármol, a través de los esquistos de mica, a través de la cuarcita; a través de los depósitos de fosfatos de kilómetros de profundidad, a través de la tierra cargada de diatomeas, a través de los feldespatos, a través de la diorita; a través de

fallas y pliegues, a través de anticlinales y monoclinales, a través de depresiones y sinclinales, a través del fuego infernal; y llegó al techo de la gran caverna y pasó; y vio el magma y se sumergió en él; y llegó a la cripta. La sombra.

Un rostro triangular dotado de un solo ojo observó la cripta, vio a Stack y posó unas manos con cuatro dedos en la fría superficie de la cripta. Nathan Stack se despertó ante el contacto y la cripta se hizo transparente; se despertó aunque el contacto no se había producido sobre su piel. Su alma notó la presión de la sombra y abrió los ojos para ver el brillo refulgente del núcleo del mundo a su alrededor, para ver la sombra y su ojo solitario que le observaba.

La sombra serpentina envolvió la cripta; la oscuridad lo levantó otra vez, a través de las capas geológicas, hacia la corteza, hacia la superficie en cenizas, aquel juguete roto que era la Tierra.

Cuando llegaron a la superficie, la sombra condujo la cripta a un lugar donde no llegaban los vientos ponzoñosos y la obligó a abrirse.

Nathan Stack intentó moverse y sólo pudo hacerlo con dificultad. Se agolparon en su cabeza recuerdos de otras vidas, de muchas otras vidas, de muchos otros hombres; luego, los recuerdos fueron suavizándose y se fundieron en un segundo plano que finalmente pudo ignorar.

La sombra extendió una mano y tocó la carne desnuda de Stack. Con suavidad, pero con firmeza, aquella cosa le ayudó a levantarse y le proporcionó vestidos, una bolsa para el cuello que contenía un cuchillo corto, una piedra para calentarse y varias cosas más. Le ofreció la mano y Stack la tomó, y tras doscientos cincuenta mil años de dormir en la cripta, Nathan Stack puso el pie en la superficie del enfermo planeta Tierra.

Entonces aquella cosa se inclinó contra los vientos ponzoñosos y empezó a avanzar. Nathan Stack, sin otra elección, se inclinó también y siguió a la sombra.

3

Habían enviado un mensajero a Dira y éste acudió en cuanto se lo permitieron sus meditaciones. Cuando llegó a la Cima, encontró a los padres esperando allí, y éstos le llevaron suavemente a su ensenada, donde se sumergieron y empezaron a hablar.

—Hemos perdido el arbitraje —dijo el padre-espiral—. Es necesario que vayamos y se lo demos.

Dira no podía creerlo.

—¿Pero no atendieron a nuestros argumentos, a nuestra lógica?

El padre-colmillo negó tristemente con la cabeza y tocó el hombro de Dira.

—Había que llegar a... acuerdos. Les tocaba a ellos. Por eso tenemos que hacerlo.

El padre-espiral añadió:

—Hemos decidido que te quedes. Se nos permite dejar a uno de vigilante. ¿Aceptas nuestro encargo?

Era un gran honor, pero Dira empezó a notar la soledad en cuanto le dijeron que se marcharían. A pesar de ello aceptó. Se preguntaba por qué le habían elegido a él, de entre toda la gente. Debía haber razones, siempre las había, pero no podía preguntarlas. Por ello aceptó el honor, con toda la tristeza que acarreaba, y se quedó atrás cuando se fueron.

Los términos de su situación de vigilante eran duros, puesto que especificaban que no podría defenderse de calumnia o leyenda alguna que surgiese, ni podría actuar a menos que estuviese claro que los otros, que ahora tenían la posesión, rompieran el compromiso. Y no tendría más amenaza que el Pájaro de la Muerte. Una amenaza final que sólo podría usarse cuando se hicieran necesarias medidas definitivas, y fuera por ello demasiado tarde.

Pero era paciente. El más paciente de su gente.

Miles de años más tarde, cuando vio el destino que esperaba en el futuro, cuando no hubo duda alguna de cómo terminaría, comprendió que aquella era la razón por la que había sido escogido para quedarse.

Pero aquello no le ayudó en su soledad.

Ni salvó a la Tierra. Sólo Stack podía hacer tal cosa.

4

1 Y la serpiente era la más astuta de las bestias del campo que el SEÑOR Dios había creado. Y le había dicho a la mujer, ¿Esto dice Dios, que no puedes comer de todos los árboles del jardín?

2 Y la mujer le dijo a la serpiente: Podemos comer del fruto de los árboles del jardín.

3 Pero del fruto del árbol que está en medio del jardín, esto dice Dios, no comerás de él, ni lo tocarás o morirás.

4 Y la serpiente le dijo a la mujer: Ten por seguro que no morirás.

5 (Suprimido).

6 Y cuando la mujer vio que el fruto del árbol era bueno para comer y que era agradable a los ojos y que era un árbol deseable que le convertía a uno en sabio, tomó del fruto del árbol, y comió de él, y dio también a comer a su esposo; y éste comió.

7 (Suprimido).

8 (Suprimido).

9 Y el SEÑOR Dios llamó a Adán junto a sí y le dijo ¿Dónde estabas?

10 (Suprimido).

11 Y El dijo, ¿quién te ha enseñado que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol

a pesar de que te ordené que no lo hicieras?

12 Y el hombre dijo, La mujer que me diste de compañera me dio a comer y comí.

13 Y el SEÑOR Dios le dijo a la mujer, ¿Qué es lo que has hecho? Y la mujer respondió, La serpiente me sedujo, y comí.

14 Y el SEÑOR Dios le dijo a la serpiente, Porque has hecho tal cosa, eres maldita entre todas las bestias y entre todos los animales del campo; te arrastrarás sobre tu vientre y comerás polvo todos los días de tu vida:

15 Y pondré la enemistad entre ti y la mujer y entre tu semilla y la suya; y ella te pisará la cabeza, y tú le morderás los tobillos.

GÉNESIS, Cap. II

TEMAS A TRATAR

(5 puntos por cada respuesta correcta)

1. La obra de Melville «Moby Dick» empieza con las siguientes palabras: «Me llamo Ishmael». Se dice que está escrito en primera persona. ¿En qué persona habla el Génesis? ¿Desde el punto de vista de quién?

2. ¿Quién es el «chico bueno» del relato? ¿Quién es el «malo»? ¿Puedes presentar argumentos convincentes para invertir los papeles?

3. Por tradición, se dice que la manzana es el fruto que la serpiente ofreció a Eva. Sin embargo, las manzanas no son propias de Oriente Medio. Selecciona uno de los siguientes sustitutos, más lógicos, y escribe sobre cómo adquieren existencia los mitos y cómo se corrompen tras largos periodos de tiempo: aceituna, higo, dátil, granada.

4. ¿Por qué aparece siempre el vocablo SEÑOR en mayúsculas? ¿Por qué la inicial de Dios también va con mayúscula? ¿Debería ir también en mayúscula la palabra serpiente? En caso negativo, ¿por qué?

5. Si Dios lo creó todo (ver Génesis, cap. I), ¿por qué se buscó problemas a sí mismo al crear una serpiente que podía llevar por el mal camino a sus criaturas? ¿Por qué creó Dios un árbol del que no quería que Adán y Eva supieran nada, y luego se apartó de sus normas y les advirtió en contra de él?

6. Compara el mural de Miguel Ángel del techo de la Capilla Sixtina, «Expulsión del Paraíso» y «El jardín de las delicias» del Bosco.

7. ¿Se comportó Adán como un caballero al cargarle la culpa a Eva? ¿Quién hacía de colaboracionista? Habla de la condición de «chivato» como defecto de carácter.

8. Dios se enfadó cuando descubrió que había sido desafiado. Si Dios es omnipotente y omnisciente, ¿cómo es que no lo sabía? ¿Por qué no pudo encontrar a

Adán y a Eva cuando éstos se escondieron?

9. Si Dios no quería que Adán y Eva comieran del fruto del árbol prohibido, ¿por qué no se lo advirtió a la serpiente? ¿Podía prevenir Dios a la serpiente de que no tentara a Adán y a Eva? Si la respuesta es afirmativa, ¿por qué no lo hizo? Si la respuesta es no, habla de la posibilidad de que la serpiente fuera tan poderosa como Dios.

10. Mediante ejemplos sacados de dos periódicos diferentes, demuestra el concepto de «noticias tendenciosas».

5

Los vientos ponzoñosos aullaron y cayeron sobre el polvo que cubría el suelo. Allí no había nada vivo. Los vientos, verdes y mortíferos, se cernieron desde el cielo y escudriñaron la Tierra agonizante, buscando y buscando algo que se moviera, algo todavía con vida. Pero no había nada. Polvo. Talco. Piedra pómez.

Y la aguja de ónice de la montaña hacia la cual se habían estado dirigiendo Nathan Stack y la sombra durante toda la primera jornada. Cuando cayó la noche cavaron un hoyo en la tundra y la sombra lo cubrió de una sustancia lechosa que había estado guardada en la bolsa de cuello de Stack. Éste sólo había dormido a ratos, con la piedra de calentarse apretada junto al pecho y respirando por un filtro que también había estado guardado en la bolsa.

En una ocasión se había despertado a causa del ruido de unas criaturas enormes, parecidas a murciélagos, que volaban sobre su cabeza; las había observado bajar con lentitud, en amplios círculos, sobre el erial, en dirección al agujero del suelo en que se encontraba. Sin embargo, no parecieron advertir que en el hoyo estaban él y la sombra. Los grandes animales defecaron unos hilillos delgados y fosforescentes que bajaron con un brillo intenso a través de la noche y se perdieron en el llano; entonces las criaturas se elevaron de nuevo y se dejaron llevar por los vientos. Stack recuperó el sueño con dificultad.

Por la mañana, helada por la fría luz que daba a todas las cosas un tinte azulado, la sombra resurgió de entre el polvo acumulado, se arrastró por el suelo y se estiró al máximo para alcanzar la superficie batida por el viento con sus garras. Tras ella, Stack surgió también del polvo y alzó la mirada hacia la salida del hoyo, extendió la mano y pidió ayuda con un estremecimiento.

La criatura de sombras se deslizó por el suelo en lucha con los vientos que durante la noche se habían hecho más fuertes y regresó al hoyo que había sido su refugio aquella noche hasta alcanzar a la mano alzada entre el polvo. La asió y los dedos de Stack se contrajeron convulsivamente. Entonces la sombra que se arrastraba hizo fuerza y extrajo a Stack del polvo traidor.

Se echaron sobre la tierra el uno junto al otro, luchando por ver algo, luchando por respirar sin llenar los pulmones con aquella muerte sofocante.

—¿Por qué es así...? ¿Qué ha pasado? —gritó Stack contra el viento.

La criatura de sombras no le respondió, pero se quedó observando a Stack un largo rato; luego, con movimientos muy cuidadosos, alzó una mano, la puso ante los ojos de Stack y, poco a poco, haciendo garras de sus dedos, fue cerrándolos primero en forma de jaula, luego en un puño y luego en una masa compacta que era más elocuente que cualquier palabra: destrucción.

Luego empezaron a arrastrarse hacia la montaña.

6

La aguja de ónice de la montaña surgía del infierno y pugnaba por alzarse contra el cielo hecho jirones. Era de una arrogancia monstruosa. No era posible que nada hubiera intentado surgir de la desolación de las llanuras, pero aquella montaña lo había hecho, y el éxito la había acompañado.

Era como un anciano. Arrugada, vieja, con el polvo sedimentado y endurecido en sus estrías, otoñal y solitaria; negra y desolada,alzada golpe a golpe. No se entregaría a la gravedad, la presión o la muerte. Luchaba por alcanzar el cielo. Ferozmente sola, era la única silueta que rompía la línea desolada del horizonte.

En otros veinticinco millones de años, la montaña se desharía en algo tan liso y sin huellas como un delicado ónice ofrecido a la deidad de la noche. Pero hasta entonces, la acción de las llanuras polvorientas y los vientos ponzoñosos que escupían los restos de piedra pómez contra los flancos del pináculo, sólo habían servido para suavizar los vértices del contorno de la montaña, como si una intervención divina hubiera protegido la aguja.

Unas luces se movieron cerca de la cumbre.

7

Stack descubrió de qué estaban hechos los hilillos fosforescentes que la noche anterior viera defecar a las criaturas parecidas a murciélagos en la llanura polvorienta. Se trataba de unas esporas que, a la pálida luz del día, se convirtieron en extrañas plantas hemofílicas.

Cuando Stack y la sombra empezaron a avanzar a la luz de la aurora, aquellas pequeñas cosas vivientes que estaban a su alrededor advirtieron su calor y empezaron a echar brotes a través del polvo. Cuando el embrión color rojo desvaído del sol agonizante se alzó dolorosamente en el firmamento, las plantas de sangre alcanzaban

ya su estado adulto.

Uno de los tentáculos en forma de zarcillo de aquellas plantas se enroscó en torno al cuello de Stack y éste gritó. Otro zarcillo le tomó por el tobillo, impidiéndole avanzar.

Unas delgadas capas de sangre negra como jugo de zarzamora cubrían los zarcillos y dejaban sus marcas en la piel de Stack. Aquellas marcas ardían de un modo terrible.

La criatura de sombras se volvió sobre su estómago y regresó junto al hombre. Acercó la cabeza triangular al cuello de Stack y mordió el tentáculo. Cuando éste se partió, de su interior brotó sangre negra, y la sombra siguió royendo con sus dientes afilados como cuchillos hasta que Stack volvió a respirar con normalidad. Con un violento movimiento el hombre se encogió sobre sí mismo y sacó de la bolsa de cuello el cuchillo corto que le proporcionara la sombra y lo clavó repetidamente en el zarcillo que tenía asido inexorablemente al tobillo. La planta gritó al sentir la herida, con la misma voz que Stack oyera la noche anterior procedente del aire. El tentáculo herido se retiró y volvió a hundirse en el polvo.

Stack y la sombra avanzaron lentamente una vez más, con los vientres pegados a la Tierra agonizante: siempre en dirección a la montaña. En lo alto, en el cielo de color de sangre, el Pájaro de la Muerte daba vueltas en círculo.

8

En su propio mundo, habían vivido durante millones de años en cavernas luminosas de paredes grasientas, y habían evolucionado y extendido su raza por el universo. Cuando se cansaron por fin de construir el imperio, se encerraron en sí mismos y la mayor parte de su tiempo se consumía en la intrincada construcción de canciones de sabiduría y en el diseño de mundos adecuados para albergar muchas razas distintas.

También había otras razas que se dedicaban al diseño, y cuando surgía un conflicto sobre jurisdicciones, se apelaba a un arbitraje, que era presidido por una raza cuya *raison d'être* era la imparcialidad y la sabiduría en la resolución de casos conflictivos de reclamaciones y contrareclamaciones. Su honor racial dependía, de hecho, de la aplicación impecable de tales cualidades. A través de los siglos habían perfeccionado su talento en innumerables decisiones arbitrales, hasta que llegó el momento en que se convirtieron en la autoridad máxima. Los litigantes se veían impulsados a atenerse a las sentencias, no sólo porque éstas fueran siempre sabias y estuvieran cargadas de razón y creatividad, sino también porque, en el caso de que sus decisiones se tildaran alguna vez de sospechosas o parciales, la raza de los árbitros se destruiría a sí misma. En el lugar más sagrado de su mundo habían erigido

una máquina religiosa. Podía ser activada para que emitiese un tono que rompería los caparazones de cristal en que tenían que vivir. Eran una raza de criaturas delicadas, parecidas a grillos, no mayores que el pulgar de un hombre. Todos los mundos civilizados los apreciaban como un tesoro sin igual y su pérdida hubiera significado una catástrofe para el universo. Nunca se ponía en cuestión su honor ni su valor. Todas las razas acataban sus decisiones.

Por eso el pueblo de Dira entregó su jurisdicción sobre aquel mundo y lo abandonó, dejando sólo a Dira y el Pájaro de la Muerte, un cuidador especial que los árbitros habían urdido en un alarde creador durante aquel juicio.

Se conserva un registro del último encuentro entre Dira y los que le habían encargado aquella misión. Había lecturas que no podían ignorarse —y que, de hecho, los árbitros habían expuesto con urgencia a la atención de los padres de la raza de Dira— y por ello el Gran Espiral le había contado a Dira en el último instante la naturaleza del loco en cuyas manos se había dejado aquel mundo y lo que aquel loco podía hacer.

El Gran Espiral, cuyos anillos eran signos de sabiduría adquiridos a través de siglos de dulzura y percepción y meditaciones profundas que habían dado como resultado multitud de mundos diseñados con gran maestría, él que era el más santo entre la raza de Dira, honró a éste al venir a él en lugar de hacer que acudiese Dira a su presencia.

Sólo tenemos un regalo que dejaros, dijo, y es la sabiduría. El loco vendrá y mentirá y dirá: yo os he creado. Y nosotros nos habremos ido y nada habrá entre ellos y el loco salvo tú. Sólo tú puedes darles la sabiduría necesaria para vencerla cuando llegue el momento oportuno. Y luego el Gran Espiral golpeó con gran afecto la piel de Dira y éste quedó profundamente conmovido y fue incapaz de contestar. Luego le dejaron solo.

El loco llegó, y se interpuso entre Dira y ellos, y Dira les dotó de sabiduría y el tiempo pasó. Su nombre se convirtió en otro diferente de Dira, y fue llamado Serpiente, y su nuevo nombre fue despreciado, pero Dira pudo apreciar que el Gran Espiral había acertado en sus predicciones. Por eso seleccionó a uno entre ellos. Un hombre, uno de tantos, al que dotó del rayo.

Todo esto está registrado en alguna parte. Es historia.

9

Y aquel hombre no era Jesús de Nazaret. Pudo haber sido más bien Simón. No fue Gengis Khan, sino quizás un soldado de a pie de sus hordas. No fue Aristóteles, sino posiblemente uno de los que se sentaban a escuchar a Sócrates en el ágora.

Tampoco fue el cavernícola que descubrió la rueda ni el que por primera vez dejó de pintarse de azul y aplicó los colores a las paredes de la cueva. Pero pudo ser alguien cercano a él. El hombre no fue Ricardo Corazón de León, Rembrandt, Richelieu, Rasputín, Robert Fulton o el Mahdí. Fue sólo un hombre. Un hombre con el rayo.

10

En una ocasión, Dira fue al hombre. Fue muy al principio. Aquel ser tenía el rayo, pero la luz necesitaba convertirse en energía. Por eso Dira vino al hombre e hizo lo que tenía que hacer antes de que el loco se enterara, y cuando éste descubrió que Dira, la Serpiente, había entrado en contacto con el hombre, rápidamente inventó una serie de fábulas para seguir sometiéndolo a su poder.

Esta leyenda nos ha llegado bajo el nombre de la fábula de Fausto.

¿CIERTO O FALSO?

11

La luz se convirtió en energía, y por ello:

En el cuadragésimo año de su quinentésima encarnación, totalmente desconocedor de los eones de los que había formado parte, el hombre se encontró vagando por un lugar terriblemente seco bajo un disco de sol diáfano y abrasador. Era un bereber que nunca había pensado en las sombras a no ser para gozar del placer que le proporcionaban cuando las encontraba. La sombra vino a él arrastrándose por las arenas de aquel desierto como el khamsin de Egipto, el simún de Asia Menor o el harmattan, todos los cuales había conocido en sus varias vidas, de ninguno de los cuales guardaba recuerdo. La sombra vino a él en forma de sirocco.

La sombra le robó el aliento de los pulmones y los ojos del hombre se alzaron a mirarla. Luego cayó al suelo y la sombra se lo llevó abajo, abajo, a través de la arena, dentro de la Tierra.

De la Madre Tierra.

La Madre Tierra vivía. Aquel mundo de árboles, ríos y rocas tenía profundos pensamientos de piedra. Respiraba, sentía, soñaba, daba a luz, reía y se hacía contemplativa. Durante milenios, aquella gran criatura que surcaba el mar del espacio lo había hecho.

«Qué maravilla», pensó el hombre, pues nunca antes había comprendido que la Tierra era su madre. Nunca había entendido, hasta aquel momento, que la Tierra tenía vida propia, a la vez parte de la humanidad y totalmente separada de ella. Era una madre con vida propia.

Dira, la Serpiente, la sombra... llevó al hombre a las profundidades e hizo que el rayo de luz se convirtiera en energía al tiempo que el hombre se fundía con la Tierra. Su carne se deshizo y se convirtió en tierra tranquila y fría. Sus ojos brillaron con la luz que resplandece en los centros más oscuros del planeta, y vio el modo en que la madre cuida de sus hijos: los gusanos, las raíces de las plantas, los ríos que forman cascadas de kilómetros entre las grandes rocas de enormes cavernas, las cortezas de los árboles. Una vez más fue llevado al seno de la gran madre Tierra y comprendió la alegría que representaba la vida de ésta.

Recuerda esto, le dijo Dira al hombre.

«Qué maravilla», pensó el hombre...

... y fue devuelto a las arenas del desierto, sin ningún recuerdo de haber dormido, amado y disfrutado del cuerpo de su madre natural.

12

Acamparon en la base de la montaña, en una cueva de cristal verde; no era un lugar profundo, pero tenía unos ángulos muy agudos que hacían que el polvo llevado por el viento no les alcanzara. Pusieron la piedra de Nathan Stack en una escarpadura del suelo de la caverna y el calor se expandió con rapidez y les calentó. La sombra de cabeza triangular se retiró a la oscuridad y cerró el ojo y dejó que sus instintos cazadores salieran a buscar algo que comer. Un grito agudo llegó del exterior.

Mucho después, cuando Nathan Stack ya hubo comido, cuando se sintió razonablemente satisfecho y saciado, alzó la mirada hacia la oscuridad y le habló a la criatura de sombras que allí reposaba.

—¿Cuánto tiempo he estado ahí abajo...? ¿Cuánto tiempo he dormido?

La sombra respondió en un susurro:

Un cuarto de millón de años.

Stack no replicó. Aquella cifra le resultaba totalmente increíble. La sombra pareció comprenderlo.

En la vida de un mundo no existe el tiempo.

Nathan Stack era un hombre capaz de adaptarse a las circunstancias. Sonrió rápidamente y dijo:

—Debía estar muy cansado.

La sombra no contestó.

—No entiendo gran cosa de todo esto. Me está resultando condenadamente terrible. Morir, luego despertar... aquí. No entiendo...

No has muerto. Fuiste tomado y depositado ahí abajo. Cuando llegemos al final lo comprenderás todo, te lo prometo.

—¿Quién me depositó ahí?

Yo. Yo fui a ti y te encontré cuando fue el momento y te deposité allí.

—¿Soy aún Nathan Stack?

Si quieres...

—Pero, ¿lo soy o no?

Has sido tú siempre. Has tenido muchos otros nombres, muchos otros cuerpos, pero el rayo ha sido siempre tuyo.

Stack pareció a punto de añadir algo, pero la criatura de sombras añadió:

Siempre has estado en el camino de ser quien eres.

—Pero ¿quién soy? Maldita sea, ¿sigo siendo Nathan Stack?

Si quieres...

—Mira: no parece estar muy seguro de eso. Tú viniste y me despertaste; quiero decir que me desperté y tú estabas allí; por tanto, ¿quién mejor que tú puede saber cuál es mi nombre?

Has tenido muchos nombres muchas veces. Nathan Stack es sólo el que recuerdas. Hace mucho tiempo, al principio, cuando vine por primera vez a ti, tenías otro muy diferente.

Stack dudó, temeroso de la respuesta, pero acabó por preguntar:

—¿Cuál era mi nombre entonces?

Ish-lilith. Esposo de Lilith. ¿La recuerdas?

Stack hizo un esfuerzo e intentó abrir su mente al pasado, pero éste era tan insondable como el cuarto de millón de años que había pasado durmiendo en la cripta.

—No. Pero hubo muchas otras mujeres, en otras ocasiones.

Muchas. Entre ellas la que reemplazó a Lilith.

—No la recuerdo.

Su nombre... no importa. Pero cuando el loco se la llevó de tu lado y la reemplazó por la otra... entonces supe que todo acabaría así. Con el Pájaro de la Muerte.

—No quiero parecer estúpido, pero no tengo ni la más ligera idea de lo que estás hablando.

Antes de que todo acabe, lo comprenderás completamente.

—Eso ya lo has dicho antes.

Stack hizo una pausa, contempló un largo instante a la sombra y prosiguió:

—¿Cuál era tu nombre?

Antes de encontrarte me llamaba Dira.

Lo dijo en su lengua nativa. Stack no pudo pronunciarlo.

—Antes de que me encontraras... ¿Y ahora?

Serpiente.

Algo pasó deslizándose ante la boca de la cueva. No se detuvo, pero emitió un susurro como de fango húmedo engullido por un tremedal.

—¿Por qué me has puesto ahí abajo? Y antes aún, ¿por qué viniste a mí? ¿De qué rayo me hablas? ¿Por qué no logro recordar esas otras vidas o mis otras personalidades? ¿Qué quieres de mí?

Tienes que dormir. Será una escalada larga y difícil y fría.

—He dormido durante doscientos cincuenta mil años. No me siendo nada cansado —dijo Stack—. ¿Por qué me cogiste?

Después. Ahora, duerme. El sueño sirve para más cosas.

La oscuridad se acentuó alrededor de la Serpiente y se filtró alrededor de la cueva y Nathan Stack se acostó cerca de la piedra de calentarse y la oscuridad se apoderó de él.

13

LECTURA COMPLEMENTARIA

Lo que viene a continuación es el ensayo de un escritor. En él se apela claramente a las emociones. Al leerlo pregúntese qué relación tiene con el tema que estamos tratando. ¿Qué está tratando de expresar el escritor? ¿Logra transmitirlo? ¿Nos ofrece este ensayo alguna luz sobre el tema en discusión? Una vez lo haya leído, utilice el reverso de la hoja de respuestas para escribir otro de su invención (máximo 500 palabras) sobre el tema de la pérdida de un ser amado. Si no ha perdido nunca ninguno, imagíneselo.

AHBHU

Ayer murió mi perro. Durante once años Ahbhu fue mi amigo más íntimo. Fue él el responsable de que yo escribiera un relato sobre un muchacho y su perro que mucha gente ha leído. No era un animal de compañía, sino una persona. Sería imposible convertirlo en antropomorfo, pues él no lo resistiría, pero era una criatura tan absolutamente ella misma, estaba tan decidido a compartir su vida sólo con las personas que escogía, tenía una personalidad tan sólidamente formada, que resultaba imposible pensar en él como un simple perro. Aparte de las características caninas a las que se veía obligado por su pertenencia a la especie, su comportamiento era el de un ser absolutamente único.

Nos encontramos por primera vez en una ocasión en que acudí al Centro de Recogida de Animales de Los Ángeles Oeste. Yo deseaba un perro porque me sentía solo y recordaba que, cuando era niño, tenía uno de mi propiedad que siempre era mi amigo cuando nadie quería serlo. Un verano estuve en un campamento y cuando regresé descubrí que una vieja podrida del vecindario que vivía en mi misma calle lo

había hecho recoger y gasear aprovechando que mi padre había salido al trabajo. Aquella noche me deslicé al jardín trasero de la casa de la arpía y encontré una alfombra colgada del tendedero. El sacudidor de alfombras colgaba de un poste cerca de allí. Robé ambas cosas y las enterré en un descampado.

En la cola del centro de recogida de animales había un hombre delante de mí. Había traído un cachorro de sólo una semana o así. Era un puli, un perro pastor húngaro, una cosita de aspecto triste. El hombre tenía tantos entre los escombros que había llevado aquel para que alguien se hiciera cargo de él o para que lo eliminaran. Se llevaron adentro al perrito y el empleado que había tras el mostrador me preguntó qué deseaba. Le conté que quería un perro y me envió al interior, donde pude pasear un rato entre las hileras de jaulas.

Habían metido un momento antes al pequeño puli en una de ellas, y en aquel instante se veía atacado por los tres perros, mucho más grandes, que hasta aquel momento habían sido los habitantes de la jaula. Estaba hecho un ovillo en un rincón, intentando quitarse de encima a sus avasalladores compañeros. Era diminuto, pero luchaba con todas sus fuerzas. Era el enano de la camada.

—¡Sáquelo de ahí! —grité—. ¡Me lo llevo, me lo llevo, sáquelo enseguida!

Me costó dos dólares. Fueron los dos billetes más bien empleados de mi vida,

A la vuelta a casa en coche, el perro se estiró en el asiento delantero y se me quedó mirando. Yo ya había pensado vagamente en cómo llamaría al perro que comprara, pero al mirarle y ver que me devolvía la mirada se me apareció en la mente la escena de la película de 1939 «El ladrón de Bagdad», de Alexander Korda, en la que el malvado visir, interpretado por Conrad Veidt, transforma a Ahbhu, el ladronzuelo cuyo papel hacía Sabú, en un perro. En la película salían superpuestas la cara humana y la canina en el preciso instante en que la del perro tenía una extraordinaria expresión de inteligencia. El pequeño puli me observaba con aquella misma expresión.

—Ahbhu —le dije.

No reaccionó en absoluto al nombre, pero eso le traía entonces sin cuidado. Sin embargo, aquel fue su nombre desde entonces.

Nadie que viniera a mi casa le dejaba indiferente. Cuando advertía vibraciones buenas en alguien, no dudaba en acercarse y tenderse a sus pies. Adoraba que le rascasen, y a pesar de años de advertencias y reprensiones no dejó nunca de mendigar las sobras de la mesa, pues había descubierto que la mayor parte de los que venían a comer a mi casa era gente sensible incapaz de escapar a su mirada desconsolada, como la de Jackie Coogan en «El Chico».

Además, era también un fiel detector de vagos. En todas las ocasiones en las que yo encontraba a alguien que me gustaba y Ahbhu se negaba a portarse bien con él, siempre acababa por demostrarse que tal persona no valía la pena. Empecé a observar

siempre su actitud hacia los que aparecían por primera vez por mi casa y debo admitir que tenía cierta influencia en mis decisiones. Siempre recelaba de aquellos a quienes Ahbhu volvía la cola.

Había mujeres con las que había mantenido algún asunto insatisfactorio que, sin embargo, volvían de vez en cuando por la casa... a visitar al perro. Este tenía su propio círculo íntimo de amistades, con muchas de las cuales yo no tenía trato en absoluto, y entre sus compañías se contaban algunas de las actrices más hermosas de Hollywood. Había una dama exquisita que acostumbraba a enviar a su chófer a recogerlo los domingos por la tarde para ir a dar una vuelta por los rompientes de la playa.

Nunca le pregunté qué sucedía en tales ocasiones. Además, no hablaba.

El año pasado empezó a decaer su ánimo, aunque no lo advertí porque siguió manteniendo su actitud de perrito faldero hasta casi el fin de sus días. Sin embargo, empezó a dormir mucho, y no podía ni con su comida, ni siquiera con los platos húngaros que preparaban para él los magiares que vivían en mi misma calle. Se hizo patente que algo no funcionaba bien durante el tremendo susto que se llevó durante el gran terremoto de Los Ángeles del pasado año. Ahbhu no tenía miedo a nada, atacaba al océano Pacífico y se las tenía con gatos ariscos, pero el terremoto le asustó de un modo terrible, saltó a mi cama y me echó las patas al cuello. Estuve a punto de ser la única víctima del terremoto por estrangulamiento animal.

A principios de este año se pasaba el día entrando y saliendo del veterinario, y el idota decía que estaba a régimen.

Y entonces, un domingo que había salido al descampado que queda detrás de la casa, le encontré al pie de las escaleras del porche cubierto de barro y vomitando con tanta energía que lo único que devolvía era bilis. Estaba rodeado por sus propios excrementos y trataba desesperadamente de hundir el morro en la tierra para refrescarse. Apenas respiraba. Le llevé a otro veterinario.

Al principio creyeron que era simplemente senilidad... que podrían recuperarlo. Finalmente, le hicieron unas exploraciones de rayos X y vieron el cáncer que se había apoderado de su estómago y su hígado.

Pospuse el día fatal cuanto pude. De algún modo, no podía concebir un mundo sin él. Por fin, ayer fui a la consulta del veterinario y firmé los papeles de autorización para la eutanasia.

—Me gustaría pasar antes un rato con él —dije.

Lo trajeron y lo colocaron en la mesa de exploración de acero inoxidable. Había adelgazado mucho. Siempre había tenido el vientre salido, y ya no quedaba nada de aquello. Los músculos de las piernas estaban débiles y flácidos. Se dirigió hacia mí y me puso la cabeza en el sobaco. Temblaba violentamente. Le levanté el morro y me miró con aquella cara cómica que siempre me había hecho pensar en Lawrence

Talbot, el Hombre Lobo. Ahbhu sabía lo que pasaba. Genio y figura... ¿eh, viejo amigo? Sabía lo que pasaba y tenía miedo. Temblaba todo él, hasta las patas, que parecían ahora telarañas. Tenía una mata de pelo que cuando se tumbaba sobre una alfombra oscura, le hacía parecer un manguito de piel de oveja, y que hacía imposible saber en qué extremo tenía la cabeza y en cuál la cola. Estaba muy delgado, temblaba, y sabía perfectamente lo que iba a pasarle. Y a pesar de todo seguía siendo un cachorrillo.

Me puse a llorar, cerré los ojos y con la nariz sorbí las lágrimas; enterró la cabeza entre mis manos porque ambos teníamos mucha pena que compartir. Me avergoncé de no tomar las cosas tan bien como él.

—Tengo que hacerlo, pequeño. Tengo que hacerlo porque estás sufriendo y no puedes comer. Es necesario.

Pero él no quería reconocerlo.

Entonces entró el veterinario. Era un muchacho simpático que me preguntó si quería marcharme o prefería quedarme a verlo. En aquel momento Ahbhu alzó la cabeza y me miró.

Hay una escena en la película «Viva Zapata» de Kazan en la que un íntimo amigo de Zapata, el papel de Brando, ha sido condenado por conspirar con los federales. Es un amigo que ha estado con Zapata desde los tiempos de las montañas, desde el inicio de la revolución. Y entonces van a buscarle a la choza para llevarlo ante el pelotón de fusilamiento, y sale Brando, y Zapata le detiene posándole la mano en el hombro, y el amigo le dice con un tono de gran camaradería: «Emiliano, hazlo tú mismo.»

Ahbhu me miró y comprendí que era sólo un perro, pero si hubiera podido hablar con lenguaje humano, no hubiera sido más elocuente que aquella mirada que decía «no me dejes con extraños».

Por eso le sostuve mientras los veterinarios lo acostaban y el joven ceñía el elástico a su pata delantera derecha y la palpaba para localizar la vena, y le acaricié la cabeza, que se apresuró a volver en cuanto penetró la aguja. Fue imposible saber el momento en que pasó de la vida a la muerte. Simplemente recostó la cabeza en mi mano, fue cerrando lentamente los ojos y murió.

Con la ayuda del veterinario lo envolví en una sábana y me dirigí a casa con Ahbhu en el asiento de al lado, como habíamos ido a casa por primera vez once años antes. Lo llevé a la parte de atrás de la casa y empecé a cavar su tumba. Cavé durante horas, entre el llanto y los recuerdos, hablándole todavía. Era una tumba muy limpia, rectangular, con los costados bien marcados y todas las malas hierbas arrancadas a mano.

Le deposité en el hoyo y allí dentro aquel perro, que en vida había parecido tan grande, tan divertido y tan peludo, daba ahora la impresión de ser tan delicado... Y luego lo tapé y cuando tuve el hoyo bien apisonado volví a colocar en el recuadro un

pedazo de césped como el que arrancara al empezar a cavar. Y eso fue todo.

Pero no pude dejarlo con extraños.

FIN

CUESTIONES A TRATAR

1. ¿Tiene algún significado que la palabra inglesa god (dios) sea dog (perro) al revés? Si lo considera así, ¿cuál es?

2. ¿Está tratando el escritor de transferir cualidades humanas a una criatura no humana? Hable del antropomorfismo a la luz de la frase «Tú eres Dios».

3. Hable del tipo de amor que el escritor muestra en el ensayo que antecede. Compárelo con otras formas de amor; el amor de un hombre por una mujer, el de una madre por su hijo, el de un hijo por su madre, el de un botánico por las plantas, el de un ecologista por la Tierra.

14

Durante el sueño, Nathan Stack habló:

—¿Por qué me cogiste? ¿Por qué...?

15

Igual que la Tierra, su madre agonizaba.

El caserón estaba tranquilo. El doctor se había ido y los parientes habían salido a comer a la ciudad. Él se sentó al lado de la cama y la miró fijamente. Su madre parecía gris, vieja y ajada; su rostro tenía el color ceniciento del polvo de las polillas. Él se puso a llorar en silencio.

Notó la mano de la enferma sobre su rodilla y alzó la vista hasta que quedó clavada en la de ella, que le miraba fijamente.

—Pensaba que no me llamarías —dijo él.

—Me hubiera enfadado conmigo misma si no lo hubiera hecho —contestó la madre. Tenía la voz muy débil, muy suave.

—¿Cómo te encuentras?

—Me hace daño. Ese Ben no me droga muy bien.

El se mordió el labio inferior. El doctor había utilizado dosis masivas, pero el dolor era todavía más masivo. Ella dio varios respingos, como si temblores de una repentina agonía la golpearan. Como impactos. Él vio cómo la vida se escapaba por aquellos ojos.

—¿Cómo lo toma tu hermana?

Se encogió de hombros.

—Ya conoces a Charlene. Lo siente mucho, pero todo esto es para ella algo intelectual.

La madre dejó escapar una leve sonrisa por la comisura de sus labios:

—Es terrible decir esto, Nathan, pero tu hermana no es precisamente la persona más agradable del mundo. Me alegro de que tú estés aquí. —Hizo una pausa, pensativa, y añadió: —Creo que podría ser que tu padre y yo nos equivocáramos con ella en la tómbola de los genes. Charlene no está completa.

—¿Puedo hacer algo por ti? ¿Quieres un poco de agua?

—No, gracias. Me encuentro bien.

Él miró la ampolla de narcótico contra el dolor. Junto a ésta, silenciosa y mecánica sobre una toalla limpia, había una jeringa. El hijo sintió la mirada de su madre posada en él. Ella sabía en qué estaba pensando. El hombre apartó la mirada.

—Mataría a cualquiera por un cigarrillo —dijo la enferma.

Él se rió. A sus sesenta y cinco años, con ambas piernas amputadas y lo que quedaba del lado izquierdo de su cuerpo paralizado, con el cáncer extendiéndose como una crema mortífera hacia el corazón, seguía siendo la matriarca.

—No puedes fumar ni uno, así que olvídalos.

—Entonces, ¿por qué no coges esa hipodérmica y dejas que me largue de este mundo de una vez?

—Calla, madre.

—Oh, ¡Por el amor de Dios, Nathan! Si tengo suerte duraré unas horas, si no, unos meses. Ya hemos tenido antes esta conversación, y sabes que siempre acabo ganando yo.

—¿Te he dicho alguna vez que eres una especie de vieja insoportable?

—Muchas veces, pero yo te amo a pesar de todo.

El hombre se levantó y se dirigió a la pared. No pudo atravesarla, así que se volvió hacia el interior de la habitación.

—No te escaparás.

—¡Madre, por favor! ¡Jesús!

—Muy bien. Hablemos entonces de negocios.

—Es el asunto que menos me preocupa en este momento.

—Entonces, ¿de qué podemos hablar? ¿De los sublimes pensamientos que invaden a una anciana en sus últimos momentos?

—Eres espantosamente sádica, ¿sabes? Creo que estás disfrutando de todo esto de un modo enfermizo.

—¿Y de qué otra manera se podría disfrutar?

—Como una aventura.

—Lo es. La mayor de todas. Es una pena que tu padre no tuviera la oportunidad de saborearla.

—No creo que tuviera mucho interés en saborear la sensación de ser comprimido hasta morir por una prensa hidráulica.

El hombre volvió a pensar entonces en aquel suceso, porque advertía en los labios de su madre aquella ligera sonrisa.

—Sí, probablemente le hubiera gustado. Vosotros dos sois tan irreales que os hubierais sentado en un rincón y hubieseis hablado del tema, e incluso hubieseis analizado la pulpa en que quedó convertido.

—Y tú eres hijo nuestro.

Lo era, y no podía negarlo, ni nunca podría. Era duro, amable y salvaje como ellos, y tenía los recuerdos de los días en la jungla, más allá de Brasilia, y la caza en la cañada del Caimán, y los restantes días en el molino, trabajando junto a su padre. Se dio cuenta de que cuando le llegara el momento, él saborearía la muerte como lo estaba haciendo su madre.

—Dime una cosa que siempre quise saber: ¿Mató papá a Tom Golden?

—Coge la aguja y te lo diré.

—Soy un Stack, no intentes sobornarme.

—Y yo también soy una Stack y sé cuál es la curiosidad que te corroe. Utiliza la aguja y te lo diré.

El hombre se paseó nervioso por la habitación, ella le observaba con ojos brillantes como las tinajas del molino.

—Eres una puta.

—Me avergüenzas, Nathan. Tú ya sabes que no eres un hijo de puta, lo que es más de lo que tu hermana puede decir. ¿Ya había contado alguna vez que tu hermana no es hija de tu padre?

—No me lo habías dicho, pero ya lo sabía.

—Seguramente te hubiese gustado su padre. Era sueco, y a tu padre le caía muy bien.

—¿Por eso le rompió los brazos papá?

—Posiblemente. Sin embargo, nunca oí una queja del sueco. En aquellos tiempos por pasar una noche conmigo valía la pena perder ambos brazos. Utiliza la aguja.

Por fin, mientras la familia iba saltando de un tema a otro, el muchacho fue llenando la jeringa y le inyectó su contenido. La vieja abrió exageradamente los ojos cuando el narcótico le alcanzó el corazón. Antes de morir, reunió todas las energías que se le acababan y dijo:

—Bueno, una promesa es una promesa, así que te lo voy a contar. No fue tu padre el que mató a Tom Golden, sino yo. Eres un diablo, Nathan, y luchabas contra nosotros como a nosotros nos gusta ver pelear, y ambos te queríamos más de lo que

te imaginas. Excepto, maldita sea, que, hijo de perra, ya lo sabes, ¿no?

—Sí, lo sé —dijo él; ella murió. Así de poética fue aquella muerte.

16

Él sabe que venimos.

Estaban subiendo la cara norte de la montaña de ónice. La Serpiente había cubierto los pies de Nathan Stack con una especie de goma y, aunque no estaban dando precisamente un paseo tranquilo, el hombre había sido capaz de servirse de él para seguir escalando. Al llegar a un saliente en forma de espiral se habían detenido unos instantes a descansar, y allí la Serpiente le había hablado por primera vez de lo que les esperaba en el lugar adonde se dirigían.

—¿Eh?

La Serpiente no contestó. Stack se dejó caer pesadamente contra el muro del saliente. Al pie de la montaña había tenido un encuentro con unas criaturas parecidas a babosas que habían intentado asirse a la carne de Stack, pero en cuanto la Serpiente las obligó a soltarse habían vuelto a chupar las rocas. No se habían vuelto a acercar a la criatura de sombras. Más arriba, Stack entrevió las luces que parpadeaban en la cumbre y una sensación de miedo atroz encogió su estómago. Poco antes de alcanzar el saliente en el que se encontraban habían dado un rodeo para evitar una caverna horadada en la montaña en la que descansaban las criaturas semejantes a murciélagos que vieran la noche anterior. Ante la presencia del hombre y la sombra parecieron volverse locos y emitieron unas oleadas de náuseas que afectaron a Stack. La serpiente le había ayudado de nuevo y había logrado pasar. En aquel momento se hallaban detenidos y la Serpiente no respondió a las preguntas de Stack.

Tenemos que seguir subiendo.

—Porque él sabe que venimos. —Había en la voz de Nathan Stack un tono de sarcasmo.

La Serpiente empezó a moverse. Stack cerró los ojos. La Serpiente se detuvo y volvió atrás, donde él se encontraba. Stack alzó la mirada de un sólo ojo a la sombra.

—Ni un paso más.

No hay razón alguna por la que no debas saber las cosas.

—Excepto, amigo mío, que tengo la sensación de que no vas a decirme nada.

Todavía no es hora de que lo sepas.

—Mira: el hecho de que no te haya hecho preguntas no quiere decir que no quiera saber. Me has contado cosas que soy incapaz de asimilar... Cosas de una majadería increíble... Que tengo... no sé cuántos años. Tengo la sensación de que intentas decirme que soy Adán.

Así es.

—...¡Uh! —Dejó de agitarse y devolvió la mirada de la sombra. Luego, dando por bueno mucho más de lo que nunca hubiera pensado, dijo:

—Serpiente. —Nuevamente se hizo el silencio. Un poco más tarde siguió preguntando—: ¿Por qué no me das otro sueño y me dejas conocer el resto de la historia?

Debes tener paciencia. El que vive en la cumbre sabe que venimos pero he conseguido que no se entere del peligro que tú representas para él sólo gracias a que tú mismo no sabes bien quién eres.

—Entonces dime una cosa: Ese tipo de la cumbre... ¿quiere que subamos hasta allí?

Nos lo permite. Sólo porque no sabe nada.

Stack asintió, dispuesto a seguir la guía de la sombra. Se puso de pie e hizo una reverencia de mayordomo:

—Después de ti, Serpiente.

Y la Serpiente pasó delante con sus manos planas pegadas al saliente, y siguieron subiendo en espirales que les iban acercando a la cumbre. El Pájaro de la Muerte cayó en picado y se elevó otra vez hacia la Luna. Todavía había tiempo.

17

Dira vino a Nathan Stack a la hora justa de la aurora y apareció en el despacho del consorcio industrial que Stack había creado para el imperio familiar.

Stack estaba sentado en la silla neumática que dominaba el escenario donde se tomaban las decisiones de alto nivel. Estaba solo. Los demás se habían marchado horas antes, y el desnudo resplandor de las luces ocultas que brillaban apenas a través de los débiles muros daba a la sala un aspecto mortecino.

La criatura de sombras pasó a través de los muros, que a su paso se convirtieron en cuarzo rosa, para volver a lo que siempre habían sido en cuanto la sombra los atravesó.

Tienes que ir ahora, dijo la Serpiente.

Stack alzó la mirada con los ojos desorbitados de horror y en su mente se formó la imagen inconfundible de Satán, con una boca sonriente llena de colmillos, cuernos llenos de luces brillantes como caleidoscopios, cola como de cuerda terminada en una especie de flecha, enormes patas hendidas cuyas pezuñas dejaban huellas radiantes en la alfombra, ojos profundos como pozos de petróleo, tridente, capa de satén, piernas velludas de carnero y unas enormes garras en las manos. Stack trató de gritar pero ningún sonido salió de su garganta.

No, dijo la Serpiente, así no. Ven conmigo y lo comprenderás.

Había en su voz un tono de tristeza, como si Satán hubiera sido dolorosamente

agraviado. Stack hizo un violento gesto de negación con la cabeza.

No había tiempo para discutir. Había llegado el momento y Dira no podía vacilar. Hizo un gesto y Nathan Stack se elevó de su sillón neumático y dejó atrás algo que parecía ser Nathan Stack dormido, y se acercó a Dira y la Serpiente le tomó de la mano y pasaron por el cuarzo rosa y salieron de allí.

Y la Serpiente se lo llevó más y más abajo.

La Madre sufría. Durante eones había estado enferma, pero había llegado al punto en que la Serpiente sabía que era una enfermedad definitiva, y la Madre también lo sabía. Pero estaba dispuesta a esconder a su hijo, e intercedería por él en provecho de sí misma, y le escondería en lo más profundo de su ser, donde nadie, ni siquiera el loco, pudiera encontrarle.

Dira se llevó a Stack al Infierno. Y era un lugar muy placentero.

Era caliente y seguro y estaba alejado de las intrigas de los locos.

Y la enfermedad prosiguió sin remedio alguno. Las naciones se desmoronaron, los océanos hirvieron y luego se enfriaron y se cubrieron de una capa de espuma y el aire se llenó de polvo y vapores mortales y la carne se derritió como aceite y los cielos se cubrieron y se hicieron oscuros y el sol se oscureció y se fue apagando. Y la Tierra gimió.

Las plantas padecieron y se consumieron, y las bestias se paralizaron, y se volvieron locas, y los árboles se quemaron y de sus cenizas surgieron cristales que se hicieron añicos al contacto con el viento. La Tierra moría, con una muerte lenta, prolongada y dolorosa.

En el centro de la Tierra, en el punto más protegido, Nathan Stack dormía. No me dejes con extraños.

Por encima de su cabeza, no muy lejos, bajo las estrellas, el Pájaro de la Muerte daba vueltas y más vueltas, esperando la palabra.

18

Cuando llegaron al pico más alto, Nathan miró a través del frío terrible y ardiente y del polvo feroz de aquel viento demoníaco y vio el santuario de siempre, la catedral de la eternidad, el pilar del recuerdo, el puerto de la perfección, la pirámide de las bendiciones, la juguetería de la creación, la bóveda de la liberación, el monumento de la nostalgia, el receptáculo del pensamiento, el laberinto de las maravillas, el catafalco de la desesperación, el podio de las declaraciones y el horno de los últimos intentos.

En una ladera que llevaba a un pináculo estrellado vio la casa de uno de los que allí moraban —unas luces que resplandecían y parpadeaban, unas luces que podían verse desde muy lejos en la desierta superficie del planeta—, y empezó a sospechar el

nombre de quien la ocupaba.

De repente, todo fue rojo para Nathan Stack. Como si sobre sus ojos hubiera bajado un filtro, el cielo negro, las luces parpadeantes, las rocas que formaban la gran explanada en la que estaban, incluso la Serpiente, todo se hizo rojo, y el color se convirtió en dolor. Un dolor terrible que quemaba todos y cada uno de los canales del cuerpo de Stack, como si toda su sangre se hubiera transformado en fuego. Gritó y cayó de rodillas mientras el dolor se le metía en el cerebro más y más, siguiendo cada nervio y cada vaso sanguíneo y cada ganglio y cada trayectoria nerviosa. Sus huesos quemaban.

Lucha, dijo la Serpiente. ¡Lucha!

«No puedo», gritó en silencio la mente de Stack, cuyo dolor era tan grande que le impedía hablar. El fuego le lamió y le inundó y notó que se le marchitaban los delicados tejidos del cerebro. Trató de enfocar su pensamiento en el hielo. Se asió al hielo en busca de salvación, a pedazos de hielo, a montañas de hielo, a icebergs de hielo semihundidos en agua helada. Aunque su alma ardía, pensaba en el hielo. ¡Hielo! Pensó en millones de partículas de granizo que caían como una tormenta contra el huracán de fuego que invadía su mente, y hubo un punto en el que una llama empezó a ceder, un rincón que se enfrió... y se asió desesperadamente a aquel rincón, siempre pensando en hielo, pensando en bloques y pedazos y monumentos de hielo que hacía avanzar para ampliar su círculo de frío y seguridad.

Entonces las llamas comenzaron a retroceder, a abandonar sus venas, y envió hielo con el pensamiento allí donde advertía el fuego, y lo hizo revivir, y lo enterró entre hielo y agua helada.

Cuando abrió los ojos estaba todavía arrodillado pero volvía a pensar normalmente y las superficies rojas volvieron a parecer normales otra vez.

Lo intentaré de nuevo. Tienes que estar preparado.

—¡Dímelo todo! ¡No podré hacerlo si no lo sé! ¡Necesito ayuda!

Puedes ayudarte a ti mismo. Tienes la fuerza necesaria, y yo te daré el rayo.

... ¡Y de repente llegó el segundo trastorno!

El aire se volvió hediondo y se le llenó la boca de apestosos pedazos de excrementos, y la náusea que causaban le hizo sentirse enfermo. Los músculos le tiraban del esqueleto en todas direcciones y al partirse los huesos una serie de agudísimos dolores le sobrevinieron con gran rapidez, hasta confundirse en un solo y prolongado tormento. Trató de escabullirse, pero sus ojos sólo lograron hacer más grande el surtidor de luces que le golpeaba. Se desmoronó la visión de sus ojos y empezó a perder el juicio. El dolor era increíble.

¡Lucha!

Stack rodó por tierra y envió cilios y tentáculos para tocar el suelo, y durante un instante advirtió que estaba mirando a través de los ojos de otra criatura, de otra

forma de vida que no era capaz de describir. Pero estaba bajo el cielo y tal cosa le producía terror, y estaba rodeado de un aire que se había vuelto venenoso y eso le producía miedo, se estaba volviendo ciego y eso producía temor, y era... era un hombre... empezó a luchar contra la idea de ser otra cosa diferente... era un hombre y no iba a tener miedo, sino que aguantaría.

Se rehízo, se olvidó de los cilios y tentáculos y luchó por dominar los músculos. Sus huesos rotos rechinaron y tronaron por todo su cuerpo. Se esforzó por ignorar tal sensación y por fin los músculos volvieron a su posición habitual y volvió a respirar, y notó que su cabeza iba recobrando la lucidez...

Y cuando volvió a abrir los ojos era Nathan Stack otra vez.

...y llegó el tercer trastorno:

La desesperación.

Y de la más profunda miseria volvió a levantarse, para seguir siendo Stack.

...y llegó el cuarto trastorno:

La locura.

Y a pesar de la demencia más furiosa, encontró un modo de seguir siendo Stack y el quinto trastorno, y el sexto, y el séptimo, y las plagas, y los torbellinos, y los pozos de malicia, y la reducción de tamaño acompañada de una caída continua por infiernos submicroscópicos, y las cosas que se le comían por dentro, y el vigésimo y el cuadragésimo, y el aullido de su voz pidiendo que le dejaran y la voz de la Serpiente siempre junto a él, susurrando ¡Lucha!

Por fin, todo cesó.

Rápido, ahora.

La Serpiente tomó de la mano a Stack y corrió con Nathan casi a rastras hasta alcanzar el gran palacio de luz de la ladera, que brillaba espléndidamente bajo el pináculo estrellado, y pasaron por un arco de metal radiante hasta llegar a la sala de ascensión. El portal se selló tras ellos.

En los muros se advertían temblores. Los suelos, cargados de piedras preciosas, empezaron a temblar y a tambalearse. Comenzaron a caer grandes trozos de techo. El palacio tembló con una sacudida horrible y se hundió a su alrededor.

Ahora, dijo la Serpiente. Ahora es cuando lo sabrás todo.

Y se olvidó de todo lo que había alrededor. Flotando helado en el aire, las ruinas del palacio cayeron a su alrededor. Hasta el aire dejó de arremolinarse. El tiempo pasaba tranquilamente. El movimiento de la Tierra se había detenido. Todo quedó inmóvil mientras a Nathan Stack se le permitía comprenderlo todo.

(Cuenta la mitad del título final.)

1. Dios es:

- A. Un espíritu invisible dotado de luenga barba
- B. Un perrito muerto y enterrado.
- C. Todos los hombres.
- D. El mago de Oz.

2. Nietzsche escribió «Dios ha muerto». Con esto quería decir:

- A. La vida no tiene sentido.
- B. La creencia en deidades supremas ha desaparecido.
- C. Nunca hubo un Dios del que partir.
- D. Tú eres Dios.

3. La ecología es el nombre por el que se conoce también:

- A. El amor de madre.
- B. Egoísmo iluminado.
- C. Una buena ensalada con especias.
- D. Dios.

4. ¿Cuál de las frases siguientes tipifica de manera más profunda el amor?

- A. No me dejes con extraños.
- B. Te quiero.
- C. Dios es amor.
- D. Utiliza la aguja.

5. ¿Cuál de las facultades que aquí se citan acostumbra a relacionarse más con Dios?

- A. Poder.
- B. Amor.
- C. Humanidad.
- D. Docilidad.

20

Nada de lo anterior. La luz de las estrellas brilló en los ojos del Pájaro de la Muerte y a su paso por la noche dejó una sombra en la Luna.

21

Nathan Stack alzó la cara entre las manos. A su alrededor, el aire era tranquilo y el palacio seguía desmoronándose. Ahora ya sabes todo lo que hay que saber, dijo la Serpiente, al tiempo que se inclinaba hasta posar la rodilla en tierra en señal de devoción. Pero allí no estaba más que Nathan Stack para recibir tal muestra de devoción.

—¿Estuvo siempre loco?

Desde el principio.

—En ese caso, los que le entregaron nuestro mundo estaban locos, y tu propia raza estuvo también loca al permitirlo.

La Serpiente no tenía respuesta.

—Quizá tenían que suceder las cosas así —dijo Stack.

Extendió los brazos y alzó a la Serpiente sobre sus pies y tocó la cabeza de aquella criatura de sombra.

—Amigo —dijo Nathan.

La raza de la Serpiente era incapaz de derramar lágrimas. Dijo como respuesta:

He esperado más tiempo del que imaginas a que me dirigieran esa palabra.

—Lamento que llegue al final.

Quizá las cosas tenían que ser así.

En aquel instante hubo un remolino de aire, un fulgor en el palacio arruinado, y el amo de la montaña, el poseedor de aquella Tierra arruinada vino a ellos en forma de zarza ardiente.

—¿OTRA VEZ, SERPIENTE? ¿OTRA VEZ ME MOLESTAS?

Ha terminado la hora de los juegos.

—¿Y TRAES A NATHAN STACK PARA DETENERME? YO DIRÉ CUÁNDO ES HORA DE ALGO. YO SERÉ QUIEN LO DIGA; COMO SIEMPRE HA SIDO.

Y luego se dirigió a Nathan Stack:

—ESCAPA. ESCÓNDETE EN ALGÚN LUGAR HASTA QUE VENGA A POR TI.

Stack hizo caso omiso de la zarza que ardía. Movi6 la mano y el cono de seguridad en que todos ellos habían estado se desvaneci6.

—Antes de nada, encontrémosle, y luego ya sabré qué hacer.

Al viento de la noche, el Pájaro de la Muerte afilaba sus garras y surcaba los aires vacíos hacia el suelo polvoriento de la Tierra.

Nathan Stack había tenido una pulmonía en cierta ocasión. Había tenido que acudir al quir6fano, donde el cirujano había realizado una pequeña incisi6n en su

tabique pectoral. De no haber sido tan testarudo, de no haber continuado trabajando sin falta alguna mientras una vulgar infección pulmonar se iba desarrollando hasta formar un enfisema, nunca se le hubiera ocurrido ponerse bajo un bisturí, aun para una operación tan sencilla como una toractomía. Pero él era un Stack, y por eso no dudó en ir al quirófano, donde se encontraba con un tubo insertado en su cavidad torácica para drenar el pus de la cavidad pleural cuando oyó que alguien pronunciaba su nombre.

NATHAN STACK.

Lo oyó como si llegara de muy lejos, de la vastedad del Ártico; lo oyó rebotar e ir de eco en eco por un corredor sin fondo, como un cuchillo cortante.

NATHAN STACK.

Recordó a Lilith y su cabello del color del vino tinto. Recordó las horas que tardó en morir bajo la roca mientras sus compañeros de caza de la tribu acababan con los restos del oso y no atendían sus gritos y rugidos en demanda de ayuda. Recordó el impacto de la flecha disparada por la ballesta que le desgarraba la cazadora y se clavaba en su pecho cuando murió en Agincourt. Recordó el agua helada del Ohio que se cerraba sobre su cabeza y la barcaza que desaparecía de su vista sin que sus compañeros advirtieran su falta. Recordó el gas mostaza que devoraba sus pulmones mientras trataba de salir de las trincheras junto a una granja de Verdún. Recordó su mirada directa al estallido de la bomba y la sensación de que la carne de su rostro se fundía. Recordó a la Serpiente que acudía a él en su despacho y le extraía de su cuerpo como un grano de trigo de la espiga. Recordó su sueño en el centro fundido de la Tierra durante un cuarto de millón de años.

Durante décadas había oído a su madre rogarle que la liberara, que acabara con su dolor. *Utiliza la aguja*. Su voz se mezclaba con la de la Tierra que gritaba con dolor infinito que su carne había sido violada, que sus ríos se habían convertido en arterias de polvo, que sus gráciles colinas y sus verdes campos se habían transformado en cristales y cenizas. La voz de su madre y de la Madre que era la Tierra se fundieron en una sola, que a su vez se confundió hasta ser la de la Serpiente que le decía que él era el único hombre de la Tierra —el último hombre de la Tierra—, el que pondría fin al caso definitivo en que se había convertido la Tierra.

Utiliza la aguja. Acaba con la miseria de esta Tierra doliente. Ahora te pertenece.

Nathan Stack se sentía seguro del poder que tenía. Era un poder que sobrepasaba en mucho el de los dioses o Serpientes o creadores locos que clavaban agujijones en sus creaciones, que rompían sus juguetes.

NO PUEDES. NO TE LO PERMITIRÉ.

Nathan Stack caminó en torno a la zarza encendida que crepitaba impotente de rabia. La miró casi con lástima, una lástima que le hacía recordar al Mago de Oz y su enorme y ominosa cabeza separada del cuerpo que flotaba en la bruma, siempre encendida, y el pobre hombrecito que, tras la cortina, apretaba los mandos que creaban aquellos efectos. Stack caminaba alrededor del efecto con el convencimiento de que él tenía más poder que aquella cosa triste y pobre que había tenido a la raza humana en la esclavitud desde antes de que Lilith le hubiera sido arrebatada.

Y entonces salió en busca de aquel loco que se había hecho con el nombre que le correspondía a él.

23

Zarathustra descendió solo de las montañas, sin encontrar a nadie. Cuando llegó al bosque, apareció de repente ante él un viejo que había dejado su santo refugio en busca de raíces entre los árboles. Y así le habló el viejo a Zarathustra.

—No es ningún extraño para mí este caminante: muchos años ha pasado de esta manera. Se llamaba Zarathustra, pero ha cambiado. En aquella época llevaste tus cenizas a las montañas; ¿vas a traer ahora tu fuego a los valles? ¿No temes ser castigado como incendiario?

»Zarathustra ha cambiado. Zarathustra se ha vuelto niño, Zarathustra ha despertado; ¿qué quieres ahora de los durmientes? Vivías en tu soledad como entre las aguas del mar, y éste te llevaba. ¿Acaso vas a subir ahora a la orilla? ¿Acaso vas a arrastrar tu cuerpo otra vez?

Y Zarathustra respondió:

—Yo amo a los hombres.

—¿Por qué —inquirió el santo— si no fui yo al bosque y al desierto? ¿No fue por el hombre al que tanto amaba? Ahora amo a Dios, y no al hombre. El hombre es un ser demasiado imperfecto. El amor al hombre me mataría.

—¿Y qué está haciendo un santo como tú en este bosque? —preguntó Zarathustra.

Y el santo contestó:

—Hago canciones y las canto; y cuando hago mis canciones río, lloro, canto y murmuro, pues ello complace a Dios. Con mis risas, lágrimas, canciones y murmullos complazco al dios que es mi dios. ¿Pero qué nos traes como regalo?

Cuando Zarathustra escuchó estas palabras le dijo adiós al santo y añadió:

—¿Y qué tendría que darte? Mejor será que me marche deprisa antes de que requiera alguna cosa de ti.

Y así se separaron, el viejo y el hombre, riendo como niños.

Pero cuando Zarathustra estuvo lejos y solo le habló así a su corazón:

—¿Es posible? ¡Ese viejo del bosque todavía no ha escuchado la buena nueva, que *Dios ha muerto!*

24

Stack encontró al loco que caminaba por el bosque de los momentos finales. Era un viejo decrepito y cansado, y Stack se dio cuenta de que con un solo movimiento de la mano podía acabar en un momento con aquel dios. Sin embargo, ¿qué razón había para ello? Era demasiado tarde incluso para la venganza. Desde el principio había sido demasiado tarde. Por eso dejó al viejo proseguir su camino, vagar por el bosque murmurando para sí NO TE DEJARÉ HACERLO con la voz de un niño maniático o con un patético OH, POR FAVOR, NO QUIERO IR TODAVÍA A LA CAMA, AÚN NO HE TERMINADO DE JUGAR.

Y Stack regresó adonde estaba la Serpiente, que había cumplido su misión y había protegido a Stack hasta que éste había aprendido que era más poderoso que el Dios al que había adorado durante toda la historia de los seres humanos. Regresó adonde la Serpiente y sus manos se tocaron y el lazo de su amistad se selló para siempre, al fin.

Luego trabajaron juntos y Nathan Stack utilizó la aguja con un rápido movimiento de la mano y la Tierra no debió dejar escapar ni siquiera un suspiro de alivio cuando por fin acabó su dolor infinito... pero sí suspiró, y se abrió, y surgió el corazón fundido y murieron los vientos y desde las alturas Stack oyó el cumplimiento del acto final de la Serpiente: escuchó el descenso del Pájaro de la Muerte hacia la Tierra.

—¿Cuál era tu nombre? —le preguntó Stack a su amigo.

Dira.

Y el Pájaro de la Muerte se deslizó por la corteza cansada de la Tierra y abrió sus alas y las posó encima de todas las cosas y abrazó a la Tierra como una madre abraza a su hijito fatigado. Dira se situó en el suelo de amatistas del palacio envuelto en sombras y cerró su único ojo con gratitud. Dormir al fin, en el final de todo.

Todo esto sucedió, y Nathan Stack siguió mirando. Era el último, el que quedaba en el momento final, y al haber llegado a poseer, aunque hubiera sido por unos breves instantes, lo que pudo haber sido suyo desde el principio, no quería sino saber, no quería dormir sino ver. Saber al fin, en el punto final, que había hecho bien y no había errado.

25

El Pájaro de la Muerte cerró sus sobre la Tierra hasta que al fin, en el momento

final, solo hubo un gran pájaro posado sobre las cenizas muertas. Entonces el Pájaro de Fuego alzó la cabeza al cielo repleto de estrellas y repitió el suspiro de alivio que la Tierra había exhalado al morir. Y entonces cerró los ojos, escondió la cabeza bajo el ala con gran cuidado y todo terminó.

Lejos de allí, las estrellas esperaron a que el grito del Pájaro de la Muerte llegara hasta ellas para poder observar el final, por fin, de la raza de los hombres.

26

PARA MARK TWAIN.

Nacido para el exilio

Phyllis Eisenstein

Phyllis Eisenstein nos ofrece un cuento maravilloso y entretenido sobre un joven juglar con dotes de teleportación. La señora Eisenstein escribe: «Cuando asistí a la Universidad de Chicago tuve que apañármelas trabajando en una carnicería de un ghetto negro, donde cortaba la carne, y colocando bolos en una de las pistas de la bolera del departamento de Educación Física. Entonces llegué a la conclusión de que el departamento de Psicología de la Universidad nunca me enseñaría a escribir ciencia ficción, por lo que lo dejé a un año del final de la carrera. Me casé y pasé dos años por Alemania y por Michigan con mi esposo, entonces enrolado en las Fuerzas Aéreas. Cuando el Ejército le licenció, regresamos ambos a nuestro hogar de Chicago».

El sol del decimoquinto verano de Alarico le caía a plomo a éste en la cabeza mientras contemplaba el foso, el puente levadizo y los amplios muros del Castillo Real. A su alrededor se arremolinaba una fuerte ventolera que añadía una nueva capa de suciedad a sus vestidos oscuros y desgastados por el viaje, al tiempo que secaba los rastros de sudor en su rostro y su cuello. Se quitó la mochila de la espalda y sacó un laúd que tenía cuidadosamente guardado en su interior.

En aquel instante, un hombre con armadura ligera salió de la garita situada antes de llegar al puente y se quedó mirando al muchacho bajo un espectacular y enorme casco. Llevaba presta una espada de ancho filo.

—Identifícate.

Alarico se descubrió asiendo entre las manos su gorra negra y puntiaguda, inclinándose en una reverencia tan grande como se lo permitía su mochila.

—Mi nombre es Alarico, y como oficio soy juglar. Como muchos me han dicho que mis canciones tienen valor, he venido a ofrecérselas a Su Majestad y, en pocas palabras, a convertirme en uno de sus cortesanos.

El guardia gruñó:

—¿Qué armas llevas?

Los ágiles y delgados dedos de Alarico palparon el cinto de cuero que llevaba.

—Ninguna, señor, aparte de una insignificante daga que utilizo para cortar el pan y la carne. Y la pluma de mi gorra, que sirve para matar de cosquillas a mis enemigos.

—Vacía la bolsa en el suelo y dame esa cosa llena de cuerdas que traes.

Mientras Alarico demostraba que no llevaba sino una capa marrón, una camisa gris y cuatro cuerdas de reserva, el guardián examinó el laúd. Lo sacudió, lo

escudriñó, lo golpeó con los nudillos. Al final, satisfecho al observar que no había nada peligroso, se lo devolvió a su propietario al tiempo que le ordenaba recoger de nuevo sus enseres.

—¡Gunter! —gritó a continuación. Un segundo hombre que, visto su idéntico uniforme, parecía ser gemelo del primero, surgió de la garita—. Llévale dentro y déjale en el Gran Salón. Parece ser un bufón, aunque dice ser juglar. No intentes contar chistes, muchacho, porque ya tenemos un bufón.

Alarico se colgó la mochila de un hombro y el laúd del otro y siguió a Gunter por el puente. No echó ni una mirada atrás, pero con el ojo de su mente volvió a ver el sendero tortuoso y largo que le había llevado a aquel lugar. No sabría decir cuánta distancia había recorrido, pues aquel viaje se medía para él en meses, empezando aquel día gris en el bosque de Bedham. Ocho largos meses y decenas de miles de pasos le separaban de la tumba solitaria de Dall. Ocho meses por bosques y campos, preguntando la dirección a campesinos que pasaban con sus carros de heno, o a mercaderes que llevaban sus caravanas de bienes al mercado; ocho meses en los que apenas había podido intentar utilizar aquel poder mágico que poseía para hacer más rápido el viaje, puesto que necesitaba un conocimiento claro y preciso del lugar adonde se trasladaba y carecía de él por completo. Había caminado como lo hacían los hombres normales, intentando confundirse con ellos como Dall siempre le había advertido que lo hiciera, y, finalmente, había llegado al Castillo Real en busca de fortuna.

El juglar y su escolta pasaron por un pórtico y entraron en un gran patio donde alrededor de una docena de hombres semidesnudos, de gran musculatura, practicaban varias formas de combate personal. Los ojos de Alarico fueron alternativamente de los espadachines a los luchadores y a los boxeadores, y se dio dolorosa cuenta de la debilidad de su físico. Las batallas no estaban hechas para sus manos desentrenadas. Lo suyo era desaparecer, como había desaparecido del látigo de su padre.

Siete años tenía el día en que su madre muriera y su padre le revelara el temible secreto: que a Alarico le habían encontrado en la ladera de una colina cuando era un recién nacido indefenso vestido solamente con sangre. Estaba claro que era el hijo de una bruja, pues una mano ensangrentada amputada a la altura del codo lo tenía asido de los tobillos en un abrazo mortal. Los campesinos del lugar se habían atemorizado y hubo algunos que quisieron destruir al niño que seguramente era hijo de un duende o de algo peor, pero la gentil y estéril Mira quedó prendada de él desde el instante en que le vio, y se lo llevó a su casa. El marido de Mira sólo llegó a murmurar y gruñir con malhumor ante el látigo que representaba la aguda lengua de su mujer, pero acabó por aceptar el papel de padre, aunque a disgusto, hasta que ella murió. Y entonces sus dedos fuertes y nudosos asieron con voracidad el látigo.

Alarico, que había estado practicando sus poderes en secreto, desplazándose

imperceptiblemente de árbol en árbol en el bosque cercano, retrocedió aterrorizado. Cuando el terrible cable de cuero restallaba ya en su dirección, llenó su mente con la imagen de un árbol determinado, completado con las setas que crecían junto a su tronco. De repente se encontró bajo su sombra y el aroma del suelo del bosque le llenó la nariz. Nunca se atrevió a volver a su casa.

Gunter llevó al muchacho ante una puerta lateral del Palacio, el mayor edificio del interior de la fortaleza. Antes de llegar a él pasaron junto a una plataforma de madera donde un muchachito de ocho o nueve años estaba solo y sin protección alguna bajo el ardiente sol. Iba totalmente desnudo, excepto por un taparrabos, tenía la cabeza y las manos metidas en un cepo y la espalda cubierta de terribles heridas y regueros de sangre coagulada. Unas lágrimas resbalando por las mejillas eran todo el alivio que podía procurarse.

—¿Qué es eso? —preguntó Alarico a su escolta.

Gunter echó una ojeada y se encogió de hombros.

—Un paje. Debe haberse llevado algo de plata.

—¡Le juro que no lo hice, señor! —lloriqueó el muchacho—. No sé qué pasó con ella, pero yo no me la he llevado.

Alarico sintió que su corazón se llenaba de lástima, no por la supuesta inocencia del muchacho, sino por su estupidez al dejarse capturar. Robar era un arte que el joven vagabundo conocía bien, tanto el de dinero como el de gallinas o ropa, y aquel arte era lo que le había permitido sobrevivir desde el día que saliera de su casa hasta la noche en que se encontró a Dall, el juglar de la voz de plata. Y de las monedas de plata. Había escondido su dinero bajo el saco de avena que le sirviera de cama en la posada de los Tres Caballos. Había resultado muy fácil para un muchachito de dedos hábiles como los suyos hacerse con la bolsa a medianoche; había resultado muy fácil para un muchachito como él, con poderes de brujería, esfumarse hacia la seguridad del bosque. Pero la voz de Dall era demasiado atractiva y el muchachito se había encontrado a la mañana siguiente esperando con ansia escucharla otra vez.

Dall se había sentado ante su auditorio y rasgaba las doce cuerdas de su instrumento mientras cantaba tonadas de los viejos tiempos. Cuando advirtió la presencia del muchacho, sin embargo, lo cogió y se lo llevó aparte.

—No voy a hacerte daño —dijo con tono suave—, así que no tengas miedo. Si quieres aprender un par de canciones, me agradará mucho enseñártelas, pero primero tienes que devolverme la bolsa del dinero. Y luego me explicarás quién eres y cómo lo haces para desvanecerte de esa manera en el aire.

—¿Qué? —murmuró el muchacho—. Yo no tengo esa bolsa.

—Sí que la tienes. —El viejo tomó la barbilla del joven con una mano y la levantó hasta que su mirada se posó en los ojos del muchacho—. Te vi entrar en mi habitación anoche y te vi salir. ¿Cómo te llamas?

—Alarico.

—Cuéntamelo, Alarico.

Más que sus palabras fue el tono de su voz lo que consiguió abrir los labios y el corazón del muchacho; su historia se derramó como un torrente, desde el descubrimiento de su pertenencia al bosque hasta terminar, media hora más tarde, con su más reciente hazaña. Al llegar a este punto, se llevó la mano al bolsillo hasta encontrar la bolsa de Dall, a quien se la devolvió con dedos temblorosos y expresión de arrepentimiento.

—No tienes futuro robando —dijo Dall—. No importa lo cuidadoso que seas siempre, nunca tendrás ojos en la parte de atrás de la cabeza y algún día te encontrarás con un cuchillo o una flecha.

—Hasta ahora me ha ido bien.

—Pero ya has cometido tu primer error. Cualquiera que no hubiera sido yo hubiera levantado la liebre ayer noche, y en este momento serías un fugitivo de la justicia. Y nadie da refugio a un fugitivo de la justicia sobre el que pesa una pena de muerte.

Alarico hundió la cabeza en el pecho y se mordió el labio inferior.

—Pensé que dormías.

Dall pulsó pensativo las cuerdas de su laúd.

—Ayer te vi sentado en un rincón. Te pasaste el día mirándome los dedos. ¿Te interesa tanto el laúd como para querer tocarlo tú mismo?

—¡Oh, señor! Me gustaría muchísimo.

—En ese caso, resulta que necesito un aprendiz...

Y a partir de entonces viajaron siempre juntos.

«Aquí estoy, Dall —pensó Alarico—. Donde tú siempre soñaste venir cuando el ansia de ver mundo te lo permitiera. Todo sucede como tú dijiste, todo es igual a como lo describiste, hasta el patio empedrado. ¡Cuántas veces dijiste que cantaríamos para Su Majestad y hallaríamos nuestra fortuna en este lugar!»

Gunter se detuvo junto a un canalillo de agua y dejó que Alarico se lavara parte de la suciedad que llevaba en el rostro y los brazos, tras lo cual éste se cambió la camisa y hundió su gorra semidestrozada en las profundidades de la mochila. A continuación entraron en el propio Palacio.

Para utilizar sus poderes, el juglar tenía que componer una imagen mental de la posición en la que se encontraba y la de aquella que quería ir a ocupar, y ver el camino que tenía que recorrer entre ambas. Con años de práctica —a menudo en contra de los deseos de Dall y a espaldas de éste—, había llegado a acomodarse a aquellas condiciones. Así pues, aunque muchos de los que visitaban el Palacio por primera vez se sentían totalmente confusos, Alarico ni se inmutó cuando, tras muchísimas vueltas y revueltas, fueron a dar a una enorme sala de techo altísimo

llena de voces y del estrépito de la vajilla.

—Justo a tiempo para la comida —dijo Gunter—. El Rey querrá entretenimiento.

El Rey —un hombre enorme, que aún no había llegado a los cuarenta, rubio y de mejillas sonrosadas, que vestía una túnica roja recamada en oro— estaba sentado en un estrado al otro lado del salón. Devoraba una pierna de cordero que utilizaba para subrayar las frases que consideraba interesantes haciéndola ondear por encima de las cabezas de los comensales. A su izquierda se sentaba un muchacho guapo de cabello negro y vestido de azul, y a su derecha estaba la muchacha más bella que Alarico hubiera conocido nunca. Se parecía lo suficiente al chico para ser su hermana, pero donde las facciones del muchacho eran marcadas, las de ella eran finas y delicadas. Tenía los ojos grandes y verdes y la nariz ligeramente respingona. Sus labios estaban perfectamente dibujados. Su pelo, muy oscuro, era largo y lo llevaba cogido en una redcilla de seda blanca que dejaba escapar algunos zarcillos que iban a anidar sobre sus hombros. Su túnica verde de lino evidenciaba unos pechos muy bien formados y una breve cintura, remarcada con la ayuda de un pesado cinto de metal.

—¡Un juglar, dices! —bramó la voz cálida del Rey—. Ven aquí, muchacho. Siéntate y deléitanos con una canción.

—Y si es buena, te daremos de comer —dijo el bufón, un enano delgado pero con un enorme cabezón, que llevaba el tradicional traje de colores abigarrados y cascabeles, y que estaba sentado a los pies del Rey jugando a dados—. Y si es mala, te comeremos a ti. ¡Fi, fi, fo, fum!

Dio una voltereta y fue a parar frente a Alarico, donde comenzó a mirar con curiosidad el interior del agujero del laúd.

—¿Hay alguien ahí?

—Una vez vivió ahí dentro una moneda de plata. Quizá vuelva si pones tú otra para que no se sienta tan sola.

—Ya veremos si te mereces la moneda. Primero tienes que cantar.

El Rey hizo una seña a un hombre uniformado de azul que tenía detrás y éste pidió silencio en la sala. La clara voz de tenor de Alarico entonó una vieja balada que le encantaba.

En la orilla del mar del Norte
hay una torre misteriosa
largo tiempo abandonada, largo tiempo sola,
construida en las rocas desiertas
con un propósito hoy olvidado...

Al terminar, el Rey hizo un gesto con la cabeza.

—Hacía muchos años que no había oído esta canción. Hubo una vez un juglar que pasó aquí una temporada y que la cantaba muy bien. ¿Cómo se llamaba?

—Era Dall, padre —dijo la muchacha—. Hace cinco años.

La muchacha observó a Alarico con un interés medio oculto, y cuando los ojos de éste se encontraron con los de la muchacha, ella bajó los suyos. Se concentró en un fragmento de tejido de satén verde que repasó con las manos, dándole vueltas y enrollándolo con los dedos como si aquella acción fuese realmente trascendental. Alarico se sintió fascinado por la piel tersa y blanquísima de sus manos, que nunca habían sido tocadas por el sol, el viento o el trabajo, y por sus dedos delicados y afilados.

—¡Ah, sí, Dall! —exclamó el Rey—. Pasó aquí un invierno, ya recuerdo, y al llegar la primavera se esfumó. Me temo que la vida de palacio era demasiado cómoda para él.

—Era mi maestro —dijo Alarico.

El Rey emitió una risita.

—Ahora comprendo por qué desempeñas tan bien tu oficio. Ese hombre era un genio. ¿Qué ha sucedido con él?

—Hace ocho meses le mataron unos bandidos —repuso Alarico.

La princesa intentó reprimir un grito y se llevó la mano izquierda a la boca para tapársela, al tiempo que volvía la cara a un lado. El Rey frunció el ceño en signo de condolencia.

—Vaya, qué lástima. ¿Y se llegó a castigar a los culpables?

Alarico negó con la cabeza.

—Yo... fui incapaz de darles alcance.

Una vez más volvía a su mente la imagen estremecedora y vívida de la sangre roja de Dall esparcida por las hojas secas y el moho del suelo del bosque, y una vez más le producía escalofríos.

—Resulta difícil ver morir sin venganza a alguien a quien conoces. Lo comprendo, muchacho. Pero por lo menos su lugar fue ocupado por otro cuyo valor es parejo al del desaparecido. Muchacho, aquí eres más que bienvenido. Únete a la mesa.

E hizo un gesto señalando el lado izquierdo de la sala, donde se hallaban comiendo unos veinte o treinta señores con brillantes ropas. Una vez allí, advirtió que el bufón iba de un lado a otro entre la multitud, haciendo chistes y gracias, pero dirigiéndose de un modo inconfundible en su dirección. Con un último salto mortal, el bufón llegó a su lado y desplazó ligeramente la mesa con el impacto de su cuerpo, pequeño pero sólido.

—¿Y bien, juglar?

—¿Qué, bufón?

—Aquí está la moneda de plata —dijo éste, con una moneda en la mano—. Ahora enséñame a su hermana.

El joven le miró unos instantes con expresión desconcertada; al cabo de un momento recordó la referencia.

—Lo lamento, se trataba sólo de un juego de palabras. No he tenido nunca ninguna moneda dentro del laúd.

—Tch —dijo el enano—. Yo creí que con ello querías decir que eras al tiempo que cantante un poco mago o prestidigitador.

—No, no. Sólo puedo hacer desaparecer comida, y ése es el único poder de que dispongo.

—En ese caso, probaré yo. —El bufón tendió una mano vacía hacia el laúd que colgaba del hombro de Alarico y pareció sacar de él una moneda—. Ambas son tuyas, de parte del Rey, que además te invita a pasar aquí todo el tiempo que quieras, hasta que te canses.

—El mago eres tú, no yo —añadió aún Alarico.

—Ambos extremos son erróneos —replicó el bufón—. El mago está ahí —y señaló el otro extremo del salón, donde había una mesita pequeña y solitaria ocupada por un hombre de luengas barbas vestido con una larga túnica negra—. Ese es Medron, del que se dice que es un búho disfrazado. Yo así lo creo. Sin la barba, transformaría a su propia madre en un pedazo de roca. ¿El truco que te he hecho? Eso no es nada comparado con los suyos: es capaz de sacar monedas de oro de la boca del Rey. —Se aclaró la garganta y prosiguió—: Mientras antes se las haya podido arreglar para sacárselas del bolso.

—¿No es, pues, un verdadero mago?

—Hay quienes opinan así. Yo prefiero no atraer sus iras, pues no se necesita ser un mago para llenarte las ropas de polvos de pica-pica.

—¿Las ropas?

—Lo que quiero decir, muchacho, es que si tú sabes algún truco maravilloso es mejor que no lo utilices con él. Ni me pidas tampoco que yo te enseñe alguno. Medron es un buen mago. Hace oro del plomo, aunque en realidad yo no lo he visto nunca, pero eso no hará que deje de denunciarte como brujo si adivina en ti un competidor. Y ten presente que tiene infinidad de pequeños trucos para convencerte incluso a ti mismo de tu culpabilidad.

—Pero el Rey...

—El año pasado quemó a tres brujos en los muros exteriores del castillo. Y eso fue algo magnífico, puesto que la vez anterior los había quemado en el patio de armas, con lo que todo el Palacio olió a mil demonios durante una semana.

Alarico tragó saliva con dificultad.

—Gracias por el aviso. Muchísimas gracias.

—No es nada. Me gusta que el barco siga navegando sin dificultades. Tengo un mensaje para ti de la princesa Solinde: Quiere que acudas a sus habitaciones al

anochecer para que le cantes unas cuantas baladas. Es la segunda escalera a la izquierda, subes tres pisos y luego vas hacia la puerta que tiene unos cuantos pájaros esculpidos en la madera.

Luego sonrió y de un salto mortal hacia atrás se alejó de la mesa del juglar.

—Ten mucho ojo —dijo mientras se alejaba caminando con las manos—. Mi abuela también era una lechuza.

Alarico masticó mecánicamente mientras observaba al enano que se dirigía serpenteando hacia el estrado, que ahora estaba ocupado solamente por el Rey. Los príncipes hermanos se habían marchado.

Al llegar el crepúsculo, se repartieron por la sala multitud de antorchas dispuestas para encenderse, y a cada extremo del salón se cargó de leña una chimenea para prevenir el frío nocturno que se aproximaba. Los cortesanos abandonaron las mesas y se arrimaron a los dos hogares entre risas y juegos con sus enormes perros de caza, y se dedicaron a jugar a los dados. Alarico pasó un rato tocando relajadamente el laúd y luego se dirigió a la escalera que le había indicado el bufón. Al llegar al último peldaño le detuvo un guardián uniformado de azul que permanecía apostado junto a una antorcha sujeta a una pared y que iba armado con una espada.

—Me ha mandado llamar la princesa Solinde —dijo Alarico.

El guardián registró el bolso de Alarico y agitó el laúd antes de dejar paso al muchacho, y cuando el juglar se alejaba ya pasillo adelante se adelantó ligeramente sobre uno de los pies para abarcar todo el camino del joven hasta la puerta labrada con pájaros.

Alarico llamó.

El panel de roble se abrió hacia dentro y reveló la belleza de la muchacha y a su bello hermano rodeados por jóvenes criados que cuchicheaban y charlaban. Aquella multitud se abrió para dejar pasar a Alarico. Se encontró en medio de una habitación pequeña pero dispuesta con toda suntuosidad, en la que había colgados brillantes tapices que describían escenas de banquetes idealizados y opulentos. La sala estaba iluminada por docenas de largos cirios que colgaban del candelero. El suelo, en lugar de ser basto, lleno de hoyos y protuberancias, estaba cubierto por una exquisita alfombra azul y púrpura de forma ovalada y de diseño intrincado y arremolinado. Sobre la alfombra, repartidas por la sala, había varias sillas de alto respaldo tapizadas con telas de varios y brillantes colores. Sus anfitriones le indicaron con la mano que tomara asiento en una de ellas.

—Yo soy Solinde —dijo la muchacha de la piel blanca y el cabello negro. Sus labios se curvaron en una delicadísima sonrisa, una sonrisa que anunciaba la actitud y la confianza de una mujer del doble de edad que la muchacha—. Y éste es mi hermano Jeris.

Alarico hizo una reverencia, dudando todavía de si sentarse en presencia de la

realeza, aunque aquella realeza apenas tuviera la misma edad que él.

—Siéntate, por el amor de Dios —dijo el joven Jeris—. Ya has hecho que me sintiese fatigado esta tarde al verte tocar toda la canción de pie ante mi padre.

El príncipe se reclinó en la primera silla que encontró y apoyó la cabeza en uno de los brazos mientras dejaba colgar las piernas del otro.

La princesa Solinde se sentó en un diván tapizado de terciopelo y la docena de jóvenes cortesanos se esparcieron por el suelo alrededor de ella. Sólo entonces se atrevió Alarico a apoyarse ligeramente en una de las sillas.

—Dall siempre se sentaba cuando venía a hacernos compañía —dijo Jeris.

—¿Le conocisteis bien, alteza? —inquirió Alarico.

—Era un tipo perfecto. Siempre jugaba con nosotros al escondite, a las damas o a seguir al rey. Hemos esperado años y años que un día regresara.

—Bueno, basta, Jeris —interrumpió la princesa—. El juglar ha venido a entretenernos a nosotros, no nosotros a él. ¿Conoces las demás canciones de Dall?

—Todas y cada una, alteza.

—Entonces, tócanos algo alegre.

Y Alarico empezó con la divertida historia de la mujer del carnicero y el toro mágico. Mientras cantaba, advirtió que la princesa le miraba con mucha atención. Tenía los ojos azul pálido orlados por delicadas pestañas, y en aquella ocasión le miraban fijamente en lugar de apartarse como cuando cantó para el rey. La princesa le miró una y otra vez, le repasó de arriba abajo, hasta que el juglar empezó a preguntarse qué debía estar buscando.

Jeris dio un grito al término de la canción, que finalizaba con la esposa del carnicero colgada por los tobillos de las vigas de la tienda de su marido y amenazando a los clientes con un gran cuchillo en la mano.

—Dall nunca nos cantaba cosas así. Sospecho que pensaba que eran demasiado picantes para los niños.

—Sí, es verdad. Siempre nos consideró niños —murmuró ella—. Cuéntanos algo de su vida en estos últimos años.

—¿Cómo murió? —preguntó Jeris, al tiempo que se echaba hacia adelante para demostrar su gran interés—. ¿Fue en una pelea limpia? ¿Fue de igual a igual?

—¡Oh, Jeris, no hagas preguntas sobre su muerte! Ya me entristece lo suficiente como para que encima tenga que enterarme de las circunstancias que la rodearon.

La princesa echó una mirada a los jóvenes de su alrededor.

—¡Fuera! ¡Iros todos! Quiero hablar en privado con este juglar. No, tú no, Jeris. ¿Qué impresión causarías si me quedase a solas con un extraño? Que se quede también mi dama Brynit.

La sala quedó vacía en cuanto los jóvenes se levantaron y se encaminaron a toda velocidad fuera de la habitación. El último en salir cerró la puerta tras sí.

—Dinos ahora, maese Alarico —dijo la princesa con un suspiro, al tiempo que se inclinaba hacia adelante—, ¿tenía todavía el cabello tan negro y los modales tan amables y orgullosos a la vez?

—¡Bah! —murmuró Jeris—. Casi parece que desearas que en lugar de este joven juglar estuviera todavía el viejo Dall. No soportaré que vuelvas a hablar de él de esa manera, Solinde.

—Muy bien, hermano. Satisfagamos ahora tu curiosidad y ya hablaremos de la mía en otro momento. —Recogió las manos en el regazo con gran elegancia y prosiguió—: ¿Sufrió mucho, maese Alarico?

—No. Fue una flecha de caza de hoja ancha. Se desangró hasta morir en muy breve tiempo.

Alarico recordaba demasiado todo aquello y era demasiado vívido: vaciaban el bolso para contar las monedas de cobre que habían ganado en el mercado de Bedham Town, y su hombro rozaba el de Dall mientras ambos se arrodillaban junto al fuego. El aroma de las ramas de achicoria al arder casi cubría el olor más ligero de la tierra rica y negra que se extendía a su alrededor. Los grillos chirriaban en un coro sin sentido. Y entonces rasgó el aire una flecha disparada por un arco desde algún lugar a la izquierda de donde se encontraban. Alarico se desvanecía en un acto reflejo, sin pensarlo, y se encontraba en el lugar donde acamparan la noche anterior, sosteniendo todavía la mochila y un puñado de monedas. Volvía junto a Dall en un instante, pero ya era demasiado tarde. La flecha, adornada con una pluma gris, había atravesado ya el pecho del cantor, una flecha destinada a Alarico, que había pasado por el espacio que de repente había dejado de ocupar y que había dado de lleno en su amigo y maestro. Desolado, el muchacho se había echado a sí mismo la culpa de lo sucedido.

—De algún modo, fue culpa mía. Aquella flecha iba destinada a mí, pero me moví justo antes de que me diera —dijo, al tiempo que notaba cómo una lágrima resbalaba por la mejilla y la secaba con arrogancia—. Lo siento, alteza. Muchas veces pienso en ello, y siempre hace que me sienta mal. Le quería como si fuese mi padre.

Solinde suspiró y se echó atrás.

—Nosotros también le queríamos. Y siempre pensaremos en ti como una parte de él. Me alegro de que hayas venido a nosotros, maese Alarico.

—Él siempre quiso regresar, alteza. Muchas veces me hablaba de ello. Nunca me contó el porqué, pero ahora comprendo que debía ser por el gran amor que debía sentir por vos y vuestro hermano.

Mientras decía esto, cruzó los dedos con la mente para no sentirse culpable por aquella mentira piadosa. Dall siempre había dicho que la fortuna le esperaba en el Castillo Real, y ahora comprendía Alarico que se refería al mecenazgo de los herederos de la corona.

—Es... es magnífico saberlo —murmuró ella—. Será mejor que nos dejes ahora,

juglar. Se está haciendo tarde.

Alarico se levantó e hizo una profunda reverencia.

—Buenas noches, altezas —dijo.

A continuación retrocedió educadamente hacia la puerta. Una vez estuvo fuera y cerró con suavidad la pesada hoja de madera trabajada, oyó el llanto de una mujer al otro lado, y se preguntó si sería la princesa o su pequeña criada, que había permanecido sentada silenciosamente en un rincón alejado del salón en el que se desarrollara la entrevista.

El guardián apostado en lo alto de la escalera le dio permiso para bajar con un seco golpe de cabeza, y al llegar al piso principal y al Gran Salón, Alarico se encontró con que estaban en plena marcha los preparativos para la noche. Muchos de los cortesanos que habían comido en la gran mesa de la izquierda del salón no disponían de aposentos privados en el Castillo Real; se trataba de caballeros solitarios y nobles de baja categoría, sin bienes de fortuna, que buscaban la hospitalidad temporal de su señor o que pretendían una audiencia de éste. Unos cuantos eran peregrinos con ropa talar que se arracimaban en torno a una de las chimeneas como si sus huesos estuvieran perpetuamente helados. Algunos sirvientes se movían entre aquella masa con mantas y capas que disponían sobre algunos colchones y cojines que iban a servir de cama a los invitados. Uno por uno, todos los hombres se fueron situando, algunos de ellos con sus perros al lado y otros con compañeros de cama menos animalescos. Alarico se encontró solo con un edredón voluminoso y multicolor; se deslizó a un estrecho rincón junto a los peregrinos, se envolvió en el cobertor y se tumbó con la mochila por almohada y el laúd bajo la protección de su brazo.

Los peregrinos murmuraban entre ellos en voz baja.

—Escuchad el aullido del viento —dijo un anciano que tenía una enorme giba y que iba vestido con ropas bastas y una capota—. Es una noche para el diablo.

—Es noche de lluvia —replicó uno de sus compañeros, un joven que tenía un bigote rubio y que estaba totalmente desprovisto de cejas.

—¿Veis cómo se agitan las llamas? El mismísimo Innombrable saldrá esta noche con sus brujas —insistió el primero.

—¿Cuántos días nos quedan para llegar al Pozo Santo? —preguntó un tercero, un tipo moreno y canoso de unos cincuenta años.

—Dos más, y no veo la hora de llegar. Siento que el Oscuro me ronda para estrangularme.

—Bueno, abuelo, aquí estamos seguros —dijo el cuarto miembro del grupo, un joven imberbe—. Dicen que el señor Medron ha hecho alrededor de este castillo unos poderosos círculos mágicos que conjuran para siempre a los Oscuros fuera de los muros.

—No entiendo por qué nuestro Rey confía en un tipo como ése. Los brujos son diabólicos, sobrino, todos ellos. Por la noche se vuelven invisibles para cumplir sus sucios propósitos, y vuelan hasta los confines de la tierra para sus asquerosos aquelarres. De sus miembros rebosa la oscuridad como la miel de una colmena aplastada.

—Yo no he visto rezumar nada del señor Medron —dijo el joven.

—Cuando hayamos cumplido nuestra visita al Pozo Santo quizá veas las cosas de manera diferente. Mis viejos ojos son capaces de conocer a un brujo en cuanto lo ven.

Tras esto, echó una ojeada en torno a la sala con los párpados casi completamente cerrados.

Alarico advirtió que cada uno de los músculos de su cuerpo se ponía a vibrar cuando la mirada del viejo se posó sobre él. ¿Había alguna señal inconfundible que identificara visualmente a un brujo? ¿El color de un ojo, o una vibración de la nariz o el movimiento de una pestaña? ¿Había alguna señal que resultara inconfundible para un observador avezado? Alarico nunca había advertido nada especial en cuanto al físico de su cuerpo, pero quizás aquello sólo quería decir que no sabía dónde o qué buscaba. ¿Le habían lanzado aquella flecha con la pluma gris porque tenía en las manos un puñado de monedas de cobre o porque tenía una apariencia tan inconfundible de brujo que sólo podía destruirse por sorpresa y con cautela? ¿Sería mejor desaparecer inmediatamente, antes de que nadie se diera cuenta del poder que siempre sentía en su interior, que no cesaba de latir suavemente?

—Quizás el Rey tiene un talismán que obliga a Medron a estar bajo su poder —sugirió el peregrino canoso.

—Bueno, nuestro Rey es seguramente la persona más indicada para poseer un talismán de ese tipo —murmuró el viejo, que se lanzó a continuación a una exposición sobre los talismanes y sus hipotéticos atributos.

Alarico se relajó un poco. El peregrino más anciano le había mirado de frente y no había puesto mala cara. Además, aquel hombre se equivocaba también respecto a Medron. Alarico recordaba lo que le había contado el bufón de que el mago de la corte era un hábil impostor. Pero aquello no disminuía en nada el peligro auténtico que representaba el viejo peregrino: Estaba convencido de que podía identificar a los brujos, y no había manera de saber qué movimiento insignificante iba a hacer para que empezase a dar gritos. Alarico se fue preguntando cada vez con más insistencia si no se habría equivocado al venir a buscar fortuna al Castillo Real. Un desliz como aquella reacción instintiva de defensa en el bosque de Bedham le reportaría el quedar fuera de la ley y expuesto a una persecución perpetua. Durante ocho meses no había utilizado su poder ni una sola vez, y se había educado para olvidar que lo tenía siquiera, pero a pesar de ello seguía latiendo en su interior como el primer día. Contrapesó las ventajas que le reportaba la buena acogida, la compañía, la comodidad

física y la diversión infinita del Castillo Real con la existencia nómada de su infancia No había posición intermedia alguna. Era un juglar, le gustara o no, y no tenía ningún deseo de convertirse en granjero o en hombre de armas al servicio de cualquier baroncillo. Tenía que hacerse con un solo patrón con mucho dinero o vagar de pueblo en pueblo para conseguir al cabo del año unas cuantas monedas Sin compañero, esta última perspectiva no era muy halagüeña. Por eso decidió jugar su baza en el Palacio, reprimirse y aguantarse, y pretender ser una persona normal. Se sintió como un pájaro que hubiera cambiado la solitaria libertad de los cielos por la seguridad de una jaula de oro.

Volvió la espalda a los peregrinos que todavía cuchicheaban y se entregó al sueño, y entre las brumas se le apareció la cara delicada y pálida de la princesa Solinde.

Por la mañana, se obligó a sí mismo a saludar a los peregrinos y a compartir el desayuno con ellos. Les preguntó sobre su destino como si no hubiera escuchado en absoluto la conversación de la noche anterior.

—Nos dirigimos al Pozo Santo que hay en Canby —dijo el anciano—, para beber sus aguas y bañarnos en ellas y descansar.

—Os deseo que vuestro viaje se os haga corto —respondió Alarico.

—Y nosotros te deseamos a ti que tengas una buena travesía en tu viaje por este mundo, juglar —repuso el anciano, al tiempo que con sus dedos arrugados hacía el signo sagrado en el aire frente a la nariz de Alarico—. Que tu persona y tus canciones, que tuvimos el placer de escuchar ayer, permanezcan para siempre alejados del mal y del Malvado.

Alarico les observó mientras salían del Gran Salón de uno en uno, con el anciano delante y el más joven cerrando la marcha. Parecía un buen presagio, aunque muy irónico, que un peregrino tan resueltamente santo y lleno de tal odio por el diablo denunciara a un falso brujo y en cambio diera su bendición a uno verdadero.

A media mañana el Rey entró en la sala, una vez hubo desayunado en privado, para juzgar los casos civiles y criminales que se hubieran producido entre la nobleza. El bufón caminó despacio tras él arrastrando un carrito dotado de unas delicadas ruedecillas que contenía chucherías de varias clases. Se plantó a los pies del Rey y empezó a disponer las baratijas en dos montones siguiendo algún plan que sólo él podía conocer. En ocasiones, hacía juegos malabares con tres o cuatro cosas mientras Su Majestad deliberaba. Alarico observó la sesión y atendió a ella durante un rato pero al considerar que los juicios eran demasiado lentos, complejos y tediosos, se alejó con el laúd colgado del hombro. Había dejado su mochila en lugar seguro bajo el cuidado del superintendente de palacio. Se dirigió sin rumbo fijo por el corredor lleno de recodos por donde entrara por vez primera al Palacio y llegó de nuevo con gran facilidad a la puerta lateral que llevaba al patio empedrado. Allí, a la brillante

luz del sol veraniego, sus ojos quedaron deslumbrados por un instante. Cuando se aclaró su visión, advirtió a varios hombres que el día anterior habían estado practicando allí la lucha y que ahora se encontraban observando a un par de luchadores desde uno de los rincones del patio de armas. Una figura de su tamaño, vestida con una «armadura» de tela acolchada de color gris y un casco de acero, probaba su habilidad con la espada frente a un fornido hombretón vestido de azul. Ambos se atacaban furiosamente con espadas de madera, y tenían los escudos, también de madera, desconchados y rotos. Al final el más pequeño de los dos lanzó un espléndido mandoble contra el casco del más fornido y golpeó el metal con un sonido estridente. Aquello señaló el final de la lucha.

—Bien hecho, mi señor príncipe —exclamó el hombre de azul. Al quitarse el casco Alarico vio el rostro rudo y sudoroso y la cabeza calva de uno de los soldados veteranos—. Con ese golpe me hubieras segado la cabeza.

El príncipe Jeris se quitó a su vez el casco y se lo tendió a un mozo que se había adelantado para recibirlo. Su cabello negro le caía en húmedos mechones sobre la frente y respiraba con fuerza, pero sonrió con satisfacción ante su éxito y las frases que acababa de oír.

—Maldita sea, Folmar, qué calor hace. ¡Tengo que quitarme este traje enseguida!
—Un segundo paje se colocó a la espalda del príncipe y empezó a desvestirlo con prontitud y eficacia, deshaciendo primero los complejos nudos que habían mantenido la armadura en su lugar. En unos instantes Jeris estuvo en condiciones de quitarse la camisa y echar a un lado las polainas. Bajo ellas sólo llevaba la mínima expresión de un taparrabos.

—Vaya, si es el juglar —exclamó, al descubrir entre el grupo a Alarico—. Ponte a mi lado y cántame una cancioncilla corta mientras me quito el polvo de la garganta.

Jeris fue corriendo hasta la sombra escasa de un alero donde había dispuesta una mesa con quesos y vinos para refrescarse. Puso tres copas, tendió una a su contrincante e indicó que la tercera era para Alarico.

—Gracias, alteza —dijo éste.

El príncipe bajó su copa.

—Llámame señor, juglar. Lo encuentro menos formal y mucho menos remilgado que ir soltando alteza a cada frase. Todos vosotros podéis dedicaros a vuestras tareas normales.

E hizo un gesto al grupo, que se dispersó de inmediato, a excepción de dos guardianes armados que no les molestaban, a unos metros de distancia. Jeris miró a Alarico y le preguntó:

—¿Habías apostado por mí?

—No sabía que se hicieran apuestas, señor.

—Pues sí. Mi padre no lo permite, pero eso no va a acabar con la costumbre.

Creen que eso me adula.

—¿Y es cierto, señor?

—Sólo me adula el aprecio del propio Felmar —contestó, al tiempo que se servía una segunda copa y tomaba un sorbo—. Ya veo que nuestro bufón ha sido expulsado una vez más del Tribunal del Rey, como de costumbre —dijo, señalando por encima del hombro de Alarico.

El juglar se volvió y vio al enano que venía resbalando por el empedrado en su dirección, arrastrando tras de sí el carrito con las chucherías. Venía cantando:

Oh, el azul es azul y el rojo es rojo,
pero el blanco y el negro dan gris;
cuanto más tratas de tener,
más cosas se te escapan...

Dio una voltereta en el aire y aterrizó con las manos ante los dos jóvenes. Los examinó de arriba abajo.

—Un vate puede mirar a un príncipe —cantó.

Jeris se echó a reír:

—¿Qué has hecho esta vez, payaso?

El bufón se agachó y se fue dando la vuelta hasta quedar sentado con las piernas cruzadas sobre el empedrado recalentado por el sol.

—El barón Eglis... —sacó con la mano derecha un cubo azul del montón de chucherías de su carrito— que hace poco tuvo un desgraciado accidente que le privará para siempre de la facultad de conseguir un heredero legítimo, le está pidiendo al Rey... —la mano izquierda sacó una pelota— permiso para hacer de un hijo que tuvo por derecho de pernada... —se pasó la bola y el cubo a una mano y tomó una pirámide negra con la que le quedó libre— con una mujer de la que disfrutó una semana entera el año pasado... —empezó a hacer juegos malabares con las tres figuras— ...su heredero a la baronía.

La pirámide aterrizó sobre su cabeza y el cubo y la pelota fueron a parar a cada una de sus palmas. Luego pestañeó:

—Y por eso me echaron del Tribunal. Por no estar en el lugar adecuado.

—Mi padre decidió que la baronía revertirá en la Corona cuando muera Eglis.

El príncipe se volvió mientras se pasaba los nudillos de su dedo índice por la mejilla.

—¿Conoces el nombre del niño y de su madre?

El enano estaba ahora arreglando mejor el contenido de su carrito.

—La madre es Dilia, una mozuela muy hermosa, esposa de un campesino llamado Marnit. El bebé es Pon y tiene ahora cuatro meses. Jeris hizo un gesto de asentimiento.

—¿Sabes dónde está mi adorable hermanita? —dijo en un tono más ligero.

El bufón se apartó de la sombra y miró hacia el cielo con gesto de conjetura, recorriéndolo con la mirada de horizonte a horizonte y observando luego el cenit.

—¡Allí! —dijo después, señalando hacia arriba.

El príncipe salió también al sol y miró casi directamente hacia arriba, haciéndose sombra con una mano. Con la otra hizo unos gestos muy ostensibles hacia el cielo.

Alarico siguió la dirección de la mirada de Jeris hasta el torreón que dominaba la gran estructura de piedra que había junto a él, pasó la vista por dos ventanas hasta llegar a una tercera, situada a pocos palmos por debajo del tejado cónico de la alta torre.

La princesa Solinde estaba en aquella abertura y el viento hacía ondear de un lado a otro su hermoso y largo cabello.

—Haz que llegue hasta aquí tu cabello —gritó el bufón.

—Estúpido enano, ¿no ves que no alcanza a oírte? Además, no creo que llegue a vivir lo suficiente para que le pueda crecer tanto el cabello.

—¿Es que acaso la señora aprueba el que su hermano sea tan hábil con la espada, o simplemente ha puesto el cabello al viento para secarlo? ¿Quién podría decirlo desde esta distancia?

—Ármate, pedazo de bribón, y le dedicaremos un buen espectáculo de espadas de acero con las puntas bien afiladas —replicó Jeris, apoyado con indolencia contra la pared.

El enano golpeó la rodilla derecha de Jeris con dos dedos.

—Oh, señor, mi Rey me quemará probablemente si hago que su hijo pierda una pierna. Además, ¿dónde encontraría yo otro sistema de vida tan descansado?

Jeris dio unos golpecitos en la cabeza al hombrecito, lo levantó y se lo puso en el hombro izquierdo.

—Cuanto mayor me hago, más liviano te haces tú, bribón.

—Y más alto se convierte este sillón de Autoridad, alteza.

El príncipe alzó a su pequeño compañero en el aire, donde el enano dio unas cuantas vueltas y acabó poniendo los pies en el suelo.

—Ven conmigo, príncipe —dijo el bufón con los ojos bailando y las mejillas encendidas—. Seremos acróbatas ambulantes y haremos fortuna mientras vemos mundo.

Jeris se echó a reír.

—A veces creo que cuando me dices estas cosas estás hablando en serio. Ahora, juglar... —añadió volviéndose bruscamente hacia Alarico—. No me he olvidado de ti, aunque estés aquí tan silencioso. Si tienes y quisieras coger una espada de madera, podríamos ofrecerle a mi curiosa hermana algo con lo que disfrutar.

—Pero yo no sé nada de espadas, alteza...

—¿Qué? ¿No has deseado nunca probar cómo es la realidad de lo que cantas?

—Nunca he tenido esa oportunidad. Soy demasiado pobre para tener una espada.

—¡Qué destino el tuyo! ¡Siempre cantando hechos valerosos sin haberlos probado ni una sola vez! Bribón, tenemos que poner remedio a esto.

—Yo le sostendré el laúd —se ofreció el enano.

—¡Esperad, alteza! No estoy muy seguro...

—¿Y cómo te las has arreglado hasta ahora para mantenerte vivo sin saber esgrimir una espada?

—No he tenido nunca dinero que valiera la pena robar, he evitado las peleas y si tengo que hacerlo no dudo en echar a correr. Estoy totalmente seguro de que nunca se escribirá ninguna canción sobre mí.

—Bueno. Algún día puedes necesitar conocerlo, juglar, y para empezar, cuanto antes mejor. Venga, vamos a que Felmar te dé un poco de instrucción. No temas, esas espadas de madera no hacen el daño que uno podría pensar.

A pesar de sus protestas, Alarico se encontró pronto enfundado en la armadura de tela y emparejado con un joven escudero que casi sabía tan poco del arte de la espada como el mismo Alarico. Se pasaron el rato golpeándose sin sentido el uno al otro, recogieron algunos morados y al cabo de muy poco se rindieron ambos, totalmente exhaustos. Hubo algunas muestras de hilaridad cuando, a pesar de lo inofensivo que resultara en realidad aquel intercambio disparatado de golpes, Alarico dio muestras de sentirse de repente muy masculino y seguro de sí. Aquellas sensaciones permanecieron en él una vez se quitó la falsa armadura.

—Te gustó, ¿verdad, juglar? —dijo Jeris.

—Sí, sí, mi señor.

—Practica, y en primavera ya estarás en condiciones de enfrentarte conmigo. Tengo ganas de ver una nariz distinta detrás del escudo de un adversario.

La comida del mediodía fue muy parecida a la del día anterior. El Rey se sentó a una mesa baja en el estrado flanqueado por sus hijos y el juglar. Aquel día Alarico también se sentó en el salón, aunque en el extremo opuesto al ocupado por el Rey, quien le indicó que cantara mientras los demás comían. Alarico lo hizo después, cuando los demás terminaron.

La princesa apareció con la cara enrojecida y con un pañuelo blanco que le cubría el cabello y le caía por la frente. Quizá fue efecto de la luz, pero Alarico creyó ver sus ojos hinchados y enrojecidos, como si hubiera estado llorando. Habló muy poco y solamente asintió con la cabeza a las frases que se le dirigieron. Apenas tocó la comida, la mayor parte de la cual fue a parar a la pareja de mastines que había bajo la mesa. Su padre advirtió finalmente su conducta y le indicó que debía estar poniéndose enferma.

—Es sólo que no tengo hambre, padre.

—Quizá necesitas que te sangren.

—No, gracias, padre. Me encuentro bien.

Jeris se inclinó hacia ella y le murmuró algo a la oreja.

Ella se encogió de hombros y luego asintió con la cabeza.

—Padre, ¿me excusas?

En cuanto el Rey hizo un gesto con la mano, la princesa se levantó y se deslizó fuera de la habitación con un leve arrastrar de su larguísima falda.

—Es la luna, ¿sabes, padre? —dijo Jeris en voz baja.

—Ah, sí, la luna. No había pensado en eso.

—Quizás un poco de música suave le ayude a reposar...

—Bueno, hijo, ya veo que te gusta ese juglar como compañero de juegos —respondió el Rey. Luego, en tono más alto, añadió—. Una canción más, maese Alarico, y luego vete a hacer compañía al príncipe.

Un poco más tarde, ambos jóvenes cruzaron el familiar portalón esculpido de los aposentos de la princesa. En la sala estaba Solinde, reclinada en el diván de terciopelo, con los pies escondidos bajo su blusa carmesí y la cabeza y la espalda apoyadas en una docena de cojines. Tenía en las manos un paño negro en el que cosía hermosas flores de colores rojo, púrpura y azul. En una silla cercana, su dama Brynit cosía un motivo de color verde en uno de sus guantes blancos.

—Hemos venido a animarte, hermana —dijo Jeris.

—Animadme, pues, con alguna triste canción de amor y muerte —contestó ella. Alzó la mirada a Alarico y cuando sus ojos se encontraron, sus dedos, tan ocupados hasta aquel momento, se quedaron quietos.

Alarico notó un súbito calor que le invadía el cuerpo y suspiró para refrescarse en aquellos océanos sin fondo que eran los ojos azules de la muchacha. Se arrodilló, apoyó el laúd en la alfombra junto a la que estaba y alzó una mano para tocar las de ella, que descansaban como pajarillos anidados en el regazo. Tocó aquellos dedos finos y blancos, los rodeó con los suyos y se los llevó a los labios para depositar en ellos un breve beso.

—Siempre cantaré para vos lo que queráis, mi señora.

Una mano firme le tocó en el hombro. Era Jeris.

—Si por cualquier casualidad alguien entrara, me temo que nuestro querido juglar tendría contados sus días de estancia en el Castillo Real. Álzate, maese Alarico, y toma una silla.

—Perdonadme, Alteza —murmuró Alarico mientras se retiraba unos pasos.

—No hay nada que perdonar —dijo ella, mientras sus dedos volvían a la actividad del hilo y la aguja—. Nunca hablaremos de ello, ¿verdad, Brynit?

—Sí, señora —replicó la criada, reafirmando sus palabras con expresivos gestos de la cabeza.

Cómodamente reclinado en una silla de respaldo alto, el joven juglar entonó una canción de amor como si escuchase por primera vez las palabras que recitaba. Eran palabras que describían a la muchacha, que casi parecían compuestas especialmente para ella, para su cabello, sus ojos, sus labios. Mientras cantaba, el muchacho repasó el recuerdo de Dall y su interés por acudir en alguna ocasión al Castillo Real. Intentó imaginar a Solinde como Dall la había conocido: como una niña de diez años, todavía no surgida a la feminidad, pero encanto y belleza comprometedores, en cada una de sus palabras, gestos y expresiones. ¿Era sólo el mecenazgo lo que Dall pensaba conseguir allí, o había algo más?

Aquel mismo día, más tarde, el Rey mandó llamar a Alarico para que tocara para dos nobles que habían llegado de lejos para mantener una audiencia y que iban a quedarse como invitados una noche. Todavía más tarde, el joven durmió sin encontrar descanso junto al hogar del Gran Salón, y el rostro de Dall protagonizó todos sus sueños.

Pasaron los días y pasaron las semanas. Una mañana de cada dos el juglar se entrenaba con los escuderos y se empapaba de conocimientos sobre la espada y la hípica; al mediodía animaba la mesa del Rey y, tras el crepúsculo, era solicitado muchas veces para que tocara en el Gran Salón hasta que las antorchas se apagaban. Del tiempo que le quedaba, dedicaba la mayor parte a Jeris, que le había tomado como compañero en las partidas de caza de ciervos y osos y en el arte de la cetrería, que le había enseñado el juego de las damas y que había compartido en secreto con él una botella de los mejores vinos de la bodega real. También el bufón se convirtió en amigo suyo, y a pesar de su negativa inicial a enseñarle al joven los trucos de los juegos de manos, acabó por instruirle en la habilidad de hacer aparecer y desaparecer monedas y otros pequeños objetos, hasta que por fin dejó solo al juglar para que perfeccionara sus habilidades.

La única persona del Palacio con la que no estaba en relaciones cordiales, o por lo menos neutrales, era Medron el mago, aquella figura extraña, silenciosa y siniestra que comía ante una mesa exclusiva para él y que hablaba sólo con el Rey con un susurro inaudible para los demás. En algunas ocasiones, mientras cantaba en el Gran Salón, el juglar sentía los ojos de Medron clavados en su nuca, y si se volvía para comprobar lo auténtico de su sensación, encontraba siempre al hombre sentado ante su mesa u oculto en algún rincón oscuro. Aquel hombre nunca sonreía, devolvía todas las miradas con una expresión fría en los ojos. ¿Era capaz de ver aquel mago aquel «algo» de que hablara aquella noche el anciano peregrino?

Pasaron los días, y pasaron las semanas, y Medron, siempre en silencio, se convirtió en parte del paisaje impreciso del Palacio. El propio Alarico se vio mezclado en la rutina de la vida palaciega como si toda la vida hubiera formado parte de ella. Casi podía decirse que se trataba de un miembro de la nobleza compañero de

juegos del príncipe y de la princesa desde su infancia. Pero, por supuesto, había una línea más allá de la cual no se atrevía a ir, aunque se sorprendía en ocasiones a sí mismo con la tentación de saltarla.

Una mañana de las que no se entrenaba en el patio de armas fue a sentarse a una de las sillas de alto respaldo de los aposentos de la princesa, mientras ésta se dedicaba a trabajar en su bastidor rodeada de sus charlatanas criadas. Cantó una dolorida canción de amor, sin reparar en los cuchicheos y murmullos de las muchachas, sólo pendiente del impecable perfil de la princesa cuando ésta se inclinaba sobre el bastidor. Sintió el súbito impulso de acercarse a ella por detrás y besarla en la delicada curva de la nuca. Casi estuvo a punto de levantarse, hasta que de repente una súbita risa le devolvió a la realidad.

Sus dedos y labios recordaban la suavidad de la mano de la princesa y notaba todo el vigor juvenil que le corría como fuego por las venas. Ya tres doncellas le habían ofrecido sus encantos pero, aun siendo bonitas, no podían resistir una comparación con Solinde. Cada día que pasaba su imagen iba grabándose con más y más profundidad en su mente, hasta que llegó el momento en que le dominó por completo. Ella atraía su mirada como el imán atrae al hierro; cuando ella entraba en una sala, se encendían mil lucecitas de fantasía; aunque ya llegaba el otoño, ella seguía siendo el verano en el palacio.

Le sorprendía al juglar su propia y nueva actitud; hasta aquel entonces siempre había considerado a las mujeres como diversiones momentáneas. Sus propias tonadas de pasión anhelante y no correspondida, que había cantado con tanto fervor —como le había enseñado Dall—, nunca habían tenido para él significado alguno. Toda mujer que no había podido conseguir había sido siempre una mujer que no quería; cualquier otra igual le esperaba tras la siguiente colina. Campesinas y villanas, todas se confundían en su memoria; castañas, morenas y rubias, regordetas y delgadas. De algún modo, de una manera que no podía expresar conscientemente, la princesa Solinde era diferente.

Ella levantó la vista del telar.

—Aún hay otra estrofa, si recuerdo bien.

Alarico pulsó el laúd produciendo una nota falsa.

—El amante muere de nostalgia. Su dama se da cuenta demasiado tarde de que ella también le corresponde y para entonces lo único que puede hacer es llenar de flores la tumba del amado. Ya ves, alteza, por qué he preferido suprimir esa última estrofa.

—Triste destino, supongo, en el caso en que se dé por cierto que una persona pueda morir de nostalgia.

—Bueno, si a esa persona se le olvida comer...

Solinde se echó a reír.

—¡Qué parecido eres a Dall! ¡Eso es exactamente lo que se podría esperar de él!

Y entonces, como si aquella mención espontánea de un tema que había evitado tratar durante muchas semanas le hiciera perder el buen humor, la princesa se recogió en sí misma y le hizo un gesto con la mano al juglar al tiempo que le decía:

—Salid ahora, juglar. No hay duda de que mi padre requerirá pronto tus servicios.

Aquella abrupta despedida le molestó, pues había pensado en quedarse mientras tuviera voz para seguir cantando, y por ello se volvió y salió abatido entre un coro de risitas y adioses.

En la sala de abajo tenía lugar una pelea de gallos, el Gran Salón estaba lleno de los gritos de los hombres que se arracimaban en torno al círculo que se había señalado en el suelo. El propio Rey presidía y llevaba las apuestas. Al llegar el mediodía, los gallos vencidos fueron echados uno a uno al fuego para hacer la comida. Cuando estuvieron muertos todos menos uno, el Rey llamó a Alarico para que cantara algo adecuado para aquel triunfo.

Por fin llegó la tarde, se encendieron las antorchas y cuando ya nadie deseó seguir escuchando las canciones de Alarico, éste salió a descansar al patio. Hacía un fuerte viento y rodeó los hombros con la capa al cruzar el empedrado. Sobre su cabeza brillaban las estrellas, claras y frías, y la torre donde vivía la princesa parecía elevarse de la tierra a buscarlas. En la ventana de la habitación de la muchacha se veía una lucecita vacilante y amarilla, que en ocasiones parpadeaba cuando alguien pasaba demasiado cerca de ella. Alarico se imaginó a sí mismo como Solinde, vestida sólo con un camisón traslúcido, aunque con aquel tiempo hubiera sido mejor de franela. El juglar se preguntó si saldría en algún momento al balcón. ¿Cuántas noches había pasado allí como un personaje de una de sus canciones, esperando tener una última visión de ella antes de acostarse?

A su derecha, desde un parapeto con vista al campo, se acercaron los sonidos metálicos de la guardia nocturna que hacía la ronda. Por unos instantes los pasos cesaron mientras el guardián se asomaba a la tronera para ver cómo estaba el patio de armas.

—¿Quién anda ahí? —dijo el guardián, dirigiéndose al juglar de la capa oscura.

Alarico mostró el laúd en respuesta e improvisó unos versos sobre las largas y tediosas horas de la guardia nocturna y de los vigías siempre de arriba abajo.

Con una última mirada a las alturas, el joven suspiró, se estremeció y rehízo el tortuoso camino que llevaba al lugar donde dormía. A medio camino, se encontró con Brynit, la rechoncha criada y dama de compañía de la princesa, que llevaba una vela cuya indecisa llama protegía con la palma de la mano.

—Mi señora no se siente bien esta noche y desea que le recites unas cuantas canciones para ahuyentar la oscuridad, juglar —le dijo.

Alarico hizo una elaborada reverencia para esconder la excitación que tales

palabras produjeron en él.

—Si así lo desea su alteza, cantaré para ella hasta que los pájaros se levanten.

Luego le ofreció el brazo a la muchacha, que lo rechazó y comenzó a andar delante suyo.

El Gran Salón había quedado en calma mientras el joven había estado ausente y sólo los murmullos de los pajes encargados de mantener encendidas las chimeneas se destacaban entre los esporádicos ronquidos y palabras sueltas de los que dormían. Brynit subió silenciosamente las escaleras, con el borde de su vestido bien alzado por encima de las rodillas; Alarico seguía tras ella, intentando no tropezar con los silenciosos pies de la damisela. Al llegar a lo alto de la escalera vieron al guardián echado en el suelo a la luz de una antorcha prendida en la pared. Tenía doblada una rodilla y la otra pierna totalmente estirada en el suelo. El arco reposaba en su regazo y la cabeza se le inclinaba adelante y se movía de vez en cuando al ritmo de su profunda respiración.

—¿Está bien? —susurró Alarico, al tiempo que se detenía a observar el rostro de aquel hombre.

Brynit tocó al juglar en el hombro y le empujó hacia adelante perentoriamente. Luego pasó frente al guardián, que siguió sumido en la inconsciencia.

Alarico advirtió un intenso olor a vino y salvó también al guardián, al que dirigió una mirada amarga. Todavía se volvió otra vez a mirarlo cuando llegaron a la puerta labrada de las habitaciones principescas, y observó que el guardián no había cambiado de posición.

En el interior, la oscuridad había transformado la sala en una cueva tapizada de alfombras. No había nadie allí. Alarico se adelantó hacia la silla que ocupaba normalmente en sus estancias allí y depositó el laúd en el asiento.

—Por aquí —dijo Brynit.

Luego, la muchacha se quedó junto a la pared del fondo y apoyó su mano regordeta en el picaporte de una nueva habitación. La abrió.

Aquella era la habitación que daba a la ventana, el dormitorio de la princesa. Era pequeña y acogedora, con tres paredes cubiertas con paneles de lana y la cuarta, la que quedaba enfrente de la ventana, ocupada por un hogar que tenía un buen fuego encendido que proporcionaba más calor a la habitación que las dos de abajo al Gran Salón. En el centro de la habitación, sobre una alfombra redonda de color marrón, estaba la cama de la princesa.

—Buenas noches, juglar —dijo Solinde, que reposaba en un asiento acolchado cerca del fuego.

—¿Deseáis algo más, alteza? —preguntó la criada.

Solinde movió negativamente la cabeza.

Brynit hizo una reverencia y salió de la habitación, cerrando la puerta al salir.

—¿No quieres sentarte? —dijo la princesa.

Alarico echó una mirada en derredor. El único asiento libre que quedaba estaba junto a la cama, muy cerca de la ventana. Se sentó allí y se quitó la capa. Hacía una temperatura muy agradable en la habitación aunque las contraventanas estaban ligeramente abiertas para dejar entrar un poco de aire fresco.

La princesa se levantó y se acercó a él dando la vuelta a la cama y pasando frente al fuego al hacerlo. Su camisón azul celeste se hizo translúcido un instante y expuso sus contornos juveniles a los ojos de Alarico; éste dejó de respirar y pudo escuchar el latido de su corazón que le golpeaba salvajemente en las sienes. El joven se obligó a alzar la mirada al rostro de la muchacha, que estaba enmarcado por su cabello negro y suelto, en el que las llamas formaban juegos de luz rojiza.

—¿Soy bonita? —preguntó.

—Sí, Alteza. Mucho más que bonita.

Ella se le acercó más y le tocó el hombro con la mano izquierda.

—¿Te gustaría besarme?

Al juglar se le escapó la mano que, sin que fuera su voluntad, fue a posarse en las de la muchacha.

—¿Qué sucedería si entrara alguien ahora? —musitó.

—No hay nadie despierto a estas horas de la noche, ni siquiera mi padre. Ya viste al guardián. Se despertará por la mañana y simplemente pensará que ha sido una noche desusadamente corta. Además, Brynit, que me ha servido fielmente durante toda su vida, está vigilando el corredor.

—¿Qué queréis de mí, alteza?

—Nada. Todo.

La mano de la princesa se deslizó de su hombro hasta tomarlo de la nuca y se le acercó más, mucho más, hasta que su cuerpo quedó junto al respaldo de la silla.

—Tú no tienes ni idea de lo que significa ser princesa. Todo el mundo te trata con delicadeza, con gran temor de ofenderte. Nadie se atreve a tocarme aparte de mi padre, de Jeris y las doncellas. Y sin embargo soy una mujer desde hace cuatro años y quiero que me toquen y me abracen—y al decir esto llevó la mano al cabello áspero del joven—. Hubo uno que no hubiera tenido miedo de hacerlo, pero vino demasiado pronto...¿Quieres besarme, juglar? —y se arrodilló junto a la silla, su mano se deslizó por el brazo del muchacho y se posó en su rodilla.

—He querido besaros desde hace mucho tiempo, alteza —dijo Alarico al tiempo que tomaba entre sus manos el delicado rostro de la princesa y se inclinaba para posar en la frente de ésta un casto beso.

Se llenó del perfume del cabello de la princesa y creyó perder la razón. Las mejillas de Solinde ardían al contacto de sus manos, o era quizá su propia piel la que quemaba. La besó en la punta de la nariz, y luego miró sus labios entreabiertos que le

esperaban como un capullo a la espera de una mariposa. Los gustó un largo instante, y eran fríos y suaves, y entonces retiró las manos que se le habían enredado en el largo cabello de la muchacha.

—Otra vez —dijo ella.

—No, alteza. No puedo confiar en mí mismo otra vez —repuso Alarico mientras intentaba apartarla de sí con la mayor suavidad. Luego se levantó y tomó la capa y el laúd.

Ella se apretó a él, le abrazó, le retuvo con la presión de sus pechos y de sus caderas y sus muslos. Le rodeó la cintura con los delicados brazos y al alzar la cabeza su cabello formó en el pecho y en el cuello del muchacho como una red de seda.

—No me dejes —susurró.

Sus labios se encontraron nuevamente, ahora con ardor, y sus lenguas se fundieron. Las manos del juglar recobraron su habilidad y llenaron el cuerpo de la muchacha de caricias sobre el suave velo de sus ropas. La fue reclinando hasta que ambos quedaron tendidos en la cama; ella no le rechazó en ningún momento, sino que le animó acercarse y a abrazarla con más fuerza todavía. Pronto tuvo el camisón colgado de la cintura y él pudo tocar su carne desnuda mientras ella palpaba y desabrochaba los lazos de su túnica y de su jubón.

—¡Oh, ten cuidado, amor mío, soy virgen! —susurró ella, aunque su cuerpo no tenía miedo de la violencia que se iba a ejercer sobre él y se movía y retozaba bajo el del muchacho.

Por un instante, el juglar sintió una ligera resistencia en la unión de los muslos de la princesa, y un brusco movimiento le permitió traspasar aquel sello de la virginidad.

—Te quiero, Solinde —susurró mientras se movían adelante y atrás.

Y en aquel momento un sonido penetró en la neblina de su placer. Eran voces. Y pasos. El golpe de una puerta al ser abierta de par en par. El muchacho se encogió, al tiempo que desaparecía de su cuerpo toda muestra de placer. Se apartó de Solinde, saltó de la cama, buscó sus botas, su capa, su laúd...

... y se dio un fuerte golpe contra el empedrado al aparecer allí; un golpe que le hizo dolerse del hombro derecho. El laúd hizo un ligero ruido al golpear el suelo junto a él; a él le pareció que había provocado un verdadero escándalo y creyó que todo había terminado para él, hasta que se dio cuenta de que no estaba herido y sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Se ciñó de nuevo las ropas, se puso las botas y se cubrió con la capa los hombros temblorosos. Unas gotas de sudor que le recorrieron la columna vertebral le hicieron temblar y las secó con el revés de la mano. Cuando sus ojos se adaptaron por completo a la oscuridad, miró hacia el parapeto, y observó que el guardián estaba fuera de la vista en aquel momento.

Alarico se puso en pie y casi se le hundió el mundo otra vez. Tenía atada al tobillo una tira del camisón de la princesa, pues, en su prisa por escapar, casi se lo había

arrancado. Enrolló el trozo de tela y lo escondió en el agujero del laúd.

Muy por encima de su cabeza, las contraventanas de la habitación de la princesa seguían abiertas y la luz que salía de su interior reflejaba claramente la agitación que había en el dormitorio.

Allí, con la vista en la ventana, Alarico se sintió morir. Todo había terminado. En aquel mismo momento, probablemente ella estaría confesándose todo a su padre, si no le había dado un ataque de histeria al ver el maldito espectáculo de su huida, impulsado sólo por su instinto de conservación. Sus ojos se llenaron de lágrimas por primera vez en muchas semanas; no quería marcharse y no osaba quedarse. Un simple segundo le bastaba para transportarse al bosque de Bedham, donde podría echarse junto a la tumba de Dall y meditar sobre la adorable mujer que ninguno de ambos había podido conseguir. Pero se retrasó, con la mirada puesta en la alta torre, esperando contra toda esperanza que ella saliera a la ventana y dejara flotar su cabello al viento, esperando poder verla todavía otra vez.

Las contraventanas se cerraron.

—¿Todavía levantado, juglar? —oyó decir al guardián.

—A punto de retirarme —replicó Alarico, al tiempo que de un salto se refugiaba bajo el dintel de la puerta, irrazonablemente temeroso de que el hombre estuviera aprestando su arco para dispararle.

Se apretó contra la fría pared de piedra y se dijo a sí mismo una y otra vez que no era posible que se hubiera corrido la voz con tanta rapidez.

Y no se fue, sino que retomó la familiar ruta hacia el Gran Salón. Tenía un vago deseo de acudir al superintendente y recoger su mochila para calentarse un poco, para ver rostros conocidos antes de decirles adiós para siempre. En el preciso instante de entrar en el salón, el Rey cruzaba por él, con actitud furiosa, vestido con un camisón y un manto carmesí; su rostro denotaba la ira que le embargaba, pero al acercarse a Alarico, que era uno de los pocos que estaban despiertos y de pie, le dirigió un saludo y siguió adelante. El bufón corría detrás del monarca y Alarico, en un arranque de desesperación, asió al enano del brazo y le preguntó:

—¿Qué sucede? ¿Por qué está despierto el Rey a estas horas?

El enano se encogió de hombros y se llevó una mano a sus ojos soñolientos para tratar de desperezarse un poco.

—Le llegaron rumores de que la princesa estaba en la cama con un hombre, pero cuando el Rey, en su justa cólera, salió a investigar, encontró dormida a la princesa en su cama sin nadie más, con apariencia de dormir en paz y pocas ganas de despertar. ¿Y quién no a estas horas tan intempestivas? Cierta informadora que dio el soplo falso se va a encontrar mañana con un nuevo trabajo en la lavandería. Buenas noches, juglar, si es que todavía puedes volver a dormirte.

Alarico se sumió entre las sombras del lugar donde dormía habitualmente en

cuanto el cortejo real desapareció de su vista. Su mente jugaba con la idea de que estaba seguro, pero temía aceptarla pues le dominaba el temor de que todo lo que había sucedido desde que dejara a Solinde fuera el sueño del que despertaría al instante apresado por la compañía del Rey. Se pellizcó el brazo, y el dolor le pareció real. Dio un golpe en el suelo con el pie y los gruñidos de los que dormían junto a él parecieron verdaderos.

Tenía que hablar con Solinde. Tenía que explicarse con ella, defenderse, asegurarse de que ella estaba tan tranquila y falta de temor como había deducido de las palabras del enano. Pero no había modo de hacerlo; con toda seguridad habría una doncella durmiendo en su habitación a partir de aquel momento, y no se atrevía a arriesgarse ahora que, al parecer, parecía estar seguro. Encontró un saco y se envolvió en él hasta quedar sumido en un agitado sueño. En él, Solinde gritaba y le besaba alternativamente. La mañana siguiente transcurrió, como muchas otras, en el ejercicio de las armas. Alarico lo hizo muy mal y le zurraron más de lo habitual. Se encontraba nervioso y golpeaba con más furia que de costumbre, pero cuando terminó el ejercicio se sintió menos tenso. Jeris y él fueron a tomar unos tragos de vino a la sombra de un alféizar y el príncipe le comentó:

—¿No te despertó el jaleo de ayer por la noche? Creí que no iba a poder dormirme otra vez.

Alarico asintió, y el príncipe añadió entre risas:

—Mi padre se puso de muy mal humor por haberle despertado por nada.

Un estrépito procedente del otro lado del patio de armas, acompañado de una gran explosión de murmullos de los que contemplaban la escena, hizo que los dos jóvenes alzaran la mirada en aquella dirección. El mago Medron, flanqueado por cuatro guardianes armados de alabardas, se aproximaba hacia ellos. Su larga túnica negra bordada en rojo y amarillo con símbolos astrológicos, se arrastraba por el empedrado levantando una nube de polvo. Llevaba las manos extendidas hacia delante y sostenía en ellas una cuerda de satén blanco e hilo de oro. Al llegar frente a Alarico y el príncipe se detuvo e hizo unos cuantos pases mágicos en el aire con la cuerda mientras murmuraba unas cuantas palabras ininteligibles. A continuación, y con gran habilidad, pasó un lazo por el puño derecho del juglar y apretó la cuerda.

—Alarico el juglar —entonó—, en nombre de todo lo que es sagrado, te prendo para someterte a juicio ante el Tribunal del Rey bajo la acusación de brujería.

En el exterior, la aurora apenas había salido sobre el patio de armas, pero en las oscuras profundidades del Castillo Real regía la noche eterna. Las vacilantes antorchas formaban sombras extrañas en los relieves de las paredes y en el aire flotaban lamentos como espirales de humo. Brynit, la confidente de la princesa, bajaba con sumo cuidado hacia el refugio alquímico subterráneo de Medron el mago.

Las escaleras de piedra que llevaban allí resbalaban a causa de la humedad y los hongos, y cuando apoyaba las manos en las paredes para no perder el equilibrio, las retiraba sucias y pegajosas. A cada paso contenía la respiración y escuchaba atentamente, pero el sonido más fuerte que percibía era el latido aterrorizado de su propio corazón.

Finalmente alcanzó la puerta de roble de la cámara de Medron. Un pesado picaporte colgaba a la altura de sus ojos. Lo asió, lo echó atrás y lo dejó caer con un ruido apagado. Pasaron unos largos instantes y la puerta terminó por abrirse lentamente, hacia adentro, mostrando a Medron enfundado en una túnica gris llena de manchas de todas formas y colores.

—¿Qué quieres? —dijo el mago.

Brynit hizo una nerviosa reverencia y dijo:

—Necesito un encantamiento, señor Medron. Un encantamiento poderoso contra un brujo.

El mago la miró con fiereza.

—Entra —le dijo, apartándose a un lado para dejarla pasar.

En el interior se encontró con una sala cálida, relativamente más seca que la escalera, con largas mesas, vasijas de formas extrañas y vidrios que contenían líquidos de colores, unos humeantes y otros transparentes. En el fondo de la sala había una gran chimenea que de algún modo conectaba con uno de los hogares del Gran Salón, y a través del cual en ocasiones emanaban olores insoportables. Un grande y brillante fuego llenaba la chimenea. Junto al techo, en las esquinas de la habitación, había respiraderos por los que penetraba un aire fresco y puro.

Medron se sentó en uno de los taburetes que había cerca del fuego e indicó a Brynit que tomara asiento en el otro.

—Debéis decirme quién es ese brujo y por qué le teméis.

—Es él —dijo Brynit—. Es Alarico el juglar. Tiene hechizada a mi señora y esta noche se las ha arreglado para visitarla en su dormitorio una vez Su Majestad se retiró a dormir.

Medron se encogió de hombros.

—Pero eso no son sino naderías de juventud.

Brynit estrujó sin misericordia alguna su pañuelo.

—Yo también lo pienso así. He sido la doncella de mi señora casi desde que nació y para mí es como una hermana, casi diría como una hija. Yo vi a ese joven y vi la mirada que ella puso en él y me dije, no está mal el tipo... pero Su Majestad me cortaría la cabeza si permitiera que esta fantasía siguiera. Ese muchacho es vulgar y de clase baja y difícilmente sería un buen amante para mi señora. Esta lloró y pidió y mandó hasta que al final le dije que la ayudaría; le pusimos al guardián de la escalera una droga para dormir que mi señora conservaba de cuando tuvo los vapores. El

muchacho subió y les dejó solos.

Medron se mesó las barbas.

—¿Y?

La doncella se revolvió en el taburete y pataleó con los pies como los niños.

—Hay una abertura en la pared que separa el salón del dormitorio... Y yo había dispuesto las colgaduras de las paredes de modo que podía ver de una parte a otra. Cuando estuve segura de que... Cerré la puerta y llamé a Su Majestad de inmediato, y luego volví a espiar —para entonces el pañuelo ya estaba atado alrededor de los dedos—. Cuando el Rey entró en la cámara hizo muchísimo ruido y yo vi al chico... ¡vi al chico salir volando por la ventana!

Medron la miró de repente.

—¿Qué?

—Sí, sí. Salió volando por la ventana y mi señora se desmayó.

El mago empezó a pasear arriba y abajo junto al fuego.

—Mira, eso que me dices es una acusación muy grave. ¿Recuerdas exactamente lo que pasó?

—¡Oh, sí! ¡Con toda exactitud! El juglar voló hasta su capa y su laúd, que estaban en una silla al lado de la cama, las asió y se fue por la ventana. Cuando entramos todos en la habitación, ya no estaba. El Rey no llegó a verle y por eso creyó que no había habido nadie. Yo no me atreví a hablar, señor Medron, hasta tener un hechizo protector. Tengo tanto miedo... si no tengo un buen hechizo me convertiré en rana, ¿no es cierto?

—Puede ser. —Medron fue hasta la mesa más cercana y se quedó al lado dando golpecitos con la punta de los dedos en su lisa superficie—. ¿Cuándo fue todo eso?

—Ha sido esta misma noche. El Rey me ha amenazado con enviarme a la lavandería por mentirosa. ¡Ayudadme, os lo ruego! —dijo la doncella al tiempo que se ponía de rodillas ante el mago—. Le daré todo lo que tengo. ¿Qué necesitaría si me convirtiera en rana? ¡Todo lo que usted desee, mi señor!

Medron bajó la mirada a aquella mujer de cortas luces, regordeta y sencilla, que lloraba a sus pies.

—No voy a hacer esto por ti, moza estúpida, sino por ella. Ven, voy a darte un amuleto para que te lo cuelgues al cuello, y con él dormirás tranquila. Por la mañana me ocuparé de llevar este asunto ante el Rey.

—¿Qué es esto? —dijo Jeris.

Alarico se quedó paralizado y lo único que se le ocurrió hacer fue mirarse la muñeca enlazada. Aquella cuerda no representaba nada; si así lo quería podía desaparecer con ella, o con un poco más de concentración, dejarla colgando sin nada entre los dedos de Medron. Era un símbolo, sin embargo, del reinicio de su vida de vagabundo, que durante tanto tiempo había intentado dejar atrás y de la que, por una

noche, pareció haberse liberado.

—Tú me acompañarás —dijo el mago.

Alarico miró a Jeris y se encogió de hombros.

—¡Lo prohíbo! —dijo el príncipe—. ¡Dame las razones que tengas para tan vil acusación!

—Lo haré ante el Tribunal del Rey, y haréis bien en refrenar vuestra lengua mientras se cumplen las órdenes del Rey.

El rostro de Jeris enrojeció, pero finalmente se contuvo y dejó que el mago y los guardas se llevaran a Alarico al interior.

Alarico se inclinó a tomar el laúd, que había quedado en uno de los rincones del patio, pero uno de los guardas se lo arrancó de las manos y se lo quedó. El muchacho volvió a encogerse de hombros. Se veía con un futuro nada halagüeño; esperaría a verla una vez más, y luego se desvanecería delante de toda la corte, llevándose quizá con él un pedazo de suelo como gesto de despedida. Pensó con nostalgia en tomar a Solinde en brazos y llevársela a vivir en algún país extranjero, pero sabía que tal cosa era imposible, pues siempre estaría demasiado bien guardada, demasiado defendida. Incluso si utilizaba su poder para llegar a su lado, antes de levantarla del suelo para estar seguro de poder transportar su cuerpo le empalarían una docena de lanzas. No, se iría solo y tendría que hacer durar aquel último recuerdo de la princesa toda la vida, vida que pasaría escapando del Rey.

—¿Y qué tienes que alegar en tu defensa, brujo? —exclamó el Rey en cuanto llegó al Gran Salón.

—Solamente que nada de eso es cierto —contestó el juglar con suavidad al tiempo que llegaba al pie del trono y le dedicaba una reverencia.

—¡Que entre el primer testigo!

El guardián de lo alto de la escalera, el que se había quedado dormido, se adelantó y se arrodilló ante el Rey.

—Yo no vi pasar a nadie, Su Majestad. Si el juglar entró en la cámara de la princesa, debió hacerse invisible para lograrlo.

—¡Que entre el segundo testigo!

El guardián nocturno de la muralla se presentó.

—Vi al juglar en el patio de armas cuando ya no quedaba nadie despierto. Durante las cinco rondas anteriores no estaba allí cuando pasé; entonces oí el ruido del laúd y vi una figura entre las sombras. Di una voz y me contestó la del juglar, al que luego vi dirigirse hacia dentro.

—¡Que entre el tercer testigo!

Brynit se adelantó. Llevaba sobre el pecho, colgado del cuello, un llamativo amuleto de colores rojo y amarillo.

—Irrumpió en nuestros aposentos cuando mi señora se preparaba para irse a la

cama, Majestad. Yo me sentí embrujada, impulsada a regresar a la antecámara. Entonces la puerta del dormitorio se cerró y la llave giró por sí misma —se levantó y echó una mirada a Alarico en actitud desafiante—. Llamé al guardián de la escalera para que avisara a Su Majestad. Al ver que estaba sumido en una especie de estupor embrujado llamé al de abajo, y mientras venían corriendo yo intenté forzar la puerta, que no cedió. Por lo menos, recordé que había un agujero para espiar que se utilizaba cuando se encerraba a los prisioneros políticos en la torre, así que observé lo que ocurría en la cámara de la princesa. Mi señora estaba inerte, mientras el brujo se afanaba sobre su pobre y puro cuerpo. Yo me puse a gritar y a invocar al Santísimo, pero nada de todo ello afectó al poderoso brujo. Luego, al llegar Su Majestad —dijo mientras asía con fuerza el amuleto— vi al brujo recoger el laúd y la capa y salir volando por la ventana, que tras su paso se cerró con un gran ruido.

—¡Oh, padre, eso es monstruoso! —exclamó Solinde mientras se liberaba de los brazos de las damas que la habían retenido en un rincón oscuro junto al trono. Corrió hacia el estrado y llegó al pie de las gradas con las mejillas llameantes de rabia, hasta que el Rey se alzó y la tomó por la manga de su vestido azul y la apartó—. ¡No es un brujo! —repitió entre lágrimas la princesa.

—Ni tú virgen —replicó el Rey—. Si no fue la noche pasada, ¿cuándo fue?

Ella rehuyó la mirada y sus ojos se posaron sobre los de Alarico, que permanecía de pie a pocos pasos de ella.

—¡Oh!, ¿por qué no te has ido? —murmuró.

—Bueno, hija —dijo el Rey al tiempo que con una mano hacía un gesto pidiendo silencio—. Tu mente embrujada está oscurecida por un falso amor hacia este demonio —y añadió, ahora en un tono más amable—: El señor Medron te curará con el mismo éxito que ha tenido al capturar y someter a juicio a este brujo.

Luego dejó a su hija en manos de una dama de compañía que se había acercado a toda prisa y prosiguió:

—Veamos, brujo: esa torre es escarpada; sólo hay una manera de entrar que no sea por las escaleras, y es volando, y nuestra fiel Brynit nos ha confesado que te vio volar. Así pues, ¿tienes algo que decir?

Alarico estaba todavía mirando a Solinde, grabando aquella visión del amor que la princesa sentía por él en lo más hondo de su corazón.

—Yo sólo digo que esa fiel Brynit es una mentirosa. Yo no puedo volar más de lo que vos podéis.

—Las pruebas están en contra tuya, brujo. ¿Tienes algo que añadir antes de que dicte sentencia?

Por un instante lo que más le apeteció a Alarico fue echarse a reír. Si un grupo de cómicos se hubiera atrevido a representar aquella situación en una farsa, Alarico habría ayudado a que les expulsasen del escenario. Suspiró y dijo:

—¿Puedo coger el laúd?

Medron se adelantó, con una mano asida todavía a la cuerda que se cernía en torno a las muñecas de Alarico.

—Estoy muy interesado en ese laúd —dijo—. La doncella ha atestiguado que fue tras tornar el laúd cuando salió por la ventana. ¿Puedo estudiar el instrumento?

El Rey asintió y Medron se llevó la cuerda al cinturón para dejar libres ambas manos, con las que recibió el laúd. Lo repasó de arriba abajo, lo sacudió con curiosidad y luego introdujo con gran habilidad sus descarnados dedos entre las cuerdas. Advirtió el pedazo de tela blanca y logró recuperarlo y mostrarlo a la vista de todos.

—¡La suave tela que fue arrancada del camisón de la princesa! —exclamó Brynit—. ¡Esta mañana me he fijado al hacer la cama de la señora!

—Creo que podemos asumir —dijo Medron con el retal entre los dedos y aspecto de acritud— que éste es el objeto mediante el cual controla a la princesa, con ayuda del laúd. Como parte del tratamiento para su curación, quemaremos ambas cosas.

—Y haremos lo mismo con su encantador —anunció el Rey, al tiempo que se levantaba.

Apenado ante la pérdida del laúd y con los ojos clavados en Solinde, Alarico se puso a escoger entre los diferentes lugares adonde se podía trasladar. Todavía dudaba, quería seguir viendo la faz de la muchacha una y otra y otra vez.

El bufón dio un salto mortal en dirección al estrado.

—Fuera, enano —dijo el Rey—. Hoy quemaremos a un brujo.

Apartó al hombrecito, descendió las escaleras y se plantó frente al juglar, no más que un niño ante su estatura:

—Yo no te temo, brujo —dijo al tiempo que le cruzaba la boca a Alarico de una bofetada.

Alarico cayó de rodillas. La cabeza le daba vueltas y las orejas le silbaban. Durante un instante, la ira que se despertó en su pecho le tentó de llevarse la pierna del Rey con él al desaparecer, y dejarle sólo con un muñón sangrante. O de asir la cabeza del monarca y dejar tras de sí un cadáver. La revulsión ante aquella idea le hizo sonreír, su cerebro se aclaró y se dio cuenta de que no iba a ser capaz de hacer nada semejante. Tendría que conformarse con advertir por el rabillo del ojo cómo Medron también había perdido el equilibrio a causa de la bofetada y había soltado el cabo de la cuerda blanca y plateada que trataba frenéticamente de recuperar.

—Si estáis buscando un brujo, tendréis que salir de esta sala para encontrar uno —empezó a cantar el bufón.

—Calla, enano —replicó el Rey—. ¡De pie, brujo! ¡En marcha a la hoguera!

—Majestad, tengo algo aquí que con toda seguridad interesará a vuestra pía alma. El Rey se volvió de mala gana.

—¿Qué es? ¡Rápido!

—El artificio mediante el cual nuestro pobre juglar ha escapado de la habitación de su alteza sin recurrir a vuelos o zarandajas —proclamó, mientras enseñaba al rey un objeto de metal en forma de clavo que terminaba doblado en un aro—. Esto estaba clavado en el muro junto a la ventana de su alteza. Y hay una cuerda, el doble de larga que la distancia de la ventana al suelo, que hemos encontrado bajo el colchón en que durmió el juglar la noche pasada. Había dos guardias conmigo en el momento en que la encontramos y están dispuestos a declarar a favor de la veracidad de cuanto digo. ¿Puede decir otro tanto nuestra fiel Brynit? —terminó, volviéndose hacia la rechoncha mujer.

Brynit se echó hacia atrás con el amuleto entre los dedos y llevó su mirada hacia Medron.

—No había mucha luz en la alcoba, pero aun así sé que vi...

—Lo que vio fue al juglar salir por la ventana para escapar con ayuda de la cuerda, y nada más —repuso el enano—. Se llevó el laúd para no dejar ningún rastro, y el fragmento de tela se explica con facilidad dado lo apurado de la situación.

El bufón se aclaró la garganta y le guiñó un ojo a Alarico.

—Brynit no ha dicho más que mentiras —dijo Solinde con frialdad—. Le rogué que me ayudara a encontrarme a solas con el juglar, y prometió hacerlo. Hicimos una poción somnífera para el guardia, esa es la razón de que no viera nada. Brynit se encontró con Alarico y le hizo pasar a mi habitación y luego me traicionó. Juro por la tumba de mi madre que lo que digo es verdad. Te maldigo, Brynit. Padre, te juro que si esta mujer sigue siendo mi doncella, la mataré.

El Rey dio un paso atrás y miró una y otra vez a la princesa y al muchacho, que apenas se estaba recuperando de su caída anterior.

—Bueno, en ese caso el asunto cambia mucho.

—Padre, yo amo a este hombre.

—Eres muy joven. Este amor tuyo pasará y te dejará preparada para un matrimonio que resulte conveniente.

—Siempre le amaré —replicó ella al tiempo que pugnaba por adelantarse, cosa que impidieron las damas.

—Alarico el juglar; he aquí mi sentencia: en adelante prescindiremos de tus canciones. Te doy un caballo y una semana de tiempo para que llegues a la frontera. Después, si entras de nuevo en mi reino puedes considerarte hombre muerto. Vete.

Tras estas palabras, el Rey se volvió a uno de los guardias que tenía junto a sí, le cuchicheó algo y salió del salón.

Alarico se quitó el polvo de las ropas y se deshizo de la cuerda blanca y plateada con un gesto de pesadumbre. Quitó el laúd de las manos de Medron y éste se contentó con sorber por las narices con aire de suficiencia y alejarse. El salón quedó pronto

vacío; a Solinde se la llevaron rápidamente y al salir se volvió tristemente a mirarle con ojos ardientes. Al fin, quedó a solas con el bufón y el guarda al que el rey se dirigiera antes de salir.

—Voy a darte un buen caballo —dijo el guarda.

—Y sin duda piensas matarle en cuanto entre en el establo —repuso el bufón—. Ve tú delante; él te seguirá a una distancia considerable.

El guardián abrió la marcha.

—En fin, aquí nos despedimos, bufón.

—Bueno, lleguémonos hasta el superintendente y recojamos tus pertenencias.

Así lo hicieron.

—Desearía decirle adiós a Solinde.

—Quizás espere tu salida desde la torre.

Pero cuando levantaron la mirada a su ventana, ésta permanecía cerrada.

—Querría....

—¿Que nada de esto hubiera sucedido? —terminó el enano.

—No sé. Todavía la amo.

—Tras esto cantarás mucho mejor tus tonadas.

—¿Desaparece alguna vez esta sensación de vacío?

—No lo sé.

—¿Has estado enamorado alguna vez, bufón?

—Unas cuantas. Un hombre como yo no puede considerar estas cosas con demasiada seriedad.

Alarico alzó la mirada sorprendido al escucharle y contempló a un enano de cabeza desmesurada y de apariencia divertida y se dio cuenta que no estaba solo en su desesperación.

Cruzó el puente levadizo en un caballo gris y se encontró en el camino polvoriento que había conducido al joven juglar al castillo hacía tantas semanas. Entonces era verano, pero ahora soplaba ya un viento frío y se aproximaba el invierno. A sus pies se arremolinaban las hojas marchitas de los árboles.

El ruido de unos cascos hizo que Alarico se volviese una vez más. Era Jeris, que se acercaba en un corcel negro como el carbón sin ninguna divisa que mostrara su pertenencia al Rey.

—Haré contigo un trecho del camino —dijo cuando le alcanzó.

A sugerencia del bufón, Alarico subió a éste a la grupa del caballo del príncipe, y luego montó él mismo en su jaca, ligeramente más baja que el caballo de su amigo. Fueron al paso por el camino en silenciosa compañía hasta que el bosque se fue cerrando y el castillo desapareció de la vista, obligando a Alarico a dejar de volverse cada pocos segundos.

—Bueno, sólo puedo llegar hasta aquí —dijo Jeris al llegar a un recodo del

camino.

Alarico miró al príncipe, que le sobrepasaba en estatura tanto como el Rey. Tomó la mano izquierda enguantada del joven e inclinó la cabeza sobre ella.

—Lo siento, mi señor.

Jeris le dio unas palmadas en el hombro.

—Ella lo necesitaba, y más. Te echaremos de menos, juglar. Solinde no dejará de acosarme con sus lágrimas por ti durante bastante tiempo, ya lo sé. Mira, me ha dado esto para ti —dijo, al tiempo que sacaba de una de sus alforjas un cinto y una espada enfundada en una vaina de cuero repujado—. En el peor de los casos, siempre podrás venderla a un precio razonable —y se la entregó.

—Y yo —dijo el enano—, te regalo esto. —En su mano abierta tenía el clavo que había cambiado el destino de Alarico.— Sabía que algún día me sería de utilidad.

El juglar respiró profundamente.

—Lo sabías...

—Así es. Ambos estábamos al corriente de todo —dijo Jeris—. Solinde juzgó que tu vida corría peligro y se confió a nosotros. Pero sospecho que sus temores eran infundados. No te hubieran quemado nunca, ¿no es verdad?

Alarico asintió.

—Sea como fuere, el ser conocido como brujo podía costarte varios disgustos. Ahora, tal como han quedado las cosas, llevarás contigo la fama de haber seducido a una princesa, lo que te reportará con seguridad algunas ventajas.

Se estrecharon con fuerza la mano y el príncipe prosiguió:

—Cuando yo sea Rey, serás bienvenido... aunque mi padre vivirá probablemente muchos años y cuando regreses no quedará aquí nada que te interese salvo el bufón y yo. Que tengas suerte, amigo mío, y cuídate.

Luego espoleó el caballo y se alejó al galope con el bufón a su grupa, asido a él con una mano y agitando la otra en gesto de despedida. Alarico se ajustó un poco más la capa sobre los hombros. Se estaba levantando un viento desagradable.

Así nos traiciona el amor

Phyllis MacLennan

Un colega nos sugirió en cierta ocasión que introdujéramos en cada número de la revista por lo menos un cuento «extraterrestre»: un buen consejo, aunque hay cuentos que transcurren fuera de la Tierra y que sin embargo parecen calcados de los sucesos más cotidianos de los periódicos. Esta es la razón de que el término «extraterrestre» resulte tan difícil de concretar. Ya sabemos a qué se refería, pero el mejor modo de explicarlo consistía en encontrar un cuento que recogiera los mejores elementos de lo que se entiende por «extraterrestre», que se desarrollara en un ambiente convincentemente extraño y que aun así dijera algo muy humano. Se trataba de encontrar ese cuento, señalarlo y decir: «¡Aquí está, eso es lo que queríamos decir!»

Es un mundo extraño, triste, solitario, es Deirdre, siempre cubierto de brumas que nunca se disipan. No existe el día o la noche. Del plomizo cielo siempre surge la misma luminosidad mortecina y plateada que no deja sombras y que anula la sensación de tiempo. La atmósfera espesa y húmeda amortigua todos los sonidos y transforma los vientos en brisas apagadas que apenas alcanzan a mover las ramas que penden de los árboles de negra corteza como viudas llorando sobre una tumba, o a hacer susurrar las hojas transparentes que surgen de sus brotes como lágrimas a punto de derramarse.

Los hombres todavía no han ocupado este mundo. Quizá nunca lo hagan, pero el planeta ya ha sido descrito y se han hecho mapas del mismo, e incluso han descendido en él algunas naves. La primera, el Magus, se perdió con toda su tripulación en algún punto del sistema. Antes de desaparecer había hecho un alto junto a Deirdre y había dejado allí a un hombre, un biólogo, que fue el único superviviente; cuando la partida de rescate dio con él lo encontró medio loco.

Cuando estuvo a la vista la estrella Selina, se le ordenó al Magus llevar a cabo una visita de inspección para organizar una breve exploración preliminar antes de dirigirse a una tarea más urgente. De los siete mundos de aquel sistema sólo uno mostraba signos de vida, y allí se desembarcó a Alex Barthold para que lo investigara mientras la nave seguía hacia los otros seis para efectuar una evaluación rutinaria de los mismos.

Era lo que se hacía habitualmente. A Alex ya le habían dejado a solas en muchos planetas, algunos de ellos más hostiles de lo que parecía ser éste. Una vez le informaron de la misión, se dedicó a revisar la cápsula en la que viviría, comprobó el funcionamiento del equipo, las existencias de todo lo que iba a necesitar y se presentó

al capitán para informarle de que todo estaba conforme con las normas habituales; a pesar de todo, cuando la nave se alejó, se quedó en el observatorio de la cápsula de plástico para verla marchar con la misma sensación involuntaria de abandono que había sentido la primera vez y que seguiría sintiendo siempre, no importaba lo seguro que estuviese de sobrevivir y de ser rescatado por los que se alejaban. Las luces del lejano casco brillaban desvaídas entre aquella niebla eterna. Era todo lo que podía distinguir del Magus, pero cuando pusieron en marcha los motores la niebla se aclaró y Alex pudo verla alzarse y vibrar por unos instantes sobre su colchón de llamas, como una vieja gorda que tomara aire antes de saltar al espacio. La nave se desvaneció y la pantanosa tierra tembló bajo los pies del biólogo como si estuviera poseída de vida.

Estaba solo.

En sus estrechos camarotes de la nave había añorado aquella soledad. La cápsula era en comparación casi enorme, y allí se podría relajar de las tensiones que inevitablemente producían el confinamiento, la total falta de intimidad, el ruido constante y las fricciones personales. Podría dar largos paseos con una auténtica gravedad bajo sus pies. Habría seres vivos que ningún hombre viera antes que él y, aunque las miríadas de esporas de hongos que formaban el núcleo de las gotas de niebla le obligaran a llevar un traje protector, había aire fresco y vivo para respirar, sin rastro del regusto a metal caliente, a lubricantes y a cuerpos humanos que ningún proceso de reciclaje llegaría nunca a hacer desaparecer del todo. Dispuso las pocas pertenencias personales que le habían autorizado de modo que dieran a la cápsula un aura de familiaridad, se puso el traje y se introdujo en la escotilla interior, selló con prisas la puerta tras él y se precipitó sobre la portilla que daba al exterior; sin embargo, cuando abrió ésta y se halló en el suelo virgen de Deirdre, se encontró con lo contrario a lo que esperaba.

No notaba sensación alguna de libertad. La niebla se lo tragó, le envolvió en una vaguedad lechosa en la que no se podía distinguir con claridad nada situado a más de tres metros. Más allá se espesaba en una barrera que se trasladaba con él, rodeándole, atemorizándole poco a poco, pues nunca podría tocarla para saber de qué estaba hecha. Al avanzar, los esqueletos oscuros de algunos árboles surgieron a su vista. ¿Qué se escondía detrás de ellos? Tras él, el contorno de la cápsula se había hecho casi invisible, como si la niebla la hubiera fundido. De repente sintió un temor irrazonable a alejarse más de ella, a abandonar la seguridad de la cálida luz dorada que señalaba su refugio. El compás adherido a su guante giraba de un modo errático debido al débil campo magnético del planeta. No se atrevió a fiarse de él para orientarse, pero de todos modos disponía del encuentra-pasos. Se inclinó y apretó un botón situado en las botas, junto al tobillo. A cada paso, se soltaba una gota de pintura fluorescente que dejaría una marca en el camino seguido. Sobre el rico tapiz de

musgo que crecía bajo sus pies era de un color verde azulado muy frío, parecido a las fosforescencias de los insectos. Sólo tras haber caminado lo suficiente para asegurar al niño que se escondía en su interior que no se iba a perder, se atrevió a salir del contacto visual con el refugio.

...Deirdre no le gustaba nada.

No estaba muerto. Si hubiera sido así se hubiese sentido mucho menos inquieto ante la inmovilidad expectante que le rodeaba. Notó como si algo fuera de su alcance le siguiera los pasos tras aquella pantalla de niebla, justo fuera de su campo de visión. En respuesta a corrientes que quedaban fuera de la comprensión de Alex, la niebla se espesaba o se hacía más tenue según su propia voluntad, formando con su propia sustancia fantasmas que parecían tener solidez suficiente para tocarse y que se disolvían en cuanto él se acercaba, como si lo hicieran a propósito.

Trató de relajarse mediante el trabajo, pero tampoco así le dejó en paz Deirdre. Nunca había visto un mundo tan limitado en cuanto a la variedad de su flora y su fauna. Estaba repleto de vida, pero la mayor parte de ella era de la misma especie. Las plantas que alfombraban el suelo con un esplendor regio mostraban curiosas formas de algas y líquenes, pero no encontró verdaderas plantas. Hasta los árboles, por lo que podía analizar, estaban íntimamente relacionados con los musgos, y aunque musgos de tal tamaño y dureza representaban algo extraordinario, tenían todos la misma composición. La vida animal estaba igualmente limitada: nada más que insectos del humus, dos o tres artrópodos y varios celentéreos, no mayores que un balón de fútbol, todos ellos tan lentos y aburridos que mientras los observaba casi se quedaba dormido.

Su especialidad era no tener ninguna, saber un poco de cada aspecto de la biología, pero sin dominar ningún área lo suficiente para los estudios detallados y exhaustivos que posteriormente efectuarían los investigadores. Se encontró tan rápidamente al final de la tarea para la que se le había equipado que el tiempo que le quedaba de espera hasta el regreso de la nave empezó a hacerse infinito. Cansado, cada vez más inquieto, salía a dar largos paseos, adentrándose más y más en la niebla en una búsqueda infructuosa de algo nuevo que observar, pero Deirdre era igual en todas partes. Estaba en una rueda sin fin de algún limbo olvidado y sombrío. Siempre los mismos árboles que surgían y desaparecían tras él, siempre la misma niebla que le rodeaba constantemente, siempre el mismo musgo que sus pies hollaban una y otra vez. Envuelto en aquella luz pálida y perlada como una eterna aurora, el tiempo parecía no existir. Sólo había aquí y ahora, y el presente parecía no tener final. Se descubrió a sí mismo mirando constantemente el cronómetro, pero éste también parecía verse afectado: los minutos se convertían en horas, lo que parecía haber sido toda una jornada de trabajo resultaba ser un par de horas. Aquella atmósfera de ensueño le imbuía una sensación cada vez mayor de irrealidad. Lo achacaba a los

nervios, a sus propias sensaciones, ya medio ilusorias, pero no podía superar su convicción cada vez más profunda de que había algo allí, escondido en la niebla, que le observaba mientras él era incapaz de verlo, o verlos. A veces, en el curso de sus monótonas exploraciones, creía captar con el rabillo del ojo un movimiento a su espalda, pero cuando se volvía no encontraba nada: un retazo de niebla, unos velos más espesos de lo normal, pero sólo niebla confundida entre más niebla. Aquello le atemorizó. Se ponía nervioso cuando estaba lejos de la cápsula, de los conocidos sonidos de los instrumentos, del aire seco, de la luz. Dejó de aventurarse y se encerró, contra la fantasmagórica apariencia de Deirdre, a esperar la vuelta de la Magus.

... Tardaban demasiado. ¿Por qué no habían llegado aún? No podían haberle olvidado. Al mediodía cronométrico exacto, cada veinticuatro horas, enviaba su señal de estoy-vivo-y-bien. La respuesta venía del computador, como ya sabía. Pero alguien tenía que registrarla. Si no informaba, si apuntaba una emergencia, lo advertirían y regresarían a buscarle... a menos que hubiera sucedido algo. La nave podría ser ahora una gran lata vacía, con toda la tripulación muerta y vagando sin rumbo entre las estrellas... O quizá nunca se les había pasado por la cabeza volver a recogerle. Quizá siempre habían querido dejarle allí para toda la vida. Había víveres para diez hombres. ¿Por qué tantos? Ya sabía que siempre lo hacían, pero aun así... Le habían dicho: «de diez días a dos semanas»; según los instrumentos, habían transcurrido los diez días y no había rastro de la Magus, nada de nada.

... No podían dejarle abandonado. En el fondo tampoco creía que lo hicieran. Al final, alguien acudiría a buscarle. A pesar de todo, cada vez que emitía la señal sentía la tentación de enviar una nota de emergencia que les hiciera apresurarse, aunque hacerlo supusiera el riesgo de una sanción.

... Fue demasiado tarde. Cuando por fin la nave no le envió la respuesta a su mensaje diario, no se sorprendió. Tenía la seguridad de que así ocurriría, lo había sabido en lo más hondo de su ser. Cada día la respuesta de la nave le había sorprendido más, tan seguro estaba de que desaparecería. Envío su llamada en código, la repitió y la volvió a repetir, y no hubo respuesta alguna; sintió una satisfacción enfermiza al ver que sus temores se hacían realidad. Sospechaba que de algún modo había sido condenado a aquel infierno lóbrego de soledad e incertidumbre. Había sido apartado de la vida, dejado de lado en un confín del universo por los crímenes que había cometido en el pasado... ¿Qué crímenes, qué delitos merecían aquel castigo? Buscó en su memoria y había muchos, entonces le parecieron triviales y ahora parecían muy graves: crímenes tanto por omisión como por comisión; personas a las que había herido al desconocerlas o dejarlas de lado; trabajos de los que se había escabullido; responsabilidades a las que había escapado... la lista era interminable. En aquel mundo gris y encantado, su yo se enfrentaba consigo mismo, y no había modo de escapar. No se podía mirar de frente, tan

desnudo y solo.

En la profundidad de su cerebro algún resto de cordura le recordó que no le dejarían solo para siempre, que tarde o temprano alguna nave acudiría, no importa lo que hubiera sucedido con la Magus. Lo sabía, pero pese a tal convencimiento no podía creerlo. Llegarían en algún punto del tiempo; pero allí, en Deirdre, el tiempo no existía. Nada tenía nunca final. Estaba atrapado en un presente eterno; el cronómetro mentía, no había pasado ni un día desde que la Magus despegara...

Pero seguro que había una nave. Se materializaría en la niebla y unos hombres bajarían a ver cuánto tiempo había estado emitiendo su grito de súplica al espacio. ¿Dónde estaría él entonces? ¿Se darían cuenta de que allí se había dejado a un hombre a solas? ¿Pensarían en buscarle? Selló los registros que había ido manteniendo al día y los llevó al radiofaro. El encuentra-pasos desaparecería con el tiempo, y las indicaciones del compás serían inútiles; a pesar de ello intentó descifrarlas, desarrollar algún modo de indicar al espacio en qué lugar exacto se encontraba. Con piezas sueltas aparejó provisionalmente un artefacto casero para la cúpula y lo conectó a sus baterías. No había nada más que hacer, excepto luchar por mantener la cordura, pues sentía que la mente se le iba.

Puso películas y música a todo volumen, se sumergió en ellas para dejar de percibir a Deirdre o, aun mejor, de percibir que allí no había nada, sólo vacío... y se volvió a su interior y vio una joya brillante en el centro de su ser a la que no podía tocar, que se escondía de él; y tuvo miedo.

El hemisferio en el que estaba encerrado dejó de ser un refugio. Ahora era una trampa. No había en él seguridad, sólo un peligro mayor que el que nunca corriera y de un tipo diferente, más difícil de enfrentar porque estaba en sí mismo, porque era una parte de su propia esencia. Impulsado a escapar, se puso el traje y se lanzó a aquel paisaje espectral donde aquellas figuras de niebla le llamaban. Ahora podía verlas casi con total claridad: pálidas e infantiles sombras que se deslizaban tras los árboles, siempre en el límite de su alcance visual, como si supieran que él las perseguía y jugaran, lo tomaran a broma y le susurraran «estoy aquí, pero nunca me alcanzarás».

Ellos se ocultaron y él los persiguió, más y más seguro de que eran reales. Tenían que serlo... Hubo uno que parecía esperarle. Creyó distinguir —no del todo— una forma ligeramente humana, del color de la niebla, pero que no era niebla. Cuando se le acercó la figura se retiró, eludiéndole, pero luego le dejó acercarse otra vez. Alex le siguió pacientemente, manteniendo la distancia para no asustarlo, y cuando el extraño ser pareció notar que el hombre no se le iba a acercar mucho, sus precauciones disminuyeron. Siguió avanzando a hurtadillas, pero con determinación, con algún propósito determinado, aunque no parecía estar atento a los movimientos del hombre,

sino de alguna otra cosa. Cada vez que se detenía, Alex se le acercaba, hasta que por fin lo pudo ver con claridad.

... Era hermoso. Bajo su piel traslúcida, blanco azulada como leche aguada, las formas de sus órganos internos latían con sus desvaídos tonos azules, verdes y dorados. De espaldas, como lo veía, era una estatua de ópalo viviente; entonces volvió la cabeza y Alex se echó atrás. Era una cara como las que había visto en sueños, caras que eran fantasmas cuando, de niño, temblaba en la oscuridad: era blanca y sin facciones, aparte de unos ojos negros, redondos e insondables como ventanas al infierno. El ser no mostró miedo hacia él. La ligera relajación de su postura le dijo a Alex que, aunque tímido, no era hostil. Si lo hubiera sido, habría atacado antes. ¿Cómo temerlo, si aquello casi parecía confiar en él?

Era real. Y estaba vivo. El ser le estudió con detenimiento y Alex se maravilló de que fuera tan osado. ¿Qué debía parecerle él a aquello? Un monstruo con un gran morro y del doble de estatura, tambaleándose a ciegas por su territorio, respirando pesadamente por la máscara... En sus pesadillas, si es que las tenía, ¿podía imaginar algo tan extraño?

Estaba vivo, y cerca de él... No era mucho menos humano que cualquier simio. Si lograba ganarse su confianza, hacerse amigo de él... no le tendría miedo. Extendió las manos hacia delante, con las palmas vacías vueltas hacia el ser. Éste se echó atrás hasta ponerse fuera de su alcance mediante un estudiado movimiento, como el de una serpiente, pero sin salir huyendo. Luego miró al hombre y se volvió, como invitándole a ir tras él. Alex interpretó así la señal y le siguió en su vagar por entre los árboles. Siempre alerta, el ser parecía estar pendiente de algún enemigo, aunque él no fuera considerado como tal. Alex se sintió acompañado por aquella tenue presencia como si estuviera caminando junto a un gato que le siguiera por su propio gusto y no porque se lo mandaran. Cuando llegaron al pueblo, el ser se las había arreglado para dejar al hombre en cabeza de la marcha, así que Alex fue el primero en entrar y darse cuenta con sorpresa de dónde se encontraba: era un lugar habitado.

... O lo había sido. Contempló, mudo de asombro, las viviendas rústicas y parecidas a cajas que le rodeaban, pues estaba claro que eran casas. Fabricadas con una sustancia fibrosa y basta que parecía turba prensada, disponían de puerta aunque no de ventanas. Se introdujo en una y vio, repartidos por el suelo, objetos de los que sólo podía aventurar su uso pero que eran totalmente reales. Durante un segundo lleno de pánico creyó estar alucinado, pero aquellas casas no eran ninguna ilusión. Tan concretas como su propio refugio familiar, las habían construido seres que conocían el uso de las herramientas; sin embargo, no había nadie de aquellos que habían construido los edificios. ¿Adónde habían ido y por qué? ¿Cuándo se habían marchado? ¿Hacía una vida, o sólo cuando él se había acercado? No había forma de saberlo.

El ser que le había llevado hasta allí se quedó esperándole, como si estuviera impaciente por seguir adelante. Alex le siguió una vez más, al tiempo que se preguntaba dónde se proponía llevarle. Llegaron a una amplia depresión del terreno como nunca antes la había visto en Deirdre. Algunas zonas dispersas de humedad concentrada rizaban el musgo, al que rodeaba una gran profusión de líquenes grandes y bulbosos, muy diferentes de los que ya había visto y estudiado anteriormente. El ser de la niebla tomó algunos y se los comió, introduciéndolos en una boca sin labios que se abría en aquella cara sin facciones, sin dejar por un solo instante de observar los límites oscuros del claro como si temiera un ataque. Aquella actitud resultaba contagiosa. Alex se descubrió a sí mismo vigilando en derredor sin saber lo que buscaba, aunque con la premonición de un ataque de animal depredador. Por ello no se encontraba preparado en el momento que otra criatura de niebla se lanzó desde un árbol sobre su guía. Tomó impulso y se abalanzó entre el atacante y su víctima. El agresor se detuvo y luego se retiró, gruñendo. Alex avanzó hacia él. El ser retrocedió hacia los árboles y desde allí se volvió. En su expresión había algo malévol. Alex no tenía otra salida que enfrentarse a él, así que alzó los brazos y rugió a su vez. El extraño ser dio media vuelta y se escondió en la secreta seguridad de la niebla.

Detrás de él, la criatura a la que acababa de proteger se acurrucaba, con la cabeza enterrada entre los brazos y temblorosa como un perro a la espera de un golpe. Alex se inclinó y le colocó la mano sobre la espalda, tratando de hacerla reaccionar. La criatura chilló —¿de miedo o de dolor?— y se extendió por el suelo como si fuera semilíquida. ¿Qué podía hacer Alex? No se atrevía a abandonarla, pues el enemigo todavía estaba al acecho. No podía verlo, pero notaba su mirada llena de odio posada en él. Esperó. La criatura de niebla yacía sin reaccionar a sus pies, como una muñeca andrajosa que esperara ser pintada y vestida para adquirir una semblanza humana. Bajo la piel notó que los delicados colores adquirirían nueva vida, se hacían más vívidos, hasta que el ser recobró la conciencia. Los tegumentos externos se tensaron. Se alzó, escudriñó la niebla y se estremeció. Alex pudo haberlo dejado en aquel momento, pero en cuanto se dispuso a volver sobre sus pasos siguiendo el rastro que había dejado el encuentra-pasos, la criatura empezó a seguirle como si su presencia le proporcionara seguridad; cuando llegaron a la cápsula, el ser trató de ponerse entre Alex y la escotilla para que no pudiera entrar. Alex hizo que se apartase. Cuando éste se negó, alargó la mano para hacerle a un lado y vio cómo se retiraba de un salto, dejándole espacio suficiente para entrar en el compartimento. La escotilla se abrió. Al entrar, el agresor, que les había perseguido sin desmayo, surgió de la niebla y se lanzó hacia ellos. El ser de niebla saltó también al interior, pegado a Alex y rugiendo de pánico, sin atender a nada sino al peligro inminente que le acechaba. Alex cerró la escotilla y pulsó de un modo automático el botón que ponía en marcha el fungicida. Múltiples surtidores les rociaron desde todos los puntos, lavándolos de impurezas.

Aquello trastornó al animal. El espacio era apenas suficiente para ambos y la criatura se expandía de pared a pared, hasta obligar a Alex a luchar con ella para evitar que le hiciera daño. Entonces la criatura se volvió hacia él y sacó las garras. Los dedos tentaculares retrocedieron y en medio de cada uno de ellos, como una flor inquietante, surgió una garra larga y afilada que se lanzó hacia delante, con su borde en forma de sierra apuntado directamente contra él. Se contemplaron frente a frente por un instante, clavados los ojos del deirdrano en el hombre y viceversa. El surtidor se cerró y, como si aquello hubiera sido una señal, ambos se relajaron. Alex suspiró, aliviado. Aquella criatura era resbaladiza como el vidrio húmedo —no hubiera sido capaz de retenerla— y fuerte como un octopus, y si Alex hubiera conocido las armas ocultas de que disponía, no se hubiese atrevido a tocarla.

Mientras se quitaba el traje y lo colgaba, la criatura de niebla se apoyó de espaldas en la pared y le observó, con más curiosidad que miedo. O era más inteligente de lo que había supuesto o le resultaba demasiado extraño para inspirarle temor. En cualquier caso, ahora que estaba dentro de la cápsula y bien desinfectado, no podía meterlo de nuevo en la escotilla y sacarlo sin volver a contaminarlo todo; por eso lo dejó dentro, abrió el compartimento interior y saltó al mismo para hacer sus trabajos habituales. Hizo un informe de los sucesos del día, preparó comida y dio cuenta de ella, siempre consciente de esa otra presencia junto a él. Casi transparente, el ser se deslizó hasta donde Alex se encontraba, como una sustancia incorpórea que atravesara las paredes a la manera de los ectoplasmas, sin tocar nada de cuanto observaba y estudiaba, con aquella boca carente de labios semiabierta para oler y saborear aquella desconocida atmósfera y aquellos olores nuevos y acres. Cuando terminó de comer, Alex colocó una película en el visor y se dispuso a contemplarla, aunque estaba más pendiente de observar la reacción del visitante. Los sonidos e imágenes de la pantalla no parecieron significar nada para el ser, según comprobó; éste se enrolló sobre sí mismo ante él, en el suelo, llevando la mirada alternativamente al hombre y a la pantalla, como si esperara algún tipo de explicación...

No se acababa de atrever, pero no perdía nada probando. Apagó el aparato, esperó unos instantes y luego se señaló a sí mismo mediante unos golpes en el pecho y dijo:

—Alex.

Tenía la garganta seca, y la palabra surgió medio como un susurro, medio como un gruñido. Lo intentó otra vez.

—Alex —repitió, señalándose, y...

—Sessiné —contestó la criatura.

Se hicieron amigos.

Fue así de simple y natural. Fue una relación que creció de una pequeña semilla de comprensión y que les llevó a compartir la vida de un modo que Alex no se atrevió

siquiera a analizar. No resultaba necesario hacerlo. Sessiné estaba allí. Poco a poco, a pequeños pasos, aprendió a comunicarse con «él», como decidió catalogarlo respecto a su sexo. El hombre no tenía ninguna esperanza de llegar a reproducir nunca los sonidos burbujeantes y medio susurrados del deirdrano, pero Sessiné fue aprendiendo algunas palabras de Galáctico y las fue enriqueciendo paulatinamente según Alex iba hablando, pues éste no paraba de hablar. En las interminables horas que pasaban juntos le confiaba a su extraño amigo cosas que nunca le había dicho a otro ser humano, hombre o mujer. Sessiné escuchaba pacientemente, con los ojos fijos en él, atento a todo, tanto si sabía lo que significaban las palabras como si no; Alex notaba que sí le entendía, que en algún nivel más allá de las palabras el extraño ser sabía de su soledad y la compartía, y eso hacía que ya no se sintiera tan solo.

Quizás el amor que en él nacía por aquella criatura inhumana se basaba primordialmente en la gratitud. ¡Cuán grande era ésta! Escuchar una voz que no fuera la suya, que pronunciaba palabras que no eran alucinaciones suyas, que elaboraba pensamientos ajenos a él; saber de una presencia viva y sensible siempre cerca de él, aunque no se sintiera capaz en muchas ocasiones de tocarlo. La textura de su carne fría y gomosa le recordaba con demasiada claridad lo extraña que era aquella criatura respecto a él. No deseaba recordar que aquel ser no era como él, sino que estaba hecho de una sustancia diferente y había nacido en un mundo del que no se sabía apenas nada. Quiso aprender más, y Sessiné trató de enseñarle, pero la mayor parte de lo que la criatura de niebla le contó quedaba tan lejos de su capacidad de comprensión como sus propios actos de la del extraterrestre. El sistema de vida de Deirdre, según lo describía Sessiné, le desconcertó. Quiso regresar al poblado para observar y constatar parte de aquella información que le proporcionaba su amigo. Todavía no había podido hacerse una idea del nivel de inteligencia de Sessiné, y si lograba encontrar a algún otro de su raza estaría en mejores condiciones para juzgar; sin embargo, Sessiné se negó a guiarle allí argumentando que tal viaje no tenía ninguna utilidad.

—No hay nadie allí —insistía—. Si tú vas, ellos se marchan. Ven... esas marcas —y señaló las ligeras arrugas que se marcaban en el traje protector—. Creen que son marcas, y que tú eres uno de esos que no cesan de matar. A veces sucede. Pero Sessiné se te acercó cuando estabas haciendo esto —e imitó a Alex cuando éste recogía especímenes—. Tú mirabas otras cosas, y no veías a Sessiné. Yo miré, y pensé que estas marcas no estaban en tu piel. No tienes ninguna marca. Yo sé que tú no matas, pero esos otros no lo saben, y por eso te temen.

—¿Marcas? —Alex estaba desconcertado.

—Como la película que me enseñaste. Pero nosotros no hacemos como esas bestias, sino que vamos solos al Lugar cuando se acerca el Momento de las Marcas, y no tenemos miedo cuando el Viejo marca nuestras pieles con el agua que quema.

Extendió el brazo con orgullo para que Alex lo viera. Éste había notado alguna vez la pequeña cicatriz y la había atribuido a algún accidente. En aquella ocasión la observó con mucho más detenimiento y vio con repulsión que el tejido gelatinoso había sido abierto con un profundo tajo cuyos bordes aparecían nítidos y chamuscados.

—¿Y esto te lo han hecho deliberadamente? Pero... ¿por qué?

Sessiné se sorprendió de su reacción.

—Es cierto que no soy grande ni fuerte. Soy fácil de matar, pero... —dudó antes de expresar un concepto para el que Alex no le había enseñado palabras— de mí mismo hice otros como yo... ¿comprendes? Cuando terminé con eso, me llegué al Lugar cuando volvió a ser Tiempo para la Marca. Ahora esta marca significa que tengo que matar o alguien me matará... ¿comprendes? Esto es: si no tengo marca alguna, no puedo matar a nadie ni nadie me puede matar a mí. Con muchas marcas, así —y señaló los brazos y hombros llenos de imaginarias marcas— ni yo mataré ni nadie me matará... Pero Sessiné no llegará a tener muchas marcas —dijo, resignado aparentemente a tal idea—. El próximo Tiempo de Marcas, alguien irá al Viejo y le mostrará esto —y señaló la cicatriz—, que habrá cortado de mi muñeca, y el Viejo grabará a fuego en su brazo que en verdad ha matado a Sessiné.

—Pero, ¿por qué? —Alex se sentía horrorizado.

Destruir la vida le repelía. Cuando había tenido que hacerlo no había dudado: para procurarse alimento, por ejemplo, para recoger especímenes a investigar, en defensa propia, cuando no había otra posibilidad; pero matar sin motivo, sólo para registrarlo, como parecía hacer aquella gente, era un acto que le chocaba profundamente.

Sessiné estaba claramente aturdido ante su ignorancia.

—Así debe ser. ¿De qué otro modo podría ser si no?

Se quedaron contemplándose el uno al otro en silencio, al tiempo que Alex se daba cuenta como nunca antes del tremendo abismo que le separaba de la criatura de niebla. Sessiné intentó explicarse, pues parecía notar la repugnancia de Alex y quería disiparla.

—Es una cosa buena —le dijo, instándole a creerlo—. Aquellos que han matado muchas veces se hartan del sabor de la muerte. Ya no desean matar, ni nadie va a matarlos. Cuando quieren salir, salen. Se echan a dormir y saben que volverán a despertar. Comen y si se presenta alguien más puede quedarse a su lado y no necesitan salir corriendo con la comida sin digerir en su interior. Pueden estar con otros como ahora Sessiné está con Alex. Y eso es muy bueno, ¿no es verdad?

—Sí. Claro —admitió Alex.

Para él era perfecto estar junto a Sessiné, y se sintió conmovido, vergonzosamente conmovido, de escuchar al deirdrano decir que a él también le

parecía bien su compañía. Era un placer que Sessiné pareciera tan poco capaz de sobrevivir que no se atreviera a acercarse a los de su raza, según apreció. En sus excursiones al campo donde se hallaban los alimentos de Sessiné, notó que éste se movía cada vez con mayor despreocupación, sintiéndose más y más seguro por la presencia de Alex; y cuanto mayor se hacía su despreocupación, mayor era la precaución que Alex se veía obligado a observar.

Sabía que le espiaban, que cada vez que salían de la cápsula un oculto enemigo les seguía, pero nunca más de uno, pues sólo uno podía reclamar la marca que llevaba Sessiné. Aquel tenía que ser más valiente o estar más desesperado que su amigo para hacer frente a la amenaza que representaba Alex; y, al igual que Sessiné, algún día acabaría por llegar a la conclusión de que la amenaza no era tal. Si le atacaba... se vería obligado a matarlo. No había opción. La pistola de rayos ultrasónicos que siempre llevaba consigo era fatal a toda intensidad, pero no se atrevía a bajar su potencia, pues en cuanto el ser se les echara encima no dispondría de una segunda oportunidad. Cualquier abertura en el traje por la que penetraran los hongos resultaría mortal, y Sessiné no daba la impresión de poder defenderse en una pelea; el deirdrano se sentía tan convencido de ello que se entregaría sin lucha a las garras del asesino. No podía permitir que tal cosa sucediera. Si uno de ambos moría, el otro estaba perdido.

Para Sessiné, el asunto era bastante simple: moriría en cuanto muriera su protector. Para Alex, la perspectiva era aún más temible. No quería ni pensar en ella... Tenía que llegar alguna nave. Sólo en Deirdre el presente jamás acababa; en los demás planetas se convertía en pasado. La ausencia del Magus acabaría por advertirse y se seguiría su curso hasta que se encontrara algún rastro, algún superviviente. Los del equipo de rescate reencontrarían el camino seguido por la nave, llegarían a su radiofaro e irían a buscarle. Querrían enterarse de la suerte que había corrido, y cuando le encontraran... ¿Cuándo? Si no había nada que marcara el fluir del tiempo, bien pudiera ser que no fuese nunca. Sin compañía, Alex sabía que no podría soportar aquel interminable ahora.

Aquellos que vivían en el poblado no habían recibido aún marca alguna y, aunque Sessiné le había insistido en que las casas estaban abandonadas desde que él fuera allí, el hombre todavía mantenía la esperanza de entrar en contacto con otros deirdranos. No tenía bienes con que comerciar, pero recogió unas cuantas cosas que pensó podrían cautivar su interés: cable brillante, llamativos retales de plástico, un pequeño flash, lápices de colores y papel. Los depositó en el centro del poblado y posteriormente regresó de vez en cuando a ver si los habían tocado.

En una de tales inspecciones decidió que aquélla iba a ser la última. Las baratijas seguían donde las había dejado, el cable corroído, el papel húmedo, con el moho que trazaba sus huellas dactilares sobre el plástico brillante como un mensaje

indescifrable que nadie aquí pudiera o quisiera leer. Con un disgusto que rozaba el desespero, abandonó toda idea de encontrar a algún deirdrano más. Se tendría que conformar con Sessiné... Pero ¿dónde estaba? En los escasos segundos en que había distraído la atención, aquel loco había desaparecido; probablemente se habría dirigido solo al prado habitual, así de confiado se había vuelto. Alex maldijo para sí y se puso a correr en busca de su amigo, pero eran aquellos pocos segundos los que el enemigo había estado aguardando durante mucho tiempo. En cuanto Alex apareció de entre las casas observó dos figuras que luchaban revolcándose por el suelo. Alex gritó, se echó encima de los contendientes, los apartó y los envió cada uno a un lado antes de que se dieran cuenta de que había llegado. Sessiné quedó en el suelo, acobardado y quejumbroso, con las manos en la cabeza. El atacante no. Cuando Alex se volvió a mirarlo, se lanzó hacia él. El hombre vio claramente cómo se le echaba encima: su cuerpo traslúcido, del color del ópalo, sus brazos extendidos, uno de ellos lleno de marcas hasta el hombro y el otro hasta el codo, y sus dientes como dagas, de mortal marfil, apuntados hacia su pecho.

Abrió la cartuchera de plástico y en su mano apareció la pistola. El enemigo estaba sobre él. Apoyó la pistola en el estómago del agresor y disparó. El ultrasonido echó a la criatura hacia atrás y Alex terminó de quitárselo de encima. La criatura todavía permaneció un instante en pie, con la piel todavía unida debido a la tensión, pero con todo el interior del cuerpo convertido en gelatina; luego, cayó al suelo sin forma alguna, como un saco de piel. Su sustancia interna se había licuado.

Sessiné se levantó detrás de él.

—Cuando llegue el Tiempo de las Marcas, muchos me temerán al mostrarles esto.

Se inclinó luego sobre la criatura muerta y con un gruñido de satisfacción le cortó las marcas que le adornaban los brazos, cuando éstos aún existían.

Cuando la daga en forma de palma rasgó la piel, la mezcla nauseabunda que había en el interior se desparramó por el suelo. Alex no pudo evitar un vómito en una reacción incontrolable. Abrió el casco con el tiempo justo de vaciar el contenido de su estómago, hasta que sus esfuerzos musculares sólo produjeron unas gotas de bilis amarga. Aliviado y sin espasmos, se atrevió a respirar una profunda bocanada, sólo para sorprenderse por un nuevo horror todavía más profundo: respiraba el aire áspero de Deirdre, y éste tenía olor a muerte.

La muerte era la compañía cercana del hombre que viajaba por el espacio. Los hombres morían de modo natural, o en accidentes, o de modos extraños, inquietantes o dolorosos que nadie hubiera podido prever hasta que tenían lugar. Pero él ya lo había sabido. Aun en la nave, antes de haber puesto siquiera el pie en el planeta, había podido ver los cultivos que determinaban la composición del planeta consumidos por los voraces hongos del aire que se había insuflado en su interior. La superficie de Deirdre no era sino moho, una sólida sábana de moho. Las criaturas que

vivían allí sólo estaban a salvo porque sus pieles eran demasiado ácidas para aquellos hongos, pero los pulmones humanos, y su piel, boca, ojos y nariz respondían a las condiciones ideales de desarrollo de aquellos pequeños asesinos. Lo había sabido desde el primer momento y sin embargo se había olvidado de ello. Aquellos errores eran los que mataban a los hombres.

Todo él empezó a experimentar un sudor frío, incluso en piernas y brazos, y notó que las rodillas no le sostenían. Los dedos le temblaban; bajó la visera del casco, pero no pudo accionar el cierre hermético. En la cápsula había fungicidas y antibióticos en grandes cantidades para accidentes como aquél, pero ¿podría alcanzar su refugio? Estaba temblando y el miedo le dejaba demasiado débil para andar; pero con la ayuda de Sessiné todavía lo lograría. La criatura de niebla permanecía de pie a pocos pasos de él, orgullosa de sus trofeos. Alex alargó la mano hacia él.

—¡Sessiné!

Éste pareció no escucharle y empezó a apartarse, a confundirse entre la niebla.

—¡Sessiné!

Le oía. Le miraba, con el rostro blanco e inescrutable.

—¡Ayúdame!

Apenas podía respirar y sobre sus ojos parecía caer un velo; estaba seguro que debía ser su propia imaginación pues no era posible que el hongo hubiera hecho presa en él con tanta rapidez. Notó que flaqueaba y caía al suelo, con el brazo extendido...

—Estás muerto.

Sessiné hablaba con tono opaco y frío. Afirmaba un hecho que no tenía importancia alguna para él.

—No... Aún no. ¡Aún no! Ayúdame a andar, ayúdame a llegar a la cápsula. Si llego allí me curaré.

—No. Estás muerto —repitió la criatura—. Hay otros que observan y se dan cuenta de que estás débil; no te temen. Si Sessiné se queda contigo, alguien le matará.

—¡Nadie te matará! ¡Yo les mataría antes, tengo la pistola!

Ésta seguía en el suelo, allí donde Alex la había dejado caer en el momento en que empezó a vomitar. Se arrastró con dificultad hacia ella, pero en el mismo instante Sessiné la había visto también y de un salto la recogió. El extraterrestre manoseó aquella pequeña arma con gran cuidado. Alex hubiera jurado que sonreía.

—Con esto Sessiné matará a muchos. El próximo Tiempo de las Marcas todos le temerán.

—¡No seas loco! ¡No sabes ni cómo utilizarla!

—Tiene un botón. Todas tus cosas tienen botones para hacerles hacer lo que tú quieres que hagan. Sessiné puede usarla.

Se volvió. Estaba realmente dispuesto a abandonarle, no había duda alguna.

Alex tosió. Tenía los pulmones llenos de aquel limo y cada vez le costaba más

que las palabras salieran de sus labios.

—¡Apestoso saco de protoplasma sin alma! ¿Por qué no me disparas en lugar de dejarme así? ¡Necesitas practicar!

Sessiné no se dignó siquiera volver la cabeza.

—No tienes marcas —declaró. Luego se desvaneció por fin en la niebla.

Alex le vio desaparecer, paralizado de incredulidad. No podía dejarle ahora, no podía. ¡Ahora que con tan poco esfuerzo podía salvarle! Y, sin embargo, lo había hecho...

—¡No te vayas! ¡Por favor, no me dejes! —gritó sin palabras.

Cerró los ojos contra las lágrimas que asomaban por ellos y se sintió caer por un abismo negro y sin fondo, desesperado, con los brazos extendidos para que algo o alguien le asiera, pero no había nada, nada a que sujetarse, nadie que le salvara...

... Excepto él mismo. No iba a morir así, ¡no señor! La cólera le inflamó y le proporcionó fuerzas para intentar moverse.

«¡Lo haré sin ti, miserable bastardo! ¿Quién narices te necesita? ¡Si ni siquiera eres humano! ¿Es que necesito cincuenta marcas para que me hablen? ¡Pues las tendré, y la primera será la tuya!»

Le resultaba demasiado difícil sostenerse sobre los pies, y sabía que acabaría cayéndose, pero lo lograría. A gatas, arrastrándose sobre el estómago si era necesario, pero llegaría a la cápsula. No estaba muy lejos y los hongos no iban a dar cuenta de él con tanta rapidez, no iba a permitirlo. Sólo era su imaginación la que le hacía sentir que se ahogaba. Aunque respirar le costase un esfuerzo, todavía podía hacerlo...

Alzó la mirada frente a él. Había recorrido tantas veces aquel sendero con Sessiné que habían empezado a dejar marcado un camino. Además, todavía había algunas gotas de encuentra-pasos que brillaban. No podía perderse. Se arrastró, y mientras lo hacía le hablaba con el pensamiento a Sessiné para recordarse a sí mismo que tenía algo por lo que vivir, algo que hacer:

«Esa pistola no te durará siempre... pero mientras dure utilízala, hijo de perra, utilízala. Mantente vivo hasta que vaya a por ti. Porque iré, y te cazaré... Te voy a cortar esa maldita marca y te la haré tragar por tu miserable garganta...»

Tenía los pulmones llenos, y los ojos y la boca y la nariz, y hasta sus orejas estaban llenas. Enfermo, cansado y dolorido por todas partes, se echó en el suelo a descansar y se puso a llorar. Las lágrimas, calientes y saladas, le despejaron un poco la nariz y los ojos. No había intentado siquiera cerrar bien la escafandra pero ¿qué importaba eso ya? Se obligó a sí mismo a avanzar todo lo que pudiera y tosió y tosió y tosió y con cada esfuerzo salían de sus pulmones grandes bocanadas de aquel limo verdoso. Estaba exhausto, no podía más... Se volvió a reclinar y pensó en Sessiné, que pudo haberle ayudado... Tumbado sobre el vientre, apretó los codos en el musgo, se propulsó hacia adelante, se ayudó con los pies, se propulsó hacia adelante... Los

ojos se le velaban y tenía que parpadear una y otra vez para mantenerlos con la suficiente claridad para distinguir el camino. De vez en cuando tenía que detenerse y toser para aclararse un poco los pulmones, pero sin dejar nunca de respirar. En su mente, y con mucha más claridad que aquella de que disponían sus ojos para seguir el camino, surgía la imagen de un retazo de piel transparente con una delgada y negra cicatriz. Se arrastró para alcanzarla, concentrándose en ella, provocando terribles dolores en sus codos ensangrentados y en sus irritados pulmones. Avanzó centímetro a centímetro, se paró a toser y a limpiarse los ojos ardientes, volvió a avanzar centímetro a centímetro...

... No había tiempo ni distancia, sólo un movimiento lento y penoso. Hubiera sido tan fácil rendirse, dejarse ir en aquel musgo esponjoso, dejarse rodear por él, sumergirse en él y transformarse en la misma cosa... Se le ocurrió que así podría ser y le pareció un dulce pensamiento, pero parte de él mismo le observaba como a distancia y de un modo frío, implacable, sin dejar que lo hiciera. ¡Dios, cómo deseaba morir! Pero no iba a hacerlo.

... Y allí estaba la cápsula. De las escotillas manaba una luz cálida. En el interior, el descanso, la seguridad y los medios para curar las tenaces fibras que se habían introducido entre sus músculos y que le extenuaban. A un metro por encima de él, en la superficie plástica gris mate, brillaba remota e insensible como una estrella la placa de metal que debía alcanzar para llegar a aquel paraíso. Se acercó al lugar donde la portilla se abriría, hizo un tremendo esfuerzo por ponerse de pie y, siempre con el recuerdo de Sessiné, se alzó hasta tocar con la palma de la mano la placa. La portilla se abrió para recibirle y se dejó caer por ella al útero que representaba aquella escotilla.

Dolor. Fiebre. Náuseas. Delirios.

... Se sentía bien y con fuerzas. Se puso el traje, abandonó la cápsula y encontró el prado donde se alimentaban las criaturas de niebla. Se emboscó hasta que apareció Sessiné; saltó sobre él, lo derribó, lo estranguló, lo dejó con la boca sin labios abierta de par en par, como si gritara, con los ojos salidos de las órbitas como dos uvas despellejadas... Pero ¿era aquel Sessiné?

... Encontró el Lugar de las Marcas; estaba lleno de deirdranos que se movían en una danza lenta, como si fueran momias resucitadas por un nigromante. Sessiné se adelantaba a los demás para ser marcado con un viscoso puñado de trofeos aún recientes. Mientras extendía el brazo para ser honrado, Alex le disparó con una escopeta de agujas, y por los centenares de diminutos agujeros la materia que formaba su interior se desparramó mientras caía gritando al suelo... Pero ¿era aquel Sessiné?

... Encontró el poblado. Sessiné estaba sentado en la plaza central, rodeado de versiones más pequeñas de sí mismo, orgulloso de sus hazañas. Alex se lo llevó

arrastrando y acabó con su vida mientras el deirdrano pedía clemencia... Pero ¿era aquel Sessiné?

Le encontraron gritando en la cápsula, gritando y gritando. El médico que iba con ellos le escuchó un rato y luego se deshizo pausadamente del montón de cosas indescritibles que halló bajo la litera. No había necesidad de que nadie se enterara de aquello, decidió.

Especialmente Alex.

La feria de los animales

Alfred Bester

Hace unos nueve años, Alfred Bester dejó de escribir libros fantásticos y de ciencia ficción para convertirse en director de la revista Holiday. No es que su producción decreciera, sino que cesó totalmente. Por eso nos quedamos sorprendidos y complacidos a la vez al recibir una carta del señor Bester que empezaba: «Holiday se ha trasladado a Indianápolis, y tras echar una ojeada a esa gran metrópoli, he decidido no seguir como director de la revista. Así pues, vuelvo a la honrada literatura de ficción...» Indianápolis, te amamos.

Fui a la feria de los animales.

Allí estaban las bestias y los pájaros.

A la luz de la luna,

el gran mandril

peinaba su cabello de oro.

El mono se emborrachó

y se subió a la trompa del elefante.

El elefante estornudó

y cayó de rodillas,

¿qué se hizo del mono?

CANCIÓN POPULAR PARA NIÑOS

En Bucks County, Pennsylvania, hay una elevada colina llamada la Colina Roja pues está formada de esquisto, cierto tipo de tierra de ese color. En la cima de la colina hay una granja abandonada denominada granja de la Colina Roja. Quedó desierta hace muchos años, cuando los hijos de los granjeros decidieron que en las ciudades encontrarían más diversión y emociones.

La granja de la Colina Roja consta de una vieja casa de piedra con espesos muros, suelos de nogal y enormes hogares en los que se cocinaba hace doscientos años. Detrás hay una cabaña con un hermoso techo de pizarra, donde se colgaban a secar los jamones y donde después se ahumaban. También hay un pequeño establo rojo repleto de cosas olvidadas, trineos de niño y piezas de arneses para caballos, y existe asimismo un gran establo rojo, la Gran Escuela Roja.

En ese lugar las damas y caballeros que poseen la granja de hecho, si no de derecho simple y absoluto, mantienen reuniones diurnas o nocturnas para hablar de los problemas del sustento y de la educación de sus hijos. Sin embargo, usted, lector, debe comprender que dichos personajes hablan el idioma de los animales, que muy pocos humanos son capaces de entender o siquiera de oír. Muchos de nosotros lo aprendimos cuando éramos jóvenes, pero lo hemos perdido al reemplazarlo el lenguaje humano. Hay unos cuantos, muy raros, que pueden hablar ambos lenguajes, y de eso trata nuestra historia.

Las reuniones de la Gran Escuela Roja las dirige el Presidente, un faisán todo fausto y ostentación. Recibe el apodo secreto de «El maníaco sexual», puesto que mantiene un harén de cinco hembras. El Profesor es una rata blanca que se escapó de los laboratorios de la universidad de Rutgers después de tres años de educación intensiva. Cree estar calificado para el título de Doctor en Filosofía, y en esta creencia ha redactado una tesis «Sobre la importancia del agua caliente para la ciencia».

George Washington Marmota es el incomparable topógrafo de la granja. Conoce cada centímetro de sus dieciséis hectáreas y es el árbitro de cualquier disputa territorial. El Conejo Mayor, a quien en ocasiones se denomina el «maestro explorador», es el mentor de la moralidad y se encuentra muy alarmado ante el libertinaje y los excesos de los jóvenes de la Colina Roja. «No permitiré —dice— que la Colina Roja se convierta en un nuevo Woodstock.» También encuentra deplorable la música moderna.

Hay muchos otros miembros en la Gran Escuela Roja: los ciervos, que tienen unas maneras muy afectuosas pero que son en realidad terriblemente estúpidos. Los intelectuales les llaman «los debutantes». Tomás Topo, que es casi ciego, como todos los topos, acosa sin cesar al Profesor para que le enseñe astronomía.

—¿Pero cómo quieres que te enseñe astronomía cuando ni siquiera puedes ver las estrellas?

—Yo no quiero ser astrónomo observador. Quiero ser astrónomo matemático, como Einstein. Parece que el Profesor va a tener que iniciar un curso sobre las Nuevas Matemáticas.

Hay un cardenal y un jilguero de muy mal genio que siempre se meten en peleas. Al cardenal le llaman, como es lógico, «Su Eminencia», y el jilguero tiene por mote «Jack Johnson». Es cierto que Jack Johnson tiene un genio terrible, pero canta espléndidamente y da clases de canto. Por otro lado, la voz de Su Eminencia sólo puede calificarse de penosa.

La «Gallina Caldea», fugitiva de una granja de cría intensiva que hay junto a la carretera, es una chica alocada y confusa. Pertenece a la raza de las Livorno blancas. Cuando era aún muy joven tuvo la mala fortuna de descubrir que Livorno es una ciudad de Italia. En consecuencia, habla en un galimatías que ella tiene por italiano

corriente.

—Ah, caro mío, ¿come est? Benny, espero. Grazie. Y los suoi, ¿también benny?

La llaman la caldea porque anda loca por la Astrología, lo que llena de furia al Profesor.

—Ah, caro mio, no se puede ser simpattica con él. Yo soy Gasitorius y él Zaprocornio.

Los miembros más inteligentes de la Gran Escuela Roja son los cuervos, ingeniosos y habladores, que parecen una comparsa nocturna de estreno en algún café teatro. Por desgracia para ellos, no están bien considerados por el establishment de la comunidad, que los tiene por «meras máscaras» que siempre están dispuestas a tomar algo prestado (que nunca devuelven) y que convierten las discusiones serias en un festival de humoristas. Hay que admitir que cuando dos cuervos se juntan empiezan a comportarse de inmediato como dos juerguistas y que se excitan unos a otros a base de anticuados trucos.

—¿Quiénes te gustan más, los escritores antiguos o los nuevos?

—Mi hermana.

—¿Qué?

—Es la que pone los huevos.

¡Cra! ¡Cra! ¡Cra!

—¿Cuántos hijos tienes?

—Cinco, gracias.

—No me lo agradezcas, amigo, no me lo agradezcas.

¡Cra! ¡Cra! ¡Cra!

Era una tarde del mes de mayo, la luz del día empieza a alargarse y las sombras todavía se alargan más. El Presidente entró en la Gran Escuela Roja seguido de su harén. Todos los allí presentes se encontraban enfrascados en una discusión a propósito de la creación de una Organización de Ayuda, parecida a la de los abolicionistas de la esclavitud de otros tiempos, que permitiera a cualquier animal fugitivo del hombre alcanzar la libertad. Se quería denominar a la organización «El tren subterráneo». Tom Topo, que tiene una mente muy literal, apuntaba que le iba a ser muy difícil construir un túnel lo bastante grande para hacer que cupiera un tren.

—Una vez vi uno y era grande como una casa.

Jack Johnson pinchaba a Su Eminencia para que se ofreciera a dar clases de vuelo a todos los refugiados, sin discriminación de raza, credo o especie. Dos cuervos negros graznaban. En pocas palabras, era una de las típicas reuniones del Establo Rojo.

—Tengo que llamar al orden a esta reunión porque tengo importantes noticias que dar a conocer —dijo el Presidente—. Quiero decir, coc, coc, que son de vital importancia. Flora, siéntate. Perdón, Frances, siéntate... ¿No? ¿Felicia? Ah, Phillis.

Sí. Bien. Coc, coc. Siéntate pues, Phillis. Esta mañana un Cadillac ha subido la cuesta que lleva a la granja de la Colina Roja...

—Doscientos treinta y cinco punto nueve metros —apuntó George W. Marmota—, dirección Este-Sudeste. Latitud...

—Sí, sí, mi querido George. Le seguía un Volvo con...

Los cuervos se contaron un chiste y sus carcajadas interrumpieron el relato del profesor.

—¡Caballeros! ¡Caballeros! ¡Por favor! Este asunto es muy serio. El Cadillac llevaba a un agente inmobiliario. El vehículo extranjero llevaba a un hombre, una mujer y un niño muy pequeño, de sexo indeterminado todavía. Según creo, coc, coc, quiero decir, en mi ponderada opinión, nuestra granja se ha puesto a la venta.

—Mayo no es buen mes para las compras —declaró la Gallina Caldea—: Las decisiones importante deben quedar reservado al signo de Gemima.

—Se dice Géminis —exclamó el Profesor—. Lo menos que se te puede pedir es que sepas el nombre correcto de todas esas supersticiones que practicas.

—Eres una maldita rata machista —replicó la señorita Livorno—. Voy a formar el Movimiento Feminista de Gallinas.

—Sí, sí, querida. Y yo seré el primero en contribuir a tu valiosa iniciativa. No me eches esa mirada, Frances... ¿Fifí? Mira, no hay necesidad alguna de un movimiento de liberación de Faisanes hembra. Vosotras ya estáis liberadas, coc, coc. Ahora, damas y caballeros, nos vemos involucrados, quiero decir, nos vemos obligados a luchar por la preservación de nuestra propiedad. No podemos permitir que los extraños (casi me atrevería a llamarles intrusos) nos invadan. Tenemos que convertir este terreno en lo menos atractivo posible, y eso va a requerir algunos sacrificios.

—Di alguno que se tenga que hacer —pidió el Profesor.

—Voy a decir varios. Señoras —dijo el Presidente, dirigiéndose a las ciervas—, por favor, no permitan que las vean ni un momento. El animal humano siempre se queda encantado con su belleza y glamour.

Las debutantes soltaron unas risillas de complacencia.

—Querido maestro explorador —prosiguió el presidente volviéndose al Conejo Mayor—, lo mismo sirve para ti y toda tu tropa. Por favor, desapareced hasta nuevo aviso. Se acabaron las juergas en los prados. Yo, por supuesto, haré un sacrificio similar y esconderé mi resplandeciente magnificencia. Coc, coc.

Tomás Topo dijo:

—Yo siempre estoy escondido, fuera de la vista.

—Claro, claro. Sin embargo, Tomás, ¿te resultaría posible cavar túneles por todo el campo y dejar bien a la vista los montones de tierra que hagas? Representará un esfuerzo doble para ti pero resultará de lo más útil.

—Bueno, llamaré a mis hermanos de Topos Anónimos para que me echen una

mano.

—Espléndido, espléndido. Y ahora, George W., voy a pedirte un favor muy especial. ¿Tendrías la amabilidad de olvidar por un tiempo tu inestimable labor agrimensora, ya digo, coc, coc, por un tiempo, y dedicarte a comer narcisos?

—Odio su sabor.

—No le culpo —dijo el Conejo Mayor—. Son realmente asquerosos.

—Pero resultan muy atractivos a los ojos de los humanos. En realidad, no es necesario que los devores, George; simplemente córtalos y picotéalos un poco. Yo haré lo mismo con las lilas, cuando todo esté a oscuras, por supuesto, y mis queridas señoras me acompañarán.

Jack Johnson intervino.

—¿Y qué hay de mí y de Su Eminencia?

—Su Eminencia permanecerá fuera de la vista pero no dejará de cantar. Tú permanecerás a la vista de los humanos pero no cantarás ni una nota.

—Pero si yo soy tan bello como ese jesuita...

—¿Sí? ¿Quieres hacer la prueba? Sal fuera y verás...

—Caballeros, caballeros. ¡Por favor! Estamos tratando de concertar un ataque global. Ahora, nuestros miembros de la Academia de Actores: seguirán sus depredaciones de costumbre, pero se concentrarán en los manzanos, perales y melocotones.

—¡También tenemos que comernos el grano...!

—No te preocupes que no te comeremos a ti, amigo.

¡Cra! ¡Cra! ¡Cra!

—La señorita Livorno permanecerá fuera de la vista. No hay nada que atraiga más al animal humano que una gallina en plena meditación en un día de verano. ¡Ah!, querido Jack, se me olvidaba, ¿querrías decirle al ruiseñor que calle también? No hay nada más atractivo que una serenata de ruiseñor en pleno verano.

—¿Por qué no viene nunca por aquí?

—Le he pedido muchas veces que lo hiciera, pero siempre se ha negado. Mucho me temo que ahora se niegue a acatar estas órdenes.

—Si no lo hace lo perseguiré hasta el Canadá.

—Bueno. Yo continuaré supervisando la campaña desde mi puesto de mando en casa de Freda... ¡ah, sí! de Frances... mmm, desde mi puesto de mando detrás del arbusto de las lilas. Les aseguro, damas y caballeros, que nuestra misión no fracasará. Se levanta la sesión.

Por supuesto, no tuvieron éxito. Aquellos perdedores de la Gran Ciudad echaron un par de miradas a la Colina Roja y se enamoraron de ella. Vieron los montículos que Tomás Topo había excavado y los adoraron.

—Los topos tienen sus derechos —dijo el marido.

Vieron a George W. destrozando los narcisos.

—Las marmotas tienen sus derechos —exclamó la esposa—. El año que viene plantaremos suficientes para nosotros y para ellos.

El coc, coc del Presidente en su esfuerzo por destruir las lilas les extasió. Las escurridizas siluetas de las ciervas y de sus crías escondiéndose entre los árboles les encantaron.

—¿Crees que nos dejarán vivir aquí con ellos? —preguntó la esposa.

Compraron la finca y la granja por un precio muy elevado (mil dólares cada cuarenta áreas) con la ayuda de una hipoteca, trasladaron todas sus posesiones a la casa y plantaron allí su residencia. Casi de inmediato comenzó el ruido de martillos y sierras en el interior de la casa y las coladas en el exterior, en unas cuerdas tendidas en una hilera de robles.

La familia se componía de cuatro miembros. En cabeza, una gata siamesa de color marrón y canela que mandaba en la casa con actitudes imperiales. Luego estaban el esposo y la esposa y un chiquillo de dos años que era el amo de la gata siamesa. La noticia de la presencia de ésta inquietó bastante a la Gran Escuela Roja, que no era muy partidaria de los animales predadores. Todos allí eran vegetarianos, y la Gallina Caldea había creado incluso una organización denominada CHPT, siglas de Comida Horgánica Para Todos. En opinión del Profesor, la señorita Livorno era ineducable, no aprendería nunca a escribir con corrección.

—Bueno, no hay nada que temer de la gata —aseguró George W. a la asamblea—. Es una auténtica aristócrata.

—¿Aristócrata?

—He mantenido con ella una larga conversación a través de la mosquitera. Es una especie de princesa siamesa, y si los siameses han sido en alguna época cazadores, ella no conserva rastro alguno de tales hábitos.

—Eso es lo que dice desde detrás de la puerta.

—No. Le ayudé a abrirla y hemos pasado un rato realmente agradable y amistoso, hasta que la señora abrió la puerta y la cogió y la hizo entrar otra vez. Estaba loca.

—¿Y eso?

—Bueno, parece que esos tipos siameses son de una clase muy elevada y no se les puede dejar salir. Tienen miedo de que coja la hemofilia o algo así. La Princesa se encuentra muy sola. Tendríamos que hacer algo por ella.

—La hemofilia no es contagiosa —dijo el Profesor—. Es una característica congénita transmitida a través de los cromosomas femeninos.

—Bien, bien. Sería leucemia o algo así.

—¿Y qué hay de la familia?

—La Princesa dice que son un poco liberales. Se llaman Dupree. Él es

Constantine y ella Constance, así que se llaman uno a otro Connie y la Princesa nunca sabe a quién se refieren.

—¿Y el bebé?

—Es niño y tiene seis nombres.

—¿Seis?

—Le han puesto el nombre de una especie de poema, lo que yo considero una estúpida manera de seleccionar un nombre: se llama James James Morrison Morrison Weatherby George.

—Pero eso son cuatro nombres —objetó el Profesor.

—Matemáticamente hablando —comenzó Tomás Topo—, se puede considerar en realidad que suman...

—Muy bien, muy bien. Pondremos seis. ¿Cuántos años tiene?

—Dos.

—¿Y qué hace?

—Casi nada. Simplemente se arrastra por todas partes.

—¿A los dos años? Muy mal. ¿Y su padre qué hace?

—Es editor.

—¿Y eso que es?

—¿Te acuerdas de esos trozos de papel que vemos a veces y que llevan impresas cosas como Zumo de Tomate, peso neto 1 Kg. o Pall Mall, Cigarrillos de Fama, En Donde Se Reúne Gente Especial?

—Sí, aunque no sé qué significa.

—Dice la Princesa que alguien se ha de encargar de imprimir esas palabras. Eso es un editor.

—¿Y ella qué hace?

—¿Quién?

—La otra Connie.

—Se dedica a poner comida sobre unos papeles.

—¿Que hace qué?

—Eso es lo que me dijo la Princesa.

—¿Pone comida encima de papeles?

—La Princesa dice que tienen un sabor magnífico.

—No pone comida en papeles —intervino el Profesor—. Se dedica a pintar cuadros —dijo volviéndose a George Marmota—. En mi opinión, tu amiga la princesa siamesa es un asno.

—Quiere verte. Su Connie, el hombre, también estuvo en Rutgers.

—¿Sí? ¿En serio? ¿Era un fi beta cappa? No importa. Quizá con eso se pueda arreglar algo.

—Pero no habla nuestro idioma.

—¡Qué lástima! ¿Tiene alguna posibilidad de llegar a aprender? ¿Cuántos años tiene?

—Unos treinta.

El Profesor meneó la cabeza.

—Un ciudadano adulto. Demasiado tarde.

Al llegar a este punto uno de los cuervos dijo:

—Hay algo muy divertido que se acerca al establo. Todos se lo quedaron mirando.

—Ahora llega —añadió.

Todos se agolparon a mirar por una rendija de la puerta. Una curiosa criatura, rosada y desnuda, venía gateando, en dirección adonde se encontraban, cruzando el prado.

—¿Dónde, dónde? —preguntó Tomás Topo.

—Dirección sur-sudoeste —le contestó George W.

—¿Qué es?

—¡Es un monstruo! —gritó la señorita Livorno.

El Monstruo se deslizó por la rendija, se detuvo, descansó y emitió un jadeo. Entonces se quedó mirando a la asamblea, mientras ésta le examinaba.

—Es James James Morrison Morrison Weatherby George —dijo la marmota—. Yo le he visto jugando con la Princesa.

—Da —dijo el Monstruo con cara de felicidad.

—Evidentemente se trata de un iletrado —dijo el Profesor con tono de mal humor—. No sabe hablar. Suspendemos la sesión.

—Sí que puedo hablar —respondió entonces James en la lengua de los animales—. ¿Por qué me tratas con tanta rudeza?

—Querido Monstruo —se disculpó con toda elegancia el Profesor—, no tenía ni idea de que pudieras. Te ruego que me disculpes.

—Da —dijo James.

—Por supuesto —explicó la Rata Blanca—. La ciencia siempre halla la respuesta. El Monstruo puede hablar con nosotros pero no con los de su especie.

—Da —afirmó James.

—Así que hablas nuestro idioma, ¿eh, renacuajo? —dijo Jack Johnson

—Creemos que es hábil para cualquier idioma —dijeron las debutantes entre risillas sofocadas.

—Señoras —dijo entonces el Monstruo—. Les agradezco mucho su generoso cumplido. Soy un espíritu sin cultivar, pero no tan insensible que no pueda dejar de admirar a unas hembras tan hermosas como ustedes. En este mundo tumultuoso lleno de conflictos y confrontaciones, es un alivio para una criatura solitaria como yo encontrarse con algunas personas con las que poder todavía relacionarse y

comunicarse.

—Su primitiva elocuencia va directa al corazón —dijo una cervatilla, que le dedicó a James una espectacular caída de ojos.

—¿Dónde diablos has aprendido ese divertido modo de hablar? —inquirió uno de los cuervos.

—De los editoriales de mi padre —dijo James con una sonrisa—. Se los lee a mi madre en voz alta.

—Honrado y modesto —dijo el Maestro Explorador—. Aprobado.

—Hey, Monstruo, ¿cómo se vive entre humanos? ¿Es diferente?

—No lo sé, señor. Nunca he vivido con nadie más.

—¿Y qué hay de la Princesa? La siamesa.

—Oh, simplemente es un flechazo. Es una criatura visceratónica; esto es, funciona más por impulsos instintivos que por motivaciones intelectuales.

—¡Jesús! —exclamó Jack Johnson.

—¿Has sacado eso también de sus editoriales? —preguntó el cuervo.

—Sí, señor. Lo que quiero decir con todo esto, damas y caballeros, es que es la primera oportunidad de que he dispuesto nunca para desarrollar una conversación racional con alguien.

—¿Acaso no hablan contigo tus padres?

—Sí, pero cuando les contesto no me atienden.

—Eso sucede porque tú hablas nuestro idioma y ellos el suyo.

—¿Saben? —interrumpió el Profesor—, este monstruo simple parece tener algún potencial aprovechable. Creo que le haré alumno de mi curso de Artes y Ciencias I.

—Ahí viene uno de los dos Connies —avisó Su Eminencia.

—Bien. Afuera ahora, Monstruo. Nos encontraremos mañana. Que alguien le ponga fuera de la puerta, vamos.

La madre de James lo tomó del suelo y empezó a andar hacia la casa.

—Vaya querido, ¡qué buena excursión has hecho! Es una suerte que una no se haya de preocupar por los automóviles. ¿Has descubierto algo interesante?

—Sí, sí que lo descubrí —respondió James—. Hay una brillante cofradía de pájaros y bestias en el Gran Establo Rojo, que me ha recibido muy bien y que con gran amabilidad se ha ofrecido voluntariamente a iniciar mi educación. Todos ellos son tipos de lo más interesante y divertido. Me llaman Monstruo.

Desafortunadamente, todo esto se lo dijo James a su madre en el idioma de los animales, que ella ni entendía ni podía oír. Así pues, lo resumió todo en un «Da» humano, pero se quedó terriblemente molesto ante la incapacidad de su madre por oírle, y éste es el terrible conflicto de este cuento.

Y así se inició la educación de James Dupree en la Gran Escuela Roja y sus

alrededores.

—La música llegó a su punto culminante en la Era Barroca —le decía Jack Johnson—. Telemann, Bach, Mozart. El mayor, el más grande, el que más admiro, fue Vivaldi. Tenía fuerza, ¿comprendes? Bien. Ahora lo que te has de meter en la cabeza es que todos esos tipos hicieron música, y tienes que darte cuenta de que no se debe sólo escuchar música; tienes que hacerla, lo que significa que tienes que dirigir una conversación entre artistas. ¿Correcto? Oyes lo que te cuentan con música y luego les contestas. O te muestras de acuerdo con ellos o discutes. De eso se trata.

—Gracias, señor.

—Está bien. Ahora veamos cómo haces sonar la A.

—Y cuanto más hondo cavemos —decía Tomás Topo—, nos encontraremos que, matemáticamente hablando, la temperatura se incrementa en un grado Fahrenheit cada treinta centímetros. Sin embargo, mis hermanos del norte me han contado que se ven obligados a cavar en el estrato permanentemente helado que queda todavía de la última glaciación. Es algo muy interesante, porque significa que el último periodo glacial no ha terminado todavía según las matemáticas. ¿Has visto alguna vez un iceberg?

—No, señor.

—Me gustaría cavar hasta el fondo de un iceberg para medir su temperatura.

—¿No cree que cada vez sería más frío, señor?

—¿Frío? ¿Frío? Más vale el frío que esas pastillas antifatiga.

—Gracias, señor.

—Veamos tu mano —decía la señorita Livorno—. Benny, benny. La línea de la vida es poderosa. ¡Ah!, pero la línea de Venus, del amourismo, está rota en multo lugares. Me temo que tendrás una vida amorosa muy infeliz, caro mio.

—Repíte conmigo —decía el Conejo Mayor—. Por mi honor.

—Por mi honor.

—Haré lo mejor posible mis tareas.

—Haré lo mejor posible mis tareas.

—Por Dios y por mi patria.

—Por Dios y por mi patria.

—Y obedeceré la ley scout.

—Y obedeceré la ley scout.

—Y ayudaré a los demás en cualquier ocasión.

—Y ayudaré a los demás en cualquier ocasión.

—Y me mantendré sano de cuerpo.

—Y me mantendré sano de cuerpo.

—Mentalmente alerta.

—Mentalmente alerta.

—Y rígido en mi moral.

—Y rígido en mi moral.

—Bueno. Ahora ya eres un muchacho explorador. Mañana empezaremos a hacer nudos con el de bolina.

—Perdone, señor. ¿Qué significa rígido en mi moral?

—Ahora observa —decía la debutante—. Primero un paso / y luego el otro. / Primero un paso / y luego el otro. / Y luego haces el Gazpacho. Prueba tú ahora.

—Pero ni siquiera sé andar, señora.

—Está bien —respondía la debutante en un alarde de inteligencia—. Si no sabes andar, ¿cómo te las vas a arreglar para bailar? ¿Por qué no lo dejamos? Cuéntame, ¿has leído algún buen libro últimamente?

—No entiendo eso que dice el Profesor —se quejaba George W.—. La agrimensura puede convertirse en una manera terrible de vivir. No se la desearía ni a mi peor enemigo.

—Entonces, señor, ¿por qué lo hace?

—No lo sé. Quizá, pienso yo, porque soy de esos tipos estúpidos a quienes les gusta hacerlo. Pero tú no eres ningún estúpido; al contrario, eres un chico muy brillante.

—Gracias, señor. ¿Por qué no me la explica y así veo si también me gusta a mí?

—Bueno, de acuerdo. Pero que conste que no estoy tratando de hacerte agrimensur, ¿comprendido?

—Comprendido, señor.

—Perfecto. Comencemos: una buena medida del terreno no se puede llevar a cabo sin tener un conocimiento exacto de la longitud y la latitud. La altura del sol te da la latitud, y la hora te proporciona la longitud. ¿Lo has captado?

—Pero si no puedo ni leer la hora.

—¡Claro que puedes, querido! Tienes tu reloj biológico.

—No sé qué es eso, señor.

—Todos lo tenemos. Y tú también debes tenerlo. Dime, rápido, ¿qué hora es?

—Falta poco para la cena.

—¡No! ¡No! ¿Cuánto hace que el sol llegó al cenit, esto es, alcanzó su altura

máxima en el firmamento al mediodía? ¡Rápido, ahora! En horas, minutos y segundos. Deja que tu cabeza trabaje.

—Seis horas, diecisiete minutos y cinco segundos.

—Tendría que haber sido y tres segundos. Te has equivocado en ochocientos metros —sonrió el Incomparable Agrimensor, al tiempo que le daba unos cariñosos toquitos en el hombro—. Eres un muchachito muy brillante y ya ves que tienes tu propio reloj biológico. Mañana iremos a medir las lindes de la granja.

—Las damas, quiero decir, coc, coc, las mujeres, son cambiantes. Nunca lo olvides. No podemos vivir con ellas y tampoco podemos vivir sin ellas. Como escribió aquel gran poeta: «Cuandoquiera que mi faisán se viste de gala, entonces, entonces creo que es así, con cuánta dulzura ondea en su esplendor sus vestidos». Me temo, muchacho, que seas demasiado joven para la segunda romanza que, por decirlo en buenas palabras, es un poco obscena.

—Sí, señor.

—Ahora vamos al asunto que nos interesa —dijo el Presidente—. Espero que no seas ciego para los colores.

—Lo ignoro, señor.

—La percepción de los colores es esencial para la supervivencia. Bien, vamos a hacer una prueba. ¿De qué color es esa flor?

—Es de un color del Iris.

—Ya lo sé, pero ¿de cuál? El nombre, dímelo.

—¿Azul? —dijo James a la ventura.

—Es un azul marino púrpura. ¿Y aquel tulipán?

—¿Rojo?

—Es cereza. De verdad, mi joven amigo. ¡Supervivencia! ¡Supervivencia! ¿Y esas lilas?

—Lilas, señor.

—¡Ah! Ahora sí has demostrado un poco de percepción. Muy bien. Mañana estudiaremos el RAAVAMV.

—No sé qué es eso, señor.

—Son las iniciales de los colores del espectro —dijo el Presidente en tono severo. Luego se alejó con paso airado y modales afectados.

—Hey, chico.

—¿Sí, Eminencia?

—¿Cuál de éstos es tu padre?

—El más alto, señor.

—¿Y qué hace?

—Bueno, habla mucho, Eminencia; y también escucha mucho.

—¿Y de qué habla?

—Prácticamente de cualquier cosa. De Ciencia, y del Estado de la Nación, de la sociedad, de ecología, de ideas, de libros, del teatro, de muchas cosas.

—¿Qué es eso del teatro?

—No lo sé, señor. También se dedica mucho a cocinar cuando está en casa.

—Ah, sí, ¿eh? Dime, muchacho, ¿hay alguna posibilidad de que haga un poco de sebo para mí? Me chifla el sebo.

No todo era siempre dulzura y suavidad en la Gran Escuela Roja; de vez en cuando también había momentos poco placenteros.

Por ejemplo, una vez en que James entró gateando con un aspecto muy extraño. Había pasado muy mala noche debido a un atracón de pudín de chocolate y crema a la hora de cenar, y se sentía cansado y de mal humor. Rechazó las graciosas insinuaciones de las debutantes y puso mala cara a las explicaciones del Profesor. Se comportó realmente de un modo imposible. Sólo pronunció una palabra, y no en el lenguaje de las bestias, ni en el humano, ni siquiera dijo «Da». Lo que salió de su boca fue «Maldita sea», y luego se echó a llorar. Las bestias, que nunca lloran, le miraron llenas de perplejidad.

—¿Qué está haciendo?

—Está llorando —dijo la voz de la Princesa siamesa mientras se introducía en el establo—. Espero que sepáis perdonar esta intrusión, pero me las he apañado para salir y venir tras él. Hola, George. Tienes un aspecto magnífico hoy. Este debe de ser el Profesor. James no me había dicho que es usted tan distinguido. El Presidente y Su Eminencia sí que están magníficos, como siempre. No puedo contar las veces que les he admirado a todos ustedes desde la ventana.

—Coc, coc. Muchísimas gracias, Alteza.

—Tú, nena, tampoco estás mal.

—Vámonos, James. Volvamos a casa.

—¿Es que está enfermo? —preguntó el Profesor.

—No, está algo indispuerto. Tiene un temperamento, saben, heredado de su padre, un individuo un tanto bohemio. Vámonos, James. A casa.

La Princesa empezó a engatusar a James, haciéndole cosquillas con su mimosa piel, pero alejándose unos pasos cada vez que él trataba de abrazarla con suavidad. James se fue gateando tras ella y ambos salieron de la Escuela y cruzaron el prado en dirección a la casa.

—Mañana ya estará bien —les gritó la Princesa—. Tienen ustedes un lugar encantador. Adiós a todos.

—Ya os dije que era toda una aristócrata —concluyó George W.

Hubo otra ocasión en la que uno de los cuervos entró tambaleándose en la Escuela canturreando:

—¿Y cómo podréis retenerlos en la granja cuando hayan visto París? —tras lo cual se quedó mirando a la asamblea con ojos legañosos y un poco bizcos—. Estáis todos ajumados. Estáis pasados.

Y luego comenzó a vomitar.

—¿Qué le sucede a nuestro divertido, quiero decir, dramático amigo? —preguntó el Presidente.

—Las moras de uno de los arbustos han fermentado —explicó el otro cuervo—, y no le pude convencer de que dejara de comerlas. Ahora está borracho perdido.

—¡Actores! —masculló el Conejo Mayor—. Que te sirva de lección, James. Bueno, no os quedéis ahí. Que alguien lo saque afuera y le ayude a dar un paseo y tomar el aire.

—¿Señor?

—¿Sí?

—La manguera está regando ahora los rosales. Si le damos una buena ducha fría...

—A esto se llama estar siempre mentalmente alerta. Venga, pongamos como sea a este payaso bajo la ducha. Sólo deseo que se siente sobre una buena espina.

—¿Qué dices, que no sabes nadar? —dijo el pato real.

—Ni siquiera sé andar, señora.

—Soy un caballero.

—Le ruego me perdone, señor.

—Métete en ese estanque. ¡Venga!

—Sí, señor.

—No es muy profundo. Así, eso es. Ahora, atención.

—Sí, señor.

—Mira el movimiento de mis patas. Estoy remando, ¿te fijas? Y eso que sólo tengo dos patas; tú tienes cuatro, así que puedes hacerlo el doble de bien que yo. Túmbate de cara y rema con los brazos y las piernas. Adelante. ¡Alternativamente! ¡Alternativamente! Y-uno-y-dos-y-tres-y-cuatro. Mantén la cabeza sobre el agua y respira por la boca. ¡Más deprisa, más! Así, eso es. Es lo mismo que gatear, pero en el agua.

—¿Es verdad que estoy nadando, señor?

—Muchacho —afirmó el pato real—, hoy es el estanque; mañana, el Canal de la

Mancha.

—Connie —le dijo Constance a Constantine—, estoy preocupada por Jamie.

—¿Por qué?

—¿No deberíamos enviarle a algún centro preescolar?

—¿Y eso?

—Parece un poco retrasado.

—Pero si aún no tiene ni tres años. ¿Qué quieres, Connie, un niño prodigio que entre en Harvard a los diez años y se estropee para toda la vida? Quiero que Jamie crezca como un niño normal y saludable sin que su mente se vea sometida a esfuerzos y tensiones prematuras.

—Si me permite usted, Profesor —decía en aquel mismo instante James—, me gustaría hacer constar mi desacuerdo con mi erudito colega Tomás Topo sobre la teoría cosmogológica del Big Bang.

—Cosmogónica —le corrigió brevemente la Rata Blanca.

—Gracias, señor. La idea de un protoátomo gigantesco que explota y produce el universo en expansión como hoy lo conocemos es de lo más atractivo, pero en mi opinión no es más que una bonita leyenda. Creo en la teoría del Estado Constante, en que nuestro universo se renueva constantemente a sí mismo con el nacimiento de nuevas estrellas y galaxias que surgen del hidrógeno primordial.

—¿Dónde están entonces tus pruebas matemáticas? —preguntó Tomás Topo.

—En la ecuación eterna —repuso James—. La energía es igual a la masa multiplicada por la velocidad de la luz elevada al cuadrado.

Se oyó una voz que gritaba en humano:

—¿James? ¿Jamie? ¿Dónde estás?

—Perdóneme, Profesor —dijo con gran educación James—. Me buscan.

Se arrastró hasta la puerta del establo y se deslizó afuera sin ninguna dificultad.

—¡Da! —gritó luego en humano.

—Tendremos que abrir un poco más esa puerta —dijo el Profesor—. Está creciendo. ¿Por qué demonios no ha aprendido todavía a andar? Ya tiene edad. Cuando yo tenía sus años ya era abuelo.

Los conejos y cervatillos se rieron tímidamente.

—Se acabó la clase —siguió el Profesor. Luego se volvió a Tomás Topo—. ¡Tú y tu teoría del Big Bang! ¿Por qué no me ayudas a buscar microscopios para el seminario de biología?

—Nunca he encontrado ninguno bajo tierra —dijo Tomás Topo, con toda la razón del mundo—. De hecho, si encontrara uno, ni siquiera sabría que lo es. ¿No podría

describímelo en términos matemáticos?

— $E = Mc^2$ —soltó el Profesor, antes de salir. Se sentía en un terrible estado de ánimo y sus alumnos tenían mucha suerte de que no fuera época de exámenes. Hubieran suspendido todos.

El Profesor se sentía muy preocupado por James James Morrison Morrison, que había cumplido ya los dos años y todavía no andaba ni sabía hablar en humano. Sentía una especie de culpabilidad pendiente sobre sí y se acercó al estanque de los patos a tratar de examinar a fondo la cuestión.

—Ahora estoy solo —dijo la Rata Blanca. Los patos reales remaron un poco para observarle, pero los ignoró. Todo el mundo sabe que los patos son incapaces de apreciar un solemne soliloquio.

—La cualidad de la sabiduría no se consigue por la fuerza. Es algo que cae como la suave lluvia del cielo, así que ¿qué somos nosotros, meros mortales, para luchar contra los ángeles? Todo lo que pido, James, es que me recuerdes. El día de hoy se denomina Día del Padre. El que sobreviva a este día se levantará cuando se conmemore otra vez, y año tras año dará un banquete a sus vecinos. Los viejos olvidan, pero ¿no es eso mejor que soportar las piedras y flechas de la malhadada fortuna?

Y luego empezó, con algo a medio camino entre el gruñido y la canción

Mi padre me envió a la vieja Rutgers
y decidió que tenía que ser un hombre,
y por eso me instalé
en aquella ruidosa ciudad estudiantil
a orillas del viejo Raritan.
Su ardiente espíritu me embriagó
desde el día que mis años de escuela empezaron.
Graciosa Alma Mater mía,
centro del saber, capilla honrada
a orillas del viejo Raritan.
Amo su bandera que flamea a lo lejos,
amo sus triunfos, orgulloso de mostrarlos,
y me vanaglorio de la fama
que inmortalizó su nombre
a orillas del viejo Raritan.
Mi corazón se coge con más firmeza que la hiedra,
mientras la vida sigue su camino fugaz,
a los antiguos y majestuosos muros
de sus santas y clásicas salas,

a orillas del viejo Raritan.
A orillas del viejo Raritan, amigos,
donde la vieja Rutgers siempre seguirá
no importa que vengan tempestades
a orillas del viejo Raritan.

Sintiéndose mucho mejor, el Profesor regresó a la Gran Escuela Roja a preparar su primera conferencia sobre las Nuevas Matemáticas. «Cero —se dijo a sí mismo—. Uno. Diez. Once. Cien. Ciento uno...» Estaba contando en aritmética binaria.

Mientras tanto, James James Morrison Morrison había terminado el desayuno (ensalada de pollo, una rebanada de pan con mantequilla, salsa de manzana y leche) y estaba en el piso de arriba, en su cama, teóricamente durmiendo, pero en realidad en animada conversación con la Princesa, que se había instalado cómodamente en su pecho.

—Yo te quiero de verdad —decía James—, pero tú no me haces ningún caso. Todas las mujeres sois iguales.

—Eso te pasa porque lo quieres todo, James.

—¿Y no es lo que tendría que hacer todo el mundo?

—Por supuesto que no. Todo el mundo debería quererme a mí, claro, pero no a todos. Reduce mi rango.

—Princesa, ¿tú eres de verdad una princesa siamesa?

—Pensaba que habías dicho que me amabas.

—Pero resulta que sé que naciste en Brooklyn.

—Política, James, política. Papá, que también era almirante, se vio obligado a abandonar Siam súbitamente. Apenas tuvo tiempo de echar unos cuantos rubíes en una bolsa vieja y salir huyendo. Así llegó a Brooklyn.

—¿Y por qué allí?

—Porque raptaron el avión

—¿Qué es un rubí?

—Pregúntaselo a tu Profesor —dijo la Princesa en tono cortante.

—¡Ja, ja! Celosa, celosa. Sabía que te cogería, tarde o temprano.

—¿Quién es ahora el que no hace caso a quién?

—Yo. Por favor, Princesa, no te apoyes en la garganta que me ahogas.

—Eres un cerdo machista —repuso la Princesa mientras obedecía—. Soy sólo un símbolo sexual para ti.

—Oye, ¿por qué no te unes al movimiento de liberación de las gallinas de la señorita Livorno?

—¿Yo? ¿Y qué hago yo entre todas esas gallinas?

—Vi que te las arreglabas muy bien con mi ensalada de pollo. No hagas ver que no sabes de qué estoy hablándote. Te vi encima de la mesa mientras mamá cargaba el lavavajillas. Tenía la impresión de que la mahonesa era horrible.

—Sólo comercial.

—¿No le puedes explicar a mamá cómo se hace la mahonesa casera?

—¿Yo, señor? ¿Qué tengo yo que ver con todo eso? Esos asuntos los dejo para el servicio.

—¡Ja, ja! Te volví a coger.

—Te odio —dijo la Princesa—. Te detesto y te aborrezco.

—Tú me quieres —dijo tranquilamente James James—. Me quieres y no puedes separarte de mí. Te tengo bajo mi poder.

—¿No hay gatos en el Establo Rojo?

—No —se rió James—. Eres la única Princesa de la Colina Roja.

Fuera se escuchó un ruido desusado, gruñidos y gritos en idioma animal.

—¿Qué es eso? —exclamó James.

La princesa acudió a la ventana de un salto y regresó al cabo de un instante.

—Sólo son un par de perros de granja que juegan con George Marmota —informó perezosamente—. Bueno, como decíamos...

—¿Jugando? A mí no me parece que estén jugando. Mejor será que vaya a ver yo mismo.

—James, ya sabes que no puedes andar.

—Maldita sea, ahora sí que voy a andar si me interesa.

James James se abalanzó sobre el borde de la cuna y cayó al suelo. Se asió entonces al borde de la cama y se puso de pie. Luego se dirigió tambaleándose hacia la ventana.

—No están jugando con él. Está en un grave apuro.

James se encaminó hacia el prado tropezando con las paredes y golpeándose con los cantos de las puertas. Se las ingenió para descender uno por uno los escalones sentándose cada vez, apartó la cortina de la puerta con la cabeza y salió al suave prado bamboleándose, bamboleándose, cayendo, volviendo a levantarse y dirigiéndose hacia el Inimitable Agrimensur, que estaba siendo hecho trizas por dos salvajes mastines.

Estos quedaron confusos y cortados cuando James se abalanzó sobre George W., y se dispusieron a lanzarse sobre ambos. James se debatió a patadas. También los retó y los insultó en la lengua de los animales, con unas palabrotas tan fuertes que aquí no se pueden reproducir. Aquel alarde de coraje y determinación terminó por desanimar a los mastines, que por fin se volvieron y se alejaron satisfechos, como si todo aquello hubiera sido sólo un juego. James se arrodilló entonces y recogió a George,

se puso nuevamente en pie y empezó a andar, siempre a punto de caerse, hacia el Gran Establo Rojo.

—Gracias —dijo George.

—¡Bah, cállate! —replicó James.

Cuando llegaron a la Escuela ya estaban todos allí. Nada escapa a la atención en la Colina Roja. James James se sentó sobre su trasero almohadillado con el Agrimensur todavía entre sus brazos. Las debutantes emitieron unos sonidos de reconocimiento.

—¡Cazadores! ¡Matones! —gruñó el Conejo Mayor—. Nadie está a salvo de ellos. Todo esto es culpa de esos Corazones Bondadosos. Comprendedlos, sed amables con ellos, ayudadles. ¿Ayudarles a qué, a matar?

—Hay un triángulo de la granja de la Colina Roja —dijo George W. en un suspiro—, que mide exactamente cuarenta y ocho áreas. Se extiende en la propiedad vecina, donde vive Paula, la cerda. Decidle a Paula que debe... respetar... Que debe respetar nuestros lin...

—Se lo diré —dijo James, antes de empezar a llorar.

Los demás le quitaron de las manos el cuerpo de la marmota y lo llevaron al bosque, donde lo dejaron expuesto al viento y a la naturaleza. Las bestias no entierran a sus muertos. James permaneció en la Gran Escuela Roja, llorando en silencio.

—Ese muchacho es un buen tipo —dijo uno de los cuervos.

—Sí, se ha portado muy bien. ¿Viste el modo en que luchó con los perros y les obligó a largarse? ¡Y eso que eran dos contra uno!

—Sí. ¡Hey, muchacho! ¡Muchacho! Ya pasó todo. Muchacho, ¿has oído alguna vez ése del chico que va a la carnicería? —siguió su compañero.

—... Y dice: «Me pone una libra de liñones, por favor».

—Será riñones.

—He dicho liñones, ¿veldad?

—Ja, ja. ¡Divertido, muy divertido! ¿Eh, muchacho?

—Tendrá que caerse al estanque, coc, coc, quiero decir, sumergirse en el estanque —dijo el Presidente—. Está cubierto de la sangre de George, y los dos Commies te acosarán a preguntas si te ven así.

—Es Connies.

—No importa. ¿Serían nuestras adorables jovencitas debutantes tan amables de conducir a nuestro valiente amigo al estanque y...?

—Ahora ya puedo andar —dijo James.

—Claro, claro. Sólo para asegurarse. Y empujadle adentro, coc, coc. Y presentad mis disculpas a los patos reales, a los que puede que siente mal esta intrusión. Tengo que decirte, querido muchachito, digo, tengo que declarar que, en nombre de todos, te doy la bienvenida como miembro plenamente aceptado de nuestra comuna. Es un

privilegio tener entre nosotros, coc, coc, a un tipo como tú. Estoy seguro de que mi querido amigo el Profesor estará de acuerdo conmigo.

—Es mi mejor alumno —admitió de mala gana la Rata Blanca—, pero me temo que tendré que apretarle muchísimo más si es que quiere entrar alguna vez en Rutgers.

—¡Oh, Jamie! ¡Otra vez te has vuelto a caer en el estanque!

—Da —respondió el héroe.

Aquella noche tampoco la pasó muy bien James. Se encontraba terriblemente impresionado por el asesinato de George. La denuncia de los perros que el Maestro Explorador había hecho le había colocado en un dilema, porque a él le gustaban tanto los perros como todo el resto de los animales.

—Hay perros buenos y perros malos —seguía insistiéndose a sí mismo—, y no debemos juzgar a los buenos por los malos. Creo que el Conejo Mayor está equivocado, pero ¿cómo puede equivocarse un Maestro Explorador?

«Es una cuestión de imperativos categóricos. Los actos buenos llevan a resultados buenos. Los actos malos llevan a resultados malos. ¿Pero puede llevar el bien al mal o el mal al bien? Mi padre podría darme la respuesta, pero no estoy dispuesto a preguntárselo en su idioma, y él nunca hablará el nuestro...»

Al llegar a este punto, el hondo rumor de los murciélagos comenzó a irritarle. Las voces de las bestias suenan en un tono muchísimo más alto que las humanas, así que lo que a oídos de los hombres suena como un chillido de murciélago, al oído de las bestias retumba como un inmenso bajo. Esta es otra de las razones por las que los humanos no pueden hablar en la lengua de las bestias.

James se acercó a la ventana.

—¡Está bien, está bien! —gritó—. A ver si te callas y te vas.

Uno de los murciélagos llegó volando hasta el antedespacho de la ventana y se colgó de allí.

—¿Qué te preocupa, retoñito humano? —retumbó su voz.

—Por favor, baja el tono. ¿Quieres despertar a toda la casa?

—No pueden oírnos.

—Pues yo sí.

—¿Cómo es eso? Ningún ser humano puede hacerlo.

—No lo sé, pero yo sí, y estáis haciendo tanto ruido que no puedo dormir.

—Lo siento, muchachito, pero tenemos que hacerlo.

—¿Por qué?

—Bueno, verás. En primer lugar nosotros somos nictálopes, ¿sabes?

—Sí. Y ¿qué?

—En segundo lugar no tenemos muy buena vista.

—Tampoco Tomás Topo ve muy bien y no va por ahí armando escándalos como vosotros.

—Sí, muchachito, pero Tomás trabaja bajo el suelo. No tiene delante árboles, establos o edificios de los que preocuparse. ¿Lo entiendes? Y lo último que querríamos que nos sucediera es tener un accidente y toparse con algo. Habría que abrir una investigación en el Comité de Actividades Aéreas y seguro que alguien acabaría perdiendo la licencia de vuelo.

—Pero ¿qué tiene que ver el ruido con todo esto?

—Es nuestro sonar.

—¿Qué es un sonar?

—¿Has oído hablar del radar?

—Sí.

—El sonar es como el radar pero mediante sonidos. Se emite un chillido y el eco regresa y así sabes dónde están las cosas.

—¿Por el eco?

—Exacto. ¿Quieres probar? Adelante. ¡Eh, espera, no vale hacer trampas! Cierra los ojos. Ahora haz de sonar.

—¿Qué es lo que tengo que gritar?

—Lo que quieras, da lo mismo.

—WEEHAWKEN —gritó James. El murciélago se echó hacia atrás como si el grito le hubiera dolido. Hasta donde estaban llegaron tres ecos: weehawken, whyhawken y weehawkee.

—He oído tres —dijo James.

—¿Cuáles eran?

—Weehawken...

—Ése era el establo grande.

—Whyhawkee...

—El almacén.

—Weehawkee.

—El roble. Ya lo vas cogiendo, muchachito. ¿Por qué no practicas tú un poco ahora? A nosotros no nos molestará. Ninguno de nosotros utiliza nombres de lugares, menos un chiflado del sur que siempre va voceando ¡Carlsbad, Carlsbad!

Además del Movimiento de Liberación de las Gallinas y la CHPT, la señorita Livorno puso en acción un aquelarre de brujas.

—En mi nativa Italia —decía—, todavía adoran a los dioses paganos. El concepto establecido de Dios ha muerto. Tenemos que regresar a los viejos dioses.

Su único discípulo era James James. La señorita también habíale pedido a la Princesa siamesa que asistiera, pero ésta había rechazado la proposición con gran

repulsión.

—El culto al Diablo —había dicho su Alteza— ha logrado arruinar nuestra reputación durante siglos. ¿Has visto alguna vez que el familiar de una bruja o de un brujo sea un perro? ¿O un cordero? ¿O una vaca? No, siempre es un gato. ¡Jamás!

Así pues, la señorita Livorno empezó a hacer sus reuniones en el almacén de tejado de pizarra, y con James de familiar. Con su ayuda recolectó un enorme surtido de hierbas: ajo salvaje, perejil, albahaca, menta, diente de león, laurel, hinojo, salvia, y en una ocasión James se ganó su gratitud eterna al llevarle unos cuantos huesos que habían quedado del ossobuco a la milanesa que había comido su padre. Sin embargo, se negó a la petición de la bruja de que le trajera alguna criatura recién nacida para realizar un sacrificio. Al final llegaron al acuerdo de utilizar una cucharada de caviar rojo. James se hizo también con cerillas para contar con el azufre que necesitaban para la invocación a Satán.

El plan era inscribir un pentágono dentro de un círculo en el centro de la chimenea del gran almacén, esparcir los ingredientes de la nigromancia sobre el pentágono, prenderles fuego e invocar al Príncipe de las Tinieblas quien, según decía la señorita Livorno, acudiría con toda probabilidad a la llamada. El único problema era que la señorita no sabía qué era exactamente un pentágono. Y no se podía acudir al Profesor, que de inmediato descubriría todo el asunto. Todo lo que James fue capaz de sugerir fue que su padre hacía mención en ocasiones de un pentágono que estaba en Washington, y, por las palabras que usaba, era realmente cierto que parecía algo que surgía directamente del diablo. La señorita Livorno le pidió a James que consiguiera la información que necesitaban de su padre, pero el muchacho se negó rotunda y tenazmente a hablar con los humanos. A pesar de ello, prometió hacer algunas indagaciones, y le dio a la señorita su palabra de honor de que no lo consultaría con el Profesor.

—Señor —le preguntó a Jack Johnson—, ¿sabe usted lo que es un pentágono?

—No puedo decir que sí, pero puedo contarte algo sobre la escala pentatónica.

—¿Y eso qué es, señor?

—Una escala de cinco tonos; el cuarto y el séptimo se omiten y se llega a la octava en el sexto. Los músicos medievales lo utilizaban mucho, pero yo lo tengo totalmente arrinconado.

—Gracias, señor.

—¿Por qué lo preguntabas, muchacho?

—Porque estoy intentando entrar en contacto con el Infierno.

—¡Jesús!

—Señor —le preguntó James al Presidente—, ¿sabe usted qué es un pentágono?

—Negativo, pequeño, esto es, digo, no tengo tal información. Sin embargo, me viene a la memoria una interesante referencia a la pentarquía que hay en las Reglas de

Gobierno de Robert.

—¿Qué es eso, señor?

—¡Dios Santo! Todo el mundo debería conocer las Reglas de Gobierno de Robert. No se puede presidir ninguna reunión sin estar totalmente familiarizado con tal procedimiento. ¿Qué se hace cuando se ha propuesto un punto de orden mientras una moción está ya presentada pero pendiente de ser secundada y...?

—Me refería a la pentarquía.

—¡Oh! ¡Ah! La pentarquía es el gobierno de cinco personas, de cinco legisladores juntos.

—Gracias, señor.

—¿Qué andas buscando, pequeño?

—Quiero ponerme en contacto con uno de los cinco gobernantes.

—Pero si ya estás hablando con uno de ellos, coc, coc.

—Es con otro con el que quiero hablar, señor.

—Tío Topo —dijo James—, ¿sabe usted lo que es un pentágono?

—No, no lo sé —replicó Tomás Topo. Luego reflexionó un instante y prosiguió—: Sin embargo, los astrónomos observadores del cielo utilizan a veces algo llamado pentaprisma.

—¿Qué es eso, señor?

—Es una pieza de cristal de cinco caras.

—¿Y para qué lo usan?

—Para decir la verdad, no lo sé. Nunca he visto ninguno. Creo que los utilizan en los telescopios, pero como tampoco he visto nunca un telescopio...

—Gracias, señor.

—¿Detrás de qué andas, muchacho?

—De lo no visto, señor.

—Se presenta el explorador Dupree, señor.

—La reunión no es hasta el próximo miércoles por la noche.

—Tengo una pregunta que formularle, señor.

—Muy bien. Aprobado —contestó el Conejo Mayor—. Acude siempre a tu Maestro Explorador cuando tengas un problema. ¿Qué sucede?

—¿Un pentágono es alguna clase de nudo?

El Conejo Mayor se quedó pensativo un instante y repuso:

—No.

—¿Sabe usted lo que es un pentágono, señor?

—Claro que lo sé. Y tú también. Durante toda la vida has estado viendo cincuenta, uno al lado del otro.

—¿Sí? ¿Dónde?

El Maestro Explorador se puso firme, saludó y señaló la bandera americana que

ondeaba sobre el establo pequeño en muchas ocasiones.

—Helos ahí, muchacho. Esas sagradas estrellas son pentágonos. Cada una de sus cinco puntas representa una de estas cinco virtudes: la lealtad, el liderazgo, la piedad, la ley y el orden.

—Gracias, señor.

—¿Estás estudiando quizá como ganarte una banda de mérito, James?

—En cierto modo —respondió el muchacho—. Estoy estudiando un tipo de piedad.

—No hay bandas de mérito para la piedad.

—Un pentágono es una estrella de cinco puntas —pudo informar por fin James a la señorita Livorno—. Como en la bandera.

—Benny, benny, multa benny. No se lo preguntaste al Profesor, ¿verdad, James?

—No. Soy un explorador y sé mantener mi palabra de honor. Ahora ya podemos invocar al Diablo. Hablando de eso, ¿qué es el Diablo, señorita?

—El Príncipe del Infierno.

—Sí, eso ya lo sé, ya me lo ha dicho otras veces. Pero, ¿qué es el infierno?

—Esta noche lo sabrás —respondió la Gallina Caldea con una siniestra risita.

Luego se marchó hacia el almacén como Tosca después de la muerte de Scarpia. James lo sabía porque Jack Johnson había representado en una ocasión la ópera entera en la Gran Escuela Roja, con todos los papeles cantados por él solo. Jack había logrado una escena particularmente impresionante en el mutis de Tosca del segundo acto.

Así pues, aquella noche, mientras su padre le leía a su madre el último editorial que había escrito («La hierba: ¿paraíso o veneno?»), James se deslizó fuera de la casa y fue a reunirse con la bruja junto al almacén. Entre ambos se las ingenieron para trazar un círculo y una estrella en mitad del hogar y decoraron el dibujo con varias hierbas de las utilizadas en la magia negra. Luego, James encendió el azufre y todo empezó a arder con un olor fétido, al tiempo que la señorita Livorno iniciaba una letanía que más o menos decía lo siguiente:

—¡Satán, ven a mí! ¡Lucifer, aparece! ¡Mefistófeles, manifiéstate a tus fieles! ¡Belial y Belcebú, atended mi llamada! ¡Asmodeo y Apolión, tentadores del mal, tentadme! ¡Príncipe de la Oscuridad, rey del mal, demonio encarnado, ven a tus fieles, a tus adoradores, a tus...!

De repente, la señorita emitió un chillido.

—¡Aquí está! ¡En la ventana! ¡Ha venido! —Llena de pánico, se subió en un instante al hombro de James y se quedó allí, aterrada y temblorosa.

James miró hacia la ventana. Apenas iluminado por la débil luz de aquel fuego arcano se veía un enorme ojo. En el mismo instante que lo vio el ojo desapareció, al tiempo que la puerta del almacén empezaba a abrirse lentamente con un crujido

estremecedor. James se puso resueltamente en pie. La señorita Livorno empezó a chillar:

—¡No! ¡No quería! ¡Regresa! ¡Vete!

Una enorme cabeza apareció por la puerta, la cabeza de un caballo, que dijo:

—Esto... Vi luz y entré un momento a hacer una pregunta. ¿Saben ustedes cuál es el camino a la granja Rich? Me temo que voy un poco perdido.

—No, señor. No se ha perdido —le respondió James—. Está muy cerca. Sólo tiene que seguir un par de kilómetros por la carretera. Pasada la colina, no tiene pérdida.

—Esto... Gracias —dijo el caballo. Luego echó una mirada a la Livorno—. Esto... ¿No es usted la gallina que salió corriendo de la granja el año pasado cuando le presentaron al gallo?

—No, no soy yo —dijo la señorita Livorno con voz temblorosa.

—Claro que sí. En la granja Rich todavía se están riendo. Una chica asustada de un chico. ¿Qué es usted, una especie de fenómeno? Bueno, gracias otra vez. Buenas noches.

El caballo desapareció en la oscuridad. La Livorno estaba temblando de indignación.

—¿Es verdad lo que ha dicho? —preguntó James.

—¡No! —gritó la señorita—. ¿Cómo se atreven a reírse de mí? Cualquier mujer tiene derecho a rechazar cualquier requerimiento amoroso que le disguste.

—Así que es verdad...

—Todos los hombres son unos animales.

—Pues tendría usted que oír lo que dicen ellos de las mujeres.

La señorita Livorno se bajó del hombro de James.

—¿Cómo te atreves a hablar con ese lenguaje tan sucio en presencia de una dama?

—Lo siento, señorita. No sabía que fuera sucio. ¿Va a intentar invocar al diablo otra vez esta noche?

—Ya lo hemos invocado bastante —repuso la señorita.

Y entonces fue cuando James se enamoró. Fue una pasión loca y arrolladora por la candidata que menos posibilidades parecía ofrecer. Para cumplir la advertencia que George Marmota había hecho en su agonía, James se llegó hasta el triángulo para exigirle a Paula que respetara los límites, y aquello fue un amor a primera vista. Paula, la cerda, era blanca con manchas negras, o negra con manchas blancas (de raza china-polaca) y desde luego pesaba mucho más de la cuenta. A pesar de ello, James la adoraba. Le llevaba puñados de manzanas del manzanal, que ella devoraba una tras otra sin darle nunca las gracias. Sin embargo, James la amaba. Aquello era el

desespero de la Gran Escuela Roja.

—El primer amor —decía el Profesor entre bufidos.

—Es perfecto para aquellos chistes de «mi esposa es tan gorda que...» —decían los cuervos.

—La boda queda fuera de toda cuestión —añadía el Conejo Mayor—. Ella le dobla la edad.

—Y el peso... ¡Cra! ¡Cra! ¡Cra!

—Si se atreve a traer aquí a esa mujer —decían las debutantes—, nunca le volveremos a hablar.

James se pasaba el tiempo soñando, incluso en el establo.

—Bueno, vamos con el seminario de biología —decía.

—Hoy toca matemáticas —le corregía el Profesor.

—Sí, Paula.

—Soy el Profesor.

—Lo siento, señor.

—Empezaremos con una revisión de la aritmética binaria. Confío en que recuerdes todavía que el sistema métrico decimal utiliza como base el diez. Contamos de uno a diez, de diez a veinte, de veinte a treinta, etcétera. El sistema binario se basa en el cero y el uno. Cero es cero, uno es uno, pero dos es diez. Tres es once. Cuatro es cien, ¿Qué es cinco, James?

—Ciento y Paula.

—Se acabó la clase.

Luego James empezó a faltar a clases.

—Ayer teníamos que empezar a hacer una excavación —informó Tomás Topo—, y ni siquiera apareció.

—Y a mí se me fue a media sesión de oratoria —dijo Jack Johnson.

—Ese muchacho se está convirtiendo en un perdido.

—¿Habéis visto cómo se cepilla el cabello? —inquirían las debutantes.

—¡Oh, vamos! —dijo Su Eminencia—. Si el muchachito va caliente por qué no...

—Ese muchacho tiene una estricta moralidad —le interrumpió muy serio el Maestro Explorador.

—Este asunto no se puede resolver con métodos simples —dijo el Profesor—. En él se involucran las emociones, y el cerebro nunca se ha llevado bien con el cerebelo.

Por fortuna, el asunto se resolvió por sí mismo una tarde que James, peinado y cepillado con todo cuidado, fue a llevarle otro puñado de manzanas a su amada. Paula las devoró con su habitual flema mientras James la contemplaba. Por lo que parece, aquella tarde Paula se sentía más hambrienta que de costumbre, porque cuando James empezó a abrazarla ella empezó a comérselo. James apenas pudo retirar el brazo de su boca y retroceder lleno de horror y desilusión.

—¡Paula! —exclamó—. ¡Tú sólo me querías para esto!

—Konieczna —respondió ella en cirílico.

James regresó a la Gran Escuela Roja de un humor melancólico. Por supuesto, todos habían contemplado el incidente e hicieron lo que pudieron para comportarse con mucho tacto.

—Mañana tendremos fisiología —dijo el Profesor—. Hablaremos del equilibrio de los iones de hidrógeno en la sangre.

—Sí, señor.

—Y también hablaremos de los compositores modernos, muchacho.

—Bien, señor.

—Ya sabes que las ballenas son como montañas de sebo y aceite —le dijo Tomás Topo—. Entonces ¿cómo es que la ballena roja no tiene ni una gota de aceite? Debe haber alguna razón matemática para ello.

—La descubriremos, señor.

—Saca el pecho y compórtate como un hombre —ordenó el Maestro Explorador.

—Lo intentaré, señor.

—Es mejor haber amado y perder que no haber amado nunca —sentenció el Presidente.

Luego una cervatilla se acurrucó al lado de James y le susurró:

—Está bien. Todos sentimos que escogieras a una chica que no era para ti, pero es algo que le ha de suceder a todo hombre por lo menos una vez en la vida. Así es como llegarás a encontrar a la chica que más te vaya.

James rompió a llorar y a llorar por su amor perdido mientras la cervatilla le acariciaba, y al final se sintió muy aliviado y tranquilo.

—James —dijo el Profesor—, vamos a hablar seriamente.

—Sí, señor. ¿Aquí?

—No. Ven a la alameda —y allí se dirigieron—. Ahora estamos a solas —dijo entonces el Profesor—. James, tienes que empezar a hablar con tu padre y tu madre. Yo sé que puedes hacerlo. Entonces, ¿por qué no lo haces?

—Porque no tengo malditas ganas, señor. Ellos no nos hablan, ¿verdad? ¿Por qué entonces tengo que hablarles yo a ellos?

—James, ellos no saben hablar con nosotros. ¿No estás siendo un poco injusto?

—Podrían intentarlo.

—Estoy convencido de que si tuvieran alguna clave para hablarnos lo harían, pero no la tienen. Ahora, escúchame. Tú eres el único lazo entre nosotros y ellos. Todos nosotros te necesitamos, James, para que hagas de embajador y diplomático. Tus padres son gente muy agradable; no se han dedicado ni a la caza ni al exterminio aquí en la Colina Roja. Es más, han plantado muchísimas cosas. Todos juntos vivimos con

mucha tranquilidad. Admito que a veces tu madre pierde la paciencia con el Maestro Explorador y su tropa cuando no se apartan de su camino y le impiden colgar la colada de la cuerda tendida entre los árboles, pero eso se debe a su carácter bohemio. Como todos sabemos, el comportamiento de los artistas es siempre impredecible.

—No pienso hablar con ella —replicó James.

—Y tu padre es un intelectual de gran calibre, que ha estado en Rutgers. Tú has aportado a la Escuela gran cantidad de sus especulaciones e ideas, que son estimulantes y dignas de aprecio. Hablando con toda sinceridad, tendrías que hacerle saber lo agradecidos que le estamos todos.

—No me creería.

—Pero al menos podrías decírselo.

—No, no le diré nada. Es un viejo, un viejo y un tradicionalista. Es un tipo cuadrado y está atrapado en las estructuras sociales.

—¿De dónde has sacado eso?

—De mi padre.

—Ya ves...

—No, no veo nada —rechazó James con terquedad—. No voy a hablarles en su idioma. Que prueben ellos primero en el nuestro.

—En otras palabras, tú has optado por nosotros ¿verdad?

—Sí, señor.

—Y no quieres saber nada de ellos, ¿es eso?

—Sí, señor.

—En ese caso no hay nada más que hablar.

—Connie —le dijo Constance a Constantine—, tenemos que hablar en serio.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿De qué?

—De Jamie.

—¿Qué pasa con él?

—Es un niño problema.

—¿Y cuál es el problema?

—Que va muy retrasado.

—¿Ya estamos con eso otra vez? ¡Vamos, Connie! Ya ha aprendido a andar. ¿Qué quieres ahora?

—Pero tendría que haber aprendido ya a hablar.

—¡Hablar, hablar, hablar! —Las palabras de Constantine parecían juramentos—. ¡Palabras, palabras, palabras! Yo he vivido toda la vida con ellas y las odio. ¿Sabes tú lo que son la mayor parte de las palabras? Son balas que la gente utiliza contra sus

semejantes en cuanto tiene ocasión. Las palabras son armas en manos de asesinos. El lenguaje debería haber sido la hermosa poesía de la comunicación, pero lo hemos envilecido, envenenado y corrompido hasta convertirlo en hostilidad, en una competición entre ganadores y perdedores. Y el ganador no es nunca el hombre que tiene algo que decir, sino «el más rápido», el que se sabe imponer. Sólo quería decir estas simples palabras sobre las palabras.

—Sí, cariño—replicó Constance—, pero nuestro hijo ya tendría que estar disparando unas cuantas y todavía no dice nada.

—Y espero que nunca lo haga.

—Pues tiene que hacerlo, y por tanto le llevaremos a una clínica a ver qué le pasa. Sospecho que es un niño autista.

—El autismo —dijo el Profesor— es la inmersión anormal de una persona en sus propias fantasías hasta llegar a la exclusión total de los estímulos procedentes de la realidad externa. He conocido muchas víctimas de los laboratorios que han sido llevadas a tan deplorable estado por culpa de diabólicos experimentos.

—¿Podrías explicarlo en términos matemáticos? —pidió Tomás Topo—. Soy incapaz de seguirte.

—¡Ah, sí! Coc, coc. Yo mismo tengo ligeras dificultades. Estoy seguro de que nuestro apreciado amigo tendrá la bondad de hacer las explicaciones lo más simples posible.

—Así lo haré —dijo la Rata Blanca—. En resumen, James no quiere hablar.

—¿No quiere? ¡Dios santo! ¡Si no podemos hacerle callar! Ayer mismo me envolvió en una disputa de más de dos horas sobre las Reglas de Orden de Robert y...

—No quiere hablar en humano.

—¡Oh! ¡Ah!

—La cuestión es saber si puede —intervino la Gallina Caldea—. Muchos de los nacidos bajo el signo de Torso encuentran muy difícil hacerlo...

—¡Tauro, Tauro! Y cállese un rato. Sí que puede; simplemente no quiere.

—¿Qué es una fantasía? —preguntó Tomás Topo.

—Una alucinación.

—¿Y eso?

—Algo irreal.

—¿Quieres decir que él no es real? Pero si ayer mismo le vi y me pareció tan...

—No tengo la menor intención de ponerme a discutir la metafísica de la realidad. Los que estén interesados en el tema pueden apuntarse a mi curso sobre Tesis, Antítesis y Síntesis. La situación en la que nos encontramos con James es bien simple. Habla con nosotros en nuestra lengua, y se niega a hablarles a sus padres en la de ellos; la consecuencia es que están alarmados. Me lo ha contado la Princesa.

—¿Por qué están alarmados?

—Porque creen que es un niño autista.

—¿Que ellos piensan que James es irreal?

—No, Tomás —dijo el Profesor con gran paciencia—. Ellos ya saben que es real. Lo que creen es que tiene alguna traba psicológica que le impide hablar en humano.

—¿Saben ellos que con nosotros sí que habla?

—No.

—¿Entonces por qué no se lo decimos? Entonces todo quedará bien claro.

—¿Por qué no se lo dices tú?

—Pero yo no sé hablar con ellos.

—¿Y hay alguien aquí que sepa? ¿Nadie?

No hubo respuesta.

—He ahí adonde nos lleva su brillante sugerencia —sentenció el Profesor—. Vamos ahora al punto crucial de la situación. Van a enviar a James a una escuela especial.

—¿Qué sucede pues con nuestra escuela?

—Ellos no saben nada de nuestra escuela, tonta. Quieren enviarle a una escuela donde sea capaz de aprender inglés.

—¿Eso qué es?

—Su idioma.

—¡Oh!

—Bien, coc, coc. Supongo que, siendo James nuestro estudiante más estimado y apreciado, no presentará usted muchas objeciones a tal programa, ¿verdad, querido Profesor?

—Estoy en un dilema —dijo la Rata Blanca con tono de amargura.

—Nómbrelo, señor. Quiero decir, coc, coc, descríballo y nosotros, coc, lo resolveremos.

—James está tan acostumbrado a hablar con nosotros que me temo que nunca querrá aprender inglés.

—Pero, ¿por qué tendría que querer, mi querido amigo?

—Porque ante sí tiene a Rutgers.

—¡Ah, sí, claro! Su querida Alma Máter. Pero todavía no lo ha desentrañado del todo, digo, no me he enterado muy bien de cuál es la dificultad básica.

—Tenemos que desconectarlo.

—¿Cómo?

—Que tenemos que dejar de hablarle. Hemos de romper el hábito que tiene de hablar siempre con nosotros para que así empiece a hablar con ellos. Es bien sabido que nadie es capaz de hablar ambas lenguas.

—¿Quiere usted decir hacerle el vacío, Profesor?

—Exacto. ¿No lo entienden? No importa dónde vaya, siempre se encontrará con alguno de nosotros o de nuestros semejantes al lado. Tenemos que acabar con su costumbre de hablar con nosotros, y tenemos que acabar con ella desde ahora. Por su bien. —El Profesor empezó a pasear con gesto enfadado—. James se olvidará del modo de hablar con nosotros. Le perderemos. Ese es el precio. Y pensar que es mi mejor alumno, mi favorito. Ahora sí que nunca será un fi beta cappa.

Las debutantes parecieron desesperadas.

—Queremos tanto a ese chico —dijeron—. Es un auténtico encanto.

—No, nada de eso —afirmó el Conejo Mayor—. Lo que sí es el muchacho es leal, digno de confianza, servicial, amistoso, cortés, amable, obediente, cariñoso, ahorrador, valiente, limpio y reverente.

—A mí me contó todo eso de E igual a M C dos —dijo Tomás—. Me dio una idea muy sólida de que esas fórmulas cambiarán el mundo.

—Acuario —dijo la señorita Livorno con un fuerte suspiro.

—Lo que pasa es que James es una peste, una molestia, un aburrimiento, un... un humano —dijo el Profesor—. Ya no pertenece a nuestra Escuela. Ya no queremos saber nada de él; además, tarde o temprano nos venderá. ¡Hagámosle el vacío! —y tras estas palabras se derrumbó por completo—. Yo también le quiero, pero tenemos que ser valientes. Vamos a perderle para nosotros, pero debemos ser valientes, por su bien. ¡Ah!, será conveniente que alguien advierta a la Princesa.

James James Morrison Morrison empujó la puerta del establo hasta que pudo pasar y entró entonces en la Escuela. Se notaba inconfundiblemente lo orgulloso que se sentía al caminar. Parecía un reflejo caricaturesco del pavoneo del Presidente.

—Buenas tardes, damas y caballeros —dijo al entrar, tan cortés como siempre.

Las debutantes dieron un respingo y desaparecieron.

—¿Qué les sucede? —preguntó James con tono de curiosidad. Se volvió hacia el topo—. Tomás, he oído algo en la casa que será de su interés. Parece que el universo va a pasar por una crisis. El tiempo no es reversible desde el punto de vista matemático, pero...

Al llegar a este punto, Tomás Topo saltó lejos de su alcance y se metió bajo tierra.

—¿Qué le sucede? —preguntó James.

Nadie le contestó. Todos los demás habían desaparecido también. Había empezado el largo y triste periodo de silencio.

Pasó el faisán con su pavoneo y su harén, y todos ellos ignoraron a James. Martha W. Marmota, que había sustituido a George W. en las tareas agrimensoras (era su nuera), ignoró a James. Ni el Profesor ni el Maestro Explorador estaban a la vista. Los ciervos y sus crías se escondían en el bosque. Tomás Topo decidió de repente ponerse a hibernar mucho más pronto de lo habitual. Jack Johnson desapareció para pasar el invierno más al Sur, y Su Eminencia trasladó repentinamente su residencia a

terrenos de Paula. Los cuervos no pudieron soportar el reto que significaba un nuevo espantapájaros art nouveau colocado en una granja distante un par de kilómetros y se fueron para allá. James James se sentía abandonado.

—¿Le gustaría leerme la palma de la mano? —le preguntó a la señorita Livorno.

—Coc —replicó ella.

—Princesa, ¿por qué nadie quiere hablarme?

—Miau —contestaba ella.

James estaba totalmente abandonado.

—Bueno, por lo menos ha aprendido a andar —dijo el doctor Rapp—, lo que nos da una prognosis muy favorable. Lo que me choca es que un niño pueda ser autista habiendo nacido en un hogar como el suyo, tan moderno. Uno diría que... Basta: Una idea. Quizá sea que la casa es demasiado moderna; que su autismo sea una negativa a competir con sus mayores.

—Pero si no hay competición alguna en nuestro hogar —dijo uno de los dos Connies.

—Veo que no ha comprendido usted bien lo que esta idea conlleva. En nuestra sociedad, si no se vence se puede considerar que se ha fracasado. En esto se basa esta ilusión contemporánea en que nos movemos. Puede que James tema errar.

—Pero si sólo tiene tres añitos...

—Querida señora Dupree, la competición comienza ya en el útero.

—No en el mío —replicó Connie llena de indignación—. Tengo el útero más rápido del oeste.

—Sí. Y ahora, si me permite, voy a dar comienzo a la primera lección. Salgan por esa puerta, ¿me hacen el favor?

A continuación, el doctor Rapp se abalanzó sobre el intercomunicador.

—Traigan un sorbete —dijo. A los pocos instantes una muchacha vestida con bata blanca le llevó un helado de naranja.

—James —dijo el doctor—, ¿te gustaría un buen helado de naranja? Aquí está. —Le acercó a la boca una cucharada y el muchachito la engulló—. Muy bien. ¿Quieres más? Entonces dime antes qué es esto.

Tomó una pelota de colores entre las manos.

—Es una pelota, James. Repítelo después de mí. Pe-lo-ta.

—Da —dijo James.

—No vas a tener más helado de naranja hasta que me lo digas. Pe-lo-ta. Pelota. Di pelota y luego te daré helado.

—Da.

—Quizá prefiera el sabor a limón —dijo el doctor Rapp la semana siguiente. Oprimió el intercomunicador—. Un sorbete de limón, por favor. — Se lo llevaron—. James, ¿te gustaría un poco de este helado de limón?

Tomó una cucharada y se la dio. El niño pareció encantado.

—Muy bien. ¿Quieres más? Entonces dime qué es esto. Es una pelota, James. Repítelo después de mí. Pe-lo-ta. Pe-lo-ta. Pelota.

—Da —contestó James.

—Bueno, lo intentaremos con tartas heladas —dijo el doctor Rapp a la semana siguiente—. No podemos permitirle encuadrarse en una conducta social que le resulte familiar. Hay que situarle ante un reto. —Luego apretó una vez más el intercomunicador—. Tarta de chocolate, por favor.

James se mostró entusiasmado ante la tarta helada, pero siguió reacio a identificar la pelota de colores por su nombre.

—Da —fue todo cuanto dijo.

—Estoy empezando a soñar por las noches en esta confusa expresión —se quejaba el doctor Rapp—. Un centurión romano se me acerca, saca una espada y me dice «Da». Alto. Tengo una idea. ¿Se trata quizá de un símbolo fálico? La sexualidad comienza en el momento de la concepción. ¿Acaso el muchacho estará intentando rechazar los detalles de la reproducción humana?

Apretó el intercomunicador.

—Mira, James: he aquí un plátano. ¿Te gustaría darle un mordisco? Hazlo, pues. Muy bien, muy bien. ¿Te gustaría darle otro? Entonces dime qué es esto. Es una pelota. Pe-lo-ta.

—Da.

—Lo siento, pero no logro avanzar —dijo el doctor en tono abatido—. Quizá será mejor que vaya a ver al doctor Da para repasar un poco mis conocimientos... ¿Qué estoy diciendo? Al doctor Damon. ¡Alto! Tengo una idea. Damon y Pitias. La amistad. ¿Será que me he comportado de un modo demasiado clínico con James? Intentaré comportarme de forma fraternal.

—Buenos días, James. Qué magnífico día de octubre hace hoy. Las hojas del otoño son gloriosas. ¿Te gustaría ir a dar una vuelta conmigo en el coche?

—Da —respondió James.

—Bien, bien. ¿Dónde te gustaría ir?

—A Rutgers —respondió James, con toda claridad.

—¿Qué has dicho?

—Que me gustaría ir a Rutgers.

—P-pero ¡Dios santo! ¡Si estás hablando!

—Sí, señor.

—¿Por qué entonces no has dicho nada antes de ahora?

—Maldita sea, porque no me daba la gana.

—¿Y por qué lo haces ahora?

—Porque quiero ver las orillas del viejo Raritan.

—Claro, claro, ya entiendo. O eso creo —respondió el doctor Rapp al tiempo que pulsaba el intercomunicador—. Por favor, póngame con el doctor Da, digo, con el doctor Damon. Dígale que acabo de realizar un descubrimiento muy interesante.

—Descubrir —dijo James— es ver lo mismo que ven los demás, pero pensar en algo en que no ha caído nadie antes. ¿Qué opina usted? ¿Podríamos conversar sobre este tema camino de Rutgers?

Así llegó el segundo verano. James y su padre iban paseando por los prados y discutían sobre los lirios, palabra que James pronunciaba «lirioz». James había adquirido en su lenguaje humano un pronunciado ceceo. La discusión versaba sobre si era conveniente cortarlos y ponerlos en jarrones o era preferible dejarlos donde estaban. James adoptó la postura de que los lirios eran delicadas damas a las que no se debía molestar. Su padre, siempre pragmático, declaró que las flores tenían que justificar su existencia sirviendo para la decoración de la casa. Padre e hijo se separaron con una leve muestra de mutua exasperación y el Dupree adulto se dirigió a inspeccionar los melocotoneros. James James Morrison Morrison se quedó tranquilamente en el prado y echó una mirada alrededor. Un momento después escuchó un familiar coc, coc, y apareció de debajo de un arbusto de lilas el Presidente.

—Vaya, vaya, si es mi querido amigo el Maníaco Sexual. ¿Cómo está usted, señor?

El faisán se lo quedó mirando.

—¿Y cómo están Phillis y Frances y Felice y las demás, señor Presidente?

—Sus nombres son, digo, la nomenclatura es, coc, coc, Gloria, Glenda, Gertrude, Godiva y... —el Presidente hizo un alto y miró de nuevo y con más detenimiento a James—. ¡Pero si es el monstruo!

—Sí, señor.

—Vaya, cómo has crecido.

—Gracias, señor.

—¿Has aprendido ya a hablar en su idioma?

—No muy bien, señor.

—¿Cómo es eso?

—Ceceo. Dicen que es porque tengo la lengua perezosa.

—Pero todavía puedes seguir hablando nuestro idioma.

—Sí, señor.

—¡Qué bien! ¡Digo, que yo sepa, esto no ha sucedido nunca!

—¿Es que acaso se creyeron todos que iba a olvidarlo alguna vez? Soy el mejor alumno del Profesor, y moriría por poner los pies en Rutgers. ¿Podríamos celebrar una reunión urgente en la Gran Escuela Roja, señor Presidente? Tengo que hablar mucho con todos ustedes sobre esos estúpidos y locos seres humanos.

A la reunión asistían la mayor parte de los habituales más unos cuantos que habían llegado en los últimos tiempos. Había una cormorán de roca que se había hecho muy amiga de la señorita Livorno, quizá porque la única contestación que daba a las arengas de la Gallina Caldea era «Aye». El jilguero aquel que antes se negaba a asistir por fin estaba presente, ahora que Jack Johnson parecía haberse establecido en los cayos de Florida... El jilguero se llamaba Milton. Había también un nuevo miembro de lo más exótico, un monito bereber muy amistoso pero extraordinariamente tímido. James le estrechó la mano y le preguntó cómo se llamaba.

—Me llamaban... Bueno, me llamaban «El gran Zunia, el que lo sabe Todo y lo hace Todo».

—¿Quiénes te llamaban así, Zunia?

—Los del circo Reeson & Tickel.

—¿Estabas en un circo?

—Bueno... Sí... Yo... me dedicaba a hacer juegos. «Lo sabe todo, lo hace todo». Era... era lo que se dice una gran estrella. Ya sabes, conducía una motocicleta con los faros encendidos. Pero luego... yo...

—¿Sí?

—Bueno, tuve un accidente cuando... cuando actuamos en Princeton. Me cargué la moto. Entonces... bueno, entonces me largué y desaparecí mientras recogían los pedazos de moto que quedaban.

—¿Por qué huiste, Zunia?

—Bueno... Me disgusta hablar así pero la verdad es que... que odio el mundo del espectáculo.

—Zunia, estamos todos encantados de tenerte aquí entre nosotros, y ya sabes que

eres más que bienvenido, pero vas a tener un problema aquí.

—Bueno, yo... Sólo necesito un poco de fruta de vez en cuando, algunas manzanas y...

—No se trata de la comida. Es el tiempo. En la Colina Roja el invierno es condenadamente duro. ¿No crees que estarías mejor si viajaras un poco más hacia el sur?

—Bueno... Si a vosotros no os importa... preferiría quedarme aquí. Sois unos animales estupendos.

—Si es eso lo que quieres, nos parece magnífico. Mis padres van a creer que ven visiones si apareces ante ellos, así que será mejor que permanezcas oculto.

—De todos modos soy un animal bastante nocturno...

—Perfecto. Levántate un momento, por favor. Bien erguido y colocado espalda con espalda conmigo. Profesor, ¿somos de la misma talla?

Nadie contestó.

—¿Profesor?

—No se encuentra bien —respondió Tomás Topo.

—¿Qué?

—Que no ha podido venir.

—¿Por qué no?

—Porque está indispuesto.

—¿Dónde está?

—En su estudio.

—Será mejor que vaya y... No, espera. ¿Zunia y yo somos de la misma talla? Que alguien me lo diga.

Al final se llegó al acuerdo de que James y Zunia eran aproximadamente de la misma talla. James le prometió al monito hacerse con alguno de sus suéters y pullovers de lana para que Zunia los utilizara durante el invierno.

—Si tú... Bueno, no es que te lo pida, pero... me encantaría tener un suéter con la palabra Boston grabada.

—¡Boston! ¿Por qué Boston?

—Porque allí también odian el mundo del espectáculo.

James se subió a una de las sólidas columnas de roble que sostenían el techo del establo, cruzó la gruesa viga que había sobre el vacío rincón del pienso con la misma naturalidad con que un obrero metalúrgico sube a un edificio (su madre hubiera soltado un grito de espanto de haberlo visto), alcanzó un pequeño hueco de la pared del pajar y llamó con toda educación.

Una débil vocecita le contestó:

—¿Quién es?

—Soy el Monstruo, señor. He vuelto.

—¡No! ¿De verdad? Entra, entra.

James introdujo la cabeza por el agujero. El estudio del Profesor estaba cubierto de musgo. Había unas cuantas ramas de hierba seca y unas hojas de menta en el suelo donde reposaba el Profesor. Este parecía muy débil y enfermo, pero sus ojos albinos y rojos tenían la misma fiereza de siempre.

—Bien, bien, James. Has vuelto —jadeó—. Nunca lo hubiese creído. ¿Hablas ya con ellos?

—Sí, señor.

—Y a pesar de ello todavía sigues hablando con nosotros. ¡Nunca...! Te mereces un *fi beta cappa*, y *cum laude*. Sin duda alguna.

—He visitado Rutgers, señor.

—¿Sí? ¿De verdad? ¿Y?

—Es muy hermoso, tal como dijo —mintió James—. Y todavía le recuerdan mucho a usted.

—¿No?

—Sí, señor. No entienden todavía cómo logró escapar. Creen que probablemente sobornó a algún ayudante de laboratorio, pero hay quien afirma que ejercía usted presión sobre uno de ellos. Chantaje...

El Profesor quiso sonreír, pero el gesto se convirtió en una mueca de dolor. Cuando el espasmo se hizo más llevadero, James le preguntó:

—¿Qué es lo que le pasa, señor?

—Nada, nada. Probablemente un ataque de fiebre asiática. Nada grave.

—Por favor, Profesor. Dígamelo.

El Profesor le miró.

—La Ciencia es la devoción a la verdad —dijo a continuación—. Seré franco. Estoy herido de mucha gravedad.

—¡Oh, señor! ¿Cómo sucedió?

—Fue un fusil de aire comprimido. Un par de muchachos de una granja cercana.

—¿Quiénes son? ¿Los de la granja Rich? ¡Voy a...!

—¡James, James! En la ciencia no hay lugar para la venganza. ¿Acaso Darwin se vengaba cuando le ridiculizaban?

—No, señor.

—¿Y Pasteur?

—N-no, señor.

—Te mantendrás fiel a lo que te enseñé?

—Lo intentaré, señor, p-pero esos condenados chicos...

—Nada de ira. Siempre con la razón, nunca con la ira. Y nada de llorar, James. En estos momentos necesito de tu valor.

—Si es que lo tengo, señor.

—Claro que lo tienes. Recuerdo a George. Ahora quiero que tomes mi lugar y continúes mis clases.

—¡Profesor, está usted...!

—Ya que ahora sí que hablas con tu padre, tengo una orden para ti: ve y aprende de él todo lo que puedas, y luego transmítenoslo, comunícalo a nuestra comuna. Recuerda, James, que esto es una orden.

—Sí, señor. Y no será fácil.

—Nunca hay nada sencillo. Y ahora voy a pedirte que hagas una cosa que requiere un gran valor.

—¿Sí, señor?

—Tal como estoy no tardaré en morir. No quisiera que se prolongara mucho mi agonía, pues es demasiado dolorosa e inútil.

—Bueno, Profesor. Quizá podríamos...

—No, no. No hay ya remedio para mí. Si no hubieras faltado a mis clases de anatomía cuando te enamoraste de Paula, sabrías... —Un nuevo gesto de dolor, aún más intenso que el anterior, le hizo detenerse unos instantes. Luego prosiguió—: James, haz el favor. Pon fin a todo esto lo más deprisa que puedas. Ya me entiendes.

James se quedó estupefacto. Al final fue capaz de susurrar:

—S-señor...

—Sí. Veo que lo entiendes.

—Pero, señor. Yo... yo no podría...

—Claro que sí.

—Ni sabría cómo.

—La ciencia siempre encuentra el camino.

—Déjeme al menos consultar con mí...

—No, no consultes con nadie. No se lo digas a nadie.

—Pero me deja usted con toda esa carga encima.

—Sí, así es como uno se hace adulto.

—Señor, tengo que negarme. No puedo hacerlo.

—No. Lo único que necesitas es un poco de tiempo para ver claras las cosas. ¿No estáis reunidos en el piso de abajo?

—Sí, señor. Lo he pedido yo.

—En ese caso ve a la reunión. Transmíteles mis mejores deseos. Y vuelve pronto, pronto.

El Profesor empezó a temblar y a moverse de un lado a otro de su lecho de hojas secas.

—¿Ha comido algo, señor? Le traeré alguna cosa y luego hablaremos de todo esto. Tiene usted que aconsejarme.

—No, nada de depender de mí —dijo la Rata Blanca—. Tienes que decidir por ti

mismo.

El Presidente se hallaba en pleno torrente oratorio cuando James bajó del desván y se sentó entre sus amigos, los pájaros y las bestias, pero el orador terminó su parlamento con una asombrosa y sorprendente prontitud y le cedió el turno a James James, quien se levantó y echó un vistazo a los allí congregados.

—Voy a contaros cosas de ellos, de los humanos —empezó con tranquilidad el muchacho—. Los he visto, he vivido con ellos y ahora empiezo a entenderlos. Todos nosotros debemos hacerlo. La mayor parte son grandes destructores, todos lo sabemos, pero lo que no sabemos es que entre ellos hay una nueva raza que crece y se revuelve contra esa destrucción. Esos son de nuestra especie. Son tipos que viven en paz y armonía con la tierra, que le devuelven todo lo que toman de ella, que no matan y que se oponen a los que lo hacen. Pero esos tipos son jóvenes, débiles y poco numerosos, y necesitan nuestra ayuda. Tenemos que ayudarles. ¡Es necesario!

»Hasta el momento presente nunca hemos hecho nada. Nos hemos escondido de los destructores y hemos utilizado nuestra inteligencia para escabullirnos de ellos. Nos hemos comportado como víctimas pasivas. Ahora debemos pasar a ser activistas, activistas militantes. Al Profesor no le gustaría, seguramente; ese gran estudioso todavía cree en la razón y la luz. Yo también, pero reservo la razón y la luz para aquellos que también se guían por la razón y la luz. Ante el resto, acción militante. ¡Militante!

»Una vez oí una historia que contaba mi padre sobre Confucio, un sabio de hace mucho tiempo. Aunque era un humano, se parecía mucho al Profesor, y seguramente era casi tan sabio como él. Uno de sus alumnos se le acercó un día y le dijo: “Maestro, un nuevo hombre sabio llamado Cristo ha aparecido en occidente. Enseña que hay que devolver bien por mal. ¿Qué opina usted?”. Confucio lo pensó y respondió: “No, pues si devolvemos el bien por el mal, ¿con qué devolveremos el bien? Devolvamos el bien por el bien, y la justicia por el mal”.

La voz de James comenzó a vibrar.

—Los hombres dispararon contra el Profesor, y le han herido. Lo sabíais, ¿verdad? Le dispararon. No está enfermo, sino herido. Y además de mucha gravedad. Tenemos que aprender a devolver la justicia militante por el mal. No podemos continuar utilizando este establo como santuario. Debemos abandonarlo cuando nos hayamos graduado y entonces viajar y enseñar. Hay en marcha una batalla desesperada por lo poco que queda de nuestra tierra. Todos nosotros debemos sumarnos a esa lucha.

—Pero ¿cómo? —preguntó, cargado de razón, Tomás Topo.

—Ese será el tema de mi primera lección, mañana —respondió James—. Ahora, con el permiso de nuestro distinguido Presidente, propondría que esta reunión se levantara. Tengo que atender al Profesor.

—Así queda propuesto —dijo el faisán—. ¿Alguien lo secunda? Gracias, señorita Livorno. Propuesta secundada. Se aplaza la sesión.

—Zunia —dijo James—, espérame un momento, por favor. Voy a necesitarte. Vuelvo enseguida.

James se encaminó al manzano más próximo y empezó a recoger frutos y lanzarlos al espacio. Su madre se asomó a la ventana de la cocina y sonrió al ver a su muchachito retozar lleno de felicidad en aquella tarde veraniega.

«Si hago lo que me pide el Profesor, será un asesinato —pensó James—. Le llaman muerte por compasión, pero he oído decir a mi padre que es lo mismo que un asesinato. Dice que hay doctores que lo llevan a cabo suprimiendo deliberadamente ciertos medicamentos esenciales para el enfermo. Dice que la religión es contraria a estas prácticas y que si lo haces vas al infierno, sea lo que sea. Dice que la vida es sagrada. Sin embargo, el Profesor no hace más que sufrir. Sufre mucho y dice que no hay remedio. Y yo no quiero que siga sufriendo. Yo querría que sufriesen los muchachos que le hirieron, y no el Profesor. Podría llevarle un poco de leche y dejarle morir solo, pero eso no haría sino prolongar su agonía. No me parece que sea una buena manera de portarme con él. Así pues... ¡Bueno, pues me iré al infierno!»

James volvió a la casa, le dedicó un ceceo cortés a su madre y le pidió una tacita de leche caliente para aguantar hasta el mediodía. Su madre se la dio y él se dirigió escaleras arriba a su habitación, donde dejó la tacita. Luego se dirigió al cuarto de baño de sus padres. Se subió hasta alcanzar el estante, abrió el compartimento de las medicinas, que le había sido prohibido bajo pena de un terrible castigo, y retiró del estante un pequeño tubo. Llevaba el nombre de «Seconal», y estaba lleno de unas cápsulas de color anaranjado brillante. James James abrió el tubo, sacó una cápsula, lo volvió a cerrar, cerró el compartimento y bajó de donde estaba subido.

—¿Qué estás robando? —le preguntó la princesa siamesa.

—Una medicina —respondió lacónicamente James, mientras regresaba a su habitación.

Una vez allí abrió la cápsula y vertió su contenido en la taza de leche. Luego la revolvió suavemente con el índice.

—Si crees que voy a tomarme eso, James, olvídame —dijo la Princesa—. Ni estoy enferma ni me gusta la leche. ¿De dónde debe haber sacado la gente la idea de que a los gatos nos gusta la leche? Yo la odio absolutamente.

—Supongo que será porque creciste entre caviar y champaña.

—Por favor, James. Tendrías que poner a dieta tu sentido del humor. Está engordando.

—Lo siento, Princesa, pero no estoy de muy buen humor. En realidad me siento podrido y asqueroso.

—¿Y eso? ¿Algo va mal?

—No puedo decírtelo. No puedo decírselo a nadie. Lo siento.

Salió con la taza de leche hacia el Gran Establo Rojo, donde el Gran Zunia esperaba pacientemente.

—Gracias —le dijo James—. Ahora mira: tengo que subir esta columna y no puedo hacerlo con esta tacita en la mano. A ti te resultará muy sencillo, supongo. ¿Puedes subírmela tú? Y no la derrames. Te veré arriba.

Se encontraron sobre la viga, y James recibió de nuevo la taza.

—Parece leche, pero tiene un sabor muy divertido —dijo Zunia.

—¡No te la habrás bebido!

—No, no... Sólo la he probado con la lengua. Ya sabes, la curiosidad... Es... bueno, algo tradicional entre nosotros.

—Está bien, está bien. Es una medicina para el Profesor.

—Claro. Dile... dile que pronto se pondrá bien.

—Así será —le prometió James.

Zunia bajó dando saltos y luego se catapultó a otro desván vacío. James cruzó la viga y llamó con los nudillos al estudio del Profesor.

—Soy yo otra vez, señor.

Apenas pudo escuchar el «entra» del enfermo. Asomó la cabeza. El Profesor temblaba de pies a cabeza.

—Le he traído un poco de leche caliente —dijo James, al tiempo que acercaba la taza a la cabeza del Profesor—. Beba un poco, le dará ánimos.

—Imposible.

—Hágalo por mí, señor. Es todo lo que le debe a su mejor alumno. Luego discutiremos sobre lo que antes me ha contado.

James esperó hasta que vio que la Rata Blanca comenzaba a beber. Retiró la cabeza, se sentó en la viga con las piernas bailando en el aire y luego empezó a charlar como si estuviese alegre y contento. Las lágrimas acudían a sus ojos.

—Lo que me ha propuesto antes, Profesor, presenta un interesante dilema en las relaciones profesor-alumno que mantenemos. Permítame que le cuente algo sobre la escuela especial y su lunático maestro, el doctor Rapp, y mis relaciones con él. Me gustaría conocer su opinión sobre él. ¿Está buena la leche, señor?

—Está terrible. ¿Decías que es un lunático?

—Bébasela de todos modos. Sí, lunático. Es un psiquiatra que ha estudiado en exceso y...

—Eso no es verdad.

—En un genio como usted no, señor, pero en gente menos inteligente un exceso de educación produce una cierta alienación de la realidad. Ese es el caso del doctor Rapp.

—Especifica, por favor —dijo en tono severo la Rata Blanca.

—Bien, señor. Permítame compararle con usted mismo. Usted siempre comprende cuál es la capacidad y el potencial de cualquiera de sus estudiantes y los trata de acuerdo con ello. El doctor Rapp estaba tan henchido de educación que nunca se preocupaba de entendernos; simplemente trataba de encuadramos en los casos clínicos que aparecían en sus libros.

—Mmm... ¿Cuál era su escuela?

—Temía que me lo preguntara, señor. No le gustará la respuesta. Era la universidad de Abigail.

—¿Qué? ¿Qué?

—La universidad de Abigail. ¿Ha terminado la leche, señor?

—Sí, y estaba realmente malísima.

—Pero ahora seguro que se siente más fuerte, ¿no?

—¿Dónde está esa universidad de Abigail?

—En un estado que se llama Kansas.

—¡Hum! Una universidad vulgar. No me sorprende.

Las palabras del Profesor empezaban a sonar pesadas. James comenzó a balancearse adelante y atrás, lleno de angustia.

—¿Qué harías... si esa universidad de Abigail te propusiera ir allí, James?

—Bien, señor. Esa pregunta no es limpia. A mí no me gusta nada el doctor Rapp. Yo le quiero a usted.

—No hay lugar... para el amor... en la ciencia.

—Cierto, señor. Siempre hay que ser objetivo. Eso es lo que usted me enseñó.

—Me estoy durmiendo, James... Respecto a Zunia.

—¿Qué hay de él, señor?

—¿Te gusta?

—Mucho, señor. Y a usted también le gustará instruirle.

—No le dejes... Vino aquí procedente de Princeton, ¿sabes?... No le dejes... que te hable de ir a estudiar allí. ¿De acuerdo?

—Sí, señor. Siempre Rutgers.

Transcurrió bastante tiempo. Cesaron los movimientos de dolor que habían sonado hasta aquel momento en el estudio. Entonces, James asomó la cabeza. La taza de leche estaba vacía y el Profesor se hallaba pacíficamente muerto. James introdujo la mano en el rincón, tomó al Profesor, cruzó la viga y se deslizó por la columna de roble sosteniendo el cuerpo en una mano. Al llegar al suelo dio en él tres golpes seguidos con el pie. Repitió la señal por tres veces. Al fin apareció Tomás Topo de las profundidades.

—¿Eres tú, James?

—Sí. Por favor, ven conmigo, tío Tomás. Necesito tu ayuda.

El topo siguió al muchacho, parpadeando ante la brillante luz del día.

—¿Tienes algún problema, James?

—El Profesor ha muerto. Tenemos que enterrarle.

—¡Qué desgracia! Ahora ya nunca podré empezar mis lecciones de astronomía. ¿Dónde está su cuerpo?

—Aquí lo tengo. —James llevó al topo al reloj de sol del prado sur—. Cava aquí, tío Tomás. Quiero enterrar al Profesor bajo el centro de ese pedestal.

—Eso está hecho —dijo Tomás Topo. Comenzó a cavar y desapareció. Por la entrada al túnel surgían paletadas de tierra. Al cabo de un instante el topo reapareció—. Ya está. Tiene una cámara mortuoria de lo más bello. Y ahora, ¿dónde está?

James colocó el cuerpo en la entrada del túnel. El topo lo introdujo en el agujero empujándolo por detrás y de nuevo desapareció. Unos segundos después salió otra vez entre una nube de tierra.

—Lo estoy tapando —dijo con tono de disculpa—. Tengo que prensarlo bien, porque no queremos que vengan por aquí esos ladrones de tumbas a molestar, ¿verdad?

—No —respondió James—. Guárdalo bien, para siempre.

Tomás Topo terminó su labor, murmuró unas cuantas palabras de condolencia y se fue arrastrando los pies. James se quedó contemplando el reloj de sol.

—Militante —dijo, y por fin se alejó. La lámina de cobre batida por los elementos que formaba el reloj de sol llevaba grabada una frase del inmortal Thomas Henry Huxley:

«El gran fin de la vida no es el conocimiento, sino la acción.»

¿Es el fin del mundo?

Wilma Shore

En la revista Fantasy & Science Fiction han aparecido exactamente dos cuentos de Wilma Shore; ambos han sido incluidos en las series antológicas «Lo mejor de F & SF». Que Wilma Shore es una escritora de calidad superior no lo prueba este hecho, sino las páginas que siguen, en las que con el telón de fondo de un tema clásico de la ciencia ficción se desarrolla un drama profundo e inesperado.

Cuando Mary alzó la vista desde su posición encorvada y observó a través del macizo de lilas los tobillos de Dorene que venían hacia ella por el césped, el corazón se le quebró y se sintió realmente mal. ¡Qué vergüenza sentirse así cuando todo lo que quería la niña era que la llevara en coche al Taller Dramático! Sin embargo, aquello representaba veinte minutos por la autopista y quince más atrapada en el tráfico del centro de la ciudad, y lo que había planeado era una mañana tranquila entre sus plantas, el olor de las lilas y la tierra mojada. Cuando una tiene tres hijos siempre hay algo que hacer, y a ella se le hacía insoportable no disponer de un rato para sí misma.

Pero tampoco era capaz de soportar aquella cara trágica, aquella rencilla familiar:

—No te preocupa que llegue tarde, ¿verdad? Lo único que te importa es si hago los trabajos de la casa que son siempre los peores porque soy la mayor, pero ¿acaso ser la mayor no debería darme derecho a ciertos privilegios...?

—El Taller Dramático es un privilegio —dijo Mary, en un intento de mantener normal el tono de voz—. Y prometiste que irías en el autobús.

—Y así iba a hacerlo, mamá, de verdad. Lo que pasó fue que tuve que entretenerme a recoger toda la colección de discos que tu querida Benny había esparcido por el suelo...

—Tendrías que habérselo hecho hacer a ella —dijo Mary. Pero aquella era una respuesta automática; era capaz de pronosticar cómo se desarrollaría aquella discusión y sabía que acabaría llevando a Dorene en el coche, no con ganas, como una buena madre, sino llena de resentimiento y odio. El doctor Norseman le había dicho que no había sido el amor sino el sentimiento de culpa lo que le había impedido abandonar a sus hijas. Lanzó la paleta que tenía en la mano contra el montón de desperdicios y se levantó.

—¿Me llevarás? —exclamó Dorene.

Mary se dio cuenta entonces de que si hubiera esperado un poco más la pequeña se hubiese rendido y la hubiese dejado en paz. Ahora las plantas tendrían que volver al sótano hasta que al día siguiente o al otro tuviera un rato para trasplantarlas. Llevó

las macetas hacia la casa, las dejó en los escalones de bajada al sótano y cerró la puerta.

Entonces oyó por la ventana la voz de Jack:

—¡Hey, que estoy trabajando aquí abajo...!

Ella gritó, sorprendida:

—¿Es que quieres una casa llena de moscas?

El hombre murmuró algo. Algo desagradable, vulgar incluso, pues de otro modo ¿por qué no lo había dicho en voz alta? Dolida, volvió a abrir la puerta. Sería malísimo para las plantas que el sol se pusiera a brillar, pero no parecía muy probable; era un día húmedo y tranquilo. Era un día perfecto para el trabajo de trasplantarlas; el cielo...

El cielo se oscurecía. ¿Qué había provocado todos aquellos gritos? ¿Unas cuantas docenas de plantas, cuando tenía tres hijos maravillosos y un esposo más maravilloso aún? Debería arrodillarse y dar gracias a Dios cada día por lo afortunada que era, en lugar de darlo todo por hecho, como si dispusiera de una garantía que durara toda la vida y no hubiera nada que pudiese suceder...

El cielo...

—¡Hey, espera un poco! —le dijo a Dorene—. No estoy segura de que podamos ir a la ciudad. ¡Mira ahí!

—¡Oh, mamá! Cada nube que ves en el cielo te hace pensar que es el fin del mundo. La radio no ha...

—No importa. Voy a entrar y echar un vistazo al termómetro.

Tomó aire varias veces con calma y lentitud, luego entró rápidamente en la casa y se dirigió a la sala de estar donde colgaba el termómetro. La aguja del monóxido estaba en 340.

—¡Jack! —Dio varios golpecitos en el cristal. La aguja saltó a 343—. ¡Jack!

—¿A cuánto está? —jadeó Dorene.

—¡Bueno, no vayamos a empezar ahora con un melodrama...!

—¿Quién está empezando nada? ¡No he sido yo quien ha gritado: Jack, Jack!

—Bueno, bueno —dijo éste, apartándolas—. Dejadme ver.

Mary deseó que él se volviera y empezase: «Bueno ¿quién ha estado trasteando con el termómetro...?», pero lo único que hizo fue darle algunos golpecitos al cristal, volverse y mirar por la ventana. Dorene se llevó las manos a las mejillas en una de sus poses clásicas: Ansiedad.

—¿Está muy mal, papá? —preguntó con voz queda.

Este echó una mirada en derredor.

—¿Dónde está el periódico?

Estaba en la mesa, exactamente frente a sus ojos. Mary se lo dio y buscó la sección de meteorología.

—¿Está muy mal, papá? —susurró Dorene—. Papá, ¿tendré que faltar al Taller?

—¡Oh, claro! —exclamó Mary.

—Pero mamá... Sólo se pueden tener tres faltas, y yo ya tuve una cuando el dolor de garganta...

—Creo que llamaré a Haskell. Seguro que debe saber algo.

La voz de Jack se había vuelto tan despreocupada que sonaba de un modo horrible. Mary se volvió hacia la escalera y llamó:

—¡Benny! ¡Benedetta! —Se volvió hacia Dorene—. ¿Dónde está?

—No lo sé. Es que acaso...

Corrió hacia la casa de los Doroski con Dorene pegada a sus talones. David estaba contemplando a Martha Doroski, que preparaba un pastel de carne.

—¿No está Benny por aquí? David, ya es hora de ir a casa.

Y por encima de la cabeza de éste señaló con un gesto hacia el cielo, pero por supuesto Martha no podía dejar de abrir su boca.

—¡Mirad qué cielo!

Luego se secó las manos en el delantal y lo desanudó nerviosamente.

—Voy a recoger a mis hijas al gimnasio. Demasiado tarde tal vez —empezó a hablar con un poco menos de urgencia—. No será nada, dentro de una hora ya se habrá ido el humo, pero es sólo para estar segura. Vuelve luego, David, y te daré un poco de gaseosa.

—¿Rosa o blanca?

Era un as en los detalles. Mary se lo llevó a rastras, sin dejar de mirar a todos lados en busca de Benny. «Oh, Dios —pensó—, sé que tendría que tener más cuidado. La próxima vez lo tendré, lo prometo.»

—¿Hay alguna alarma de aniquilamiento? —preguntó David con toda suavidad—. ¿Es eso, mamá? ¿Es el fin del mundo?

—¡Vaya un estúpido! —Dorene parecía divertida. Empezó a cantar:

—Bravo, bravo, bravo. Es el fin del mundo. Saltaremos todos en hermosos pedacitos. Qué bonito, qué bonito...

David le dio una patada. Mary le hizo entrar. Jack estaba al teléfono dando gritos.

—¡Tres cuarenta y tres! ¡Tres cuarenta y tres! ¿No me oyes? ¡Cuelga, te llamaré por la otra línea!

—¿Ha venido Benny?

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Dorene, mira si está en casa de Louise. David, busca tú en la de Judy.

Mary subió al piso de arriba a mirar por la ventana del baño. Cuando pasó junto a la habitación de Benny la vio allí, sentada en la cama con sus muñecas y sus trapos, sorbiendo un jugo de manzana.

Mary entró corriendo y le cruzó la cara de una bofetada. Benny cayó de lado,

derramó el zumo de manzana, y empezó a llorar. Mary la levantó y la estrechó contra su hombro.

—¡Oh, Benny! ¿Por qué me has hecho pasar tanto miedo? ¿No oías que te llamaba? Benny se sorbió las lágrimas y se secó en el cuello de su madre.

—Sí... Pero pensé que sólo lo hacías para practicar y yo... estaba ocupada.

La llevó al cuarto de baño y allí le limpió los restos del zumo de manzana. «Algún día nos reiremos de todo esto», pensó, al tiempo que miraba por la ventana para esconder las lágrimas que se le escapaban. En aquel momento llegaba David, paseando tranquilamente, como llevaba haciéndolo todo el día. Luego volvió un inocente e inquisitivo rostro a Dorene cuando ésta irrumpió con el cabello revuelto y los ojos desmesuradamente abiertos (Pánico).

—¡Mamá! —decía—. ¡No está por ninguna parte!

—¡Oh Dorene! ¡Te he dicho que no grites en la calle!

La cara de la niña se apagó, escondió los ojos y desapareció bajo el porche. Con Benny sentada en la cintura, Mary bajó al piso inferior a hacer las paces, pero llegó demasiado tarde. Dorene estaba (ensimismamiento) ojeando una revista en la mesita del café; su brillante cabello hacía de cortina en su rostro.

«Otra vez», se dijo Mary. Se sentó en el sillón con Benny pegada a ella como si le sirviera de escudo, como una botella de agua caliente. Benny llevaba un antiguo camisón de dormir de Mary que le colgaba de las regordetas piernas, manchado de jugo de manzana. Jack estaba todavía al teléfono; David estaba junto a él, hablándole a la oreja.

—¿Qué hacen las ratitas?

Jack se llevó la mano a la oreja y se rascó, como si David hubiese sido un mosquito.

—Sí, quiero esa conferencia con Utah. Póngame lo más pronto que pueda —colgó y se volvió hacia ella, apartando de un golpe a David—. Sólo es alguna avería en el suministro de oxígeno. ¿Recuerdas el año pasado? Haskell no está muy preocupado. Y eso que él tiene un terminómetro magnífico, que le costó casi cuatrocientos dólares de segunda mano.

Luego, como de costumbre, volvió a empezar con un poco menos de entusiasmo.

—Por lo menos, no parecía muy preocupado. Teníamos una comunicación de lo más jodido. Casi no podía ni oír lo que me decía. Pero, qué diablos, ya hemos estado alguna otra vez a 343.

—Nunca —dijo ella.

—Ahora está a 349 —dijo David.

—¡Imposible! —respondió Jack.

Lo comprobaron y estaba a 349. David le hizo un gesto de burla a su padre.

—Podrías confiar un poco en mí, gran científico.

—¡Oh, qué podemos hacer! —exclamó Mary, estrechando aún más a Benny junto a sí. Jack empezó a gritar.

—¡Cómo diablos voy a saberlo!

—Pensé que quizá si fuéramos al sótano... —dijo ella, razonablemente.

Jack sólo estaba descontento de su propia impotencia. A pesar de todo, ¿por qué se tenía que comportar ella de un modo tan razonable en todas las ocasiones?

—Sabes perfectamente que no importa nada dónde nos metamos si es el grande...

Dorene asió a Mary, y ésta gritó:

—¡No me des tirones!

—¿349 significa que es el grande? —dijo David—. En nuestro libro pone que es 362...

—No te doy tirones; es sólo que tengo miedo...

—¡Todos lo tenemos!

Benny se deslizó del regazo de su madre.

—¿El gran qué?

Al final Dorene subió llorando la escalera y cerró tras de sí de un portazo y las cosas se calmaron un poco. Mary encontró un libro con que entretener a David y Benny. Jack acercó la otomana a su sillón.

—¿Te sientas? —dijo Mary, sorprendida.

—¿Por qué no? ¿Crees que estoy aguantando el mundo como Hércules? No estoy sosteniendo a nadie excepto a mi propia familia. Y el doctor Norseman... —añadió en tono agrio.

—Creí que querías tener aquí a tu madre —dijo ella ofendida.

—Sí claro —murmuró él—. Voy corriendo.

Aún aprovechó esta circunstancia:

—¿Quieres llevarte a David?

Pero él no pareció oírla.

Estaba oscureciendo; una extraña oscuridad sulfurosa lo cubría todo. De rato en rato se veía algún coche corriendo. David se acercó por detrás a Benny y le tiró del cabello; Benny le dio un golpe en la oreja. En cuanto Mary los tranquilizó, sonó la alarma. ¡Oh!, ¿no era aquella toda la historia de su matrimonio? Cuando el mundo se estaba acabando, cuando todos los hombres del vecindario estaban en sus casas con sus esposas e hijos, tenía que salir a buscar a su madre.

Bueno, no seas estúpida, se dijo: tú le enviaste a buscar a la vieja señora.

—¡Sigue! —dijo Benny, tomándola de la muñeca, y Mary advirtió que las sirenas estaban callando, y que sólo se trataba del silbido de las doce, no de la alarma.

Entonces llegaron Jack y su madre. La vieja señora venía muy preocupada por las cosas que no se había traído, las cartas del padre de Jack y el agua envasada y el broche de diamantes...

—¡El broche de diamantes! —dijo Mary—. ¿Para qué?

La madre volvió la cabeza hacia ella.

—Nos fuimos y dejamos la casa abierta a los cuatro vientos. Cualquiera podría entrar. Creí que apreciabas aquel broche. Te lo dejaba en el testamento.

—¡Oh! Es un broche muy bonito —dijo Mary. Ella se lo guardaría para Dorene para que así permaneciera en la familia.

¡Pobre Dorene! Tenía que subir a ver cómo estaba.

—¿Dónde está Dorene? —preguntó la anciana.

—Arriba.

—La gente no me cree cuando les hablo de mi nuera, tan maravillosa, tan tranquila, tan racional. Yo me hubiese vuelto loca. Hubiese querido a todos mis hijos reunidos junto a mí...

La anciana llevaba quince años haciendo aquellas observaciones de escorpión, pero todavía funcionaban; cuando llegaba al final, Mary siempre caía. Se puso la punta del índice entre los dientes y lo mordió.

—¡Oh, mamá! —dijo Jack con impaciencia—. Ni siquiera está sonando la alarma.

—Eso no quiere decir nada —dijo la madre—. Quizá la estén retrasando, con toda esa basura y corrupción que existe.

—Es absurdo —dijo Jack. Pero empezaba a dudar; se levantó y anduvo hasta la ventana.

—Mira si quieres los periódicos mañana —dijo la anciana—. Se promete abrir una investigación sobre el retraso en la alarma, etcétera...

Jack levantó el teléfono y marcó. Lo comprobaría con todos sus amigos; era muy responsable, decía todo el mundo; en cambio ella, Mary, era la que siempre andaba a la greña con su abuela.

—¿Quieres una taza de té? ¿Prefieres café?

—Oh, no quiero ser un estorbo para nadie. Quizá me haga más tarde algo para almorzar.

—¡David! —dijo Mary—, ¿por qué no le demuestras a la abuela lo bien que lees? —y tras esto se dirigió apresuradamente a la cocina como si allí le esperaran importantes cosas que hacer.

¡El almuerzo! Miró desesperada el interior del frigorífico. Había para hacer perritos calientes, pero la abuela no podía comer esas cosas. Y si se tenía que poner a hacer algo especial, tendría que oírlo una y otra vez: «Oh, lamento tanto causarte problemas. ¿Qué comeréis vosotros? ¿Una tortilla?» Ya habían comido huevos para desayunar.

Fue a ver qué conservas tenía. Martha Doroski hubiese manejado aquella situación con una sola mano. Había mujeres grandes y munificentes, de las que

manaban en abundancia el amor y la comida, mujeres generosas y abnegadas. En cambio ella no podía ni llenar un carrito de la compra sin tener un dolor de cabeza. Antes de empezar a ir a la consulta del doctor Norseman, a veces se quedaba llorando en un rincón del supermercado, apoyada en la góndola de las comidas para perros.

Bueno, de todas formas todavía no era hora de almorzar. Observó los tulipanes que había plantado el otoño anterior, y empezó a respirar lenta y calmadamente...

—¿Estás haciendo el almuerzo? —preguntó Jack.

—¿Ya? —respondió ella con un grito.

—No te preocupes —repuso él en tono cortante—. Entra, yo me haré cargo de todo.

Siempre se portaba así cuando su madre estaba cerca, siempre viendo insultos en cada observación, en cada gesto de la cara.

—No seas estúpido. Ya lo haré yo.

—¡Que no me hagas favores!

—¡Oh, por el amor de Dios!

La madre de Jack apareció en la puerta; el matrimonio saltó como si les hubiese sorprendido en un abrazo ilícito.

—No entiendo cómo los jóvenes podéis tener tanta calma. Yo estoy casi a punto de reventar. Pero supongo que debe ser como todo en la vida, que te vas volviendo insensible. Cuando yo tenía vuestra edad...

«Si tengo que escuchar eso una vez más, moriré —pensó Mary—. ¡Oh, Dios! No permitas que sea como ella cuando llegue a vieja. Si es que llego.»

—...Y claro, cuanto mayor te haces, más tensa te sientes —decía la anciana.

Sonó peor de lo que había pretendido. La anciana pareció deshincharse ligeramente, pero antes de que pudiera hablar sonó el teléfono. Jack escapó de la cocina gritando:

—¡Voy yo!

Los demás se quedaron donde estaban con el oído pendiente, atentos a lo que se hablara.

—Gracias, señorita. ¿Haskell?

Se oyó entonces la voz de David que decía:

—¡Hey, papá! ¡Está bajando! ¿Papá? ¡Está a 341, papá!

La anciana respiró profundamente.

—Te voy a decir algo: estoy muy contenta de ser tan mayor. Cuando se acabe el oxígeno, yo ya no estaré. Lo dejaré para los más jóvenes, para que se ahoguen como los peces y se asen como las piernas de...

—¡No hables así! —dijo Mary.

La anciana pareció más sorprendida que ofendida.

—No tienes ningún derecho a impedirme...

—¡Sí, sí que puedo! —respondió Mary, exactamente como siempre había soñado hacerlo—. ¡Esta es mi casa! Y no puedes hablar así en mi casa, delante de mis hijos...

Pero lo que sucedió entonces no tuvo nada que ver con lo que ella soñara. La anciana se volvió, tanteó el marco de la puerta como si se hubiera vuelto ciega y entró de nuevo en la sala de estar. «Vaya, se siente herida —pensó Mary, sorprendida—. ¿Qué tengo que hacer?» Pero lo único que hizo fue quedarse allí, de pie, escuchando las voces que venían de la sala.

—David, ¿dónde está el bolso de la abuela?

—¿Adónde vas, mamá?

—A casa.

—Perfecto. Creo que ahora ya es bastante seguro —dijo David, con toda la razón.

¿Por qué no hacía algo Jack? ¿Es que no podía ver lo que estaba sucediendo? Unos pasos fuertes pero viejos sonaron en el descansillo y luego se oyó un portazo. ¿Era conveniente arrancarle del teléfono y explicárselo? Después de todo, era la madre de Jack; se iba a poner terrible. A través de la ventana de la cocina vio cómo la anciana dudaba al llegar a la puerta de entrada. Casi estaba ya en la calle cuando apareció corriendo Benny, que cruzaba el césped con su liviano camisón ondeando al viento.

—¡Abuelita, abuelita!

La anciana se volvió. Benny se asió a sus piernas, la tomó luego de la mano y ambas se dirigieron una vez más a casa. La anciana parecía incómoda; se detuvo un momento y recogió una flor. Era para explicar por qué había salido corriendo. Por supuesto, tenía que ir a coger precisamente uno de los nuevos tulipanes.

Ahora que todo había pasado, Mary empezó a agitarse. Se sentó y escuchó la cháchara de Benny cuando cruzaron el recibidor y entraron en la sala de estar.

—Muy bien, abuelita, pero todavía no es hora de irse. No quiero que te vayas todavía.

«Bueno —pensó Mary—, por lo menos he hecho una buena, una capaz de ver, de amar y de actuar. Si uno de entre tres sale bueno, es que no soy tan estúpida.»

En aquel momento entró Jack.

—Haskell dice...

Ella le puso el dedo en la boca.

—... porque tú todavía no me has dado el chicle, abuelita —continuó la vocecita—. Te olvidaste del chicle. ¡Lo tienes en el bolso! Lo he visto. Siempre me gusta mirar lo que nos traes, abuelita.

—Bueno —dijo ella.

Se levantó y miró a Jack, y él la tomó por los hombros y la estrechó contra sí. Todo iba bien; todo estaba perfectamente.

—Te lo dije —habló Jack—. ¿No te dije que no debía ser más que una avería en

el suministro de oxígeno?

De repente Mary se sintió muy cansada. Resultaba que ella era la más razonable de los dos, y él siempre intentaba hacerla quedar como una histérica. Ella rechazó el abrazo de su marido. Sonó el teléfono y él corrió a descolgar, mientras ella se dirigía una vez más hacia el frigorífico. Había un poco de chucrut en una bolsa de plástico, media chuleta de cerdo blanca a causa de la congelación, y una patata hervida de aspecto descolorido. Dorene apareció entonces.

—¿Puedo irme ahora? ¡Apenas son las doce y media!

—Lo que puedes hacer es poner la mesa.

—¿Puedo ayudar en algo? —dijo la madre de Jack.

—¡Lo hará Dorene! —repitió con voz chillona.

—¡Hoy le toca a David!

—David está leyendo ahora con la abuela. —Eché una ojeada a los sobres de sopa. Jack odiaba el tomate y Benny el pollo con fideos. Si realmente se terminaba el mundo, pensó, por lo menos dejaría de tener que decidir lo que haría para comer.

Dorene apareció junto a la barandilla de la escalera.

—Escucha: ya he perdido la clase de hoy por culpa de tus nervios, y ahora tengo que ponerme a hacer un trabajo que le corresponde a mi hermano, y todo porque soy la mayor, pero ser la mayor tendría que significar algún tipo de privilegios en según que... ¿De qué te ríes?

Mary se descubrió a sí misma con la puerta del sótano abierta todavía entre las manos. La dejó caer hasta cerrarse.

—De nada.

—¡Va, dime! —le pidió Dorene, con avidez.

—De un chiste para adultos. Corre arriba y tráeme el bolso. Te llevaré hasta el autobús, por lo menos.

—Pero tú dijiste...

—Hasta el autobús.

Ante su sorpresa, Dorene se volvió y corrió a toda prisa a buscar sus cosas; la oyó subir los escalones de dos en dos.

El oso del nudo en la cola

Stephen Tall

Stephen Tall es profesor universitario y escritor ocasional de ficción: «Preferentemente de ciencia ficción en la actualidad —dice—, aunque he aparecido en revistas tan diversas como Woman's Day y Country Gentlemen. Cronológicamente, cabe situarme entre Glen Campbell y Bing Crosby».

El presente cuento de ciencia ficción espacial se centra en la colorista tripulación de una nave de investigación que ha estado recibiendo durante todo un mes una emisión extraterrestre sin haber podido determinar ni su significado ni su lugar de procedencia.

Entramos en una cómoda órbita alrededor de la Tierra, a cincuenta mil kilómetros de la Luna. El capitán Jules Griffin nos mantuvo en la zona de sombra de la Luna, la umbra, donde desde luego resultaba mucho más agradable quedarse quieto y escuchar que recibir la insoportable radiación directa del sol sobre la plancha de la nave. Sólo a unos cuantos grados del disco oscuro de la Luna colgaba el disco completo de la Tierra, como plata de color azul cubierta de nubes. Era sin duda el objeto más majestuoso que nunca había encontrado yo en el espacio.

Y eso que he dado muchas vueltas. Todos lo hemos hecho. Es nuestro trabajo.

El Ultraspan lo ha hecho posible. Un descubrimiento que debió surgir por accidente, o casi. ¿Cómo era posible que la materia se moviera más deprisa que la energía? Más aun, ¿es eso posible? El Ultraspan elimina el tiempo; gracias a él, nuestra posición en el espacio puede ser la que el capitán Jules quiera. No es que él entienda cómo funciona. No sabe de esos efectos más que cualquiera de nosotros. Él lo conoce todo respecto a los motores de timonio que nos transportan por el espacio finito, pero lo del Ultraspan lo cree simplemente por fe. Como la religión. Como la magia. Como esas cosas que suceden en sueños.

Lo hemos probado muchas veces. Durante los últimos nueve años la nave de investigación Stardust ha realizado con gran facilidad cosas que resultaban imposibles antes de la Hipótesis de Willoughby, aquella extraña variante de un concepto einsteniano que divorcia el espacio del tiempo. ¿No sabe usted de qué le estoy hablando? Bueno, yo tampoco lo entiendo, pero el hecho es que funciona. Provechoso y útil, se trata del Ultraspan.

La vida a bordo del Stardust es cómoda, pero para mí no tiene nada que ver con la auténtica vida. Cuando realmente empiezo a vivir es cuando descendemos, salimos de la órbita y bajamos a la superficie de cualquier planeta desconocido, de cualquier mundo que desde el espacio parece capaz de tolerarnos lo bastante como para echar

una ojeada. Y quiero decir descender de verdad. Desde el momento en que las efusiones ardientes de la energía de la combustión que nos llevan en el primer momento al espacio y fuera de él pasan a ser una página de nuestra historia. La gravedad deja de ser un problema. Si las condiciones lo requieren, el capitán Jules puede hacer descender nuestro laboratorio de quinientos metros de largo sobre cualquier superficie de un planeta a no más de quince kilómetros por hora. Hemos logrado conquistar la atracción entre las masas.

—¿Soñando, Roscoe?

Nunca me ha gustado que me toquen o que me den palmadas en la espalda, pero la mano que se acababa de posar sobre mi hombro era una notable excepción. Especialmente cuando la propietaria de aquella mano dio la vuelta a mi cómodo asiento y posó su delicioso cuerpo en mi regazo. La rodeé con mis brazos y ambos observamos la amplia pantalla en la que colgaba la Tierra en una nebulosa de gloria.

—El viejo hogar —dijo Lindy—. Si puedo ir viéndolo de vez en cuando, como ahora, me siento perfectamente a gusto en el espacio. Pero es la obra maestra, la perfección en ese hermoso mármol verde azulado que refleja. Podemos pasarnos toda la vida buscando y nunca encontraremos nada como eso.

—Es una manera de hablar —admití—. Sin embargo, según las estadísticas, es una actitud probablemente indefendible. En algún lugar de nuestra galaxia, con sus cientos de millones de estrellas, la Tierra debe tener una hermana gemela. Todavía no somos sino bebés perdidos en nuestro bosque cósmico, y ya hemos estado cerca de encontrar uno igual. ¿No habrás olvidado...? ¡No, claro que no! ¡Cómo ibas a olvidarte de Cyrene!

Ella no lo había olvidado. ¿Cómo hubiese podido hacerlo? La estrella Cyrene era un sol semejante al nuestro. Sus rayos amarillos sobre la superficie de su cuarto planeta se hubieran podido confundir con facilidad con los rayos del Sol. Sin embargo, el planeta Cuatro había resultado estar habitado sólo por una extraña y simple ecología, y por formas de vida tan diferentes que me habían hecho famoso. Sí, yo soy ese tal Kissinger. «Un sistema evolutivo diferente», por Roscoe Kissinger. La cadena alimenticia vegetal-cubo-molino-rueda. Por eso ahora que estoy en la Tierra tendré que pronunciar varias conferencias. A mí no me gusta mucho ponerme a hablar. Soy ecólogo, y me gusta actuar.

Pero no era esa la razón de que Lindy recordara el planeta Cuatro. Fue allí, tras innumerables invitaciones, cuando ella decidió por fin que convertirse en la señora de Kissinger le parecía bien. Quizá la causante de su decisión fue aquella atmósfera tan hogareña, porque el planeta Cuatro de la estrella Cyrene era parecido a la Tierra.

Lindy se dio vuelta sobre mi regazo y me miró con sus facciones clásicas, sus ojos verdes y sus labios rojos a no más de diez centímetros de mis rasgos casi neandertalienses. Ante ello hice lo que hubiera hecho cualquier otro hombre de la

galaxia, y cuando terminé la muchacha estaba como tenía que estar, casi sin respiración.

—¡Otra vez así! —gruñó tras nosotros Williams «Pata de palo». Vino dando vueltas por el salón e hizo notar su ligera cojera. Es lo que acostumbra a hacer cuando quiere atraer la atención. Tomó la silla que teníamos al lado.

—¿Es que vosotros dos nunca os peleáis, como hacen todas las parejas? Vais a enfermar de diabetes espacial si seguís viviendo en ese mar de azúcar...

Lindy dejó escapar una risita, mientras yo mantenía mi sonrisa dentro de unas proporciones respetables.

—Estás en vena —dije—. ¿Qué bicho te ha picado?

«Pata de Palo» se encogió de hombros y se sentó pesadamente en su asiento. Unos instantes después alzó la mano en dirección a la pantalla.

—¡El tedio! —dijo—. ¡El aburrimiento! Hemos estado escondidos aquí, a la sombra de la Luna, durante un mes. Hemos estado escuchando y escuchando, y si alguien ha sacado alguna conclusión, se la ha guardado cuidadosamente para que no me enterara.

Todos estamos acostumbrados a «Pata de Palo». No nos gustaría si fuera de otra manera. A veces te pone los nervios en tensión, pero en todas las ocasiones en que me encuentro en una misión en la que hay cosas que hacer, «Pata de Palo» se convierte en otro hombre. Nos complementamos el uno al otro como la sal y el vinagre. Es uno de los más grandes geólogos y yo tampoco soy malo como ecólogo. Así pues, sabía lo que quería decir con aquellas palabras.

—Pero no le echas la culpa a la madre Tierra —le contesté—. Échasela a Johnny Rasmussen. Es un sarnoso, ya lo sabes. Nunca ha encontrado nada que no le divirtiera rascar y estudiar.

«Pata de Palo» se arrellanó aún más en el asiento. Miró hacia la pantalla con gesto reflexivo y automáticamente flexionó su rótula de plástico. Siempre hace eso cuando está pensando. Había perdido la pierna mientras estábamos hurgando en uno de los asuntos de Rasmussen. Se la arrancó de golpe una criatura parecida a un plesiosauro en una pequeña laguna de un planeta que pronto olvidé. Aquel mundo sólo había resultado divertido en parte.

Pero, como decía, yo comprendía lo que mi compañero había expresado. Un geólogo no tiene mucho que hacer en el espacio. Tiene que tener algo en lo que poner los pies, alguna roca a la que aplicar el martillo. Y la ecología no es mucho mejor. Bueno, supongo que podría preocuparme de la biomedicina espacial, pero no es para mí. Yo necesito que mis habitantes sean tangibles, que su biología sea lo suficientemente sólida como para poderse notar y ver.

Lindy se deslizó de mi regazo y empezó a mirarnos a ambos.

—Creo —dijo como si nada— que me he convertido en supernumeraria.

Reconozco los síntomas. Vosotros dos pretendéis quedaros sentados deplorando vuestras fútiles situaciones respectivas. No debéis olvidar que yo también estoy en paro temporal.

El genio de Lindy con las formas microscópicas extraterrestres es tal que nunca nos atreveríamos a descender sin ella. Era la doctora Linda Peterson, microbióloga de extraordinario valor desde mucho antes de convertirse en la señora de Roscoe Kissinger. De hecho, Johnny Rasmussen nunca había reconocido aquel matrimonio, aunque había sido él quien oficiara la ceremonia. En la lista todavía la tenía como doctora Peterson.

—Siéntate, Lindy —dijo «Pata de Palo»—. No podemos expresar nuestras quejas sin ti.

—No —respondió mi maravillosa esposa—. Si se trata de hablar de descontento, los hombres siguen siendo los reyes. Creo que será mejor que me haga yo a mí misma una prueba de diabetes.

Incluso «Pata de Palo» sonrió.

Pero entonces volvió a empezar aquello, y casi contra nuestra voluntad lo escuchamos otra vez. No era que resultara desagradable, en absoluto. Era algo más bien extraño, misterioso, obsesionante. Los sonidos surgían de los altavoces con una curiosa falta de ritmo, sin seguir una pauta que pudiera concretarse. De hecho, era esto precisamente lo que estaba desquiciando a los muchachos de acústica.

No se trataba de pulsars, ni de las pautas repetidas hasta la monotonía de alguno de los varios tipos de sonido que se recogen habitualmente en el espacio. En aquel caso se trataba de una variedad casi infinita de sonidos, de un tono que cambiaba constantemente, a veces como música suave, a veces estridente, pero siempre con una asombrosa sensación de estar completo, de tener los puntos y contrapuntos medidos. Iba de una risa a una súplica, del murmullo al rugido. Y por encima de todo estaba la sensación constante de que era algo extraño. A pesar de su sofisticación y los cambios interminables que encerraba, nadie había considerado ni por un instante que pudiera tener origen humano. Procedía del espacio, del espacio profundo, y ninguna de las pruebas que habíamos realizado había aportado luz alguna sobre la dirección de la que venía.

Digo «habíamos» porque ése es el modo en que el doctor Johannes Rasmussen concibe todas las misiones que el Stardust lleva a cabo. Cada labor es un trabajo de equipo. Aquí, sentados a la sombra de la Luna, moviéndonos con ella en órbita alrededor de la Tierra, una selecta organización de especialistas en exploración que formaban el mejor equipo terrestre tenía un solo fin, un solo objetivo. Todos ellos, no importaba su especialidad o su entrenamiento, tenían como misión el escuchar aquellos sonidos, aquella mezcolanza siempre distinta que nuestro disco de energía recogía de la gran estación seguidora instalada bajo nosotros en la superficie lunar.

A intervalos que no variaban nunca, diecinueve horas, trece minutos y treinta y siete segundos, la emisión cósmica surgía por los altavoces. Duraba exactamente catorce minutos y siete segundos. Se la había grabado con todo cuidado, desde el primer al último decibelio, y todos los miembros del personal habían recibido la indicación de, además de cumplir con sus habituales tareas, dedicarse a escuchar las grabaciones en cualquier oportunidad que tuvieran. Al ser mínimo nuestro trabajo, por decir que teníamos alguno, pasamos mucho tiempo escuchándolos una y otra vez. Y no habíamos sacado nada en claro.

Así estábamos ahora, escuchando. Lindy se dejó caer otra vez sobre mí, nos tomamos de las manos y nos sentamos tranquilamente mientras los altavoces gorjeaban, gritaban y murmuraban.

—Se sienten infelices —murmuró Linda—. Están en peligro y asustados y solos. Están pidiendo ayuda. Todavía no están frenéticos, pero esperan que les escuchemos. Saben que no pueden ayudarse a sí mismos.

—¿Saben? ¿Ellos? —dijimos al unísono «Pata de Palo» y yo.

—¡Sí! ¡Ellos! —respondió con firmeza Lindy.

—Eso es un paso de gigante —citó «Pata de Palo»—. ¿Se lo has dicho a Johnny Rasmussen? Se sentirá complacido, y especialmente interesado por cómo lo has averiguado.

Lindy hizo un gesto de desespero y se retorció encima mío.

—Será como tú —dijo, disgustada—. Literal. Obtuso. ¡Es algo que noto! No se trata de un contacto, sino que tiene un tono de urgencia. ¡Nos están necesitando!

«Pata de Palo» miró hacia mí.

—Tu esposa observa un perfecto comportamiento en público, pero padece alucinaciones. Espero que eso no interfiera en vuestra vida íntima.

—En realidad, ayuda —dije, inexpresivo—. Me considera guapo

—Lo que dice más a mi favor —concluyó «Pata de Palo».

Si este diálogo les parece a ustedes fuera de tono, deben saber que nosotros somos así. Es la cortina de humo tras la cual pensamos. Llevamos años haciéndolo de este modo, y en general las cosas nos van bastante bien. Miren si no los gruesos volúmenes que recogen bajo nuestros nombres las investigaciones que hemos efectuado y que pueden encontrar en cualquier biblioteca que se precie de tal. Todos nosotros tenemos laureles suficientes para conseguir, incluso, el título de doctores en filosofía.

Pero ninguno de nosotros estaba preparado ni entrenado para esto. Incluso los técnicos de sonido, los criptógrafos y expertos en lenguas empezaban a sospechar que ellos tampoco. Los especialistas en comunicaciones se mostraban especialmente aturridos, pues aquella mezcla de sonidos, recogidos por el enorme disco de recepción de la Luna, de casi veinte hectáreas de extensión, como si estuvieran

produciéndose detrás de la siguiente colina, no parecía provenir de dirección concreta alguna. Tras un mes completo de intentarlo, todavía no habían dado con la clave. El gran disco recibía por igual los sonidos si se orientaba al norte o al sur, al este o al oeste, tanto si se enfocaba directamente a la estrella Polar, como a Deneb o Arturo. Y nosotros, colgados en el espacio a cincuenta mil kilómetros, encontrábamos que ni siquiera las transmisiones procedentes de éstas resultaban fáciles de determinar.

Escuchamos hasta el final. Como siempre, había en la emisión varios elementos que nos resultaban familiares, y que yo creía que los criptógrafos podrían utilizar. Sin embargo, cada transmisión era diferente y, desde que Lindy lo había sugerido, yo jugaba con la idea de que el tono de cada una era especial. De algún modo, seres dotados de una tecnología avanzada estaban contando una historia a toda la galaxia, esperando, siempre esperando que en algún lugar hubiera seres que les escucharan. Aquello también eran sentimientos. Mis sentimientos. Sólo la variedad, complejidad y exactitud en el tiempo de transmisión podían servir de base para tales sentimientos. Por eso los guardé para mí y no los hice públicos.

Las últimas notas, una serie lastimera y suplicante de lamentos, se apagaron. Lindy cambió de posición entre mis brazos. Luego suspiró delicadamente.

—La Música de las Esferas —dijo.

«Pata de Palo» y yo quedamos en silencio. No había nada que decir.

De todo el personal de la Stardust, de los especialistas de todo tipo que formaban la organización espacial terrestre más seleccionada, había una persona que nunca estaba desocupada. «Pata de Palo» y yo podíamos quejarnos; Lindy podía suspirar por alguna nueva raza de bichos descubiertos en el espacio; Bud Medani podía sentirse inquieto por carecer allí, a la sombra de la Luna, de todo lo que pudiera interesar a un arqueólogo como él. Pero Ursula Potts siempre estaba ocupada.

Ursula era lo contrario a todo lo que uno pudiera esperar encontrarse en una nave espacial. Pequeña, escuálida, vieja, con aspecto de comadreja y una gran mata de cabello gris, parecía que su método habitual de transporte tendría que ser una escoba. Verla caminar por los corredores con sus zapatos altos de goma, sus shorts hasta las rodillas, rojos, amarillos o verdes, y su viejo suéter gris que llevaba por fuera o por dentro según se tratara de un planeta caluroso o frío, era suficiente para que cualquiera se preguntase si no sería hora de hacerse el reconocimiento médico anual. Cualquiera, menos nosotros, que la conocíamos bien; la conocíamos, la respetábamos y a veces incluso la temíamos un poco.

Ursula pintaba. Los pintores son tradicionalmente bichos raros, y Ursula incluso abusa de tal privilegio, pero también es algo mística además de ser un genio. Johnny Rasmussen pasaba más tiempo contemplando los cuadros de Ursula que leyendo mis informes. Y no es que ello haga que me sienta resentido. De algún modo, Ursula logra ver cosas que nadie más puede ver. Ursula resume como nadie la contemplación

de las cosas.

Me recibió con alegría cuando crucé la puerta de su estudio, lo que no hacía con mucha gente. Pero habíamos visto unas cuantas cosas extrañas, juntos los cuatro, ella, Lindy, «Pata de Palo» y yo. También estuvo con nosotros en el Armagedón de Cyrene Cuatro. Por eso terminé de abrir la puerta y salí al estudio, situado en las profundidades sin fin del espacio, o al menos ésa es la impresión que daba.

—¿Qué ves, Roscoe?

No hubo bienvenida, ni nada. Ni siquiera señaló la pintura que tenía en el caballete. Pero era eso lo que quería que mirara. Sus ojos extraños me miraban de un modo que interpreté enseguida. Ursula se sentía excitada por algo.

Era un mapa grande y decorado. Aquella fue la primera impresión que me causó el cuadro de Ursula. No era una de sus cosas habituales, pero cuando me acerqué más vi lo que había hecho. No era un mapa estelar. En realidad, era una serie de escenas aisladas reunidas en una tela y que hubieran resultado muy familiares a cualquier escolar.

Eran las viejas constelaciones. Desde nuestra posición, ahí fuera, a la sombra de la Luna, parecían un poco distorsionadas. Ursula simplemente las había anotado, quizá con algo de trivialidad, como puntitos amarillos, azules, rojos y blancos. Pero había hecho algo más. Alrededor de cada racimo de estrellas había dibujado las viejas figuras mitológicas, rellenándolas de detalles a medida que crecía su interés, y vigorizándolas con color hasta que cada escena parecía dotada de vida.

El viejo Orión parecía a punto de salir de la tela, con su gran garrote en alto, la piel de león sobre los hombros y la pequeña daga rutilante al cinto. Tras él rondaban los dos Canes, el Mayor y el Menor, con las lenguas colgando y los ojos despiertos. Uno era un pastor alemán y el otro un gran danés. Pegaso desplegaba sus grandes alas, más allá de lo que le correspondía en la tela, en lo que parecía ser un galope etéreo, con el morro inflamado y espumarajos saliéndole por la boca. A pesar de las alas, parecía haber surgido de las caballerizas de un gran hipódromo.

Reí entre dientes mientras iba pasando de una figura a otra. Estaban muy bien hechas, con una técnica que sólo podía desarrollar una gran artista, pero no pude distinguir nada más. Eran superficiales. Me gustaban, pero eso era todo.

Observé a Ursula y su insistente mirada me hizo volver otra vez al cuadro. Olvidaba algo. Casiopea estaba ahí, sentada en su trono. El Dragón alargaba su cabeza inquietante hacia donde las osas polares colgaban con sus ridículas colas apuntadas hacia y contra la estrella Polar. Y entonces lo descubrí. La Osa Menor parecía regordeta y contenta. Ursula le había pintado con gran habilidad un panal en la boca. Sin embargo, la Osa Mayor tenía aspecto de infelicidad. Era flaca y tristonera. Los labios se le metían hacia dentro de la boca como en un rictus de dolor, y no porque sí: casi al final de la cola, larga y poco parecida a la de un oso, Ursula había

pintado un enorme, lívido y obviamente incómodo nudo.

—Lo veo —dije—. ¿Por qué?

—No lo sé —respondió Ursula—. Salió así. Si no, no me parece bien.

Eché una nueva ojeada al nudo. Había dos estrellas que brillaban entre las pinceladas, una amarillenta y otra blanca.

—Son Mizar y Alcor —dije—. Podrías poner tres. Una pequeña ampliación te permitiría ver otra más.

—Ya lo sé. Puse otra, pero no me pareció que quedara bien, así que la volví a quitar.

—Apenas sería visible —protesté—. No supondría ninguna verdadera diferencia en el cuadro, ¿verdad?

—Sí, creo que sí. No me sentía feliz con ella.

Creo que he mencionado que salí al estudio de Ursula. Quería decir eso exactamente. Cuando estábamos en el espacio, Ursula pintaba en una burbuja transparente, un pequeño compartimento que podía colocarse en el exterior de las cubiertas, aparentemente sin forma, de la Stardust. Allí, con un escudo contra las radiaciones y toda la comodidad del aire acondicionado, Ursula interpretaba la galaxia.

Desde las profundidades de la umbra de la Luna, las constelaciones refulgían como en la Tierra las noches claras de verano, pero con mucha mayor potencia. La Osa Mayor colgaba literalmente sobre nosotros. Tomé los prismáticos de Ursula, un aparato de 12 aumentos que evidentemente había utilizado para verificar las estrellas contenidas en la tela. Enfoqué la región de Mizar y Alcor, la región del nudo, el Caballo y el Jinete de alguna antigua mitología. La tercera estrella empezó a distinguirse vagamente, exactamente como la recordaba.

—Ahí está —dije—. No ha cambiado nada.

—Ya lo sé —contestó Ursula—. Aun así no puedo ponerla. No me suena bien.

—¿Y el nudo?

—Ese ha de ir. No sé por qué.

Me miró un instante; luego se volvió de repente hacia la tela, y seleccionó con gran habilidad el pincel que precisaba de entre la colección que tenía dispuesta en el moño gris de su cabeza. Aquello era una despedida, pero mientras me retiraba hacia la puerta, alzó un momento la mirada y dijo:

—Piensa en eso, Roscoe.

No tenía que haberlo dicho. Ya estaba pensando.

No había habido ninguno durante todo el tiempo que llevábamos a la sombra de la Luna, así que cuando llegó, nos pareció que lo hacía con retraso. Tras ver el cuadro de Ursula, sin embargo, supe que había estado esperándolo.

—¡Señoras y caballeros!

La voz de Stony Price, jefe de comunicaciones, fluyó tranquila de los altavoces. Era evidente que había recibido un comunicado oficial que iba a leer a continuación.

—El doctor Rasmussen solicita el placer de la compañía de todo el personal directivo y de supervisión en el almuerzo que se celebrará esta tarde. Será a las 14.00. Sepan que he consultado con el cocinero y hay un menú excelente.

Aquello último, por supuesto, era pura cosecha de Stony Price. Nunca en su vida se había ceñido a un guión.

Los almuerzos de Johnny Rasmussen eran una tradición a bordo de la Stardust. Todos seguían las mismas formalidades, la misma formal falta de ellas. No parece sonar muy bien, pero expresa lo que quiero decir. Y un almuerzo siempre significa más de lo que parece. Siempre precede a una crisis o a una gran decisión, o con la misma gentileza inexpresiva se convierte en ocasiones en una celebración. La *raison d'être* nunca se menciona, y la asistencia no es obligatoria. Sin embargo, nadie se pierde nunca un almuerzo ofrecido por Rasmussen. Es cuando suceden las grandes cosas.

—Me siento nerviosa —dijo Lindy—. Y mi radar parece dar saltos. Este almuerzo va a ser bastante raro.

En aquel momento estaba eligiendo el vestido apropiado para ir. Diez minutos después de que se leyera el comunicado estaba totalmente ocupada en los preparativos.

Yo sabía lo que quería decir mi esposa. El almuerzo resultaría sabroso, como siempre, y la compañía sería familiar y relajada. Lindy se refería a la razón por la que se había convocado.

Lindy iba de arriba abajo tratando de decidir entre dos modelos que había colgado de los dos extremos del tocador. Uno era gris, de un gris vivo y casi siniestro, cruzado todo él por rayas diagonales brillantes de color azul. El otro colgaba de la pared como una llama, y fue éste el que más miró y repasó.

Ninguna mujer pelirroja y de ojos verdes puede ponerse un vestido rojo brillante como aquél y quedar impune. Falso. Hay una que sí puede. En efecto, ella se lo puso, y con sus rizos dispuestos en un extraño peinado, su tira de perlas lácteas sobre el esplendor escénico de su escote y su orquídea blanca en el hombro izquierdo, parecía una princesa bárbara de un nuevo mundo recién descubierto. En realidad, eso es sólo una descripción literaria. Desde que la Stardust pasara de Plutón por primera vez, hemos encontrado muchas clases de vida, pero ninguna que sea humana o humanoide y, por supuesto, nada que recuerde ni remotamente a Lindy.

La ayudé a sentarse con gran orgullo. Todas las mujeres intentan, y algunas lo consiguen, parecer espectaculares y bellas, pero yo tenía a la reina de todas ellas y los demás lo sabían. Es algo magnífico para un tipo que tiene un físico tan desgraciado como el mío. Incluso metido en una buena americana y con un buen afeitado, es

imposible arreglar ese cuerpo que tengo, grande como un tanque de almacenamiento, esos brazos largos y gruesos, esas piernas como columnas y ese cabello negro que asoma por todos los lugares donde puede haber pelo excepto en la cabeza. Añadan una cara que parece haber sido tallada con un machete mellado, y cabrá preguntarse qué vio Lindy en mí. Debieron ser mis hermosos ojos.

El doctor Johannes Rasmussen hizo su entrada a las dos en punto. Alto, esbelto, bronceado, imaculado, con el mostacho bien cuidado, hizo un alto al llegar a su asiento y dirigió una mirada complacida a la larga mesa. Luego, empezando por la derecha, nombró a los presentes:

—Capitán Griffin, señor Cheng, señorita Pott, doctor Kissinger —saludó a los que le rodeaban. Cuando se hubo sentado en su lugar prosiguió—: Me complace mucho tenerles aquí esta tarde. Siéntense, por favor.

Era la fórmula eterna. Podría haberla dicho incluso dormido, y nosotros también.

Todos se sentaron e iniciaron la charla y la pitanza sin ceremonia ninguna. Los cubiertos se pusieron en acción y la conversación fue subiendo hasta un murmullo educado o un contenido rugido similar a una cascada, interrumpido en ocasiones por una gran carcajada o por la risita de Lindy, en un tono tremendamente agudo.

A mi lado, Ursula devoraba el pastel de pescado como un terrier hambriento. A Ursula le gusta comer tanto como a mí, lo que no es poco. El vestido que llevaba era de un tono bermejo desvaído sin ningún tipo de aderezo. Llevaba sus escuálidos dedos llenos de pesados anillos, pero su cara arrugada y sus ojos extraños eran los mismos no importaba lo que llevara. Llevó aquellos ojos una y otra vez hacia la mesa y masticó con rapidez. No se estaba perdiendo ni una palabra.

—Es un buen pescado, Ursula —le dije—. Debe ser viernes.

Ella se pasó la lengua por los delgados labios.

—Eso es una referencia bárbara, Roscoe. No hay conexión alguna entre la comida y los días de la semana.

—Para mí, desde luego que no —admití—. Yo como lo que sea cualquier día de la semana. Sin embargo, hay mucha gente que todavía establece una conexión entre el pescado y el viernes.

—Pues será un día de luto entre los peces —dijo Ursula en tono adusto—. Déjalo ya, Roscoe.

—Muy bien —respondí, cambiando de tema—. ¿A qué se debe este almuerzo, Ursula? ¿Tienes alguna premonición, o, mejor aún, alguna información?

Ursula bebió un sorbo de Chablis, deleitándose con su sabor.

—No sé nada, pero puedo imaginármelo.

—¡Suéltalo!

—Nos vamos.

La disposición en torno a Rasmussen parecía confirmarlo. El capitán Jules Griffin

estaba a su derecha, y no ocupaba aquel lugar precisamente por su brillante conversación. El capitán Jules es el tipo más soso del espacio. Yo no aguanto ni cinco minutos de charla con él. Normalmente se sienta bastante alejado de la presidencia de la mesa. Sin embargo, él es el genio que sabe hacer funcionar el Ultraspan. Es quien nos lleva a donde queremos ir.

Junto a él estaba Moe Cheng, el hombrecito narigudo y de ojos rasgados que sabe más que ningún hombre acerca de la galaxia. ¡Así que se trataba evidentemente de logística! Sin embargo, la siguiente era Ursula, y luego yo. Ninguno ocupaba el lugar en que se encontraba por accidente pues Johnny no hace nunca nada al azar.

Comimos, y Rasmussen pasó el rato cambiando educadas amenidades con los que quedaban a su alcance, como formal y correcto caballero inglés que es. He dicho inglés. Olvídense de su apellido. En el siglo diecinueve hubiera sido uno de los mejores dandys. Para él, la comida no podía tener buen sabor si no iba vestido adecuadamente para ello. Chaqueta y pajarita negra.

Cuando se llegó al café, del que se sirvieron unas tazas grandes, de exquisito aroma, junto con delicadas copas llenas de buen coñac, Johnny descubrió el secreto por el que nos había reunido allí. Sin que pareciera hacerlo a propósito, fue subiendo el tono de su educada voz hasta que bastó para que la gente situada al fondo de la mesa pudiera escucharle con claridad.

—Señoras y señores, voy a hacerles un breve pero importante anuncio.

Hizo una pausa, y la conversación se apagó.

—La señorita Pott ha pintado un cuadro.

Una nueva pausa, pero esta vez acompañada de un silencio lleno de asombro.

—¡Bravo! Un aplauso para ella. —La voz de «Pata de Palo» era baja y con un toque amargo. Luego prosiguió—: Pero eso de pintar cuadros es asunto suyo. Si la señorita Pott hubiera ganado algún premio planetario, eso sí que sería una noticia.

Los ojos de Rasmussen parpadearon, pero mantuvo impassible el ademán. No sonrió.

—Ese cuadro en particular tiene un interés especial para todos nosotros —respondió—. Basándome en él he tomado una decisión que nos afecta a todos. Doctor Kissinger, usted ha visto el cuadro. ¿Podría describírnoslo, por favor?

Estaba tan desconcertado como los demás, pero soy de los que saben seguir una broma.

—Creo que se refiere usted al nudo en la cola de la osa —respondí.

—Adelante.

Empecé entonces a describir la pintura y me ceñí en especial a la flaca Osa Mayor, con su mirada de infelicidad y su doloroso nudo en el apéndice caudal. Lo describí con toda objetividad, pero los demás empezaron a reírse con disimulo. Todos pensaban que se trataba de una broma. Por lo que a esto respecta, yo también lo

estaba tomando de ese modo.

—Yo hubiera preferido contar con datos más tangibles —siguió entonces el jefe —, pero carecemos de ellos. Hemos probado todo lo que sabemos. Con ayuda del Centro de Recepción Luna —o el Gran Plato, si así lo prefieren—, hemos controlado y analizado y nos hemos sentido frustrados ante los sonidos del espacio, que la doctora Peterson ha dado en llamar la Música de las Esferas. Ha resultado imposible determinar su dirección o punto de origen.

Johnny había rodeado la copa de coñac con sus largos dedos para calentarlo, y se levantó entonces, llevándosela apenas a los labios.

—La señorita Potts ha advertido un trastorno en la Osa Mayor. Ha sido capaz de especificar incluso un lugar concreto. Ahora bien, sabemos que esto no sirve como prueba y no es admisible en un contexto científico, pero también sabemos que la señorita Potts tiene —por decirlo así— unos talentos únicos.

(Lo que significaba que aquella vieja bruja era de verdad una bruja.)

—Ha sido durante muchos años —prosiguió Johnny— miembro de la tripulación de la Stardust en todos los viajes realizados, y nunca he sabido que sus análisis pintados no tuvieran algún tipo de fundamento.

Un delicado sorbo de café, y luego un poco más de coñac.

—Así pues, he notificado al Consejo Internacional del Espacio que los sonidos parecen proceder de Zeta Ursal Majoris, vulgarmente conocida por Mizar, y he recibido permiso para dirigirnos allí a investigar.

No se oía ni un murmullo en toda la mesa.

—La distancia que nos separa del objetivo es de ochenta y ocho años luz. El capitán Griffin me ha asegurado que la nave tiene capacidad para llegar allí en siete etapas temporales. El señor Cheng ha indicado los puntos donde realizarlas. Durante las próximas setenta y dos horas renovaremos los suministros en la base Tycho de la Luna, durante cuyo plazo todo el personal que no tenga relación con tales actividades gozará de permiso. Si algún miembro del personal no se siente dispuesto a realizar este viaje, podrá darse de baja sin perjuicio alguno, y todos lo comprenderemos. ¡Es bien cierto que el nudo de esa osa no tiene muy buen aspecto!

No los hubiera retenido más junto a la nave si les hubiese atado con cadenas. Y bien que lo sabía. Se levantó y quedó allí, alto como era, con la copa de coñac todavía en la mano.

—Ha sido un placer tenerles aquí esta tarde. Más adelante habrá un nuevo refrigerio en el salón principal, donde el cuadro se encuentra a su disposición. ¡Buenas tardes!

Una vez más la vieja fórmula. No esperó a recibir ningún aplauso, sino que se deslizó rápidamente fuera como era su costumbre. La carrera hacia el salón fue más rápida que lo habitual. Si los hombres y mujeres del espacio no sintieran curiosidad,

posiblemente no serían tal cosa.

Y bien, aquel era el programa, y se cumplió punto por punto. La Stardust empezó a moverse, salió de la sombra lunar describiendo una gran elipse y avanzó hacia el brillante resplandor directo del Sol. El capitán Jules tomó el rumbo y orbitó por una vez la Luna mientras nos dirigíamos en espiral hacia nuestro punto en las dársenas de Tycho.

El paisaje que se veía bajo nosotros no había cambiado mucho. Había pocos racimos de cúpulas y muy distantes unas de otras. La mayor parte de las enormes extensiones de superficie desierta, confusa y llena de cráteres, seguía igual que durante los anteriores tres mil millones de años. He pasado por encima de las tierras yermas de la Luna cientos de veces, pero siempre dedico todavía un fugaz pensamiento y un saludo mental a aquellos dos valientes y magníficos hombres que, en una cápsula delicada, endeble y con patas de araña, se posaron con éxito por primera vez en aquella soledad vacía que ahora tenía debajo. Del espacio, desde aquel 1969, habían llegado a la Tierra incontables mensajes, pero nunca se repetiría el emocionante impacto de aquel anuncio alegre de:

«¡El Águila ha alunizado!»

Pero ya basta de historia. La Stardust se posó con facilidad sobre su grada, totalmente anuladas sus miles de toneladas de peso mediante los nuevos dispositivos antigrauatorios de antimonio. El capitán Griffin la guio como una pluma en la brisa. Estaba posada en toda su longitud, una enorme salchicha de metal, roma a proa y popa, sin solución de continuidad. Nadie que la viera podría imaginar la variedad de artilugios manejables y útiles que podían extraerse de sus brillantes escondrijos según se hiciera necesario, desde las plataformas de lanzamiento al estudio de pintura de Ursula Potts. Tampoco se veía rastro alguno de los cincuenta accesos que podían activarse: compuertas para personal, compuertas de carga, grandes aberturas por las que se podía desprender de la nave un vehículo de exploración para cuatro personas.

Las compuertas de personal fueron rápidamente puestas en uso para que todos, menos un puñado de investigadores y tripulantes, confluyeran en los corredores presurizados que llevaban a las atracciones ciudadanas y a los restaurantes de Base Tycho. «Pata de Palo», Lindy y yo fuimos juntos. No es que sintiera añoranza alguna de los encantos de Tycho, pero el sentir otra vez mis pies en tierra firme hacía que me sintiera bien. Así lo dije.

—Luna firme —corrigió Lindy—. La Tierra está allí.

Y así era, colgada allí, resplandeciente, al norte del cielo lunar. La gran cúpula central de Tycho se curvaba sobre el sector de tiendas, hoteles y diversiones en un grácil y grandioso arco. Filtraba la radiación dura y proporcionaba una calidad suave y casi fantasmal a la luz que dejaba pasar. Y cambiaba la visión celestial. Levantamos

la mirada a la Tierra, luminosa y verde, y tras ella a las constelaciones septentrionales, que se veían como puntos helados. La Osa Mayor estaba a la vista. Por un momento casi aprecié su mirada triste e infeliz y el nudo perturbador de su larga cola.

Rondamos por las calles rodeadas de hierba, miramos escaparates y olfateamos a la puerta de los establecimientos de comidas. Nos sentamos en los bancos del famoso Parque Aldrin de Tycho, donde los robles, abetos, pinos y tilos pretendían dar la impresión, como la gente, de que todavía se estaba en la Tierra. En un acebo, cerca de donde estábamos sentados, cantó un ruiseñor. Los cardenales y los pájaros azules brillaron al volar. Me pregunté cuál sería el efecto de la menor gravedad en su vuelo. Parecían felices y normales.

Era un plácido interludio. Luego, «Pata de Palo» nos dejó para ir a resolver unos asuntos personales, que sospeché tenían que ver con una azafata de cabello oscuro y ojos soñolientos que había conocido en uno de sus viajes en transbordador a la Tierra. La naturaleza del hombre no cambia nunca. Me sentí contento, pues había dejado tras de mí todo aquello. O, mejor aun, me gustaba más mi situación actual.

Lindy y yo comimos en el Mirador a la Tierra, que no es el mejor ni el mayor restaurante de Tycho, pero que sabía por experiencia que daba una comida excelente, que es a lo que yo voy a esos lugares. Tomamos ostras a la Luna, una sopa de color verde claro que olía como un soplo de jungla, bistecs de reno lapón, alcachofas y espinacas de Texas y tres tipos de vino diferente. Luego frutas de Malasia, pastel francés y por último café y una copa de un licor divinamente claro, especialidad de la casa. ¡Y todo ello servido por una diosa rubia de metro ochenta con unos magníficos pechos al descubierto!

—Los ojos sirven para mirar —dijo Lindy—, pero no te olvides de la comida. ¿Te apuestas algo a que yo podría hacer su trabajo igual que ella?

—¿Cómo? —le pregunté en tono de reproche—, ¿dejarías a una pobre chica como esa sin trabajo? Ya tienes uno bueno, con el que puedes seguir todo el tiempo que quieras y, cuando ya no lo quieras, lo respaldaré con mi posición. ¿Puedo seguir mirando ahora?

Sus ojos verdes brillaron y alargó el brazo por encima de la mesa para tomarme la mano.

—Sigue mirando —dijo mi esposa—. No veo por qué te ha de ofender tanto lo que he dicho.

Si creen ustedes que todo esto es irrelevante, que es una digresión, están equivocados. El pequeño toque del permiso tenía gran importancia. Necesitábamos los suministros que estaban cargando en la Stardust, pero no más de lo que necesitábamos aquel contacto con un auténtico suelo bajo nuestros pies, aquel renovado tacto con el substrato que todos tenemos que tener de tanto en tanto.

Además, setenta y dos horas bastaban. Cuando la Stardust, también ella descansada, se elevó suavemente como un ente vivo de su lecho y la Luna quedó atrás, todos a bordo nos sentíamos satisfechos.

La Tierra quedó a nuestra vista durante breves minutos. Luego, a toda potencia del motor de antimonio, anduvimos rápidamente por el sistema solar hacia el profundo espacio interestelar más allá de la órbita de Plutón. Todavía estábamos simplemente preparando el viaje. Los minutos-luz no eran nada, incluso a las velocidades terriblemente limitadas de que éramos capaces. Ochenta años-luz nos esperaban. Ochenta y ocho, exactamente. Y aquello significaba el Ultraspan.

Estábamos en manos de tres genios sin par —de los que abundan en la Stardust— y estoy seguro de que temería más por mi vida en un taxi de París.

Moe Cheng planificaba las escalas y el capitán Griffin estaba atento a llevarlas a cabo, una por una. Johnny Rasmussen ordenaba los datos al final de cada escala, movimiento por movimiento. Aquel era un nuevo espacio, e intentábamos seguir unos sonidos cuya dirección no había podido determinarse mediante datos científicos. Nunca hubiéramos podido justificarnos ante cualquier pregunta lógica. Pero esto, a pesar de todo, no me preocupaba. A veces las computadoras fallan, pero nunca he sabido que el agudo sexto sentido de Ursula se equivoque por mucho.

Una escala de Ultraspan no se puede describir. Sin embargo, lo intentaré. Uno está consciente, pero nada tiene ni importancia ni significado. En efecto, uno cesa de existir como entidad, y la conciencia, semejante a un nirvana, es como una sombra proyectada hacia delante, con la identidad de uno despojada de toda preocupación y sin hogar alguno. No sé. Existe un perceptible paso del tiempo, y uno sabe que está ahí. Aunque teóricamente el tiempo no existe, y con los efectos del tiempo suspendidos, tanto da un espacio como otro. Sin embargo, las etapas pueden llevarse a un punto determinado y ocupar el espacio previsto. Hemos estado haciéndolo durante años.

Lindy y yo nos asimos de la mano para la primera escala, programada a diez años luz. Se hizo la nada y ella no existió, pero de algún modo seguía sabiendo que estábamos en nuestros sillones de la Stardust, y que seguíamos con las manos cogidas. Parecieron días y semanas, y también pareció sólo un minuto o dos. Nuestra pantalla de visión mostraba un modelo de cielo desconocido. La mano de mi esposa reposaba cálida en la mía. La nave apenas se movía ahora, quizás a menos de mil quinientos kilómetros por hora. Ahora estábamos comprobando, orientándonos, verificando. Y la vida de la nave se reanudó como si no se hubiera interrumpido. Y, de hecho, quizá no había llegado a detenerse. Nosotros utilizamos el Ultraspan, pero en realidad nunca hemos acabado de entenderlo.

—Llegará el día —dijo Lindy— en que ya no querré soportarlo.

Se levantó y caminó inquieta por la sala.

—No hace daño —respondí yo.

—Claro. No es eso. Es... es que parece que me lleve lejos de mí misma. ¿Lo entiendes? Con todos mis problemas resueltos, todas mis curiosidades satisfechas, todas mis metas cumplidas, quizás alguna vez se me ocurra no querer regresar. Eso de viajar diez años luz por el espacio sin que pase nada de tiempo no es humano. Es... ¡es contra natura!

—El karma —dije—. El nirvana. Quizás hayamos encontrado el camino. Después de todo, ¿qué significa contra natura? ¿Qué es la naturaleza?

Lindy se volvió y de repente me sonrió. Era ese típico cambio de humor que experimentan todas las mujeres. Supongo que todas. Observé que desaparecía la tensión de su rostro y volvía a brillar en ella la confianza.

—¡Tú y yo juntos, eso es la naturaleza! No me hagas caso, Roscoe. Me pongo melancólica, pero siempre regreso.

Me levanté y me dirigí hacia ella. En aquel momento, los altavoces carraspearon, se aclararon la garganta, y vertieron aquella desconocida música de las esferas.

Era diferente. Había en ella más disonancia y más aspereza que en ninguna de las emisiones anteriores. Vibraba, emitía pulsaciones y gemía. Donde Lindy sólo podía detectar antes un tono de urgencia, me parecía que ahora todos lo notábamos. Y yo creía saber por qué. Estábamos más cerca. Fuera cual fuese la motivación que impulsaba aquellas llamadas a la galaxia, fuera quien fuese el que las escuchara, fuera lo que fuese, estaba más cerca. Si nos hubiésemos quedado en nuestra base junto a la Tierra, no habiéramos escuchado aquella emisión hasta diez años después.

La señal no se recibía más fuerte. Se recibía claramente, sin embargo, y eso que en aquel punto sólo contábamos con nuestros propios sensores. No disponíamos del enorme respaldo que significaba el Gran Plato de la Luna. Al escuchar la música, creció en mí la convicción de que nos estábamos encaminando al lugar correcto. Estábamos en el buen camino.

Tras una escala de Ultraspan, Rasmussen ponía siempre en acción un módulo de trabajo de veinticuatro horas. Aquella medida dejaba tiempo para un periodo de descanso, para procesar todos los nuevos datos y para que el personal se ajustara a las condiciones de aquella zona espacial, puesto que las sensaciones de un sector del espacio no son iguales a las de otro. No sé explicarlo, pero así es.

Hicimos otra escala, ésta tras catorce años luz. En aquel momento no había modelo de estrellas en nuestras pantallas de visión. Éstas aparecían inundadas de una luz brillante, con todas las pantallas antirradiación activadas y, a no más de treinta y cinco millones de kilómetros, la imponente grandeza y la energía vibrante de un sol refulgente. Estaba más cerca de nosotros de lo que nunca habíamos tenido a ninguna

unidad primaria de energía, pero no habíamos cometido error alguno. Estábamos precisamente en el punto donde Moe Cheng pretendía llevarnos en aquel salto.

Escuchamos una vez más la emisión. Fragmentada por la acción de la rugiente radiación, recogimos sin embargo la mayor parte. Aquellos catorce años habían marcado una gran diferencia. Ahora había en la transmisión pánico, miedo, desesperación y unos primeros ecos de impotencia. Si había alguien que tuviera todavía dudas sobre si la dirección que llevábamos era correcta, quedó totalmente convencido en aquella ocasión.

Cinco escalas más tarde —cinco memorables escalas—, y la Stardust apareció en el borde exterior de un espectacular sistema estelar. No muy grande, para como son tales sistemas, ni con tanto colorido como el de las gigantes rojas, pero, para nosotros, con un atractivo que supongo que era en parte histórico. Desde que el hombre levantara por vez primera los ojos hacia los cielos había tenido conocimiento de aquel minúsculo punto que titilaba en el espacio. Era parte de un complejo mediante el cual los viajeros de todas las épocas pasadas habían encontrado el camino. Los antiguos lo habían utilizado como prueba visual. Allí estaba Mizar.

No tengo que instruirles sobre ello. Cualquier escolar conoce el sistema doble-triple del astro más brillante del dúo formado por Alcor y Mizar. Pero no hay estudiante u hombre alguno que haya contemplado aquel espectáculo como nosotros lo hicimos. Fue la primera visita humana, y la última.

Nuestros astrónomos probaron, midieron, exploraron y comprobaron, mientras nosotros permanecíamos sentados mirando las pantallas de visión. Aquellos ingenios nos facilitaban las cosas. El sistema triple de Mizar B, tres soles azulados, se movía lentamente en su complejo sistema orbital alrededor de su centro común en el espacio. Desde la Tierra se podía ver como una simple mezcla que formaba un desvaído punto Azul. Pero era Mizar A, la estrella doble, la que se había convertido en nuestro objetivo, aunque no lo habíamos sabido hasta entonces. Allí, en algún lugar, estaba el punto en donde tenía origen la música de las esferas.

El componente menor de Mizar A flotaba en la lejanía al otro lado del sistema, y era un sol blanco azulado que brillaba acogedor y normal. Su gemela, relativamente gigante, que según los mapas debía ser una brillante estrella amarilla, ya no era así. Pendía en el espacio ante nosotros como un horno celestial salvaje, amenazador, movedizo, de un color anaranjado plomizo, inestable y temible. Supimos de su naturaleza y de su destino antes de que los sonidos llegaran a nosotros una vez más, justo en el momento estipulado.

Habrán ustedes escuchado algún réquiem. Y conocerán ustedes cómo suena una frase fúnebre. La música de las esferas era todavía música, pero en ella ya no había esperanza, ni llamadas de auxilio, ni pánico, ni miedo. Ya había pasado el tiempo de todo aquello. Lo que fuera que provocara aquella música decía ahora adiós,

expresaba su agradecimiento por haber vivido, por las maravillas de que había sido testigo. Había incluso una suave especulación de que aquello no era el final después de todo, de que en algún lugar, en un futuro inimaginable, había algo más.

Yo no soy muy sensible, mucho menos que Lindy. Y por supuesto no tengo ese toque de misticismo que permitió a Ursula Potts advertir aquella crisis a años luz de distancia. Y «Pata de Palo» es aún peor que yo. A pesar de ello, todos nosotros, sentados en el pequeño salón, a la escucha de aquella transmisión, todos, sentimos lo que acabo de describir. Lo sentimos con tal claridad que incluso fuimos capaces de explicarlo en palabras, tal como acabo de hacerlo. Y hubo todavía una cosa más que detectamos. Era un sentimiento de pesar, de pesadumbre por no haber conocido otra vida antes de terminar la suya, por no haber encontrado seres en cuya existencia creían, y a quienes habían dirigido su música por todas las estrellas.

Ursula Potts se reclinó en su asiento, menuda y silenciosa, cuando terminó la transmisión, y sus extraños ojos brillaron. Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Lindy. Por su parte, «Pata de Palo» se movió incómodo en su asiento, y flexionó con gesto automático su rótula de plástico. Yo me levanté y empecé a pasear.

—¡Atención, todo el personal, por favor!

El doctor Johannes Rasmussen nunca hablaba por el intercomunicador, pero en aquella ocasión era el tono cultivado de su voz el que surgía de los altavoces.

—Voy a hacer un resumen para información de todos ustedes. El sol Mizar A-1 se encuentra en un estado inestable de prenova. Se desintegrará en un plazo de treinta y tres horas. Tiene un solo planeta. El doctor Frost ha recogido todos los datos físicos vitales y puede afirmar que se trata de un mundo mayor que la Tierra, con atmósfera y evidencias de una vida variada y compleja. La música tiene su origen en ese planeta.

Johnny hizo una pausa y me lo imaginé sentado en su despacho, con la cara tranquila y en apariencia sin problemas, reflexionando sobre cómo pronunciar la siguiente frase.

—Disponemos de tiempo. Nos dirigiremos de inmediato al planeta, entraremos en órbita y descenderemos a la superficie a menos que las condiciones físicas lo hagan imposible. La radiación es ya bastante alta, muchas veces la que podría tolerar el cuerpo humano, pero mucho menos de lo que puede soportar el escudo protector de la nave, e incluso los trajes espaciales. A menos que esta música se reproduzca mecánicamente, podemos afirmar que todavía existe vida en la superficie del planeta. Sin embargo, todos ustedes habrán captado probablemente la sensación de derrota, de fin precipitado de la última transmisión. ¡Realmente notable!

Johnny parecía dirigirse a sí mismo aquella última exclamación.

—Tienen ahora el planeta en sus pantallas. Lo mantendremos ahí durante la aproximación. Por favor, repasen la misión destinada a cada uno de ustedes durante

nuestro breve reconocimiento. La premura de tiempo es algo lamentable, pero ya es mucha suerte haber llegado antes de que el sistema se autodestruya. Nos permitiremos un margen de seguridad de tres horas, por lo que saldremos en la primera escala de Ultraspan dentro de treinta horas a partir de este momento. Gracias.

Nadie sino Rasmussen hubiese sido capaz de exponer la experiencia humana más espectacular y dramática como si fuera un rutinario informe meteorológico.

El planeta era un solo y pequeño punto brillante en nuestras pantallas, mientras nos dirigíamos raudos hacia él y hacia su sol ardiente. Sin embargo, iba haciéndose mayor poco a poco. El capitán Jules no estaba perdiendo tiempo en la maniobra. Poco después el punto se convirtió en una esfera; se apreciaron en su superficie partes sombreadas y otras claras; empezaron a distinguirse los colores. Finalmente, se mostró ante nosotros con un majestuoso resplandor blanco azulado, bañado por todas partes por la luz anaranjada del sol plomizo. ¡Pobre planeta, condenado a morir!

—Qué lástima —murmuró Lindy—. ¡Qué destino tan terrible, tan horroroso, tan increíble y difícil de comprender! Roscoe, si no recordara la Tierra, ése sería el objeto más maravilloso que nunca he divisado en el espacio.

—Su ubicación, distancia del centro de su sistema, el índice de rotación, el de revolución, la calidad de la luz y la intensidad de la misma son todas ideales —dije yo—. Y hay gran cantidad de agua, atmósfera de oxígeno y una corteza planetaria profunda y variada. Exactamente el tipo de soporte necesario para desarrollar unas condiciones ideales para la vida.

Había empezado a repasar las tablas de datos físicos elaborados por Doug Frost. Como dije, las condiciones eran perfectas. Si uno se pusiera a diseñar un planeta modelo, el resultado final se parecería probablemente a aquel que contemplábamos. ¡Y sin contar con los eones incontables de evolución! El resultado era por lo menos una forma de vida tan sofisticada, tan sabia, que había logrado enviar mensajes musicales a las profundidades de la galaxia. Hasta dónde, no había manera de saberlo.

Y ahora la fuente que le había proporcionado la vida estaba enferma, atacada por una enfermedad incurable, por una progresiva pérdida de equilibrio molecular. En treinta y tres horas la historia terminaría. Treinta y una horas ya. Dos horas nos había llevado el acercarnos al planeta. A la vida de aquel hermoso planeta sólo le quedaban treinta y una horas para que se le agotara el tiempo.

Al entrar en la órbita exterior, a cinco mil kilómetros de su superficie, los altavoces volvieron a oírse por toda la nave. Johnny Rasmussen llamaba a los que habían hecho aquella música, y quería que todos le oyésemos. Se había analizado largo y tendido cada característica de aquella transmisión celestial. Yo imaginaba el cuidado con que Stony Price la debía haber comprobado elemento por elemento, intensidad por intensidad, frecuencia por frecuencia. Pero era la voz de Rasmussen la

que surgía ahora. Su mensaje era simple, y sabía que si era detectado no podría ser comprendido, pero su limpia alma hubiera sufrido si no hubiese atado con cuidado todos los cabos.

—Aquí la nave Stardust, del sistema Sol, distante ochenta y ocho años luz de aquí. Hemos venido en respuesta a sus mensajes. Vemos claramente la situación en que se encuentra su sol. Les encontraremos si nos resulta posible. Por favor, respondan.

Los altavoces quedaron en silencio. Probablemente mantuve contenida la respiración más de un minuto hasta acordarme de nuevo de exhalar el aire. Nada sucedió, sin embargo. Tras un breve lapso de tiempo, Johnny repitió el mensaje. De nuevo respondió el silencio. Entonces se dirigió a nosotros, al personal de la Stardust.

—Tenía la esperanza de poder establecer la localización de las instalaciones transmisoras y dirigirnos directamente allí. Era, por lo menos, una remota esperanza. Todavía quedan algunas horas para la próxima transmisión prevista, si es que de hecho llega a haber otra. Es una pena. Como pueden juzgar ustedes por los complejos de edificios que tienen en las pantallas, la vida ha alcanzado en este lugar un elevado nivel. Hasta la fecha nunca nos habíamos encontrado con formas de vida tan avanzadas.

Hizo una pausa, sin duda alguna para adaptar la siguiente frase a una forma que le pareciera más adecuada. No tuvo ocasión de hacerlo.

La música llegó suave, con acento de duda, de interrogación, como si el o los autores no lo creyeran de verdad. Según nuestros conocimientos, habían estado enviando sus llamadas a la galaxia durante unos cien años. Y era ahora, cuando el tiempo casi se había consumido del todo, cuando recibían una respuesta. Los tonos se hicieron más bajos, más potentes. Notamos en ellos las exultantes preguntas:

—¿Quiénes son? ¿Dónde están? ¡Háblennos otra vez!

«Pata de Palo» estaba en nuestra pantalla, pulsando los mandos para lograr una mejor visión, y todos pudimos apreciar cómo la imagen daba la vuelta al cambiar de dirección la Stardust. El capitán Jules había variado el curso ante el firme pulso del sonido.

—Aquí la Stardust —dijo Rasmussen—. Les escuchamos. ¡Sigán hablando! ¡Sigán hablando!

La respuesta que salió de los altavoces fue como un himno de acción de gracias, como el cántico de un coro en una catedral. No soy músico, pero cualquier campesino, cualquier ser humano, sería capaz de comprender aquellos sonidos. Diríase que el volumen procedía de todas partes. Luego decreció hasta convertirse en unos susurros suaves y felices y finalmente sólo quedó un tono, un claro y resonante solo. Aquel tono subió y bajó por la escala musical, la repitió y la desdobló en asombrosas variaciones. Y supe, como todos los demás, que se trataba de un

lenguaje.

La Stardust se sumergió en la atmósfera en un planeo fluido y siempre descendente. Ahora ya sabía adónde se dirigía. El computador había señalado la ubicación del transmisor en cuestión de segundos, pues el último sonido había ya proporcionado una dirección precisa. Las pantallas se empañaron brevemente por efecto de una capa de nubes. Luego aparecimos cruzando lenta y majestuosamente sobre un paisaje como nada que hubiésemos visto antes. A pesar de ello, nos resultaba familiar. Había en él todos los elementos demostrativos de la presencia de unos habitantes cultos y civilizados. Sólo las formas eran diferentes.

No se parecía a la Tierra. No había árboles, ni hierba ni flores. Había color y variedad y supongo que clasifiqué las cosas con bastante rapidez. En presencia de los estímulos apropiados empiezo a funcionar automáticamente. Si se coloca a un ecólogo en un nuevo ecosistema, empezará a hacer análisis. Pavloviano. Inevitable.

Por toda la nave estaban sucediendo cosas parecidas. Johnny Rasmussen no daba ninguna orden. No era necesario. Cada investigador, cada equipo, había seguido un plan estructurado, previamente preparado, planificado y anticipado. Cada cual sabía mejor que nadie la parte que debía cumplir en aquella breve, extraña y trágica exploración.

Yo estaba en mi laboratorio sin saber cómo había llegado allí. Lindy debía estar sin duda tomando muestras y haciendo ensayos sobre la vida atmosférica. «Pata de Palo» se preparaba para salir en el momento mismo del aterrizaje. Y sin duda Ursula debía haber extendido su estudio y estaría con un montón de trabajo que hacer.

La pantalla de visión parpadeó un momento cuando salieron las naves de exploración. Eran cuatro silbidos. Dieciséis hombres. Probablemente, geógrafos y meteorólogos. Se iban a apartar unos cuantos miles de kilómetros de la nave madre y grabarían con sus máquinas todo lo que aparecía, de horizonte a horizonte, reduciendo a datos aquel mundo que sería estudiado y analizado mucho después de que dejara de existir. Todos lo sabíamos. Todos lo teníamos presente. Pero no podíamos hacer otra cosa. Aquel era un lugar donde la vida había evolucionado hasta un elevado nivel, pero toda vida debe morir tarde o temprano.

Me puse ropa de sport. Nada especial, unos shorts, un jersey, sandalias y unos correajes para el equipo. Fuera no lo íbamos a pasar nada bien, pues tendríamos que ir con trajes espaciales. Aquel extraño paisaje era tranquilo y pacífico, pero la radiación era letal. Nunca habíamos trabajado anteriormente en aquellas condiciones. Sin embargo, los trajes nos brindarían la protección necesaria. Siempre gozamos de un margen muy amplio de seguridad.

—Maldita sea esa radiación de los demonios —dijo «Pata de Palo» como si me hubiera leído el pensamiento.

No había advertido siquiera que entraba en el laboratorio. Estaba atareado

corriendo la silla arriba y abajo, a lo largo de la serie de consolas de sensores que proporcionaban y grababan la variedad de datos abióticos básicos.

—Como verás, el aire es dulce. Más oxígeno del que tenemos por costumbre.

—He buscado las fuentes —dije—. Fotosíntesis, como es de esperar en toda planta. Es curioso, no obstante. Todo parece consistir en la fotosíntesis. No he logrado recoger ni rastro de lo que se podría llamar vida animal.

—Ni nada que se le parezca.

«Pata de Palo» inspeccionó la pantalla. Navegábamos a ochocientos metros de altura y a setenta kilómetros por hora. Primer reconocimiento. Con lo urgente que resultaba establecer el contacto con la forma de vida dominante del planeta, los hacedores de música, Johnny Rasmussen seguía ciñéndose a las normas. Había tiempo. Lo sabíamos mientras nos dirigíamos al lugar preciso. Todos sabíamos que el transmisor estaba a unos mil quinientos kilómetros, pero tendríamos que pasar una hora siguiendo aquella norma de seguridad, para plantarnos allí pocos minutos más tarde. En la tierra que quedaba bajo nosotros era mediodía, el último mediodía que iba a ver.

—Los animales son más sensibles a la radiación —sugerí—. Podría ser que todos hubieran muerto ya.

—Los tipos de las transmisiones siguen todavía en sus puestos. ¿Sospechas que ellos también sean plantas?

—Estamos protegidos —puntalicé—. ¿Por qué no podría ser así? Por la razón que sea no han desarrollado el conocimiento de escapar de su planeta, pero puedo predecir que son por lo menos tan avanzados como nosotros. Nosotros no podríamos haber emitido la música de las esferas.

La puntiaguda nariz de «Pata de Palo» mostraba su expresión habitual de sospecha, como si oliese un ratón muerto.

—Suficientemente listos para hacerse con la Stardust y dejarnos aquí en su lugar para enfrentarnos con la eternidad mañana por la mañana.

—Este planeta es mayor que la Tierra —le respondí secamente—. La Stardust iría un poco sobrecargada, ¿no crees?

«Pata de Palo» emitió un bufido.

—Gengis Khan sólo se hubiera llevado unos cuantos pasajeros. Hitler tampoco se los hubiera llevado a todos. Quizás a alguna amiga y a unos cuantos fanáticos para que hicieran el trabajo. No seas borrico, Roscoe. Incluso las formas de vida supuestamente más amables quieren seguir viviendo. Es un impulso de lo más básico. La mano de la fraternidad debe tenderse con un garrote guardado en la espalda, por si llega el caso.

—Si conozco un poco a Johnny, no dejará de tomar medidas contra eso. No se muestra ni actúa con tu rígida manera de ver las cosas, pero a veces tengo la

impresión de que está perdiendo tristemente la fe. Hacerse con la Stardust requeriría dominar tantas cosas que resulta impensable. Lo sabes tan bien como yo.

—Una idea reconfortante —apostilló «Pata de Palo», aunque siguió gruñendo—: No importa, cuando bajemos veremos quién tenía razón.

«Amar al prójimo» es una tarea imposible. Todo lo que reporta es dejar una puerta abierta para que el prójimo te vuele la cabeza o te deje sin blanca.

Aquella era la típica filosofía de «Pata de Palo», y supongo que nunca llegaré a saber hasta qué punto cree realmente en lo que dice. Todo lo que sé es que cada vez que me he visto metido en alguna emergencia o en un asunto delicado, no hay hombre en el universo que me apoye como lo hace «Pata de Palo» Williams.

Nos concentramos en la pantalla de visión. La nave atravesaba un valle tremendamente amplio, y que parecía extenderse sin fin. Había carreteras que lo surcaban en sinuosas curvas, cursos de agua que se ondulaban, y en los puntos en que carreteras y ríos se encontraban, se elevaban puentes de gráciles arcadas. Todo era curvo. No había ángulos en lugar alguno.

No había nada que pudiera denominarse con propiedad una ciudad. Había edificios, siempre arracimados, siempre formando masas de cúpulas de brillantes colores. Eran demasiado grandes para ser moradas familiares, según nuestro concepto de familia, pero aun así percibí que allí habitaban los constructores y usuarios de aquellas carreteras y aquellos puentes. Aquellos túmulos verdes dispuestos en formas curvas bien ordenadas se convertían en mi mente en campos llenos de plantas. Aquello verde era clorofila. Así era la vida que se veía ahí abajo, al menos en aquella parte del planeta, pero no había signo alguno de las formas dominantes, ni asomo alguno de movimiento. O bien ya habían muerto a causa de la radiación, o bien la Stardust los había asustado. Si estaban con vida, debían haber oído que su transmisión hacia el espacio había encontrado respuesta. Así razonaba yo, aunque nada de lo que veía parecía apoyar gran cosa mis especulaciones.

Pasó la primera hora de reconocimiento. Johnny Rasmussen dio la orden, la nave alzó ligeramente la proa y la tierra empezó a perder nitidez bajo nosotros. Durante aquella última hora habíamos recorrido apenas setenta kilómetros. En los escasos minutos siguientes hicimos unas veinte veces aquella distancia. Entonces la Stardust frenó su velocidad y con un penetrante silbido empezó a abrirse. La estructura que nos había traído desde ochenta y ocho años luz se extendía frente a nosotros: era, tenía que ser, el complejo de transmisiones. Sólo verlo valía ya el viaje.

Multicolores cúpulas dispuestas en hileras y gradas se levantaban sobre un nivel plano, apiladas una contra otra de un modo que parecían temiblemente inestables, pero debían representar el punto máximo de desarrollo de la arquitectura. Desde la distancia parecía un abanico chino o la cola de un pavo real, extendida hacia arriba y afuera partiendo de una estrecha base; voladizas cúpulas como cuentas en un hilo, a

millares, y cada una tan grande como una vivienda familiar de la Tierra. El enorme abanico se alzaba tres kilómetros por encima del suelo, y era el artefacto más fantástico y hermoso que había contemplado en mi existencia.

Lo rodeamos lentamente, trazando un círculo de unos treinta kilómetros. Las cámaras y sensores probaban y grababan todo aquel impensable complejo. Mi tablero de información me dijo también que la Stardust estaba envuelta en un campo de fuerza que requería una ingente energía para penetrarla. «Pata de Palo» no tenía que preocuparse. Rasmussen no subestimaba a nadie... o nada.

Nuestro impertérrito jefe estaba de nuevo al micrófono.

—Hemos llegado, amigos. Vamos a aterrizar. ¿Nos ven? ¡Envíennos una señal! ¿Nos escuchan? ¡Envíennos una señal!

Quizás aquello último venía motivado porque no habíamos recibido nada más desde que penetráramos en la atmósfera. Me sorprendí a mí mismo con una sonrisa nada alegre en el rostro. Incluso en aquella circunstancia final, los seres extraños desconfiaban también de nosotros.

Las cúpulas vivienda se esparcían con sus formas precisas hacia el exterior desde la base del abanico, multicolores y brillantes. Había muchas centenares, y las carreteras ondulaban desde todas direcciones hacia aquel lugar. Todo aparecía allí... todo menos las formas de vida, los seres, la «gente».

El capitán Jules se dirigió al punto vacío más próximo e hizo descender con toda suavidad la Stardust. «Pata de Palo» y yo ya estábamos completamente vestidos y dedicados a comprobar una y otra vez nuestras cubiertas protectoras de radiación, que nunca antes habíamos tenido oportunidad de utilizar. La voz de Johnny nos llegó a intervalos por el micrófono. No hubo respuesta. De repente resultábamos demasiado extraños, demasiado diferentes para los habitantes de aquel mundo, algunos de los cuales estaban todavía vivos y contemplándonos en aquel instante, aunque no nos enviaran señal alguna.

Rasmussen tenía una gran imaginación. No le respondían y en cambio sabía que le escuchaban. Cambió de táctica. El siguiente sonido que surgió de los altavoces me resultó familiar y dulce. Lo había escuchado en multitud de ocasiones, y por lo menos en veinte mundos distintos. Muchas veces, tendido en mi cama, tras una buena comida, me relajaba como no había otra cosa capaz de hacerlo. Era Lindy, que pulsaba su guitarra y cantaba dulcemente una canción de cuna de la vieja Tierra, distante ochenta y ocho años luz.

Aquello lo logró. Unos coros musicales arrebatadores irrumpieron en los altavoces. Unos sonidos que subían las escalas y se rompían en pequeños tonos de interrogación. Lindy respondió con unos acordes que improvisó en aquel momento, siempre suaves y siempre cambiantes. Notábamos la excitación con que respondían a cada nota, cómo la elaboraban y emitían sus mensajes, siempre con una pregunta tan

patente que era casi como si la pronunciaran.

—Me pregunto qué les estaré contando en realidad —murmuró Lindy—. Espero que no resulte insultante.

Rasgueó una serie de notas suaves e inició después un párrafo de una tonada de una vieja película, un cuento de hadas del pasado siglo veinte:

«Salid, pequeña gente, de donde estéis, y ved la bonita nave espacial que ha venido de otra estrella.»

Pero la pequeña gente no salió. El diálogo musical prosiguió, pero nada se movió. Ahora, pensó, dispondrían de mayor información sobre ellos. Los fisiólogos habían puesto en acción sus delicados comprobadores metabólicos y examinaban las cúpulas arriba y abajo del abanico. Tras cada muro había formas de vida, formas de complicado metabolismo, aparentemente de una única especie. Eran tímidos, temerosos o suspicaces, pero allí estaban.

«Pata de Palo» y yo estábamos dispuestos. Johnny dio su aprobación y atravesamos las portillas, para convertirnos en los primeros seres humanos que anduvieran por aquel mundo condenado a muerte. Apenas logramos bajar antes que Bud Merani y su equipo de arqueólogos. Si Merani no encontraba ruinas, le servirían aquellos nuevos y extraños edificios. Salieron detrás de nosotros y se dispersaron en dirección a las viviendas más próximas. En nuestros abultados trajes blancos, con nuestros cascos refulgentes, debíamos parecer una formidable invasión en el caso de que el continuo concierto de Lindy no fuera lo bastante convincente. Esperaba que no diera accidentalmente con alguna palabra que provocara un enfrentamiento. Sin duda alguna, los habitantes locales sabían utilizar concentraciones de energía, si querían. Cada uno de nosotros estaba protegido por un campo de fuerza, pero, como era de esperar, era mínimo. Como mucho, representaba una defensa menor.

«Pata de Palo» fue el primero en verlos.

—Roscoe, Bud, alzad la cabeza —dijo. Tenía el intercomunicador puesto en conexión universal, así que su voz sonó en todos los auriculares.

Unas grandes puertas ovales se estaban abriendo en la base del complejo de transmisiones. De allí salían sobre ruedas unos pequeños vehículos, uno tras otro, hasta formar una verdadera flota. Al igual que las casas, sus colores brillaban. Se dirigieron a velocidad sostenida hacia la nave, desplegándose en líneas donde la carretera desaparecía.

Nos habíamos posado entre dos amplias autopistas. En pocos minutos ambas se llenaron con aquellos pequeños vehículos, en una longitud igual a la de la Stardust. Había cientos, quizá miles de ellos, idénticos todos excepto por el color, y cada uno con un único ocupante. La razón para esto era bien simple. Sólo cabía uno en cada coche. Cualquier autostopista estaría perdido en aquel planeta.

Cada vehículo se desplazaba sobre cuatro ruedas anchas y parecidas a balones. La

carrocería era un pequeño óvalo grueso, dentro del cual el conductor se colocaba como un huevo en una huevera. No podrían imaginar ustedes la semejanza que había. El conductor parecía un huevo. Bueno, quizá no exactamente así, pero con la misma forma. La idea de que la vida inteligente tuviera que tener aspecto humano o humanoide no resultaba. Nunca la habíamos encontrado por ninguna parte. Y pensándolo bien, ¿por qué tendría que ser así?

Anduve poco a poco hasta la primera hilera de coches, mientras en algún lugar de mi mente me preguntaba si aquellos seres no podían abandonar su transporte. No se les apreciaban miembros ni extremidades de ningún tipo. Sin embargo, los tenían, como me probó rápidamente uno de ellos. El ser extendió unos tentáculos, se alzó de su nido rodante y comenzó a descender, alargando apéndices donde le era necesario y volviéndolos a retraer cuando habían terminado su función. Se acercó a mí sobre múltiples extremidades, que se aplastaban con el peso de su cuerpo.

Medía quizás un metro y medio. Era de un verde oliva pálido uniforme. Tenía unas estrías longitudinales que le recorrían la superficie del cuerpo de arriba abajo. A la altura del tercio superior del cuerpo, del lado dirigido hacia mí, surgía una notable banda de unos quince centímetros parecida a un lazo, de aspecto delicado y brillante, de un color rosa pálido. A unos dos metros de mí se detuvo, se alzó sobre tres tentáculos más rígidos con aspecto de trípode, y comenzó a vibrar con la sección oval que, de manera bien definida, formaba la parte central del ser. Los tonos aflautados que emitió resultaban bastante familiares. Llevábamos semanas escuchándolos. Eran agradables, variados, y el ser los emitía en lo que era evidentemente una fórmula de saludo. Éramos bienvenidos, o al menos así esperaba yo que fuese.

—Las llaves de la ciudad, Roscoe —«Pata de Palo» parecía haber sacado la misma impresión. Me incliné ante aquel dignatario con forma de huevo.

—Le damos las más expresivas gracias, señora o caballero, si éste es el caso. Comprendemos que tienen ustedes un grave problema con su sol. Lamento comunicarles que no hay nada que podamos hacer respecto a ello, pero nos ponemos a su disposición si creen que en algo podemos serles útiles. Johnny, ¿tienes alguna sugerencia sobre cómo tratar con nuestros amiguitos?

—Toca de oído. ¡Lo estás haciendo muy bien! —oí que decía Rasmussen por el auricular.

El huevo no podía escucharle. Volvía a hablar. Era una voz rica en tonos altos que se elevaba y bajaba con indudable emoción. Luego hizo una pausa y se estiró todo lo que le permitió el trípode, con la banda rosa de su parte superior vibrando y haciéndose mayor. Sospeché que se trataba de su órgano de visión, sospecha que confirmé posteriormente.

Volví a inclinarme.

—Ha pronunciado alguna especie de profundo discurso —dije a la nave—. Creo

que la guitarra de Linda dará mejor resultado. Toca algo, Lindy.

Me volví y señalé hacia la astronave.

La serie de acordes musicales de Lindy surgió a través de veinte altavoces. Luego, con una sola nota a la vez, entonó la primera estrofa de una simple canción, totalmente inadecuada y de trescientos años de antigüedad.

«¡Oh, la Luna brilla hoy sobre Wabash!»

Pasada de moda o no, causó sensación. Todos los seres comenzaron a moverse adelante y atrás en sus vehículos, con los órganos de visión bien abiertos y una enorme cantidad de tentáculos surgiendo y vibrando y luego desapareciendo otra vez.

—¡Oh, querido! —cantó Lindy—. Espero no haberles prometido nada que no podamos cumplir luego. ¿Dirías que están complacidos o disgustados?

—Si dispusiera de un mes de tiempo quizá sabría decírtelo —respondí al tiempo que alzaba la mirada hacia aquel salvaje y plomizo sol, y una vez más me di cuenta de aquel brillo anaranjado y mortal—. ¡Es una lástima! A nosotros nos parecen ridículos, pero son totalmente conscientes de sus problemas. En ellos hay cultura, conocimiento y alegría de vivir, y mañana a esta hora no existirá nada. Saben que lo sabemos, y saben que no podemos evitarlo.

—En tal caso —hablaba Johnny Rasmussen— encontrarán alguna satisfacción en saber algo de nosotros. ¡Invítales a entrar!

Estaban sucediendo multitud de cosas. Varias escuadras de figuras vestidas de blanco y con casco salían por las rampas mientras uno tras otro los equipos especiales de investigación cumplían con sus tareas. Esperaban una completa colaboración de los naturales del planeta, que no tenían nada que perder, y que lo sabían con toda certeza. No había tiempo para desarrollar conversaciones diplomáticas. La única verdad era la escasez de tiempo.

Los pequeños vehículos abandonaron las carreteras y se desparramaron como escarabajos alrededor de la Stardust. Rasmussen abrió las claraboyas, extrajo las plataformas y un verdadero bosque de sensores, todo lo que podía exponer a la vista de las criaturas sin peligro de que fuera dañado por la mortífera radiación. Vi un círculo completo de pequeños vehículos dispuestos alrededor del estudio transparente de Ursula, clavadas las bandas de los conductores en la extraña figura que embadurnaba la gran tela. Lo que debieron pensar nunca se sabrá, por desgracia.

La primera de las naves de exploración que regresó rodeó el trasmisor y tomó tierra para ser trasladada a su lugar de aparcamiento, para lo cual se abrió lentamente un orificio en el costado de la Stardust. Cada nave recibiría un tratamiento descontaminante integral. Que la navecilla de exploración había causado excitados comentarios en los seres huevo era algo obvio, pues el volumen del sonido aumentó y llegó a su punto culminante cuando entró en la nave madre. En aquellos momentos todos ellos estaban hablándose continuamente entre sí, como una enorme orquesta

afinando.

Tres seres más habían bajado de sus vehículos y venían rodando a unirse al portavoz oficial, si eso era aquella criatura. Yo les invité, señalando la nave, y me adelanté unos pasos. Lo entendieron de inmediato. Se encerraron en un círculo, se movieron un poco adelante y atrás y luego se volvieron otra vez hacia mí. Seguí adelante y ellos me siguieron.

Me preocupé cuando entramos en la fase de descontaminación. Sólo había interrogantes en cuanto a qué les podía suceder a aquellos seres, pero estábamos todos mortalmente «calientes» por la radiación y había que hacerlo. Como era de esperar, todas mis preocupaciones fueron en vano. No representó ningún inconveniente serio para ellos.

Parecieron mucho más preocupados cuando «Pata de palo» y yo nos despojamos de nuestros trajes espaciales y aparecimos como criaturas grandemente distintas saliendo, como insectos, de nuestras voluminosas crisálidas blancas. Se agitaron y movieron en lo que sin duda era un enorme asombro. Los cuatro nos rodearon y dieron vueltas a nuestro alrededor, sacando y extendiendo unos tentáculos que casi nos palpaban, pero que no llegaban en ningún momento a tomar contacto completo. Cuando la luz púrpura de «paso libre» se iluminó en la pequeña sala, los condujimos a través del esfínter a la sala que había a continuación y finalmente a los corredores del Stardust.

—Tráiganlos al centro de mando.

La voz de Rasmussen llegó por un altavoz adosado a un muro, y nuestros invitados respondieron con una serie de tonos de órgano. Era evidente que habían reconocido la voz. Los corredores estaban vacíos; las compuertas automáticas se abrían cuando era necesario, y no había sonido alguno. La nave estaba quieta y tranquila. Como los seres huevos no tenían cara, resultaba bastante difícil leer sus reacciones, pero las bandas de visión vibraban y pulsaban salvajemente con colores que cambiaban del rosa más pálido a un violeta extremo.

La dignidad es un rasgo universal. No crean que es humano. Se encuentra en el paso confiado de un buen caballo, en el aire gracioso y condescendiente de un león ahíto, en el gato atigrado tumbado al sol. La dignidad proyecta y exige respeto. Y nuestros invitados o anfitriones, según como se mire, eran absolutamente dignos.

Los introdujimos en la gran sala principal, con sus cómodas sillas repartidas como si fuera un club de recreo y con amplias pantallas multivisoras por todas partes. Casi todas las sillas estaban ocupadas. Todos se pusieron de pie cuando entramos. Johnny Rasmussen se adelantó con la aureola de dignidad que es su sello característico, alto, acicalado y elegante. Uno de los seres huevo se colocó ante él y le imitó, gesto por gesto, tono por tono. Sabían que aquel era El Hombre.

—Bienvenidos a bordo de la Stardust —dijo el jefe.

Los seres huevo respondieron al unísono, en una agradable mezcla de sonidos.

Johnny dudó un momento y luego tomó asiento en la silla más próxima a él. No tenía nada comparable que ofrecerles, pero se trataba de un experimento. Significaba: comuniquémonos. Y ellos no se hicieron rogar. Se colocaron en un semicírculo frente a él, recogieron todos los tentáculos y se colocaron sobre sus bases y se sentaron, en su versión de esta palabra. Parecían como la media luna de un pisapapeles de tamaño desmesurado, totalmente inmóviles, menos las bandas, siempre agitadas, de su órgano de visión.

La comunicación, sin embargo, no era tan fácil. Por lo que fuera, habíamos sido incapaces de dar con la clave que diera significado a toda aquella música. Era razonable suponer que ellos habían probado de hacer lo mismo con nuestro lenguaje y que no habían tenido mayor éxito. Si no era por gestos, se encontrarían en tablas. Y casi no quedaba tiempo.

Tras unos minutos de ininteligibles amenidades, Rasmussen tomó una determinación.

—Vamos a enseñarles la nave, doctor Kissinger —me dijo, aunque todavía parecía dirigirse a los invitados—. Les mostraremos los dormitorios, los laboratorios, la maquinaria, comunicaciones, bibliotecas. Haremos que las cosas funcionen. Proyécteles una cinta. Enséñeles la preparación de la comida y nuestra manera de alimentarnos. Déjeles mirar por las pantallas de visión y por el telescopio. Todo lo que se le ocurra. Muchos de los principios físicos son universales. Tendrán que ir reconociendo algo. Tarde o temprano lograremos un común denominador.

Oí junto a mí el gruñido casi inaudible de «Pata de Palo». Rasmussen lo advirtió.

—No se preocupe, doctor Williams. Estaremos alerta.

—Veremos qué se puede hacer, Johnny —respondió «Pata de Palo»—. No fueron borricos los que construyeron ese transmisor. Pueden tenernos ya en una buena trampa.

—Es una posibilidad —admitió Rasmussen—, y un riesgo que debemos correr. Usted no ha sido nunca precisamente del tipo conservador, «Pata de Palo».

Johnny no utiliza nunca el apodo de mi compañero.

—Estoy tentado de desear tener la oportunidad de decir «se lo había dicho». No tiene sentido que nos despidan cariñosamente y se queden sentados luego sobre sus posaderas como hacen ahora y así esperen tranquilamente la desintegración. No parece muy probable por lo que conozco de muchos seres vivos. ¡No es humano!

—Ni ellos tampoco —intervine yo.

Les mostramos la nave. Mientras avanzábamos, noté que la sorpresa que al principio mostraron dio paso a un examen inteligente. Estuve seguro de que comprendían el propósito de la mayor parte del equipo que les mostramos. Ante cada nueva situación se agitaron, silbaron y vibraron, lanzando de vez en cuando algún acorde. Cuando hablé por el micrófono e indiqué por gestos que mi voz era oída por

los miles de seres que se hallaban en el exterior, me comprendieron inmediatamente. Como era de esperar. La comunicación era probablemente el área en la que mayor competencia técnica tenían.

Uno de ellos, quizás el que hiciera el primer saludo, aunque nunca he llegado a estar seguro, se desplazó hasta el micrófono y dio a entender con toda claridad que quería utilizarlo.

—¡Oh! ¡Oh! —dijo «Pata de Palo».

Sin embargo, Johnny dio su aprobación con la mano. El ser huevo pareció hincharse y su banda de visión vibró frenéticamente. Luego se lanzó a una larga serie de tonos claros, los moduló, los cambió y de vez en cuando les añadió una especie de timbres. Era todo un discurso que duró varios minutos.

—Un informe completo —dijo «Pata de Palo» con tono de disgusto—. Esos chicos saben ahora más de cómo funciona esta nave de lo que cualquiera de nosotros alcanza a conocer. ¿Puedo sugerirle tímidamente que no les muestre el Ultraspan?

—Siempre me gusta guardar alguna carta escondida —repuso Rasmussen en tono agrio—. Sólo la descripción de la idea en que se basa requeriría una comunicación perfecta. No, crea que estamos seguros. Hay otra razón para ese discurso. Fíjese en ellos.

La pantalla con vista panorámica de la sala de comunicaciones mostraba la base de un gran trasmisor, las carreteras que llevaban a él y toda la zona inundada de vehículos entre aquél y la nave. Nuestros cuatro visitantes se apiñaron alrededor de la pantalla, se dejaron caer sobre las posaderas y permanecieron quietos observándola.

Los pequeños vehículos giraban y se arremolinaban como una colonia de hormigas. Muchos daban una vuelta y luego regresaban hacia las entradas abiertas en la base del complejo. Las carreteras quedaron libres. Los departamentos de tráfico de nuestras ciudades terrestres hubieran podido aprender mucho sobre la limpieza y prontitud con que llevaron a cabo la operación.

Cuando las carreteras quedaron libres de tráfico, comenzó a salir de la base del trasmisor una nueva columna de vehículos. Venían poco a poco y cada uno de ellos tiraba de un pequeño remolque dotado de cuatro ruedas y cargado hasta los topes de unos pequeños paquetes ovals y multicolores. Se dirigieron sin dudar hacia la nave, y específicamente hacia la portilla que habíamos utilizado nosotros para entrar.

Nuestros cuatro visitantes intentaban con la mayor seriedad hacerse entender. Sus notas aflautadas eran persuasivas y suplicantes. Emitieron más tentáculos de los que les habíamos visto en ningún momento, se desplazaron a la sala de comunicaciones e hicieron una pausa para arengarnos de uno en uno a todos nosotros.

—¡Bueno! ¡Será...! —dijo «Pata de Palo»—. Eso sí es tener sangre fría. Quieren cargar los suministros y seguir adelante. ¡Vaya con los campesinos!

Aquello no me pareció válido. Rasmussen también parecía dudar. Lindy se había

unido a nosotros durante la visita a la nave, pero permanecía en segundo término. En aquel momento se adelantó y se colocó bien la guitarra, hermosa como nunca con sus ojos verdes y su cabello sedoso y brillante. Sentí que era una verdadera lástima que aquellos seres no tuvieran base alguna para apreciarla.

Sin embargo, sí advertían su disposición amistosa. Se reunieron en torno a ella, hablando todos a la vez en una mezcla de frustración musical. Lindy tañó unas notas simples, un tanto interrogativas. Ellos respondieron con un torrente de sonidos.

—No sé lo que les estoy diciendo —dijo mi esposa—, pero quizá les dé alguna idea. No hacen caso en absoluto de nuestros sonidos vocales. Se sienten más a gusto con las cuerdas.

Lindy señaló los cargados remolques de la pantalla, luego a los propios seres huevos y finalmente movió la mano en un amplio arco para significar la nave. Entonces tocó una sola nota aguda e interrogante en la cuerda prima. Los visitantes se quedaron totalmente inmóviles. No tengo modo de sustentar mi impresión en hechos concretos, pero parecían todos ellos horrorizados.

De repente, uno de ellos, posiblemente el que me había saludado por primera vez, extrajo un racimo de tentáculos y se desplazó con rapidez a la pared donde pendían los archivadores de registros, las filas y filas de vitrinas de las que habíamos sacado las cintas que les habíamos mostrado con anterioridad. Del ser surgió un sonido único e infinitamente digno.

—Registros —dijo Lindy—. Nos están dando su historia. Están condenados, pero quieren que el universo sepa que han vivido, que han aprendido cosas, que han hecho avances y que han disfrutado. Es su voluntad quedarse a morir aquí, pero no quieren ser olvidados.

No sé cómo fue capaz de comprender todo aquello, pero todos los demás supimos que ella tenía razón. También los seres huevo lo advirtieron. Habían terminado su trabajo, y la suave mezcla de sonidos tenía un matiz de agradecimiento contento.

—Saquen una cinta de carga y traigan aquí una de las cajas —ordenó Johnny—. Echaremos un vistazo.

—Un buen vistazo —murmuró «Pata de Palo».

Habían acertado plenamente. La mayor parte de aquellas cajas brillantes estaban repletas de cintas, infinidad de rollos, cada uno con una inscripción en líneas onduladas que daban una impresión de confusión completa. Eran desconcertantes signos escritos. Algunos estaban envueltos en unas hojas metálicas más delgadas que el más fino papel, pero que resultaban resistentes y fuertes. Estaban cubiertos de borde a borde con símbolos de muchos colores. Grabaciones. La grabación de un planeta, de una raza, de una evolución. Un tesoro galáctico más allá de todo lo imaginable.

Rasmussen dio la orden y de todas partes surgieron cintas transportadoras; hora

tras hora los pequeños remolques fueron acercando y depositando sus cargas en las cintas sin fin. Somos una nave de exploración, y tenemos espacio para especímenes y para cualquier aparato de observación, por lo que el almacenaje no es un problema. Imaginé con cuánta afición contemplarían nuestro tesoro los arqueólogos, historiadores, matemáticos y criptólogos. Sin embargo, aquello me deprimió. Cuando alcanzáramos a interpretar todo aquel material, los seres que lo habían grabado, compilado y empaquetado, ya no existirían, serían sólo una parte de la tenue masa de gas que se esparciría por las profundidades de la galaxia.

—¡Quiero verlo! —dijo Lindy—. Ellos me lo enseñarán. Yo soy especial. Estoy segura de que querrán.

Se volvió hacia los seres huevo, y los acercó de nuevo a pantalla. Allí señaló el gran abanico del complejo de transmisiones, luego las señaló a ellos y por último a sí misma. Los seres respondieron con muestras de haber comprendido lo que quería, y asintieron mediante gestos. Era lo último que podíamos hacer, y la mayor parte de las unidades que operaban en el suelo del planeta podrían aprovecharse de ello. Quedaba tiempo, y el descanso y el sueño podían esperar mientras un planeta vivía sus últimas horas.

De nuevo enfundados en los trajes espaciales, seguimos a nuestros invitados, ahora nuestros anfitriones, por las escotillas de salida. Largas filas de miembros de los equipos de investigación, vestidos de blanco, serpenteaban detrás de nosotros. Los seres huevo no parecieron poner objeciones. No había razón alguna para que lo hicieran, pues, como Lindy había dicho, nosotros éramos especiales.

Nuestros cuatro guías montaron otra vez en sus pequeños vehículos, silbaron unas cuantas notas positivas entre la mezcla de sonidos que surgía de los cientos de curiosos habitantes que daban vueltas alrededor de la nave y, con gran rapidez, dispusimos de un buen transporte. Un vehículo con su correspondiente remolque se detuvo junto a cada uno de nosotros, y nos hicieron gestos invitándonos a subir. El piso del remolque parecía suave como un pedazo de gomaespuma, pero pudo con nosotros. Pronto estuvimos en marcha en dirección al gran abanico, a la asombrosa velocidad de ocho kilómetros por hora.

La descripción de esa visita no es asunto para explicarla aquí. Ya la habrán leído ustedes en el informe oficial elaborado por Rasmussen (Anales de la ISC, Vol. 72, A.D. 2119. Cuaderno de la Stardust), o bien en los reportajes por entregas aparecidos en un centenar de medios de comunicación. Aquí se muestra sólo como parte de este relato de los hechos que tuvieron lugar al tener que explorar aquel sistema estelar, aquel planeta y aquella civilización en menos de treinta horas. Fue un recorrido muy importante porque nos proporcionó los primeros pasos para la comprensión del nivel tecnológico que aquellos extraños seres huevo habían alcanzado.

Durante horas la corriente continua de vehículos subió ruidosamente las rampas.

Las dejaron atrás, se internaron en las grandiosas cámaras repletas de extraña maquinaria y se asomaron en ocasiones a los amplios ventanales ante los cuales el campo se extendía hasta el lejano horizonte. La metálica longitud de la Stardust, allí abajo, se iba haciendo cada vez más pequeña mientras subíamos. Los vehículos parecían escarabajos revoloteando a su alrededor. Tardamos media hora en llegar al punto más alto, en la misma cresta del abanico, y que resultó ser una simple zona de aparcamiento con una capacidad de unos cien vehículos. Al pensar ahora en aquel episodio, recuerdo que casi no pronunciamos palabra durante toda aquella experiencia tan irreal.

El sol rugiente, amenazador y desgraciado se estaba poniendo. Aquel mundo nunca más vería otro ocaso. Esperamos un poco y luego seguimos a nuestros guías por kilómetros y kilómetros de corredores llenos de curvas que brillaban bajo una multicolor iluminación, y por fin salimos a la temprana oscuridad rociada de una constelación de estrellas extrañas.

La noche pareció larga. Los hombres de la Stardust trabajamos con la pautada eficacia que nos ha convertido en los mejores, cada equipo se convirtió en la prolongación del brazo de un científico genial. La Stardust brillaba como una luciérnaga gigante. El resplandor de los potentes haces de luz iluminaba el campo hasta kilómetros de distancia. Las navecillas de exploración entraron y salieron continuamente, y, por encima de todo, los innumerables colores de las luces del complejo de transmisiones proporcionaban un fulgor extraño y sombrío. A pesar de la actividad incesante, daba la impresión de que todo era como una enorme vela.

Me alegré cuando la noche se aclaró y por fin surgió a la vista el sol anaranjado y plomizo. Me alegré de oír el solemne anuncio de Stony Price por el intercomunicador.

—Comunicación oficial. Nova menos dos horas. Salida menos treinta minutos.

Era un Stony Price muy sobrio. No había hecho ninguna broma con el comunicado.

Fuera, los vehículos todavía circulaban y culebreaban por millones, pero los últimos de los nuestros entraron por fin. Las listas estaban completas. Las muchas comprobaciones habían terminado y ya se habían verificado. Estábamos dispuestos.

—¡Salida menos sesenta segundos!

Lindy y yo nos sentamos uno al lado del otro, nos tomamos de la mano y observamos cómo el segundero del reloj se aproximaba a la señal de los sesenta; esperamos la puesta en acción del aparato antigravitatorio que precedería al familiar estado nirvánico que proporcionaba el Ultraspan.

Y no sucedió nada.

Todavía apretábamos los dedos contra la mano del otro cuando el cronómetro finalizó una vuelta más. La Stardust seguía inerte. No subía, no se movía. Por el

intercomunicador se oyó la voz crispada de Stony Price.

—Efectuamos revisiones. Salida menos veinte minutos. Una ligera dificultad.

En las crisis, yo soy uno de los cuatro sustitutos de primera línea al servicio de Johnny Rasmussen. Cualquiera de los cuatro, en caso de emergencia, podríamos hacernos cargo de las operaciones y manejar la nave. Los otros eran el capitán Griffin, Moe Cheng y «Pata de Palo». Yo fui el último en llegar a la sala de mandos, pero sólo un par de segundos después del que me precedió.

El capitán Jules estaba sentado, como siempre, en su sillón frente a los controles, con una imperturbable expresión en su rostro cuadrado. Rasmussen informó:

—Las unidades antigravitatorias están afectadas por un campo de energía que las retiene. No podemos despegar.

Los ojos rasgados de Moe Cheng brillaron de cólera, pero «Pata de Palo» casi pareció feliz. O por lo menos vengado.

—¡Nos dejaron sin energía! ¡Hicieron lo que mejor podían hacer! ¡Les enseñamos demasiadas cosas!

—Pero, ¿por qué? —protesté yo—. Tenemos sus registros, y ellos quieren que los salvemos. Quieren que la galaxia los conozca, ¡lo juraría!

—Sólo era una representación —repuso «Pata de Palo»—. Si ellos no pueden seguir con vida, ¿por qué tendríamos que seguir nosotros? Han analizado nuestro mecanismo de despegue y lo han anulado. Todo el rato que hemos estado reuniendo datos, ellos han hecho lo mismo. Y dentro de hora y media, moriremos todos juntos.

Nunca admiré tanto a Johnny Rasmussen como en aquel momento. Vestido impecablemente, como siempre, y con los bigotes engomados recientemente, parecía haber estado estudiando cualquier detalle carente de importancia. Su rostro bronceado no reflejaba tensión alguna. Se sentó y pulsó un botón de la consola bar que tenía al lado para que le sirviera un coñac. Siguió sin decir nada hasta haber bebido un sorbo.

—Capitán Jules —dijo en tono tranquilo—, creo que conozco la respuesta, pero ¿por qué no usar el Ultraspan directamente? No tiene relación alguna con la energía tradicional.

El capitán Jules movió impasible la cabeza en ademán negativo.

—Estamos en contacto con el planeta, por lo que la Stardust es esencialmente parte de su masa. Ni siquiera el Ultraspan puede hacer salir a un planeta de su órbita.

—¿Así pues...?

—Nos desintegraríamos —dijo el capitán—. Por lo menos es lo que dice la teoría. Por supuesto, nunca se ha probado.

—Dentro de una hora y media nos desintegraremos de todas maneras. Lo probaremos como último recurso, como último experimento. Mientras tanto, intentaremos ponernos en contacto con ellos para que nos suelten. ¿De acuerdo, Roscoe?

—Siempre me toca a mí la parte más sencilla —dije, al tiempo que trataba de mantener el rostro en calma. Sin embargo, me costaba un gran trabajo mantener impasible la voz—. Bien, aún en las dificultades más extremas, siempre pienso en lo más práctico. Llamen a mi esposa, a Lindy, y que traiga la guitarra.

—¡Claro, claro! —Rasmussen parecía recriminarse a sí mismo por no haber pensado en ello.

Hizo la llamada. Unos minutos después entró en la sala de control una Lindy pálida y serena, con los ojos verdes brillando de emoción. Al pasar a mi lado me dedicó un ligero guiño.

—Bien, doctora Peterson —dijo Rasmussen—. Nos tienen cogidos. Han logrado anular por un procedimiento que desconocemos nuestros aparatos antigravitatorios. ¿Cree que podrá descubrir cuál es la razón de que hayan obrado así?

Lindy miró al rostro de los presentes uno por uno. Me temo que no encontrara en ellos otra cosa más que desazón y desilusión.

—Quizá no —dijo lentamente—, pero si es verdad que están haciéndolo, debe haber alguna. Seguro que no quieren destruirnos.

—Cada uno de los átomos e iones que formaban mi cuerpo se alegrarán de ello cuando estallen en el universo dentro de un rato —dijo «Pata de Palo».

Los ojos de Lindy se arrugaron de repente. Se volvió hacia el micrófono que esperaba. Johnny Rasmussen dio un tiento al coñac, el gesto de su cabeza ladeada era ligeramente burlón. La acidez total de los comentarios de «Pata de Palo» parecía haber elevado un poco los ánimos.

Y funcionó. Lindy lo hizo funcionar, ¡y de qué modo! Su guitarra interrogó y protestó y suplicó. Los seres huevo se amontonaron alrededor de la nave, filas y filas de ellos todos metidos en sus pequeños vehículos. La impresión de una orquesta afinando antes de un concierto era más completa de lo que nunca lo había sido. Le contestaban con tonos aflautados y campaniles y acordes profundos y majestuosos, pero no daban la menor señal de comprender lo que ella buscaba. No detectábamos preocupación alguna en ellos por el hecho de que nuestra salida se hubiese retrasado. Y mientras tanto el tiempo no cesaba de transcurrir.

A nova menos treinta minutos, Rasmussen admitió su derrota.

—Gracias, doctora Peterson. Me temo que ellos ganan. Nuestras perspectivas parecen ser ahora las mismas que las de ellos. Sin embargo, a nova menos diez intentaremos nuestro último experimento. Aunque estemos en contacto con el planeta, intentaremos utilizar el Ultraspan.

No creo que Lindy escuchara esto último. De repente se asió del brazo de Johnny Rasmussen llena de excitación, llegando a derramar el coñac que el jefe sostenía, lo cual, incluso cuando uno ha de enfrentarse con una próxima e insoslayable desintegración, es algo que no debe hacerse.

—¡Eso es! —gritó—. ¡Oh, claro que es eso! ¡Lo único que no podíamos llevarnos antes! ¡Quieren hacernos sentir un poco como ellos se sienten, quieren hacernos entender cómo se sienten ante la certidumbre de su paso a la eternidad! ¡Nos dejarán ir, Johnny! ¡No planean dejarnos morir con ellos!

Y en efecto, los seres probaron que la premonición de Lindy era cierta. Inexplicablemente, se abrió un camino entre la masa de vehículos que se amontonaban en el exterior. Por aquel camino abierto se acercó un vehículo de carga de color azul celeste que tiraba de un remolque también azul, que avanzó hasta situarse frente a la portilla más próxima a nuestra posición en la nave. En el remolque había un gran cofre azul. El vehículo se detuvo donde tenía que estar la portilla, que, por supuesto, estaba sellada. La cubierta protectora de la nave la hacía invisible desde el exterior. No obstante, ellos sabían dónde debía estar.

De los miles de diafragmas de aquellos seres se elevó una única y clara nota aguda, al tiempo que surgían de las criaturas una verdadera selva de tentáculos como serpientes que hacían ondular y desaparecer.

—Eso es para Lindy —dije yo. Oía aquella nota una y otra vez.

Rasmussen dio una orden; una cinta transportadora surgió de la nave y el cofre azul fue subido a bordo. Rompimos los débiles cierres que llevaba y Lindy lo abrió en la sala de control.

Durante un breve instante el contenido del cofre no tuvo sentido alguno para los que nos encontrábamos allí. Luego, de repente, lo comprendimos. Hasta el capitán Jules dejó su silla para unirse al círculo de los que contemplábamos aquella masa tersa y ligeramente temblorosa de gelatina clara que llenaba hasta el borde el cofre. Sumergidas en ella había hileras de delicadas cápsulas verdosas, miles de ellas.

—No quieren morir —suspiró Lindy—. Nos están diciendo: «Encontrad un planeta; encontradnos un hogar con un sol que tenga buena salud. Haced que nuestra raza, nuestra cultura y nuestros conocimientos sigan vivos.»

—No lo comprendo, doctora Peterson.

La voz del capitán Jules, potente e incolora, era una prueba palpable de que decía la verdad. El capitán es un genio, pero no tiene ni una pizca de imaginación.

—Lo que hay en este cofre es su semilla, sus descendientes —añadió Lindy, que parecía a punto de echarse a llorar—. Son probablemente los genes más selectos que pudieron reunir en esta carrera contra el tiempo. Está claro que todos morirán, pero su raza permanece en este cofre. Ahora ya podemos despegar, capitán Jules. Los sistemas antigravedad deben estar ya sueltos. Quieren que nos marchemos.

Unos instantes después, la Stardust se desperezó suavemente, se elevó como una pompa de jabón llevada por la brisa y trazó lentamente un gran círculo alrededor del inmenso puesto de transmisiones, de los miles de pequeños vehículos multicolores y de sus ocupantes, reducidos todos ellos por la altura a pequeños insectos.

—¡Nova menos quince minutos! ¡Sesenta segundos para la partida! —Stony Price parecía enormemente reconfortado.

De los altavoces comenzó a surgir y a inundar la nave un solo y profundo tono semejante a una nota de órgano. Un tono de bendición y de adiós.

Lindy y yo nos cogimos las manos en la sala de control; «Pata de Palo», Rasmussen y Moe Cheng se prepararon en sus asientos. Nuestros sentidos se desdibujaron en la nada atemporal del Ultraspan. Luego la realidad regresó. La Stardust flotaba en un espacio extraño. En nuestras pantallas, a cuatro años luz de distancia, brillaban acogedoras las estrellas gemelas de Mizar A, aunque una de ellas parecía un poco turbia y oscura. Sin embargo, lo que veíamos era una imagen que tenía ya cuatro años. Todos hicimos un gesto de dolor cuando los cronómetros llegaron al momento en que se produciría la explosión de la nova, y luego permanecemos sentados unos cuantos minutos en una especie de mudo pesar.

—Se han ido —dijo Lindy—. El sol y el planeta se han volatilizado. Quizás la otra gemela se haya vuelto también inestable debido a la energía que habrá dejado escapar la que ha estallado. Pero la vida y la sabiduría que esos soles hicieron posible ha escapado a la destrucción.

Al tiempo que hablaba, posó la mano sobre el cofre.

Era una tragedia. Les habíamos conocido unos breves instantes, pero se habían convertido en nuestros amigos y lloramos su muerte. Ya sabíamos que cosas así sucedían a menudo en nuestra galaxia. ¿Cuánto más no sucedería en el universo?

Visto desde una perspectiva lejana, aquello no había sido sino un único parpadeo del Ojo Celestial.

Ligue

B. L. Keller

B. (de Beverly) L. Keller es una ex periodista que actualmente escribe por cuenta propia y cuyos trabajos han aparecido en Cosmopolitan y Atlantic. El presente cuento es el primero que escribió para Fantasy & Science Fiction; trata un tema clásico en la literatura fantástica y lo pone al día con unos resultados regocijantes y perturbadores.

Booba Lawson —la «fabulosa Booba» como se llamaba a sí misma— deslizó sus amorosas manos por sus costados con una mirada soñadora fija en el espejo. Al saltar sobre los dedos de los pies sus pechos recién formados bailaron alegres bajo la blusa semitransparente.

Con cierto pesar se pasó un poncho por la cabeza para cubrirse, pero el disgusto por el eclipse de aquel encantador baile desapareció por el juego de luces que se formaba en su rostro al volver la cabeza a un lado y otro.

Sus ojos, unos pozos gemelos de maquillaje sobre los que caía un flequillo rubio, se estrecharon, pues creyó descubrir una espinilla que comenzaba a despuntar en la barbilla. Se echó hacia delante, poniendo mala cara, y se quedó tan ensimismada con su repertorio de gestos y malas caras que al final tuvo que escribir ella misma una nota de disculpa para la profesora —con la letra de su madre, por supuesto—, antes de encaminarse hacia la escuela.

Intoxicada por su habilidad cada vez mayor en las falsificaciones, escribió también notas de excusa para tres amigas suyas que habían pasado el día anterior completamente colocadas en el aeropuerto, disfrutando de los chillidos de los jets. Luego emergió de la sala de descanso de muchachas con un séquito que la adulaba y casi cinco dólares y medio en metálico.

Pasó en triunfo el día escolar, con sus braguitas de nylon, minúsculas, perdidas en la hendedura abierta entre sus glúteos tersos y redondos que quedaban a la vista bajo la mínima expresión de falda cada vez que se agachaba a recoger uno de los innumerables objetos que encontró o que dejó caer durante aquella jornada, y que causaron el derramamiento de más semillas que todos los peritos agrícolas de Washington.

Booba no había oído hablar nunca de Emile Zola.

Por la tarde acudió a un café cuyos propietarios habían conseguido el permiso bajo la promesa de mantener apartados a los jóvenes del alcohol y de las calles. Una taza de café costaba más que un porro en aquel lugar, pero lo que más importaba era el ambiente de calor y amistad.

No estaba bien visto que una chica estuviera sola. A falta de algo mejor, Booba fue a reunirse con su compañera de clase Feebie Frea. Feebie ya había dejado de ser famosa. El año anterior había sido la primera del octavo curso que había realizado un vaciado en yeso del miembro eréctil de una de las estrellas del rock con más éxito en la costa oeste. Pero así como algunas de las imitadoras de Feebie habían continuado haciendo cosas aun mayores y mejores, incluso con los grupos ingleses, el trofeo que le había dado la fama fue convirtiéndose en algo aburrido. Sin embargo, tenía otras características que la convertían en una compañía deseable cuando no había nadie mejor a la vista: sus padres eran ricos, tenía una pensión para gastos realmente enorme y una cierta disposición a comprar sus amistades.

Tocaban los Merdé, un grupo que había estado a punto de actuar con los Stones en el fabuloso concierto gratuito de Tijuana que había provocado la ocupación de la Baja California por los Estados Unidos y el tratado mediante el cual se retuvo Ensenada como base naval y puerto de salida de productos de baja calidad. Feebie bailó sola hasta que un joven delgado pero de ojos brillantes se le unió; se tocaron y se pegaron el uno al otro en pleno éxtasis, pelvis contra pelvis, con las cabezas lo más distantes posible.

Booba, sin embargo, se sentía soberana. Alguien le había dicho un rato antes que iba vestida como una prostituta húngara y aquel piropo se le había subido a la cabeza. Se quedaba contemplando a los chicos que se acercaban a ella y le divertía la confusión en que los sumía.

Había un viejo observándola. «Un viejo sucio», pensó al tiempo que movía sus pechos. Imposible que tuviera menos de treinta, y a pesar de ello había algo fascinante en él. En primer lugar, se parecía a Leonard Nimoy, excepto en las orejas. Era alto, pálido, siniestro, intenso y frío a la vez. En su mirada se reflejaba algo amenazador, más profundo, oscuro y temible que lo que Booba, a falta de mejor referencia, tomara por lascivia pura. Notó que un estremecimiento le recorría la pelvis. No había necesidad de hacer preguntas, ni de razonar nada; Booba se fiaba siempre de sus instintos más desarrollados.

El hombre se acercó a su mesa como si se guiara por aquel estremecimiento.

—¿Otro café?

De cerca parecía aun más viejo. Quizá treinta y dos. ¿Le convertía aquello en un asqueroso viejo? Booba sonrió con todo su encanto. Feebie se había gastado los últimos seis dólares para pagar las entradas de ambas y un refresco de moka, y Booba estaba sin blanca, pues se había gastado los cinco dólares y medio en incienso y horóscopos.

Se dignó dirigirle una caída de ojos.

Apenas tenía arrugas, ni nada que le hiciera parecer tan viejo. En cambio, por sus mejillas corrían unas cicatrices parecidas a las de Johnny Cash. No es que Johnny

Cash estuviera muy en la onda, pero la idea de follar con él no era en absoluto repulsiva. También tenía una barba negra y lustrosa, como la de aquel fulano que puso su capa a los pies de la vieja reina Isabel.

Y era alto y delgado y, aunque entre el cabello y el cuello de la camisa se viera un claro, tampoco lo llevaba tan corto que hiciera sentirse enfermo. Además, la misma camisa era totalmente fantástica, de colores extraños y de dibujos retorcidos, hecha de una tela de raro fulgor.

El hombre hablaba muy poco. Los chicos siempre parloteaban en un esfuerzo por entretenerla, y a ella le encantaba poner expresiones de disgusto o desagrado sólo para verles sufrir. Pero aquel hombre se dedicaba principalmente a observarla, y tampoco lo hacía del modo normal en aquellos sucios vejestorios que Booba conocía. Le recordaba más bien a su gato doméstico, Genghis, cuando contemplaba el acuario. El hombre, igual que su gato, no parecía ni parpadear, y daba la impresión de estar más divertido que hambriento. Notó otra vez que su pelvis se estremecía.

Sonriente, con los ojos tan apacibles como los de una doncella, Booba fantaseó ante la posibilidad de una violación. A ella no la habían violado nunca, pero conocía a dos chicas que decían haber pasado por aquella experiencia.

Él hablaba.

¡Vaya! Le estaba diciendo que si se iban enseguida la llevaría al concierto de Mother Ape. El asiento más barato costaba ocho dólares y medio. No los había visto desde que el cantante resultara herido al mezclarse con el público del estudio durante uno de los shows de Ed Sullivan.

Pero, ¿quería realmente que la vieran en un lugar tan bien con aquel hombre tan viejales? ¿Qué le reportaría aquello a su imagen pública? Él era alto y flaco y de apariencia malvada, pero todavía no estaba segura.

Entonces vio, de verdad, su vestimenta, como si un repentino fulgor hubiera incendiado su mesa. La camisa, aquella fantástica camisa, estaba abierta hasta la hebilla de plata maciza y de extraña forma del cinturón que sostenía unos calzones de terciopelo ajustados a las caderas; los primeros rizos púbicos bajo el ombligo se enroscaban en la hebilla. Los pantalones opalescentes, como si fueran látex vertido sobre la mitad inferior de su figura, marcaban cada uno de sus músculos, cada una de sus protuberancias. No iba descalzo, pero sus zapatos se adaptaban a la forma de sus pies. Lo que decidió a Booba a aceptar fue su capa. Era grande y de un negro total — ¿era de seda, de satén o de terciopelo?— forrada de un tejido que parecía una alucinación de LSD. Con aquella capa tenía sin duda la presencia más fantástica que Booba había visto jamás en persona alguna.

La muchacha se dio cuenta de que con aquella maravillosa barba resultaba totalmente imposible estimar su edad con exactitud. Además, con aquella indumentaria, ¿quién se preocuparía por la edad que tuviera? Lo importante era que

nadie podría dejar de verla si acudía a cualquier sitio, a cualquiera, con aquella tienda ambulante de moda para caballeros como escolta.

—¿Puede dejarme una moneda para llamar a mi madre? —preguntó.

Le contó a ésta que Feebie la había invitado a pasar la noche con ella, invitación que los padres de Feebie habían apoyado calurosamente. Booba había desarrollado la campaña de propaganda más hábil, sutil y continuada para convencer a su madre de que Feebie era para ella una influencia muy beneficiosa, y que si no había entrado en un convento era porque las demás novicias iban a resultar un poco bastas para su sensibilidad. El hecho de que los Freaan tuvieran mucho dinero hacía mucho más fácil el intento de convencer a su madre sobre las bondades de su amiga.

Feebie prometió dejar abierta la ventana de su dormitorio, pues sus padres iban a estar tomando ginebra como siempre y no se enterarían de quién entraría en la casa o a qué hora lo haría.

El hombre tenía el coche más flipante que nunca viera Booba. Ésta empezó a percibir lo impresionante, viril e inteligente que era el viejo. Mientras se deslizaban a velocidad homicida por la autopista, su pequeña pelvis vibraba como un sintetizador.

—¡Vaya! Debes tener una casa cantidad de enrollada —le dijo.

Y, claro, una cosa llevó a la otra y ahí estaba ahora en su guarida; y fue todo un viaje. Antes de tomar nada ya su coco parecía partirse en dos escuchando el estéreo, y luego el hombre sacó un poco de hasch recién llegado de Hong Kong, y Booba empezó a preguntarse qué había visto hasta entonces en todos aquellos jovencitos de siempre.

«Si vuelve a decir “flipante” —pensó él—, le haré salir una verdadera plaga de granos.»

Para entonces ella estaba enfrascada en un monólogo imbécil. Hablaba de taimados petimetres, de la «golden Acapulco», de Jim Morrison y Mick...

Se controló: sin aquella bonita cara, la muchacha no sería de utilidad alguna para él y ¿acaso no era, después de todo, aquella misma estupidez de la muchacha, su deliciosa inmadurez, lo que la hacía todavía más enloquecedora? ¿No era eso exactamente lo que buscaba en una chica de aquel tiempo?

Ella siguió parloteando, extrayendo de alguna malsana y minúscula circunvolución de aquel pequeño cerebro profundas consideraciones sobre la alienación y el establishment y sobre Huey, la percepción extrasensorial, la verdad y el significado. «¡Belial mío —pensó—, esta generación debe ser la más parlanchina desde Cromwell!»

Cuando sus terminaciones nerviosas estuvieron a punto de reventar y comenzar a echar humo, se largó a la cocina donde preparó para ella un combinado Mai Tai pensando que quizás emborrachándola se comportaría como cualquier borracho maduro y asqueroso. Con una gran dosis de malicia, vertió un pellizco de cola de

lobo, una punta de raíz de mandrágora y una gota o dos de un elixir horripilante.

¡UH! ¡UNNNHHHUH!

El Mai Tai explotó en la cuba y disolvió la porcelana entre humos y burbujas. Ella había subido el volumen del estéreo.

Tembloroso, el hombre mezcló un brebaje asqueroso e inexplicable y le dio sabor con jarabe de cerezas.

Ella bailaba. Se había quitado el poncho y sus pezones se erguían con firmeza bajo la camisa semitransparente.

Él bajó el volumen de la música y le dio repetidamente de beber el licor al tiempo que la cubría de lisonjas, sin idea alguna de lo conocidas que le resultaban ambas cosas a la muchacha.

Por último, inmovilizándola con los oscuros poderes de su mirada insondable, se le acercó.

Mientras ella se ponía cómoda y jugaba inocentemente con la hebilla del cinturón, él comenzó a engatusarla. Le habló de cómo estaban destinados a encontrarse, de cómo había reconocido todo lo que ella llevaba dentro en el mismo momento de verla, de lo delicioso que sería estar juntos, de lo que le gustaría que ella entrara a formar parte de su extensa familia. Ella misma decidiría el horario que quisiera hacer y cómo llenarlo, podría dormir hasta tarde... tendría dinero, pieles, diamantes, coches, adoración, ácidos, hasch, estrellas del rock, actores, productores. Y un contrato por el cual se comprometería a cuidar de ella para siempre: un gran viaje por toda la eternidad.

Ella le escuchó con expresión solemne, con sus grandes y luminosos ojos velados por un apetito que no había visto desde la noche que hiciera firmar a Thais.

Pero no era una simple cortesana oriental. No era una impulsiva Borgia o una aburrida Du Barry. Aquella era Booba, una chica modelo de la época en que vivía. Y Booba sabía que podía conseguir cualquier cosa que él le propusiera, y más, sin hacer nada, simplemente por la magia de quererlo, porque ella misma era su encantadora, enloquecedora e irresistible Booba. Y, como era totalmente incapaz de pensar en sí misma como no fuera como algo adorable, lleno de jugo y estrógeno, Booba no tenía pensamiento alguno sobre la vejez o los años, por lo que la eternidad no le importaba un pimiento.

El le ofreció terribles poderes, misterios oscuros que nunca habían sido revelados a un mortal. Se rebajó incluso al punto de halagar a aquella criatura.

Y entonces supo la razón de su negativa, el obstáculo inamovible.

Ella nunca confiaría en una persona mayor de treinta.

Desmoralizado, imprudente pues ya estaba harto, tomó de la mano de la muchacha el vaso que mezclara tan irresponsablemente, y lo bebió de un trago, y la rabia que aquella criatura había despertado en él le trastornó tanto que se notó a sí

mismo atacado por algo que no podía dejar de reconocer, por un tormento que muchas veces había utilizado con otros pero que nunca antes había conocido.

Supo qué era la
LASCIVIA

La primera regla de su profesión era no enredarse nunca uno mismo. Angustiado, absorbido por el inmenso horror de su desgracia, sabedor de que estaba a punto de corromper su profesión, su alma, su propio estilo, tomó a aquella ninfa encantadora en un abrazo más terrible que el de cualquier leopardo, pitón o Tarquinio.

Ambos se asieron. Allí y entonces la hubiera violado con la alegre cooperación de ella —pues se sentía terriblemente curiosa— de no haber sido por una cosa.

—¡Oh, vaya! —dijo Booba, con su delicada mano firmemente puesta sobre su pubis—. Me encantaría hacerlo... Quiero decir que te encuentro de lo más flipante, pero mañana tengo que ir a hacerme la foto de la clase y Feebie dice que si lo haces te deja unas ojeras espantosas.

—¿Qué? —aulló él, enloquecido pero incapaz de interpretar o traducir a palabras comprensibles nada de lo que dijera aquella criatura.

—Feebie dice que el viejo uno-dos uno-dos te deja llena de arrugas.

Tras esto, la muchacha alcanzó con la mano que le quedaba libre el tocadiscos y...
ÉSTA ES LA AURORA DE LA ERA DE ACUARIO...

Ciento ochenta decibelios que rompían en añicos todos los eones de negra sabiduría se le apelotonaron en la cabeza.

Se retiró aullando a su habitación, invocó al fuego, la sangre, los mosquitos y las autopistas de aquel planeta y cortó la electricidad del edificio. Más tarde encontró la manera de volver al lado de la muchacha, amparado en la oscuridad y el silencio.

—¿Sabes lo que he pensado? —le susurró ella—. Pensaba que me gustaría comerme una hamburguesa del Mac Donald. El ejercicio siempre me da hambre.

Devoró dos hamburguesas, una bolsa de patatas fritas y un batido de fresa mientras él esperaba sentado sobre el Maserati, aumentando inútilmente el número de bacterias coliformes de la hamburguesa a sabiendas de que era algo indigno de él. Con la mirada inescrutable perdida y desolada al contemplar por el estrecho túnel del tiempo y al imaginar las generaciones que todavía tenían que llegar, llegó a agradecer a su archienemigo el no haber sido castigado con la luz de la presciencia.

La dejó en casa de Feebie Frea y observó el complaciente contoneo de sus redondas nalgas mientras ella se alejaba sin mostrarse impresionada en lo más mínimo por la magnitud del triunfo que había conseguido.

Herido, degradado, arruinada la quintaesencia de su orgullo, de pronto lo comprendió todo. Comprendió que Dios estaba de parte de ella y que él tenía que fallar.

Porque la muchacha no tenía idea siquiera de lo que era el diablo.

Herido casi mortalmente, entró en el lugar donde todo comenzó como si allí pudiera hacer empezar todo otra vez. Se sentó a la misma mesa desde la que la espiara por primera vez.

Había alguna gente bailando, quizás una veintena. Los músicos descansaban, pero los clientes seguían bailando. ¿Podía ser cierto que todos ellos, al no tener idea de lo que era el diablo, estuvieran fuera de su poder? ¿Acaso aquello era la inocencia?

Durante un momento sintió otra vez el ardor del impulso impensable que le había llevado finalmente a la derrota más completa de su carrera. Aquello que le había atacado y degradado de tal manera...

Dejarlo todo, arrastrarse, esclavizarse en una estúpida y egocéntrica burbuja barboteante de banalidad. Aquella criatura... aquellas criaturas.

FWAAANNNGGGG

Llenos de acné, sudorosos, acrogénicos, carnales y andróginos, los Merdé empezaron a tocar. El cantante solista, con una peluca de plástico que se le movía a lo loco mientras se cargaba resueltamente la guitarra al hombro, lamía el micrófono...

Unnh. UH. UH. Buh-aye-biii. UNNH HH.

Entre una humareda, con un remolino negro y escarlata, la presencia demoníaca desapareció.

No aceptaría ninguno de aquellos seres ni regalado. En una semana serían capaces de hacer que se subiese por las paredes cualquiera de los condenados.

Al salir del café invocó sobre aquel lugar, motivado sólo por el rencor, una calamidad tan espantosa que los que se encontraban en el interior se volvieron sobrios y dedicados a la contemplación por el resto de su existencia.

El siguiente vuelo fue con destino a Washington. Tras unas cuantas semanas de recuperación, prosiguió hacia Londres y luego a París, Berlín, Moscú, Pekín, etcétera... sus viejos territorios.

«Dios —pensó—, ¿llegará el día en que todo vaya así por todas partes?»

Las generaciones, las generaciones. ¡Cuánto le disgustaba la autocompasión!

Aceptó otra bebida de la sonriente azafata. Todas lo hacían. Estrógenos y Binaca dental. Sería fácil.

Demasiado fácil.

Sudaba bajo la camisa, una camisa Hathaway. Era un hombre gris vestido de gris. Las alas grises del avión cortaban la lluvia. La ginebra tenía también sabor gris.

Los sobacos le olían muy mal. Tenía el cabello grasiento.

Se contempló a sí mismo, colgado en el cielo de un gran pájaro gris que cortaba la gris llovizna. De un lado a otro totalmente solo. De un lado a otro con los zapatos limpios y una sonrisa.

El problema del dolor

Poul Anderson

Como ya dijimos de otro autor en esta misma antología, podríamos haber tomado cualquiera de las más recientes contribuciones de Poul Anderson a Fantasy & Science Fiction y editarla en el presente volumen. Lo más notable de Anderson en el campo de la ciencia ficción es la acertada combinación de la calidad y la cantidad de sus obras. Como mencionaba James Blish en una antología del autor, «entre sus 238 historias quizás haya algunas malas, pero costaría encontrarlas».

Quizá sólo un cristiano pueda entender esta historia. En tal caso, yo no estaría calificado para contarla. Sin embargo, siento un auténtico interés por la religión, ya que soy psicólogo aficionado. Asimismo, la Biblia está entre las cintas que siempre me acompañan dondequiera que vaya, por la grandeza de su lenguaje, si no es por su contenido. Esa fue la razón de que Peter Berg me contara lo que sucedió en su pasado. El hombre necesitaba desesperadamente encontrarle un sentido a su experiencia, y ninguno de los sacerdotes con los que había hablado había dado respuesta a sus interrogantes. Existía la posibilidad de que un punto de vista externo como el mío pudiera percibir lo que un creyente no era capaz de abarcar.

La otra razón para que me lo contara fue simplemente la soledad. Nos encontrábamos en Lucifer como parte de una delegación que efectuaba un estudio del planeta. Aquel mundo tiene un nombre apropiado. Nunca será una auténtica colonia para cualquier ser cuyos ancestros evolucionaran entre el verdor vegetal. Sin embargo, puede resultar eventualmente habitable y, en ese caso, la riqueza de sus minerales será suficientemente valiosa como para planificar su explotación a gran escala. Nuestro trabajo consistía en determinar si esto último era cierto. El medio ambiente más apacible en apariencia guarda mil trampas mortíferas hasta que se averigua cuáles son las dificultades y cómo se solventan. (En eso la Tierra no es una excepción.) En ocasiones uno se encuentra con problemas cuya solución no tiene nada que ver con la economía, o que no tienen ninguna solución. En tales casos, se descarta simplemente la zona o todo el planeta y se busca otro.

Teníamos un contrato de trabajo en Lucifer válido para tres años estándar. La paga era generosa, pero ahora hemos visto que no hay cuenta bancaria que pueda recompensar un día pasado bajo un sol tan abrasador. Era algo de lo que tratábamos con mucho cuidado de no hablar con los restantes miembros del equipo.

Cuando ya llevábamos cumplida la mitad del tiempo establecido, Peter Berg y yo recibimos órdenes de iniciar una investigación en profundidad de un ciclo ecológico único en las regiones del norte del planeta. Aquello representaba que nos dejarían en

una región muestra durante varias semanas —que podían convertirse en meses— y alejados de todo contacto para minimizar las posibles perturbaciones humanas. De tanto en tanto, un planeador de suministros nos proporcionaba el único contacto real con el resto de la expedición, pues las comunicaciones electrónicas no eran sustitutivo adecuado, sobre todo porque el sol del planeta, diabólicamente violento, interfería constantemente las comunicaciones.

Bajo tales circunstancias, uno llega a conocer a su compañero quizá mejor de lo que se conoce a sí mismo. Pete y yo nos entendíamos bien. Él es un tipo joven, grande, con el cabello del color de la arena y el rostro cubierto de pecas, totalmente serio y de fiar, poseedor de la suficiente amabilidad, cortesía y dignidad como para no tener que hacer nunca ostentación de ellas. Habla en tono bajo y lento, y quizás esté un poco falto de sentido del humor. Por lo demás, yo lo recomendaría como compañero. Tiene muchas cosas que contar sobre sus propios viajes y vagabundeos, pero también sabe escuchar con auténtico interés los recuerdos y fanfarronadas de uno; es bastante culto, ha leído mucho, y cuando le toca el turno sabe cocinar bastante bien; juega asimismo al ajedrez más o menos al mismo nivel que yo.

Yo ya sabía que no era de la Tierra, y que de hecho nunca había estado allí. Procedía de Eneas, distante casi doscientos años luz del planeta madre y más de trescientos de Lucifer. Además, aunque educado en la nueva y pequeña universidad de Nova Roma, había crecido en el campo. También se ha de decir que esa ciudad era una capital colonial alejada de las grandes urbes comerciales. Todo eso ayuda a explicar su convencimiento total y absoluto en la creencia de un Dios que se había hecho carne y que había muerto por amor a los hombres. No es que me burle. Cuando decía sus oraciones, cada mañana y cada noche, en nuestra cápsula-refugio de una sola habitación, con el fervor de un niño, yo no me reía de él ni él me hacía reproches a mí. Por supuesto, conforme pasaban las semanas, cada vez íbamos hablando más y más sobre el tema.

Al fin acabó contándome lo que le obsesionaba.

Habíamos estado fuera un día completo de los de Lucifer, una larga y agotadora jornada; nos habíamos fatigado, habíamos sudado, nos picaba todo, olíamos mal, estábamos mugrientos y nos tambaleábamos de cansancio; incluso habíamos estado cerca de la muerte durante aquel largo, larguísimo día. Asimismo, habíamos encontrado la veta de uranio concentrado que nos proporcionaba la clave del misterio total que nos rodeaba. Regresamos a nuestra base cuando la furia del día iba aplacándose con la habitual tormenta crepuscular. Nos lavamos, comimos algo y nos fuimos a dormir con el susurrar del polvo levantado por la tormenta como canción de cuna. Diez o doce horas después nos levantamos y vimos por los paneles de vitrilo las estrellas frías y cristalinas que brillaban en el aire diáfano del planeta, las auroras inflamadas, el amplio paisaje y las cosas retorcidas que denominábamos árboles,

cubiertas por una capa de hielo brillante.

—No podemos hacer nada hasta que amanezca —dije— y nos hemos ganado una pequeña fiesta.

Así pues, preparamos una gran comida, lo más elaborada que pudimos. Desayuno o cena, poca importancia tenía cómo la denomináramos en aquel lugar. En ella bebimos vino, y al acabar bebimos una buena cantidad de coñac mientras contemplábamos, sentados en nuestros sofás uno al lado del otro, la marcha de unas constelaciones que la Tierra nunca había contemplado. Y hablamos. Por último, terminamos hablando de Dios.

—Quizá puedas darme una idea —dijo Pete. Bajo aquella luz mortecina, su rostro expresaba un conflicto interior. Se incorporó hasta situarse ante mí y cruzó los dedos.

—Mmm, no sé —dije con mucho tacto—. Para ser honesto, y sin que quiera que te lo tomes como una ofensa, los problemas teológicos me parecen una memez.

Me miró directamente con sus ojos azules. Con tono suave continuó:

—O sea que tú crees que si no insistimos en creencias o principios no nos enfrentaremos con paradojas que nos desquicien, ¿no es cierto?

—Exacto. Yo respeto tu fe, Pete, pero no la comparto. En el caso en que realmente creyera que un, hum, principio espiritual o algo parecido está tras todo este universo —y señalé con un gesto el alto y terrible cielo—, ¿podemos, en nombre de la razón, confinar o comprender al que creara todo esto en los límites de un pequeño dogma?

—No. Estoy de acuerdo. ¿De qué forma podrían mentes limitadas comprender el infinito? Sin embargo, podemos ver partes de ese infinito que nos han sido reveladas —respiró profundamente—. Mucho antes de los viajes espaciales, la Iglesia decidió que Jesús sólo había venido a la Tierra, al hombre. Si había otras razas inteligentes que necesitaban la salvación, y está claro que muchas de ellas están en tal situación, Dios habría dispuesto lo necesario para cada ser o cada raza. Seguro. Sin embargo, tal cosa no querría decir que la Cristiandad no fuera algo verdadero, o que otras creencias distintas no fueran falsas.

—Como, digamos, el politeísmo, en cualquier forma que lo encontremos, ¿no?

—Así lo creo. Además, las religiones evolucionan. Las fes primitivas ven a Dios, a los dioses, como poder; las superiores lo ven como justicia y las más elevadas lo consideran amor.

De repente quedó silencioso. Vi que cerraba el puño, hasta que lo abrió para asir el vaso y beber su contenido y volverlo a llenar casi en un único y salvaje movimiento.

—En eso tengo que creer —murmuró.

Esperé unos segundos, rodeado por la quietud de la noche crepitante de Lucifer, antes de preguntarle:

—¿Has tenido alguna experiencia que te haga decir eso?

—Sí, una que me... perturbó. ¿Te importa si te la cuento?

—Claro que no.

Vi que estaba a punto de sincerarse; y yo quizá sea un no creyente, pero sé cuándo algo ha de considerarse sagrado.

—Sucedió hace unos cinco años. Yo estaba en mi primer empleo de verdad, igual que mi... —su voz tembló ligeramente—, mi esposa de entonces. Acabábamos de salir de la escuela y de los cursos de aprendizaje, y acabábamos asimismo de casarnos. Nuestros jefes no eran humanos, sino ythrianos. ¿Has oído hablar de ellos alguna vez?

Di vueltas al nombre en mi cerebro. Los mundos, razas y seres son incontables en este pequeño rincón de esta galaxia que no es sino un grano de arena que acabamos de empezar tímidamente a explorar.

—Ythrianos, ythrianos... espera. ¿Son esos que vuelan?

—Exacto. Con seguridad son una de las visiones más gloriosas de la creación. El ythriano no es tan pesado como el hombre, por supuesto. Los adultos apenas llegan a los veinticinco o treinta kilos, pero con las alas desplegadas miden más de seis metros. Cuando surcan el aire con sus plumas doradas brillando al anochecer o se inclinan ante el rugido del trueno o el silbido del viento...

—No te desvíes de la cuestión —le interrumpí—. ¿Ythri es un planeta de estilo terrestre?

—Sí, mucho. Es un poco más pequeño y seco que la Tierra, y tiene una atmósfera un poco más enrarecida, parecida a la de Eneas de hecho, del que no está muy lejos, hablando en términos de espacio interestelar. Se puede vivir allí sin protecciones especiales. La bioquímica es muy similar a la nuestra.

—Entonces, ¿cómo diablos pueden tener tal tamaño esas criaturas? La carga de las alas sería algo imposible de soportar si se dispusiera sólo de tejido celular que utilizara el oxígeno como fuente de energía. En tal caso nunca podrían despegar del suelo.

—Ah, pero ellos también cuentan con bolsas de aire —sonrió Pete, aunque no mucho—, que parecen tres parrillas, o algo semejante, colocadas a cada lado bajo las alas. En realidad son como fuelles, que se llenan y vacían mediante los músculos de las alas. Durante el vuelo penetra en la corriente sanguínea más oxígeno del habitual. Es un sistema biológico de sobrecarga.

—Bueno, te seré... no, no hagas caso —dije, al tiempo que pensaba con deleite en aquella nueva faceta de la capacidad de invención que poseía la naturaleza—. Umm... Pues si gastan un índice de energía tan elevado, deben tener un sistema alimentario semejante.

—Exacto. Son carnívoros. Algunos son todavía cazadores. Las sociedades

avanzadas se basan en la ganadería. En ambos casos, como es obvio, necesitan gran cantidad de carne animal, lo que representa muchos kilómetros cuadrados para alimentar a un solo ythriano. Por ello tienen un fiero sentido territorial. Viven en pequeños grupos; familias solas o tribus familiares que atacan con ánimo de matar a cualquiera que penetre en el territorio sin ser invitado a ello o que desobedezca una orden de salir de la propiedad.

—¿Y son, a pesar de ello, lo bastante civilizados como para tener a su servicio a humanos en la exploración del espacio?

—Ajá. Recuerda que, al ser voladores, nunca han necesitado reunirse en ciudades para tener unas comunicaciones bien desarrolladas. Es cierto que hay algunas poblaciones, minas y centros de manufacturación, pero los habitantes de éstas son en su mayor parte esclavos a los que se ha desprovisto de sus alas. Me alegra decir que tal institución va decayendo y acabará por desaparecer gracias a la maquinaria moderna fruto del comercio interestelar.

—¿El comercio? —pregunté.

—Sí —repuso Pete—. Cuando la primera Gran Exploración los descubrió, su cultura más avanzada estaba a la altura de la Edad del Hierro en cuanto a la tecnología; no había habido una revolución industrial, pero sí una gran cantidad de mentes muy sofisticadas, y sistemas filosóficos muy sutiles. —Hizo una pausa y luego prosiguió—. Es un punto importante para mi cuestión: que los ythrianos, por lo menos los que en la lengua planha se denominan choths, no son bárbaros ni lo han sido durante muchos siglos. Han tenido los equivalentes a Sócrates, Aristóteles, Confucio y Galileo, y también sus propios profetas y visionarios.

Tras un nuevo mutismo, siguió adelante:

—Pronto se dieron cuenta de lo que significaba la visita de seres de la Tierra, y comenzaron a surgir atractivos mercaderes y maestros. En cuanto tuvieron las ideas claras, enviaron a sus jóvenes más prometedores fuera del planeta a estudiar. En mi propia universidad encontré algunos, mediante los cuales me llegó posteriormente la oferta de empleo. Ahora poseen ya una pequeña flota espacial con varias tripulaciones enteramente nativas. Pero, como es fácil de comprender, escasean entre ellos los técnicos y carecen de expertos en varias áreas del conocimiento. Esa es la razón de que en ocasiones utilicen humanos.

Pete prosiguió describiendo al típico ythriano: de sangre caliente, cubierto de plumas como el águila dorada (aunque con las plumas dispuestas de un modo más intrincado), salvo una cresta que llevan en la cabeza. En lugar de pico, un hocico romo lleno de colmillos sobresale ante dos grandes ojos. La hembra es vivípara. Como la madre no nutre a los pequeños, éstos tienen labios con los que liban jugo de carne y plantas, por lo cual no les resulta imposible hablar con los humanos. Lo que en un principio eran las piernas, ha evolucionado hasta convertirse en brazos dotados

de tres dedos en forma de garra flanqueados por dos pulgares prensiles en cada mano. Cuando están en el suelo, las enormes alas se doblan y, con la ayuda de las garras laterales, les proporcionan un buen sistema locomotor. En tierra son lentos y pesados, pero en el aire... ¡Ah!

—Cuando remontan el vuelo son más vitales de lo que podamos llegar a ser nunca nosotros —murmuró Pete, que tenía ahora perdida la mirada en la estremecedora luminosidad que surgía sobre nuestras cabezas—. Así debe ser: con el elevado índice metabólico que poseen en estos momentos, con el espacio a su alrededor, y la velocidad, y el cielo, y cien vientos por los que cabalgar y por los que ser besados... Fue eso lo que me hizo pensar que Enherrian, en particular, debía tener una fe mucho más intensa de lo que nunca podría llegar a ser la mía. Yo le vi bailar con otros de su especie hacia lo alto, hacia el cielo, y trazar círculos, vueltas, espirales, mientras el sol fundía sus plumas en una silueta dorada; les pregunté qué estaban haciendo, y me respondieron que estaban rindiendo honores a Dios.

Suspiró y siguió adelante con su narración:

—Al menos así fue como traduje aquella frase planha, no sé si bien o mal. Olga y yo habíamos estado en un cursillo acelerado y todos nuestros compañeros de equipo ythrianos hablaban inglés, pero nadie dominaba a la perfección otra lengua más que la suya propia. Resultaba algo imposible. Sin embargo, qué gran milagro resultaba ver que las dos razas pensaran de un modo tan semejante, dados los miles de millones de años de existencia, historia y evolución por separado que habían transcurrido.

»Sin embargo, se podría decir que Enherrian era un ser religioso, al igual que yo, sin caer en una denominación demasiado grotesca. El resto de su raza variaba, igual que entre los humanos. Había algunos también devotos, otros menos, e incluso algún agnóstico o ateo; dos más eran paganos, y seguían un rito sangriento llamado la Vieja Fe. Respecto a ello, te diré que mi Olga —sus nudillos se aflojaron ligeramente cuando alargó el brazo para asir el vaso de coñac— había intentado, por mí, creer tal como yo lo hacía, pero no pudo.

»Bueno. La Nueva Fe me interesó más que el paganismo. Sólo se podía decir que era nueva comparada con la otra, pues tenía al menos la mitad de antigüedad que la mía. Esperé una ocasión para estudiarla, hacer preguntas y comparar ideas. En realidad no sabía nada excepto que era monoteísta, que tenía sacramentos y un sistema teológico aunque carecía de clases sacerdotales oficiales, que mantenía un sistema ético muy elevado y un magnífico nivel de moralidad... para los ythrianos, quiero decir. No se puede esperar de una raza que sólo vive de matar animales, que es incapaz por instinto de mantener lo que nosotros entendemos por una auténtica nación o gobierno, etcétera, etcétera, no se puede esperar, digo, que se parezcan mucho a los cristianos. Dios también les dio un mensaje muy distinto. Deseaba saber cuál. Era muy posible que pudiéramos sacar alguna conclusión —hizo una pausa—.

Después de todo... una fe con tan larga tradición... y una tradición no estática, sino viva, con una antigua historia de profetas, santos y creyentes... Creí que tendrían la idea de que Dios es amor. ¿Qué forma adoptaría el amor de Dios para los ythrianos?

Bebió un sorbo. Yo le imité y luego le pregunté con gran cuidado:

—¿Uh, dónde fue esa expedición?

Pete se desperezó en su sofá.

—A un sistema solar distante unos ochenta años luz de Ythri —respondió—. La tripulación original de observación había descubierto un planeta de estilo terrestre en aquel lugar. No se molestaron en ponerle nombre, pues aunque lo hicieran, los primeros colonos que llegaran allí le pondrían de todos modos el que ellos quisiesen. Aquellos colonos podían ser tanto humanos como ythrianos, e incluso era concebible que ambos, si lo permitía el ambiente.

»Informalmente, nuestro grupo lo llamó Gray, en honor del viejo capitán de la nave. El mundo aquel parecía brillante y prometedor. Tenía un tamaño intermedio entre la Tierra e Ythri, la gravedad en la superficie era ocho décimas de la terrestre, las radiaciones que recibía de un sol ligeramente más amarillento que el terrestre eran asimismo un poco más fuertes que las que recibía la Tierra, lo que representaba simplemente que sería un poco más caluroso; tenía una inclinación axial que producía variaciones estacionales, ligeramente menos acusadas que las terrestres; la duración de su circunvalación anual era unas tres cuartas partes de la nuestra y la duración de su día un poco menos de la mitad; tenía una pequeña luna brillante muy cercana a la superficie; la bioquímica era similar a la nuestra, y podíamos comer la mayor parte de los frutos y carnes nativas, aunque se haría necesario importar cosechas y ganadería para complementar la dieta. En general, todo parecía poco menos que perfecto.

—Un poco remoto para resultar atractivo para los terrícolas en esa época tan temprana —hice notar—. Y, por lo que se desprende de tu descripción, tampoco los ythrianos serán capaces de colonizarlo durante un tiempo.

—Ya lo han previsto —respondió Pete—. Además, están dotados de una innata curiosidad científica y hay en ellos, quizás en mayor grado que en los humanos que fueron con ellos en la expedición, un cierto espíritu de aventura. ¡Vaya, era algo maravilloso sentirse joven en aquel grupo!

Todavía no había alcanzado los treinta, pero aquella exclamación no había sonado como algo muy divertido.

Pete continuó con un gesto de la cabeza.

—Bueno, teníamos que asegurarnos de todo. Además de la planetología, la ecología, la química, la oceanografía y la meteorología, de aquellos millones y millones de misterios por desvelar, teníamos también que descubrir las trampas mortales del planeta, cualesquiera que fuesen.

»Al principio todo fue como miel sobre hojuelas. La nave nos envió hacia abajo,

pues yo no podía resistir mucho tiempo en órbita, y establecimos la base en el continente más grande. Pronto nuestro equipo de un centenar de miembros se dispersó por el globo, investigando esto y lo otro. Olga y yo formamos parte de un grupo que se dirigió a la costa sur, donde había un gran golfo rebosante de vida. Una fuerte corriente marina iba desde aquel lugar hacia el este, yendo a parar por fin a un archipiélago que la desviaba hacia el norte. Sobre aquellas aguas observamos unas inmensas, realmente inmensas extensiones —o, mejor, islas flotantes— de vegetación, de plantas entretrejidas con gran fuerza y tremendamente densas, donde pastaban monstruosas criaturas marinas y que sin duda contenían gran cantidad de plantas y animales de menor tamaño.

»Queríamos echar una mirada detenida, y el único avión con que contaba nuestra base no servía para la observación. Además, lo habían solicitado para una docena de trabajos. Sin embargo, teníamos algunos botes y lanzamos uno de ellos al agua. La tripulación estaba compuesta por Enherrian, su esposa Whell, sus hijos mayores Rusa y Arrach, mi bella esposa Olga y yo. Nos iba a costar tres o cuatro días de aquel planeta llegar hasta la atlántida vegetal más próxima a nuestra situación y luego íbamos a pasar al menos una semana antes de regresar: iba a ser como unas vacaciones, una diversión, un periodo de disfrute.

Pete acabó su vaso y extendió la mano hacia la botella.

—Te va a hacer daño —le reconvine.

—Es igual —repuso, al tiempo que levantaba los labios con un gesto de frialdad—. Entonces se nos echó encima. Era un huracán, algo impredecible, pues conocíamos muy poco sobre el planeta. Al ser mayor la energía solar que llegaba al planeta y, sobre todo, debido a la rápida rotación, la tormenta era mucho más violenta de lo que podría haber sido en la Tierra. Lo único que podíamos hacer era correr y rezar.

»Por lo menos, yo recé, e imaginé que Enherrian también lo hizo.

El viento aulló, ululó, golpeó la carne con golpes como puños y como hirientes y frías navajas. Las olas rugieron ante aquel aire embravecido, negro y verde y blanco marfil, y se perdieron de vista cuando el sol se ocultó tras una nube hinchada que lo alcanzó. En ocasiones un monstruo aparecía entre las olas como un castillo junto al bote. Éste se deslizaba, rodeado por murallas de agua, crujía en la cresta de las olas y volvía a bajar a las profundidades. El agua, helada, hiriente y de amargo sabor, extendía una capa sobre toda la longitud de la pequeña embarcación.

—Viviremos si seguimos disponiendo de espacio para maniobrar —había dicho Enherrian cuando rompió la primera embestida sobre ellos—. La embarcación está bien hecha. Los motores tienen amplia capacidad en kilovatios-hora. Si mantenemos la quilla en su sitio, viviremos.

Pero entonces estaban ya en poder de las corrientes, en el punto en que la

poderosa corriente del golfo se encontraba con las islas más exteriores y sus aguas se agitaban, retrocedían, se movían en remolinos y luchaban entre sí. Minuto a minuto, la marejada iba empeorando. Hacía crujir la nave. Por un momento quedó de costado al viento, y el oleaje rugiente batió el puente; la nave empezó a escorar peligrosamente y el casco sonó como si fuera a partirse en pedazos.

Pete, Olga y Whell estaban en la cabina tratando de descansar antes de la siguiente guardia, pero no había modo. La hembra ythriana clavó las manos y las garras de las alas en el armazón cubierto por una red donde solía dormir y no murmuró nada más. A la mortecina luz del único fluorescente que lucía sobre sus cabezas, y que producía sombras espesas e inquietantes, sus ojos brillaban como el topacio. No parecían estar mirando la estrechez que les rodeaba. ¿Qué miraban, pues?

Los humanos se habían asegurado con una cuerda a la litera inferior. Estaban abrazados y se ayudaban el uno al otro a luchar contra los saltos y balanceos que amenazaban con estrellarlos contra los tabiques.

—Te quiero —dijo ella una y otra vez, entre crujidos y golpes—. No importa lo que suceda, te quiero, Pete, y te agradezco todo lo que me has dado.

—Y yo a ti —respondió él.

«Y también a Ti —pensó—. Aunque Tú no te la vas a llevar, ¿verdad? A mí me da igual que me lleves, si ésa es Tu voluntad. Pero a Olga no. Dejarías a Tu criatura demasiado afligida.»

Un ala golpeó la puerta de la cabina. Apenas audible debido a la tormenta, la voz del ythriano, alta y silbante, pero emitida a pleno pulmón, gritó:

—¡Venid aquí arriba!

Whell obedeció al momento, y los Berg en cuanto se pusieron los chalecos salvavidas. Al no haber llevado consigo las unidades antigraavedad, no iban a poder volar libremente si eran arrojados por la borda. El crepúsculo se les echaba encima. Pete apenas vio a Rusa y Arrach a popa, luchando con la caña del timón. Enherrian se plantó ante él y señaló hacia delante.

—Mira —dijo el capitán.

Pete, que no estaba dotado como él de membrana nictitante, tuvo que protegerse los ojos formando una barrera con los dedos para poder ver a través del huracán. Vio una oscuridad aún más profunda que surgía de una muralla blanca; oyó el batir del oleaje.

—No podemos escapar —le dijo Enherrian—. Entre el viento y la corriente tenemos demasiada poca potencia. Es muy posible que acabemos naufragando, así que hay que hacer los preparativos oportunos para ello.

Olga se llevó durante un momento las manos a la boca. Se acurrucó junto a Pete y le susurró:

—¡Oh no!

Luego recuperó la fortaleza, se deslizó otra vez abajo, a la cabina, se aseguró lo mejor que pudo y empezó a reunir sus pertenencias más vitales. Pete se dio cuenta de que la amaba más aún de lo que había supuesto.

Sobre él se cernió también una extraña tranquilidad. Nadie tenía tiempo para el miedo. También él estaba muy ocupado. Los ythrianos sólo podían transportar una carga de equipo y pertrechos muy limitada, y más aún en aquellas condiciones. Los humanos, embutidos en sus chaquetas, tenían que llevar la mayor parte de la carga, que asieron a sus cuerpos lo más fuerte que pudieron.

Cuando volvieron a emerger, el bote estaba varado en un banco de arena. Enherrian les ordenó que tomaran el timón. Su esposa y sus hijos le rodeaban con las manos asidas a los barrotos con una fuerza indescriptible y las alas desplegadas para protegerse todo lo posible. El capitán subió a la cabina para echar una mirada al panorama. Sus órdenes, gritadas a pleno pulmón, llegaban a los Berg confusas y casi incomprensibles.

—¡Todo a la derecha! —Una catarata cayó sobre el casco. Cuando pasó, llegó de nuevo la oscuridad—. ¡Dos puntos a babor! ¡Mantenlo ahí!

El casco pasó apenas entre un par de rocas. Más adelante había una estrecha abertura en la escarpada faz de la isla. ¿Acaso iba a dar a un lago interior, a la seguridad? Las olas batían a ambos lados de aquel paso, igual que todo lo demás.

Era imposible pasar por la abertura. El bote golpeó algo y Olga cayó al suelo al tiempo que arrancaba a Arrach de su posición. Los motores a plena potencia en marcha atrás no pudieron liberar la pequeña embarcación. La cubierta se ladeó. Una ola tras otra golpearon el casco.

Pete se encontró en el agua, que le arrastró, le hundió y le devolvió a la superficie. El hombre pensó «en tus manos estoy, Señor. Salva a Olga, por favor, te lo ruego», y el mar le alzó nuevamente para que pudiera aspirar un poco de aire.

Revolvándose a ciegas, intentó calibrar la situación de los rompientes, y qué tenía que hacer. Si podía nadar o arrastrarse sobre el estómago, quizá lo lograría, quizá... estaba en la parte más alta de una ola gigante que le elevaba, le elevaba; la ola le lanzó hacia delante y todo lo que fue capaz de entender fue la velocidad endiablada con que estaba moviéndose. Vio ante sí el acantilado contra el que estaba a punto de estrellarse y se consideró ya muerto.

Unas garras le asieron de la chaqueta. El aire se alborotó a causa del movimiento de las alas. El ythriano no tenía fuerza para sacarle, pero sí al menos para mantenerle a salvo... Era lo único que necesitaba. Pete pasó por encima de la roca contra la que sus huesos tenían que haberse estrellado y dejó atrás la furia y el caos de la tempestad. El ythriano que le había salvado no tuvo tiempo para sí mismo. Pete vio desaparecer las plumas de su cabeza, como a él mismo le acababa de suceder, pero no volvió a salir.

Una y otra vez intentó localizarlo sin resultado. Él mismo se golpeó una vez, y otra, y otra, sin fin.

Por último, se encontró flotando en unas aguas simplemente alborotadas, rodeado por unas empalizadas oscuras a derecha e izquierda y con una playa de arena frente a sí. Volvió a mirar a la sobrecogedora lobreguez que dejara atrás y no descubrió nada.

—¡Olga! —gritó—. ¡Olga, Olga!

Unas alas surgieron de las sombras y se posaron sombrías junto a él.

—¡Vamos a la orilla antes de que la corriente del fondo se nos lleve! —gritó Enherrian, antes de dar media vuelta para buscar a la humana.

Pete nadó hasta la arena y allí cayó, dejándose llevar por la desesperación. Estuvo inconsciente largo rato. Cuando despertó de nuevo, Rusa y Whell estaban junto a él; Enherrian, tierra adentro, tiraba de una cuerda que había enrollado alrededor de un árbol. Olga flotaba en el otro extremo. No le quedaban fuerzas, pero tenía una sogá bajo los brazos y estaba viva.

Al llegar el alba, gris como el pelaje de un lobo, el viento había amainado hasta convertirse en un vendaval o quizás algo menos. Los acantilados protegían el lago interior y la playa de su furor. Por encima de sus cabezas todavía aullaba, y más allá de los rompientes el sonido del agua atronaba el aire con una furia que estremecía toda la isla. Pete y Olga estaban acurrucados el uno junto al otro y compartían una capa que les cubría los hombros. Enherrian se ocupaba de comprobar el material que habían salvado del naufragio. Whell estaba sentado sobre los huesos posteriores de sus alas y tenía la mirada perdida en dirección al mar. Por su gris plumaje resbalaba, brillante, un líquido parecido a lágrimas.

Rusa volaba frente a las rocas. Al cabo de un rato descendió.

—Ni rastro —dijo. Venía extenuado y casi le faltaba el aliento—. Ni del bote ni de Arrach.

En su cerebro, todavía nublado por todo lo sucedido, Pete advirtió con extrañeza el orden en que había pronunciado aquellas palabras.

No obstante... Se inclinó hacia los padres y el hermano de Arrach, que había sido tan hermosa y alegre y que con tanta dulzura había cantado para ellos en innumerables ocasiones a la luz de la luna.

—¿Cómo expresaros...? —empezó, para darse cuenta de que no disponía de las palabras del idioma planha que quería utilizar. Cambió de idioma y lo intentó en inglés—: ¿Cómo expresaros nuestro pesar ante esta pérdida?

—No es necesario —contestó Rusa.

—¡Ella murió por salvarme!

—Por salvarte a ti y también por el equipo que llevabas, que era vital para nuestra supervivencia —contestó Rusa, que iba recuperando sus energías. El ythriano alzó la

cabeza e irguió las plumas—. Nuestra muchacha tenía un buen orgullo de muerte.

Tiempo después, Pete, tratando de encontrarle sentido a aquella frase, aprendería lo que significaba aquel concepto ythriano. «Valor» no es palabra que lo traduzca de forma sufriente. Ciertas palabras del antiguo japonés se ajustarían más, aunque tampoco expresaran acertadamente lo que el ythriano había querido decir.

Whell volvió hacia él su mirada escudriñadora.

—¿Viste algo de lo que sucedió en el agua? preguntó. Pete no conocía lo suficiente a aquella ythriana para interpretar el tono en que estaba hablando, aunque en ese momento creía que era amoroso. Sí, sabía que, al tener aquellos seres épocas de celo muy marcadas, poseían unas motivaciones sexuales mucho menores que los humanos, pero que probablemente consideraban más valiosos a sus descendientes que los humanos a los suyos. El lazo más fuerte entre el macho y la hembra es su prole, que es en lo que se resume toda la vida.

—No... Yo... Me temo que no —balbuceó.

Enherrian alargó los brazos y depositó las garras con suavidad y durante un corto lapso de tiempo en la espalda de su esposa.

—Estate segura de que debió luchar muy bien —le dijo—. Debió honrar a Dios.

Pete se preguntó lo que significaba aquello: ¿Gloria? ¿Aprecio? ¿Adoración? ¿Deuda? «¿Significa esto que ella rezaba, o que se confesaba, mientras se ahogaba?» Aquella pregunta penetró profundamente en Pete a pesar de su cansancio y le hizo murmurar:

—Ahora estará en el cielo.

Una vez más, había tenido que recurrir al ánglico.

Enherrian le miró de una forma que el hombre hubiera jurado que estaba llena de sorpresa.

—¿Qué estás diciendo? Arrach está muerta.

—Pero su... su espíritu...

—Será recordado con orgullo —dijo Enherrian al tiempo que volvía a su trabajo.

Olga intervino esta vez en lugar de Pete:

—Así pues, ¿tú no crees que el espíritu sobreviva al cuerpo?

—¿Cómo podría ser así? —repuso en tono cortante el ythriano—. ¿Por qué tendría que ser así?

Sus movimientos, su postura, todo su plumaje añadía: déjame solo.

Pete pensó: «Bueno, hay muchas fes, incluso entre las superiores, e incluso algunas sectas que se llaman a sí mismas cristianas, que niegan la inmortalidad. ¡Qué triste me siento por estos amigos, que no saben que en algún momento se reunirán otra vez con sus seres amados! A pesar de lo que piensen, así será. No tiene sentido que Dios, que ha creado lo que existe en su bondad porque desea compartir la existencia con más seres, modele un alma sólo para romperla y eliminarla después.

No importa. Lo que hay que hacer es mantener viva a Olga en su querido cuerpo».

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó a continuación.

—Sí. Por favor, revisa el botiquín de urgencias —le contestó Enherrian.

El botiquín no había sufrido daños y estaba incólume dentro de su caja. Los productos para los humanos —estimulantes, sedantes, anestésicos, antitoxinas, antibióticos, coagulantes, curalotodos y el habitual etcétera—, superaban en mucho, naturalmente, los destinados a los ythrianos. No se ha dispuesto todavía de tiempo para poner a punto una farmacopea para las últimas especies descubiertas. Es cierto que hay medicamentos que funcionan bien en ambas razas, al igual que la cirugía y el equipo de chequeo. Pete distribuyó unas pastillas que eliminaban el dolor de las heridas y rasguños y la pesadez de los músculos. Mientras tanto Rusa recogía leña. Whell encendió una fogata y cuidó de que no se apagara, y Olga hizo el desayuno. Había bastante comida, la mayor parte congelada y liofilizada, un fogón para cocinarla, algunas herramientas como cuchillos y un hacha, una cuerda, retales de ropa, una lámpara de emergencia, dos armas y abundantes recambios: era lo que necesitaban para sobrevivir.

—Será insuficiente —dijo Enherrian—. La radio portátil se hundió con Arrach, y el transmisor de la embarcación no pudo enviar ningún mensaje en medio de la tormenta, y ahora está también en el fondo del mar. Desde el aire no se puede ver nada, y no hay el suficiente metal para que un detector lo encuentre.

—Bueno, ya saldrán a buscarnos en cuanto el tiempo mejore un poco —respondió Olga. Tomó la mano de Pete entre las suyas, y él notó el calor que le transmitía.

—Eso si su nave aérea ha sobrevivido al huracán, cosa que dudo —dijo Enherrian—. Estoy convencido de que el campamento también habrá sufrido sus efectos. No se había construido refugio alguno para la nave aérea, y nuestra gente debe haber estado tan ocupada salvándose a sí misma que no lo habrán llevado a lugar seguro, por lo que creo que aquella delicada lata estará rota y fuera de uso. Si tengo razón, tendrán que pedir una nave de otra parte, y quizá no pueda llegar enseguida. En todo caso, nosotros debemos estar en un punto desconocido de una enorme extensión de terreno y la expedición no cuenta ni con los medios ni con el personal para buscarnos indefinidamente. Nos buscarán, claro, pero si no nos encuentran en un plazo que ellos mismos fijarán según les parezca...

Las plumas del rostro y del cuello se le erizaron; el gesto humano que correspondía era un encogimiento de hombros.

—¿Y... qué podemos hacer? —preguntó la muchacha.

—Limpiaremos una zona de bastante magnitud de todo rastro de vegetación y le daremos una forma claramente artificial; reuniremos combustible para hacer hogueras que puedan atraer a un posible avión que venga a buscarnos... Haremos lo que esté en nuestras manos. Si eso no nos conduce a nada, hablaremos de si se construye una

balsa o algo parecido.

—O bien podríamos intentar modificar la chaqueta salvavidas para que me la pusiera yo —sugirió Rusa— e intentaría llegar volando a tierra firme.

Enherrian asintió.

—Tenemos que calcular las posibilidades, pero antes vale más que descansemos de verdad.

Los ythrianos, dispuestos sobre sus alas plegadas como si fueran ídolos de algún pueblo olvidado, se durmieron rápidamente. Pete y Olga se sentían todavía un tanto excitados y se alejaron un poco, cogidos de la mano.

Sobre la playa envuelta en rocas, la isla se elevaba hacia una cresta montañosa que calcularon distaba unos tres kilómetros. Si aquello era el centro de la isla, su extensión no era muy considerable. Tampoco divisó un refugio que resultara adecuado. Una alfombra de plantas musgosas de un verde intenso descartaba cualquier posibilidad de que hubiera un bosque. Sólo algunos árboles aislados se alzaban de tanto en tanto, con las ramas sacudidas por el viento. Pete se fijó en uno en especial que había en la cumbre de un gran afloramiento cerca de donde se encontraban, dotado de un tronco delgado y oscuro y unas ramas orladas de delicadas hojas, que brotaban de él sin orden ni concierto. Unos capullos, arrancados de sus pedúnculos, volaban arrastrados por el viento y les maravillaron con sus vívidos colores, pero no había nada en aquel lugar de lo que pudieran vivir, y Pete no tenía muchas esperanzas de aprender a tiempo el modo de capturar el equivalente al pescado de aquel planeta.

—Son extraños, ¿no es verdad? —murmuró Olga.

—¿Cómo? —repuso Pete, abstraído por sus preocupaciones. Olga señaló a los ythrianos.

—Ellos. El modo en que han actuado ante la muerte de la pobre Arrach.

—Bueno, no se les puede juzgar según nuestro modelo. Quizá no sientan el dolor de la misma manera que nosotros, o bien su cultura les exige adoptar una postura estoica —aventuró Pete, que se quedó mirándola—. Para ser franco, querida, yo tampoco puedo afligirme. Me siento demasiado feliz por tenerte conmigo después de todo lo sucedido.

—Y yo... ¡Oh Pete, Pete! Yo... yo te...

Encontraron un rincón apartado e hicieron el amor. No encontraron en ello nada malo. ¿No estaban más cerca que nunca de la maravilla que era Dios?

Después regresaron adonde se encontraban sus compañeros. Allí les despertó, horas después, el batir de unas alas. Se irguieron en sus lechos de arena y vieron a los ythrianos que volaban sobre el lugar.

El viento todavía soplaba fuerte y sonoro, aunque se iba haciendo inconstante, decreciente, llenándose de torbellinos y remolinos. Las nubes casi habían

desaparecido por completo. Las pocas que quedaban reflejaban tonos dorados y cálidos anaranjados del suave sol que desaparecía por el oeste entre el azul sereno del firmamento. El lago había adquirido un tono púrpura y el exuberante verdor irradiaba brillantez. El ambiente se había calentado y los ricos aromas de las flores y la tierra se mezclaban con el salado sabor del mar.

Y en el cielo, espléndidos, bailaban Enherrian, Whell y Rusa. Daban vueltas, se remontaban, bajaban en picado y volvían de nuevo hacia la luz que arrancaba reflejos multicolores a sus alas. Estaban cantando, y fragmentos de su canción llegaban a los humanos que les contemplaban desde el suelo.

«Alto vuela tu espíritu mecido por innumerables vientos... y siempre será recordado...»

—¿Qué es eso? —suspiró Olga.

—¿Qué? Ellos están... —De repente Pete se iluminó al adivinar la respuesta—. Están haciendo un funeral por Arrach.

Se arrodilló y rezó una plegaria por el descanso del alma de quien le había salvado, pero se preguntó si aquella criatura, que pertenecía al aire, quería realmente descansar en paz. Sus ojos no podían apartarse de la familia que volaba en lo alto.

Enherrian lanzó el grito de los cazadores y se lanzó hacia el suelo. Se dirigió a una velocidad meteórica hacia el afloramiento de rocas que Pete había observado anteriormente; por un instante, el corazón del humano latió violentamente pensando que se iba a estrellar, pero pronto lo vio remontar el vuelo, triunfante.

Pasó junto al árbol ladeado de ramas delgadas. Una racha de viento le golpeó y el borde afilado como una cuchilla de una de las ramas partió el ala izquierda del ythriano. La sangre afloró; la sangre ythriana, que es de color púrpura real. Como pudo, Enherrian dio la vuelta y cayó a tierra en mala posición en la escarpada cima justo detrás del que en adelante denominarían el árbol cirujano.

Pete asió el botiquín de urgencias y corrió hacia él. Olga gimió brevemente y le siguió. Cuando llegaron al lugar, vieron que Whell y Rusa estaban arrancándose plumas en un intento de taponar con ellas la herida.

Pasó la tarde, la noche, el día, otra tarde, otra noche.

Enherrian estaba sentado frente a una hoguera, cuya luz ondulaba, haciéndole aparecer entre las sombras con un reflejo rojizo y medio ocultándole a continuación; sólo sus ojos amarillentos estaban iluminados permanentemente. Su esposa y su hijo le cuidaban. Las vendas, el congelamiento celular y un sustitutivo del plasma habían hecho su labor y estaba ya en condiciones de hablar con voz débil y quebrada. Las vendas de su muñón tenían un brillante reflejo blanco.

Alrededor de ellos había multitud de arbustos que, de día, aparecían bajos y llenos de hojas bermejas. Llenaban una hondonada al otro lado de la isla, a la que habíamos transportado a Enherrian en una litera improvisada. Despedían un olor fétido, y la

atmósfera había recobrado su habitual temperatura cálida subtropical. Las plantas se adherían a sus pies con móviles zarcillos. Sin embargo, aquel era el punto más abrigado que sus compañeros pudieron encontrar, y se había hecho necesario transportarle allí, pues una nueva tormenta en aquella playa abierta quizá le mataría.

Enherrian observó a los Berg a través del humo y les vio sentados lo más cerca que podían el uno del otro. El oleaje se hizo oír débilmente bajo sus palabras, aunque ni una hoja se movía en la inquietante oscuridad, cuando empezó a hablar:

—He oído decir que tu raza es capaz de regenerar otra vez un miembro perdido.

Pete no respondió. Lo intentó pero no pudo. Fue Olga la que finalmente tuvo el valor de decir:

—Sólo podemos hacerlo con nosotros. No podemos hacerlo con nadie de otra raza.

Tras esto, reclinó la cabeza sobre el pecho de su marido y se echó a llorar.

Y es que se necesita gran cantidad de investigaciones para desenmarañar un código genético, y grandes adelantos para lograr que las moléculas de la herencia repitan lo que se elaboró en el útero de la madre. La ciencia todavía no ha dispuesto del tiempo suficiente para lograrlo con otras razas. Y nunca podrá hacerlo con todas, puesto que hay demasiadas.

—Es lo que pensaba —dijo Enherrian—. Ni creo que haya posibilidades de desarrollar una prótesis adecuada durante lo que me resta de vida. Ahora sólo me quedan unos pocos años; los ythrianos que no pueden volar enferman y decaen en poco tiempo.

—¿Y las unidades antigravitatorias? —titubeó Pete.

En los ojos del herido surgió un brillo de desdén. ¿Vulgar metal para elevar a quien tuviera alas?

Fieros y arrogantes como son los ythrianos, sus esclavos, a quienes cortan las alas, nunca intentan rebelarse, pues se consideran sólo medio vivos. Podrían compararse con el macho humano castrado. Enherrian podría seguir abriendo el ala que la quedaba y el otro muñón para llenar de aire su sangre, pero nada lograría con aquella energía extra, que se volvería contra él y le corroería el cuerpo, y quizás al final hasta la mente.

Whell depositó un brazo sobre él durante un breve instante.

—Mañana harás una señal —dijo Enherrian—, y empezarás a trabajar con ella. Ya hemos malgastado demasiado tiempo.

Antes de acostarse, Pete se las arregló para quedarse a solas con Whell.

—Bueno, ahora necesita un cuidado constante, ¿comprendes? —le susurró bajo la acre lobreguez del lugar en que se hallaban—. La droga que le he dado le ha recuperado del shock, pero no va a tolerar una nueva dosis y quedará muy débil.

Ella asintió más con un movimiento de sus plumas que con palabras. Luego, en

voz alta, dijo:

—Olga puede cuidar de él. Ella no puede moverse con la misma facilidad que Rusa o yo, y tampoco tiene la misma fuerza física que tú. Además, puede encargarse de preparar las comidas y cosas así para los demás.

Pete asintió, con ademán ausente. Temía las explicaciones.

—Este... Mmm... ¿crees tú...? Bueno, quiero decir, según vuestra ética, según la Nueva Fe... ¿crees que Enherrian desearía terminar con su propia vida?

Al decir esto se preguntaba si Dios podría culpar verdaderamente al capitán por tomar tal decisión. Las alas y la cola de la ythriana se desplegaron, irguió el pecho y sus ojos brillaron.

—¿Cómo te atreves a decir tal cosa? —exclamó. Al ver lo preocupado que dejaba al humano, emitió un krrr que debía corresponder a una carcajada—. No, no. Tiene su orgullo de morir. Nunca le quitaría a Dios su honor.

Tras efectuar una exploración y algunas pruebas, se decidió que talarían una zona de terreno en forma de una cruz gigante y la limpiarían de hierba. Aquellas plantas no podían quemarse y la poca madera que podía arder era demasiado escasa y proporcionaba demasiado poco humo para ser de utilidad para un eventual rescate.

El grupo carecía de machetes y la alfombra vegetal era espesa y dura; el trabajo se hacía brutalmente pesado. Pete, con Whell y Rusa, volvían al campamento y caían dormidos al instante. No lograba levantarse hasta la mañana, en que engullía la comida y salía hacia el trabajo. Estaba adelgazando, llevaba una barba de varios días, tenía un aspecto repulsivo y parecía que su cerebro no funcionaba. Le dolía cada célula del cuerpo.

Por ello no se daba cuenta de que Olga languidecía. Enherrian iba mejorando poco a poco bajo sus cuidados. Olga hacía sus tareas, que eran ligeras en comparación con las de los demás, y le hubiera avergonzado mucho quejarse de dolores de cabeza, vértigos, diarreas y náuseas. Sin duda alguna se imaginaba que sus dolencias eran simplemente una reacción psíquica ante los desastres por los que habían pasado, más la dieta superficial y mal equilibrada que consumían, todo ello añadido al calor y al fulgor de aquel sol. Estaba segura de que podía sobreponerse a su estado.

Los días se hacían demasiado cortos para trabajar, y las noches demasiado cortas para descansar. Lo que más temía Pete era que pasara algún avión de búsqueda y se desvaneciera en el horizonte antes de que los ythrianos pudieran salir a avisarlo. En tal caso tendrían que confiar en enviar a Rusa en busca de ayuda. Pero aquel vuelo podía ser largo y estar lleno de trampas, y además el campamento de la costa sería desmantelado seguramente dentro de poco, si es que aún existía.

En ocasiones Pete se preguntaba cómo se las podrían arreglar Olga y él en el caso

de ser abandonados en el planeta. Todavía tenía arrestos para descartar tales ideas y seguir lúcido. Por ejemplo, se daba el hecho simple y comprobado de que la falta de ciertas vitaminas en la vida nativa...

Entonces fue cuando, en uno de los periodos de oscuridad, quizás una semana después del hundimiento de la embarcación, le despertó el lloriqueo de su esposa que susurraba su nombre. Él luchó por espabilarse un poco. Ella estaba junto a él, y la luna del planeta Gray, casi llena, lucía con más brillo que la Luna. Su brillo apagaba la mayor parte de las estrellas, helaba los arbustos de la zona que habían invadido y caía sin piedad iluminando las mejillas hundidas y los ojos desvaídos de su esposa. Olga se refugió en sus brazos y oyó cómo le castañeteaban los dientes.

—Tengo frío, querido, mucho frío —decía Olga en mitad de aquella noche de verano subtropical. Poco después empezó a vomitar encima de él y a continuación se puso a delirar.

Los ythrianos le ofrecieron toda la ayuda que pudieron, y él todas las medicinas que tenía a su alcance. Al amanecer (una atroz mezcla de rosas, dorados y azules combinadas con el jubiloso aletear de las aves acuáticas), Pete se dio cuenta de que Olga se estaba muriendo.

Repasó su propio estado físico con un mecanismo que había descubierto en su propio cráneo: sí, su estado próximo al abatimiento total no se debía al exceso de trabajo, ahora lo comprendía; él también había sufrido dolores de estómago y temblores ocasionales, no desde luego como el decaimiento que mostraba su esposa, pero sí parecido a aquellos síntomas. Sin embargo, los ythrianos parecían encontrarse bien. ¿Acaso se trataba de un germen local que afectaba a los humanos mientras que la otra raza permanecía invulnerable?

El equipo de rescate, que llegó a la isla dos días del planeta más tarde, tenía ya la respuesta. Aquel género de arbustos que les servía de refugio estaba extendido por todo el planeta. En algún lugar, uno de los equipos de trabajo había analizado sus vapores tras haber enfermado alguno de sus miembros, lo que les había obligado a utilizar otra vez los trajes espaciales. Los vapores habían resultado ser un veneno acumulativo que afectaba al hombre, pero que apenas tenía influencia en el cuerpo de los ythrianos. Los analistas los habían denominado arbustos del infierno.

Por desgracia, el informe de aquel grupo no había sido transmitido hasta después de que zarpara el bote. Mientras Pete había estado casi todos los días en el campo, Olga había permanecido casi constantemente en la hondonada, sobre la que el sol creaba lentamente unas condiciones muy propicias para la evaporización de la humedad de los arbustos.

Whell y Rusa volvieron inexorablemente al trabajo. Pete necesitaba partir. No estaba seguro de la razón, pero tenía que estar solo para gritarle al cielo:

—¿Por qué? ¿Por qué le has hecho esto, Señor? ¿Por qué?

Enherrian era ahora quien atendía a Olga, que le había devuelto a él a una vida que ya no quería. Pete había parado los barboteos, molestias, temblores y ataques de dolor de su esposa mediante una inyección. Tenía que seguir dormida en paz hasta que le llegara una muerte que los instrumentos del monitor señalaban como inevitable si no se acudía con toda urgencia a los servicios de un hospital.

Pete se encaminó tambaleándose hacia las alturas. El mar estaba en calma bajo el apacible firmamento. Alrededor de la isla viviente lucían miles de tonos de color, desde el azul hasta el verde. Se arrodilló en medio de todo aquel vacío y formuló una pregunta.

Una hora después estuvo en condiciones de decir «hágase Tu voluntad» y volver al campamento.

Olga estaba despierta.

—¡Pete, Pete! —gritó.

La angustia le distorsionaba la voz hasta hacerla irreconocible; Pete casi no la reconoció bajo aquella sudorosa y amarillenta epidermis y aquel cabello lacio que le caía sobre el cuerpo, casi reducido al esqueleto, que despedía un hedor insoportable; Olga se aferraba con energía a él, le clavaba las uñas y le decía:

—¿Dónde estabas? ¡Abrázame! ¡Me duele, ah! ¡Cómo me duele!

Pete le puso una segunda inyección, que tuvo menos efecto que la primera.

Nuevamente se arrodilló, esta vez al lado de su esposa. Nunca me contó lo que dijo entonces, o cómo lo dijo. Al final Olga se quedó tranquila, asida a él con las escasas fuerzas que le quedaban, y esperó a que se le pasara el dolor.

Cuando Olga murió, me contó Pete, fue como ver apagarse una luz.

Pete la dejó en el suelo, le cerró los ojos y las mandíbulas y le unió las manos sobre el pecho. Con pasos mecánicos se dirigió a la cabaña que habían alzado para Enherrian. El lisiado le esperaba con aire de tranquilidad.

—¿Ha caído?

Pete asintió.

—Así está bien —dijo Enherrian.

—No —se oyó decir, en tono áspero y remoto—. No tendría que haberse despertado. La droga que le di debería haberla... ¿Le diste tú acaso una inyección estimulante? ¿Fuiste tú quien la hizo sufrir otra vez?

—¿Y qué otra cosa iba a hacer si no? —dijo Enherrian, aunque estaba desarmado y Pete tenía un garrote a su alcance—. ¿Privarle de su destino? —siguió en un arranque—. Vi que tú, loco de inquietud, habías medido mal lo que le habías inyectado. Te habías marchado y yo no podía seguirte. Podía morir antes de que tú volvieras.

Fuera de sí, Pete miró atónito a los ojos de su interlocutor.

—¿Quieres decir —dijo, sacudiéndole— que ella... no debía...?

Enherrian se arrastró —pues con una única ala no podía hacer otra cosa— y tomó de las manos a Pete.

—Amigo mío —musitó, en un tono de inconmensurable piedad—, yo os tenía demasiado respeto a ambos para negarle a ella su orgullo de morir.

Lo más real para Pete en aquel momento eran las frías garras del ythriano clavadas en su carne.

—¿Acaso lo entendí mal? —preguntó ansiosamente Enherrian—. ¿Acaso no querías que le presentara batalla a Dios?

Hasta en Lucifer las noches acaban alguna vez. La aurora se anunciaba ya en el resplandor de las colinas cuando Pete terminó su relato. Vacié los últimos centímetros cúbicos de bebida en nuestros vasos. No teníamos nada que hacer durante aquel día.

—Ya entiendo —dijo—. Fue una confusión semántica entre culturas diferentes. Aun con la mejor voluntad del universo, dos seres de diferentes planetas, o simplemente de diferentes países, pueden dar por sentado en ocasiones que sus sistemas de pensamiento son iguales, y los resultados pueden ser trágicos.

—Eso fue lo que yo creí al principio —me contestó Pete—. Yo no tenía que perdonarle nada a Enherrian, pues ¿cómo iba a saberlo él? Por su parte, cuando enterramos a mi esposa él estaba confuso. En Ythri la costumbre es lanzar los muertos desde gran altura a las espesas selvas del planeta, pero a ninguna raza le gusta ver pudrirse a los seres que han amado, así que hizo todo lo que pudo por su parte para ayudarme.

Bebió de su vaso, fijó la mirada en el cruel resplandor del sol todo el rato que fue capaz y murmuró:

—Lo que no pude hacer fue perdonar a Dios.

—El problema del mal —dije yo.

—No, no. He estudiado esos asuntos durante los últimos años. He leído teología, he conversado con sacerdotes, lo he repasado todo. ¿Por qué permite Dios, si es todo amor y sabiduría, la existencia del mal? Bien, hay una respuesta perfectamente cristiana para tal pregunta. El Hombre —o los seres inteligentes en general—, tienen que disponer de su libre albedrío. Si no fuera así, seríamos marionetas sin razón alguna para existir. El libre albedrío incluye necesariamente la capacidad de actuar mal. Estamos aquí, en el cosmos, durante nuestra vida, para aprender a ser buenos según nuestra propia elección, sin vernos forzados a ello.

—Lo siento, he hablado de un modo vulgar —me disculpé—. Es todo ese coñac que hemos tomado. Por supuesto, tu lógica es correcta, tanto si acepto tus premisas como si no. A lo que me refería era al problema del dolor. ¿Por qué permite un Dios misericordioso una agonía dolorosa si es innecesaria? Si es omnipotente, no debe actuar de este modo.

»No me refiero a esa sensación que te advierte de que has de apartar la mano del fuego para no quemarte o cualquier otra reacción útil de ese tipo. Me refiero a esos accidentes debidos al azar que terminan con una vida o con una inteligencia —tomé un nuevo sorbo—. Como lo que le ocurrió a Arrach, o a Enherrian, a ti, a Olga y a Whell. O lo que ocurre cuando uno enferma, o cuando tiene lugar una de esas catástrofes que llamamos actos divinos. O el lento decaer de los hombres cuando llegan a la vejez. Me refiero a todos esos horrores. No importa que la ciencia haya eliminado algunos de ellos; todavía quedan bastantes, y también está el hecho de que nuestros antecesores los sufrieron todos.

»¿Por qué? ¿Cuál es la razón? ¿A qué posible propósito sirven? No basta con declarar que recibiremos una recompensa infinita tras nuestra muerte, y por tanto no hay diferencia alguna entre una vida agitada y otra apacible. No hay explicación para eso. ¿Es ése el problema que estás tratando de solucionar, Pete?

—En cierto modo —asintió con cautela, como si ya tuviera la edad de su padre—. Por lo menos, es el principio del problema. Mira: ahí estaba yo, aislado entre los ythrianos. Mis compañeros humanos me expresaban sus condolencias y se portaban bien conmigo, pero no me podían ayudar en nada que yo no hubiera discutido ya mil veces. Sin embargo, la Nueva Fe... Escucha: estuve a punto de convertirme. Lo que yo esperaba era una iluminación, algo nuevo que me ayudara a encontrar un sentido cristiano para nuestras pérdidas. Enherrian estaba tan seguro, tan imbuido de sus creencias...

»Estuvimos hablando y hablando mientras yo iba recuperando la salud. Él estaba tan interesado en la conversación como yo. No se trataba de que él pudiera comprender nuestros problemas según sus esquemas mentales. Hasta ahí era sencillo. Pero descubrimos que la Nueva Fe no tiene una respuesta satisfactoria para el problema del mal. Esta dice que Dios permite la maldad para que podamos conseguir la gloria en la lucha por el bien. En realidad, si lo consideras, ves que se trata de un argumento muy débil, especialmente si lo expresan esos ythrianos carnívoros, ¿no te parece?

—Tú les conoces, yo no —suspiré—. ¿Quieres decir que ellos tienen una respuesta mejor para el problema del dolor de la que te proporciona tu propia religión?

—Por lo menos parece mejor.

Había un ligero tono de desesperación en sus palabras, apenas musitadas:

—Ellos son cazadores, o lo han sido hasta épocas muy recientes. Y así es como consideran a Dios: como el Cazador. No el Torturador, tienes que comprender perfectamente este punto. El Dios-Cazador se complace con nuestra felicidad del mismo modo que nosotros nos complacemos ante los brincos de los animales a los que cazamos. Sin embargo, al final, Él viene a buscarnos, y nuestro momento más

noble es cuando, sabiendo que Él es irresistible, le ofrecemos una buena batalla, cuando nuestra caza se convierte para Él en una buena lucha.

»Entonces Él consigue un nuevo honor, y hace merecedora a su presa de una recompensa infinita (¿la misma quizá que cuando se le rinde adoración o alabanza a mi Dios? ¿Cómo saberlo?). Entonces morimos, desaparecemos, quedamos como mucho durante algunos años en el recuerdo de aquellos que nos han sobrevivido. Y para eso es para lo que estamos aquí. Esa es la razón de que Dios haya creado el universo.

—Y esa creencia es muy antigua —dije—. Y no sólo es una idea de unos cuantos chiflados. En absoluto. Tal creencia la han mantenido durante siglos millones de seres sensibles, inteligentes y educados. Se ha vivido por esos ideales, y se ha muerto también por ellos. Si eso no resuelve cada una de tus paradojas, por lo menos sí que te aclara alguna de las que tu fe no alcanza a solucionar. Este es el dilema en que te encuentras, ¿verdad?

El asintió una vez más.

—Los sacerdotes me han dicho que rechace un credo falso y que reconozca un misterio, pero ninguna de ambas cosas me parece correcta. ¿O es que estoy pidiendo demasiado?

—Lo siento, Pete —le respondí yo, de un modo tan franco y honesto como el que él había empleado conmigo. Me dolió hacerlo—. ¿Cómo crees que podría saberlo yo? En una ocasión me asomé al abismo y no encontré nada. Desde entonces no he vuelto a asomarme a él. Tú sigues mirando. ¿Cuál de los dos es más valeroso?

»Quizá puedas encontrar una guía en la figura de Job. No lo sé. Te repito que no lo sé.

El sol empezaba a brillar cada vez un poco más por encima de aquel horizonte ardiente.

Tarde o temprano o nunca jamás

Gary Jennings

Dice Gary Jennings: «Nací en Virginia y he pasado la mayor parte de mi vida en Nueva York y ahora vivo felizmente en una ciudad de las montañas mexicanas cubierta de flores. Durante diez años trabajé como publicista, pero finalmente corté con las oficinas de Madison Avenue para dedicarme a trabajar como escritor independiente. Desde entonces, he publicado seis libros no dedicados a la ciencia ficción y muchos cuentos cortos y artículos que han aparecido en casi todas las revistas americanas. Los relatos de fantasía que escribo de tanto en tanto son mi válvula de escape, o más bien la que necesita mi cordura entre tantos rollos como tengo que escribir en ocasiones».

Nosotros garantizábamos en la introducción que para este cuento hicimos en la revista, que sería una de las piezas más divertidas que se podrían leer en mucho tiempo, y desde entonces no hemos recibido queja alguna de nuestros lectores.

La tribu de los anula, al nordeste de Australia, asocia el pájaro-dólar con la lluvia, hasta llegar a llamarlo el pájaro de la lluvia. El hombre que tiene ese pájaro como su tótem puede hacer llover en una charca determinada. Toma una serpiente, la introduce viva en la charca y, tras tenerla sumergida en el agua cierto tiempo, la saca, la mata y la deposita junto al lecho del río que quiere llenar de agua. Luego fabrica un haz en forma de arco con tallos de hierba en imitación del arco iris y lo coloca sobre la serpiente. Después, lo único que hace es cantar sobre la serpiente y el arco iris de hierbas; tarde o temprano, la lluvia caerá.

SIR JAMES FRAZER

La rama dorada

Reverendísimo Orville Dismey
Deán de Vocaciones Misioneras
Colegio Protestante Southern Primitive
Grobian, Virginia
Reverendísimo señor:

Ha pasado muchísimo tiempo desde que nos despedimos, pero la cita de Frazer quizá le ayude a recordarme: Soy Crispin Mobey, su antiguo alumno en el querido y añorado SoPrim. Como sea que se me ha ocurrido que quizás

haya oído usted sólo un relato superficial sobre mis actividades en Australia, le envío la presente para que así tenga un informe completo.

Por ejemplo, debo en primer lugar refutar cualquier información que haya podido llegar a su conocimiento procedente del Sínodo del Pacífico de los Protestantes Primitivos sobre que la misión que he desarrollado entre la tribu de los anulas no haya tenido ningún éxito digno de mención. Si en algo he ayudado a que los anulas se alejen de los sortilegios paganos —y este es un hecho cierto—, creo que habré contribuido sin duda a acercarlos mucho más a la palabra de Dios, y que mi misión habrá valido lo que costó.

Asimismo, para mí ha representado la realización de un sueño acariciado toda mi vida. Ya de niño, en Dreer, Virginia, me veía como un futuro misionero que recorrería los rincones más atrasados y faltos de luz de este mundo, y toda mi vida me comporté de modo que pudiera llegar a realizar plenamente la visión que llevaba en mi interior. Entre los jóvenes más incultos y rudos de Dreer a menudo se me llamaba, con una especie de respetuosa actitud, «ese Cristo Mobey». Yo, con toda la humildad del mundo, deploraba el hecho de que me pusieran en tal pedestal.

Pero cuando entré en los sagrados muros del Colegio Southem Primitive mis, hasta aquel momento, vagas aspiraciones encontraron su verdadera dirección. Fue durante el último curso en mi querido y añorado SoPrim cuando descubrí el compendio antropológico en doce volúmenes La rama dorada, escrito por Sir James Frazer, en el que se hallaba un relato sobre la pobre y abandonada tribu de los anula. Hice unas investigaciones y descubrí para alegría mía que la mencionada tribu existía todavía en Australia, y que estaba aún tan desgraciadamente necesitada de la Salvación como lo había estado en la época en que Frazer escribiera sobre ella, y que tampoco había acudido nunca ninguna misión de los Protestantes Primitivos a redimir a aquellas pobres almas. Era incuestionable, me dije a mí mismo, que la necesidad, la oportunidad y el hombre se conjugaban milagrosamente. Entonces empecé a presionar para conseguir que el Consejo Misional me concediera el permiso para el adoctrinamiento de los olvidados anulas.

No fue asunto fácil. Los regidores se quejaron de que estaba a punto de sufrir un fracaso catastrófico en asignaturas básicas de la carrera eclesiástica tales como Gerencia de Ofertorios, Histriónica o Canto Nasal. Pero usted, deán Dismey, vino en mi ayuda. Recuerdo todavía la discusión que tuvo usted por mí: «Efectivamente, las notas académicas de Mobey tienden a la C, pero tengamos la bondad de ponerle una C de celo, mas que de cero, y otorguémosle su petición. Sería un crimen, caballeros, que no enviáramos a Crispin Mobey al Outback australiano».

Creo que el presente informe sobre mi misión demostrará que la fe que depositó usted en mí, deán Dismey, no estaba fuera de lugar. Diré, modestamente, que durante mis viajes por la gran isla fui descrito en multitud de ocasiones como «el verdadero retrato de un misionero».

Hubiera de buena voluntad aceptado trabajar para costearme el pasaje a Australia e internarme en el Outback con mis propios recursos, e incluso vivir en el mismo estado primitivo que mi grey mientras les enseñaba la palabra de Dios. En lugar de ello, quedé muy sorprendido al encontrar una generosa aportación que la Fundación Mundial de Misiones ponía a mi disposición; era, de hecho, demasiado generosa, pues todo lo que pretendía llevar conmigo eran algunos abalorios y cuentas.

—¡Lentejuelas! —exclamó el tesorero del buró de Misiones cuando presenté la solicitud—. ¿Pretende usted gastarse toda la ayuda económica en cuentas de cristal?

Intenté explicarle lo que había aprendido por mis lecturas. Los aborígenes australianos, si lo había entendido bien, son la gente más primitiva de la tierra. Son un resto viviente de la Edad de Piedra y no han llegado en la escala evolutiva ni a desarrollar el arco y las flechas.

—Mi querido muchacho —dijo amablemente el tesorero—, las cuentas y abalorios son de la época de Stanley y Livingstone. Le iría mucho mejor llevarse un carro de golf eléctrico para el jefe y pantallas de lámpara para sus esposas..., Las usan como sombreros, ¿sabe?

—Los anulas no han oído hablar del golf, ni llevan sombreros. En realidad, no llevan nada en absoluto.

—Todos los mejores misioneros —dijo con tono bastante frío el tesorero— están locos por las pantallas...

—Los anulas son prácticamente cavernícolas —insistí yo—. No tienen cucharas, ni lenguaje escrito. Tienen que ser educados partiendo de poco más que un mono. Quiero llevarme las lentejuelas para captar su interés, para mostrarles que soy amigo suyo.

—El rapé siempre es bien recibido —intentó mi interlocutor como último recurso.

—Lentejuelas —repuse con firmeza.

Como podría usted deducir de las facturas, mi asignación cubrió una tremenda cantidad de abalorios multicolores de cristal. En realidad debería haber esperado a comprarlas en Australia y evitarme así la excesiva factura por el transporte, pues llenaron un contenedor entero del barco con el que partí de Norfolk aquel día de junio.

Al llegar a Sydney, trasladé la carga a un almacén de la zona portuaria de

Woolloomoolloo y me presenté de inmediato al obispo de zona de nuestra Iglesia, monseñor Shagnasty (quien gusta llamarse a sí mismo con todo el título de su autoridad, cosa comprensible si tenemos en cuenta que durante la guerra fue capellán de la Marina). Encontré a aquel augusto caballero, tras una serie de preguntas y averiguaciones, en el local social de la Unión de Anglparlantes.

—Esto es una fortaleza, un refugio entre estos australes —me dijo—. ¿Me acompañará a tomar uno de estos deliciosos brebajes?

Decliné la invitación y empecé a explicarle el propósito de mi visita.

—¿Así que va a ver a los anulas, eh? ¿A los territorios del Norte? —dijo al tiempo que asentía juiciosamente—. Una magnífica elección. Es un territorio virgen. Encontrará buena pesca.

Una magnífica metáfora.

—A eso es a lo que vine, señor —dije con todo entusiasmo.

—Sí —musitó él—. Allí perdí un cochero real en el río Roper, hará unos tres años.

—¡Dios se apiade de mí! —exclamé yo, horrorizado—. No sabía que esos pobres paganos fueran hostiles. Si incluso uno de los propios cocheros de la reina...

—¡No, no, no! ¡Hablabas de un anzuelo para truchas! —exclamó. Se quedó mirándome y prosiguió—: Empiezo a comprender por qué le han enviado al Outback. Supongo que deseará partir inmediatamente hacia el Norte, ¿no?

—Antes de partir desearía aprender el lenguaje de los nativos —repuse—. Los de la academia Berlitz de Richmond me contaron que podía estudiar la lengua anula en su delegación aquí, en Sydney.

El día siguiente, cuando localicé la escuela Berlitz, descubrí para mi desgracia que antes tendría que aprender alemán. El único maestro de lengua anula era un sacerdote melancólico y ensotado que pertenecía a una orden de católicos alemanes. El hombre había sido misionero también durante una parte de su vida y no hablaba inglés casi en absoluto.

Durante tres meses me dediqué sin descanso y con gran energía a aprender un poco de alemán (mientras se amontonaban las facturas por el almacenamiento de las lentejuelas) antes de empezar a aprender del ex sacerdote el lenguaje anula. Herr Krapp, así se llamaba el sacerdote. Como puede usted imaginarse, deán, yo me mantenía en guardia contra cualquier sutil propaganda papista que pudiera intentar colarme durante las lecciones, pero lo único que encontré extraño fue que todas las palabras y frases anulas que parecía saber Herr Krapp consistían principalmente en frases y palabras cariñosas. Con frecuencia le oía murmurar casi descorazonado, y en su propio

idioma, «Ach, das liebenwerte schwarze Madchen!», tras lo cual siempre se relamía los labios.

A finales de setiembre Herr Krapp me había enseñado todo lo que sabía, y ya no hubo excusa para retrasar más mi salida hacia el Outback. Alquilé un par de conductores y dos camiones que me llevaron a mí y a mis lentes. Además disponía de una pequeña tienda de campaña muy anticuada y propia de los misioneros, y todo mi equipaje consistía en un Nuevo Testamento, las gafas, el diccionario inglés-alemán, la edición en un volumen de La rama dorada y un libro de texto sobre el lenguaje nativo, «Die Gliederung der australischen Sprachen», de W. Schmidt.

Luego acudí a despedirme del obispo Shagnasty. Le encontré otra vez, o todavía, en la Unión de Anglparlantes, acodado en la barra

—¿De regreso del campo, verdad? —me saludó—. Tómese un stingaree. ¿Que tal esos negritos?

Intenté explicarle que todavía no me había marchado, pero me interrumpió para presentarme a un caballero de aspecto militar que estaba junto a él.

—El mayor Mashworm es el Encargado de Protección de los Aborígenes. Seguro que le interesará mucho escuchar lo que usted haya visto entre esos negritos, pues me parece que éste es el lugar más cercano al Outback que ha pisado el mayor en su vida.

Estreché la mano del mayor y le expliqué que todavía no había visto a sus queridos negritos, pero que esperaba hacerlo en un breve plazo.

—¡Vaya, otro yanqui! —dijo tan pronto como me oyó hablar.

—¡Señor! —dije yo, enojado—. ¡Yo soy sureño!

—¡Claro, claro! —repuso, como si no tuviera ninguna importancia—. ¿Se ha circuncidado usted?

—¡Señor mío! —rugí—. ¡Soy cristiano!

—Por supuesto. En fin, si quiere llegar a alguna parte con las tribus aborígenes, tiene que circuncidarse o no le aceptarán como individuo adulto. El brujo curandero aborigen le someterá a la operación, si es necesario, pero me imagino que preferirá que se la hagan en un hospital. La ceremonia nativa también consiste en sacarle a golpes uno o dos dientes incisivos, y luego abandonar el poblado y vivir sin acercarse a nadie hasta que haya sanado.

Si hubiera sabido esto de los anulas desde el principio, mi celo podría haber sido menor, pero habiendo llegado hasta allí, no vi nada que me impidiera someterme a la operación. A pesar de todo, debió advertírseme la situación mucho antes, y así hubiera estado listo en el momento en que terminara el estudio del idioma. En aquel momento ya no podía retrasar por más tiempo la partida hacia el Norte. Así pues, fui operado aquella misma

noche en Sydney Mercy por un incrédulo doctor y dos enfermeras que no podían disimular su jolgorio, e inmediatamente después salí con mi pequeña caravana a la carretera.

El viaje fue una auténtica agonía, una maratón de dificultades. Durante la convalecencia era obligado a llevar un molesto artilugio, mezcla de entablillado y braguero, que era imposible de esconder ni siquiera bajo un mackintosh varios números mayor que mi talla. No quiero relatar las numerosas humillaciones que me asediaron en los puntos finales de etapa de nuestro camino. Sin embargo, usted se hará una pequeña idea, reverendísima, si se imagina en mi tiernísima situación, montado en un camión reliquia de la guerra mal conservado por una carretera prácticamente inexistente, en viaje de Richmond al Gran Cañón.

Todo el vasto interior de Australia se conoce generalmente por el Despoblado, el Outback. Sin embargo, el territorio del Norte adonde me dirigía está aún más allá del Outback, y se conoce entre los australianos como la Tierra de Nunca Jamás. Es un territorio del tamaño de Alaska, pero tiene tanta gente exactamente como mi pueblo natal de Dreer, Virginia. Los territorios de la tribu anula se hallan en el extremo norte de esa Tierra de Nunca Jamás, en la meseta de Barkly, entre la zona de arbustos y las marismas tropicales del golfo de Carpentaria, a casi cuatro mil terribles kilómetros de mi punto de partida en Sydney.

La ciudad de Cloncurry (1.995 habitantes) fue nuestro último vistazo auténtico a la humanidad. Para ilustrar mis palabras, le diré que la siguiente población que tocamos, Dobbyn, tenía un número de habitantes de unos cero, y el último lugar que tiene nombre en aquellas tierras salvajes de Nunca Jamás, Brunette Downs, tenía una población de menos algo.

Allí fue donde me dejaron mis conductores, tal como habíamos acordado al salir. Era el último punto donde podían tener alguna posibilidad de que alguien les recogiera y les devolviese a la civilización. Me indicaron la dirección que debía tomar a partir de allí y reanudé mi peregrinación a lo desconocido llevando yo mismo uno de los camiones y dejando el otro en Brunette Downs para cuando hubiera necesidad.

Los conductores me dijeron que finalmente me encontraría con una estación experimental dedicada a la agricultura donde los funcionarios me darían indicaciones sobre el lugar en que habían sido vistos por última vez los nómadas anulas. Sin embargo, cuando llegué allí una tarde a última hora encontré un lugar desierto, salvo unos cuantos lánguidos canguros y una arrugada y patilluda rata del desierto que salió corriendo con un extraño grito de bienvenida.

—¡Jooo...! ¿Y pues? ¿Y pues? Dios, es increíble encontrarse a un maldito tipo nuevo husmeando por aquí, maldito Dios.

(No vaya usted a horrorizarse por esta última expresión, deán. Al principio, enrojecí ante las aparentes blasfemias y obscenidades que acostumbran a emplear los australianos empezando por Mashworm y siguiendo por todos los demás. Después me di cuenta de que utilizaban aquellas locuciones de un modo tan espontáneo e inocente como la puntuación. Al ser así esta forma coloquial de diálogo, nunca he llegado a distinguir con claridad cuándo debo enrojecer ante una palabrota, cuándo es deliberada o no, pues no sé cuáles son las realmente ofensivas. Por ello, antes que tratar de censurar o cambiar por eufemismos cada frase que murmuraba aquel hombre, me limitaré a relatar las conversaciones al pie de la letra y sin más comentarios.)

—¡Bueno, apalanca un poco tu culo, tipo! Tengo la manduca en el fuego. Nos partiremos una torta y nos montaremos una buena juerga, ¿qué dices?

—¿Cómo está usted? —intenté intervenir.

—¡Oh, vaya! ¡Un yanqui! —exclamó, sorprendido.

—¡Señor! —dije en tono digno—. ¡Sepa usted que soy virginiano!

—¿En serio? Pues si estás buscando perder la virtud estás en un lugar condenadamente jodido. No hay un solo chochito a quinientos kilómetros a la redonda, como no sea que quieras ir de juerga con una cabra.

Todo aquello no tenía para mí ningún sentido, así que cambié de tema y me presenté.

—¡Mierda! Otro fastidioso Hermano. Tendría que haberlo adivinado cuando me anunció que era virgen. Ahora tendré que cuidarme la jodida lengua.

Si realmente «cuidó» su modo de hablar, no noté que lo hiciera de un modo apreciable. Me repitió varias veces una propuesta que sonó a obscena antes de que comprendiera que se trataba de una invitación a tomar un taza de te («enrollarse con Betty Lee») con él. Mientras tomábamos el te, preparado sobre un fuego de ramas, me contó cosas de él. Al menos supongo que era eso de lo que hablaba, aunque todo lo que saqué en claro fue que se llamaba McCubby.

—He estado haciendo una excursión por el campo buscando wolframio, pero mi rumiante se jodió las patas y me encontré en una buena colgada. Por eso apalanqué mi paquete aquí en la estación experimental y esperé una matrícula, un colono, quien fuera, aunque fuera un maldito cazador de dingos. Pero no funcionó, y estaba ya seco como un hueso cuando asomaste el morro.

—¿Y qué está haciendo aquí?

—Ya dije, estaba buscando el wolframio.

—Vaya, tienen ustedes tantos animales extraños aquí en Australia —dije en son de disculpa—. Nunca había oído hablar de éste.

Con un aire de sospecha en la mirada me aclaró:

—El wolframio es el mineral del tungsteno.

—Hablando de la fauna australiana —respondí—, ¿podría decirme qué es un pájaro-dólar?

(El pájaro-dólar, recordará usted, señor, es el agente totémico que mencionara Frazer en su relato de la ceremonia de la lluvia. Había llegado hasta allí sin lograr descubrir qué era un pájaro-dólar.)

—No es ningún fauno —dijo McCubby—. Y puede alegrarse de que así sea. Fue un pájaro-dólar el que se echó un tifa en su guardacocos.

—¿Qué?

—Sigo olvidándome de que es un recién llegado —suspiró—. El guardacocos es el sombrero. Un pájaro-dólar ha pasado sobre usted y ha dejado caer algo...

Me quité el sombrero y lo limpié con un patojo de hierba seca.

—El pájaro-dólar —prosiguió en tono pedante McCubby— es llamado así por la mancha circular de color plateado que tienen sus alas extendidas.

—Gracias —dije yo, para a continuación empezar a contarle cómo aquel pájaro había inspirado mi misión entre los aborígenes...

—¡Los aborígenes! —soltó McCubby—. Y yo que había creído que iba a predicarles a los estúpidos roncadores de Darwin. Presumo que todo el resto de la humanidad se ha hecho ya cristiana para que Dios se ponga a rascar el tonel y quiera convertir a esos negros también.

—Lamentablemente, no es así —dije— pero los aborígenes tienen tanto derecho como los demás a aprender la Divina Palabra. A aprender que sus dioses paganos son ilusorios demonios que les tientan y les llevan al fuego del infierno.

—Mire, reverendo, esos tipo esperan llegar al infierno —dijo McCubby—, que no puede ser sino una mejora sobre el Nunca Jamás. ¿Es que no tienen todavía suficiente desgracia sin que usted se les acerque para castigarlos con el rollo de la religión?

—La religión es la savia —dije yo, citando a William Penn— que penetra en el árbol de la vida hasta las ramas más lejanas.

—Parece que les esté trayendo usted a los binguis toda una catedral —dijo McCubby—. ¿Qué clase de mejunjes les lleva en el carro?

—Lentejuelas —dije yo—. Nada más que lentejuelas.

—Lentejuelas, ¿eh? —repuso, dirigiendo una mirada al enorme camión—.

Debe de ser un gran amante de los cuescos sonoros.

Antes de que pudiera corregir su equívoco, se subió a la parte de atrás del vehículo y empezó a abrir puertas. El remolque estaba repleto de las baratijas hasta el techo, sin envoltorio alguno. Por supuesto, se encontró inmediatamente atrapado por la avalancha que se le vino encima, al tiempo que varios miles de cuentas inundaban una buena zona de la llanura en que estábamos; muchas de ellas se esparcieron brillantes hasta formar como una nube cada vez más sutil alrededor de la masa principal. Un rato después, apartado el montón formado bajo el vehículo, apareció entre blasfemias la cabeza peluda de McCubby.

—Mire lo que ha hecho —dije, con una exasperación bien justificada.

—Por todos los diablos —repuso él—. Es la primera vez que las lentejas casi me ahogan. Recogió una de las cuentas, la probó con los dientes y dijo:

—Le harían daño hasta a un casuario, reverendo.

Luego la observó más detenidamente y se me quedó mirando desde el otro lado del montón, al tiempo que se sacaba de todos los pliegues y bolsillos los cristales que le quedaban.

—Mire, hijo —prosiguió—, alguien se la ha dado a usted con queso. Lo que tiene ahí no son lentejas, sino pedazos de cristal.

Me temo que le contesté con un ladrido.

—¡Ya lo sé! ¡Son para los nativos!

Me miró, demudado. Se volvió, todavía sin expresión en el rostro, y miró poco a poco la brillante extensión que parecía llegar hasta el horizonte por todas direcciones.

—¿Y de qué religión dice que es? —preguntó con cautela.

Le ignoré.

—Bueno —suspiró—. No tiene sentido que nos pongamos a recogerlas antes del amanecer. ¿Le importa si acampo aquí hasta mañana?

Durante la noche me despertó en varias ocasiones un ruido horrible y crujiente en la zona extrema del mar de cristal donde nos hallábamos, pero, al ver que McCubby no se inmutaba, intenté que tal sonido no me perturbara.

Nos levantamos con el sol, y toda la parte del mundo en que nos hallábamos brillaba «como la puñetera tierra de Hoz», según McCubby. Tras el desayuno me dediqué a la labor, digna de Hércules, de recoger toda la mercancía con una pala oxidada que hallé en una caseta derruida de la estación. McCubby me abandonó un rato para deslizarse por encima de las lentejuelas hasta donde ya casi no había. Cuando volvió, sonreía de felicidad con toda una brazada de jirones de piel sanguinolentos.

—Son pieles de dingo —rió con gran satisfacción—. Valen cada una un

pavo de prima. Reverendo, igual ha cambiado el curso de todo este maldito continente. Por ahí está repleto de cadáveres de dingos, conejos y ratas de arena que han estado intentando digerir sus baratijas. ¡Bien, mierda!

Se sentía tan contento ante el repentino golpe de su suerte que aún volvió a por otra carga y luego me ayudó a recoger las que quedaban. Para cuando tuvimos cargado el camión era ya casi de noche otra vez, y solo hablamos logrado recoger la mitad de lo que había caído. El terreno que rodeaba la estación experimental parecía todavía Disneylandia.

—Bueno —dije en tono filosófico—. Menos mal que todavía tengo otro camión bien cargado en Brunette Downs.

McCubby pegó un salto, se me quedó mirando y se fue murmurando para el cuello de su camisa.

La mañana siguiente me enteré de los últimos detalles que me interesaban para la piadosa misión que me había impuesto. McCubby me contó que se había encontrado con la tribu anula en el viaje que le llevara a la estación. Estaban acampados en un pequeño grupo de acacias, dijo, y se dedicaban a escarbar en busca de bulbos y raíces, la única comida que podían encontrar en la estación seca.

Y allí les encontré, precisamente al anochecer. La tribu entera no tendría más de setenta y cinco almas, cada una de ella más inquietante que la anterior. Si no hubiera sabido de la desoladora necesidad que tenían de mí, me hubiera echado atrás. Los hombres eran tipos de hombros cuadrados y anchos, de color negro cobrizo, con unas barbas aun más negras y una cabellera que peinaban alrededor de sus frentes huidizas, con ojos taciturnos y una nariz chata con el hueso agujereado. Las mujeres tenían más cabello y no llevaban barba. Sus pechos colgaban flácidos y vacíos de los cuerpos como si fueran un par de medallas allí colgadas. Los hombres llevaban solamente una especie de correajes en la cintura, de los que colgaban los boomerangs, los palos de música, los plumas de honor y cosas parecidas. Las mujeres llevaban nagas, una especie de falditas de cortezas vegetales. Los niños iban con baberos.

Alzaron la cabeza con semblantes sombríos cuando paré el camión. No tenía constancia alguna de ser bienvenido ni tampoco hallaba gesto alguno de hostilidad. Me subí al capó del camión y grité en su lengua:

—¡Hijos míos, venid a mí! ¡Os traigo una buena nueva que os llenará de alegría!

Algunos de los niños se acercaron un poco más y se me quedaron mirando extasiados. Las mujeres volvieron a su búsqueda de raíces entre las acacias con sus varas de ñame. Los hombres continuaron simplemente sin hacer nada. Pensé que todos eran muy tímidos y que nadie quería ser el primero.

En vista de ello, di unas zancadas hacia el centro del grupo y tomé del brazo a un adulto arrugado y dotado de una barba blanca y larga. Le empujé hacia la cabina del camión, abrí la trampilla que daba acceso al remolque y forcé al viejo a que metiera la mano en el interior, a lo que se resistía. Por fin la sacó con un puñado de polvo y una lentejuela verde, a la vista de la cual parpadeó con perplejidad.

Como esperaba, la curiosidad hizo que se acercara el resto de la tribu.

—¡Hay muchas para todo el mundo, hijos míos! —les grité en su idioma.

Tiré de ellos, les empujé, y uno a uno les fui obligando a subir a la cabina. Con gran obediencia fueron alargando el brazo por la trampilla, tomaron un cristal cada uno y regresaron a sus ocupaciones como si afortunadamente la ceremonia hubiera concluido.

—¿Qué sucede? —le pregunté a una joven vergonzosa, la última del desfile y la única que había tomado dos cristales—. ¿Es que estas preciosas maravillas no gustan a nadie?

La chica bajó la cabeza como si se sintiera culpable, dejó una de las lentejuelas y escurrió el bulto.

Yo me sentí pasmado ante aquella falta de entusiasmo. En aquellos momentos, los anulas tenían una pieza cada uno, y yo alrededor de seiscientos mil millones.

Empecé a sospechar que algo andaba mal, lo que pude comprobar al colocarme entre ellos y escuchar su conversación, furtiva y secreta. No entendían una sola palabra. «Horror», pensé. Si no podíamos comunicarnos no habría esperanza de que llegaran a aceptar los cristales... ni mi presencia... ni la del Evangelio. ¿Acaso me había topado con otra tribu, o es que deliberadamente hacían ver que no me comprendían y hablaban entre ellos en argot para que no supiera lo que decían?

Había una manera de descubrirlo, y la puse en práctica sin más. Di la vuelta con el camión y regresé atropelladamente hacia la estación, con la esperanza de que McCubby no se hubiera marchado aún.

En efecto, allí estaba. Los perros salvajes seguían suicidándose en masa por el sistema de comerse los cristales, y McCubby no proyectaba marcharse hasta que se agotara aquel magnífico negocio. Cuando llegué a la estación se levantaba el sol, y le encontré ocupado en la recogida de los cadáveres de aquella noche. Salté del camión y le expliqué el problema en que me encontraba.

—Ni yo les entiendo a ellos, ni ellos a mí. Antes se ufano usted de que conocía la mayor parte de lenguas aborígenes. ¿Qué hago mal, dígame?—Le solté una frase en anula y luego le pregunté con gran ansiedad—: ¿Lo ha

entendido usted?

—Cojonudamente —respondió—. Me acaba de ofrecer treinta pfennings para que meta mi negro culo en la cama con usted. Sucio bastardo—añadió.

Yo le rogué, un tanto desconcertado:

—No tiene importancia lo que dijera. ¿Qué es lo que falla? ¿Es mala mi pronunciación?

—No, no. Chamulla usted un pitjantjatjara perfecto.

—¿Qué?

—Que es un idioma considerablemente diferente del anula. Los anula tienen nueve clases distintos de nombres. El singular, el dual, el trial y el plural se expresan mediante prefijos que se colocan a los pronombres. Los verbos transitivos incluyen los pronombres con la función de complemento directo. Los verbos tienen gran cantidad de tiempos y modos y también poseen una conjugación negativa diferente de las demás.

—¿Qué?

—En cambio, en la lengua pitjantjatjara, los sufijos que indican el pronombre personal se colocan al final de la primera palabra de la frase, y no simplemente tras la raíz verbal.

—¿Qué?

—No quiero reírme de sus logros lingüísticos, compañero, pero el pitjantjatjara, aunque tenga cuatro declinaciones y cuatro conjugaciones, está considerado el menos complicado de todos los malditos dialectos australoides.

Me había quedado sin habla.

—¿Cuántos son treinta pfennings en peniques y chelines? —me preguntó finalmente McCubby.

—Quizá sea mejor —murmuré pensativo— que dirija mis esfuerzos evangelizadores a la tribu pitjantjatjara, visto que conozco su lengua.

McCubby se encogió de hombros.

—Esos tipos viven en el quinto coño, al otro lado del Gran Desierto de Arena, y no son pacíficos recolectores de raíces como estos anulas. Ahora están todos liados con el pastoreo y el arreo de animales en las estaciones ganaderas de ovejas merinas de la bahía de los Tiburones. Además, sus curas harían lo posible por convertirle a usted a su religión, y seguro que eso no le gustaría, porque son sus odiados católicos.

Bueno, al menos aquello tenía sentido, y yo empezaba a comprender por qué Herr Krapp me había confundido de aquella manera.

Mi siguiente movimiento estaba clarísimo: tomé como intérprete a McCubby para que me ayudara a entenderme con los anulas. Al principio se negó. La bolsa de gastos que me habían otorgado estaba por aquel entonces

tan vacía que no podía ofrecerle una cantidad lo bastante elevada para tentarle y alejarle de su floreciente negocio con las pieles de dingos. Finalmente, pensé en ofrecerle todos los cristales que tenía en el segundo camión, «suficiente para acabar con todos los dingos del Outback», según le expliqué. Aquello le convenció para dejar sus ocupaciones y tomar el volante (pues yo estaba mortalmente cansado de conducir). A continuación salimos de nuevo hacia el territorio anula.

Por el camino le conté a McCubby la manera en que tenía pensado introducir a los aborígenes al moderno protestantismo primitivo. Le leí en voz alta el párrafo de Sir James Frazer referente a la invocación a la lluvia:

—«Y después de eso lo único que hace es cantar sobre la serpiente y el arcoiris de hierbas...»

—¡Lo único que hace! —saltó McCubby.

—«Tarde o temprano, la lluvia caerá» —terminé, cerrando el libro—. Y ahí es donde entro yo. Si la lluvia no cae, los nativos verán claramente que su magia no funciona y yo podré lograr que sus ojos se vuelvan con interés hacia la cristiandad. Si la lluvia cayera, simplemente les explicaría que a quien en realidad dirigían sus plegarias, aunque no lo supieran era al verdadero Dios, el de los protestantes, y que el pájaro de la lluvia no tenía nada que ver en el asunto.

—¿Y cómo pretende convencerles para que monten ese aquelarre con el pájaro de la lluvia?

—Cielos, lo más seguro es que lo hagan todos los días. El buen Dios sabe lo mucho que necesitan el agua. Todo este territorio está quemado y cruje como el papel.

—Si realmente llega a llover —murmuró con tono cavernoso McCubby—, vaya, hasta yo me pondré de rodillas.

Desafortunadamente, no podía suponer por aquel entonces qué quería decir con aquello.

La recepción en el campamento anula fue bastante distinta esta vez. Los aborígenes se acercaron corriendo para dar la bienvenida a McCubby; tres de las muchachas más jóvenes parecieron alegrarse especialmente de su llegada.

—¡Ah, mis queridas pollitas! —les dijo él en tono afectuoso. Luego, tras una pequeña charla con los más ancianos de la tribu, me dijo—: Quieren ofrecerle una lubra a usted también, reverendo.

Una lubra es una hembra, y yo había previsto ya aquella oferta de hospitalidad, pues sabía que era una costumbre entre los anula. Le pedí a McCubby que les explicara las razones de tipo religioso por las que no podía aceptar el ofrecimiento, y me fui a trabajar en el montaje de la tienda de

campana sobre un otero que dominaba el campamento de los nativos. Cuando me dispuse a entrar en ella, McCubby me preguntó:

—¿Qué? ¿Ya se va a sobar?

—No, sólo voy a quitarme las ropas —respondí—. Donde fueres, haz lo que vieres. Mire a ver si me puede conseguir una de esas correas que se ponen en la cintura.

—¡Un misionero desnudo! —exclamó, escandalizado.

—Nuestra iglesia enseña que el cuerpo no significa nada —le contesté—. No es sino una máquina que contiene un alma. Además, creo que un verdadero misionero no debe colocarse nunca por encima de su rebaño en asuntos de vestir o de comportamiento social.

—Un verdadero misionero —dijo secamente McCubby— no tiene la piel de cocodrilo como estas gentes.

A pesar de sus observaciones, me trajo por fin una cinta manufacturada con crines. Me la ató a la cintura y coloqué en ella el Nuevo Testamento, un peine de bolsillo y el estuche de las gafas.

Cuando me encontré desnudo de aquella manera me sentí muy vulnerable y vagamente vulgar. A una persona tan pudibunda e introvertida como yo le resultaba doloroso pensar en mostrarme en público —especialmente a la vista de aquellas hembras— con aquella desnudez blanquecina y total. Sin embargo no lo era tanto, me consolé, como la de mi rebaño pues, de acuerdo con las órdenes del médico de Sydney, tenía que seguir llevando mi artilugio de vendas durante una semana más por lo menos.

Salí a rastras de la tienda y me levanté bailando ligeramente debido al daño que me producían los guijarros del suelo al clavármese en los pies.

¡Señor, todos aquellos ojos blancos tan grandes y visibles en aquellos rostros tan negros! McCubby me miraba con la misma atención e incredulidad que todos los demás. Estuvo un rato moviendo los labios antes que surgiera alguna palabra de su boca.

—¡Hostia! ¡No me extraña que sea virgen, desgraciado!

Los aborígenes empezaron a cerrar el círculo en cuyo centro me encontraba y a balbucear y a medir el aparato como si se les estuviera pasando por la cabeza hacerse una copia para ponérsela. Por fin, bastante preocupado, le pregunté a mi intérprete, que todavía se reía por lo bajo, a qué venía tanto alboroto.

—Ellos creen que o estás fanfarroneando o eres un farsante, y, maldita sea, yo también.

Así pues le conté lo de la operación a que me había sometido según la costumbre anula. McCubby repitió mis palabras a la concurrencia. Los negros

asintieron y se miraron maliciosamente entre ellos, parlotearon en un tono todavía más alto que antes y se acercaron uno por uno hasta donde me encontraba para darme un ligero toque en la cabeza.

—¡Ah! Dan su aprobación, ¿no es cierto? —dije, lleno de una gran satisfacción.

—Más bien piensan que está más chalado que un chorlito —dijo llanamente McCubby—. Creen que trae buena suerte acariciar a un tonto.

—¿Cómo?

—Si quiere echarle una mirada a su grey —me sugirió—, se dará cuenta de que la costumbre de la circuncisión pasó de moda hace algún tiempo.

Miré, y era cierto. Me descubrí formando unos propósitos muy poco cristianos dedicados al mayor Mashworm. Para elevar un poco mis pensamientos, propuse tratar de distribuir las lentejuelas otra vez. No sé lo que les diría McCubby a los negros, pero la tribu entera echó a correr en bloque hacia el camión y regresó con las manos repletas de cuentas y abalorios. Hubo varios que realizaron dos o más viajes. Me sentí muy complacido.

El breve crepúsculo tropical se cernía ya sobre nosotros; los fuegos donde los anula cocinaban empezaron a asomar bajo las acacias. Yo ya no podía hacer nada más aquel día, así que preparé junto con McCubby nuestro propio fuego y algo de comer. Apenas nos habíamos sentado, enormemente fatigados, cuando se nos acercó uno de los aborígenes y con una sonrisa me tendió un pedazo de corteza en la que había una especie de comida nativa. Fuera lo que fuese, tenía un aspecto asqueroso, como gelatina, y al mirarlo no pude evitar un gesto de disgusto.

—Es grasa de emú —me dijo McCubby—. Es un plato muy especial para ellos. Se lo ofrecen a cambio de las lentejuelas.

A mí me gustó mucho el gesto, pero aquel manjar era nauseabundo difícil de ingerir. Era como comerse un plato de labios.

—Si yo fuera usted me lo zamparía —me advirtió McCubby, tras una corta visita a los fuegos de los nativos—. Dan la impresión de que vendrán y se lo quitarán en cuanto se cansen de los cristales.

—¿Qué?

—Que llevan dos horas hirviéndolos y parece que todavía no tienen muy buen sabor.

—Pero... ¿se están comiendo las lentejuelas?

Pareció comprender mi consternación y añadió, casi con amabilidad:

—Reverendo, lo único que hacen estos negros es vivir para comer para poder seguir viviendo. No tienen casas ni tampoco bolsillos, así que carecen

también de sentido de la propiedad. Saben que son feos como el pecado, así que no tienen utilidad alguna para ellos las cosas bellas. Si descubren algo nuevo, tratan siempre de comérselo, por si acaso.

Me sentía demasiado deprimido como para preocuparme; me arrastré a la tienda con el único deseo de hundirme bajo tierra. Tal como fueron las cosas, sin embargo, no tuve ocasión de dormir mucho. Tuve que estar toda la noche deshaciéndome de una larga procesión de jóvenes negras que, supongo, tenían un capricho infantil por dormir bajo la lona, por el cambio que tal cosa representaba para ellas.

La mañana siguiente me desperté muy tarde y encontré a todos los anulas reunidos todavía, gruñendo y tendidos sobre sus esteras waga.

—Hoy me temo que no verá el aquelarre del pájaro de la lluvia —me dijo McCubby—. Las difíciles lentejuelas les deben haber pegado una buena patada en el hígado.

Ahora sí que estaba yo realmente preocupado. ¡Imagínese usted que hubieran muerto todos como había sucedido con los dingos!

—Mire, reverendo, esto no lo haría por nadie más que por usted —dijo McCubby, hurgando en sus pertenencias—, pero voy a malgastar unas cuantas chucherías con ellos.

—¿Qué?

—Chocolate. Eso es lo que yo uso para comerciar y sobornar a los binguis. Lo prefieren a cualquier abalorio.

—¡Pero eso es chocolate purgante! —exclamé cuando lo sacó.

—Así es como les gusta. Un placer por ambos extremos.

De los sucesos del resto del día más vale no hablar. El ocaso recogió los brillantes reflejos de pequeños montones de cristales aquí y allá por las onduladas tierras de las cercanías, y yo me enfrentaba con mis propias dificultades también: me había empezado a picar todo el cuerpo de un modo intolerable. McCubby no se mostró sorprendido.

—Pueden ser las hormigas de la carne —teorizó—, o las del azúcar, o las hormigas blancas, o las moscas del búfalo, o las de los pantanos. También hay por aquí mosquitos anofeles. Ya se lo dije, reverendo, que los misioneros no están hechos para ir por ahí con el culo al aire.

Así pues, y sin demasiados remordimientos, abandoné la idea de vivir de un modo tan primitivo como mi desnudo rebaño lo hacía y volví a ponerme mis ropas.

Sin embargo, aquel día no fue baldío del todo. Le recordé a McCubby que necesitaríamos un pozo de agua para el ritual previsto, y me llevó al oasis tribal de los anula.

—No es más que un riachuelo en la estación seca —admitió. La charca tenía una anchura y profundidad muy respetables, pero sólo contenía una capa de barro fétida y llena de verdín, por la que serpenteaba un hilillo de agua verdosa y triste, del grosor de un lápiz—. Pero espere a que llegue la estación húmeda y pensará usted en imitar a Noé. Sea como sea, supongo que éste es el punto que buscaba. Es la única agua que hay en ciento cincuenta kilómetros a la redonda.

Si el héroe de Frazer había estado tan desesperado para intentar conjurar la lluvia, me pregunté cómo se las había ingeniado para encontrar un pozo donde hacerlo. Sin embargo, lo que murmuré fue:

—Bueno, maldita sea, ya está.

—Reverendo, me siento sorprendido ante su intemperante y sucio lenguaje...

Me expliqué. Haríamos una presa artificial y temporal que cruzara el extremo inferior del charco. Para cuando los anulas se recuperasen de sus deficiencias gastrointestinales, el agua habría llegado al nivel que queríamos. Nos pusimos a trabajar, tanto McCubby como yo: alzamos y amontonamos piedras y rellenamos los orificios entre las piedras con barro, que el fiero sol convirtió en una especie de adobe. Al llegar la noche lo dejamos, cuando el agua nos cubría ya por encima de los tobillos.

La mañana siguiente me desperté al oír un tumulto de gritos, alaridos y estrépito procedente del campamento de los anulas. «Ah», pensé yo, estirándome con complacencia, «acaban de descubrir su nueva y mejorada presa y lo están celebrando». En aquel instante McCubby introdujo su cabeza peluda por la puerta de la tienda y me anunció con gran excitación:

—¡Se ha declarado una guerra!

—¿No será con América? —gruñí yo, pues el tono en que me había dicho lo anterior sonó bastante acusatorio, pero mi interlocutor había ya desaparecido de la vista.

Me calcé las botas y me reuní con él en el otero. Allí me di cuenta de que se había referido a una guerra tribal.

Había allí abajo el doble de aborígenes de los que yo recordaba, y cada uno de ellos estaba ululando como si fueran dos o tres más. Se movían en masa, acosándose los unos a los otros con lanzas y porras de ñame, lanzándose piedras y boomerangs y tirando brasas que tomaban de las hogueras a los ensortijados cabellos de sus enemigos.

—Son la tribu vecina, los bingbingas —dijo McCubby—. Viven más abajo, en la cañada, según se sigue la corriente, y al levantarse esta mañana han visto que no les llegaba agua. Ahora culpan a los anula de que han

querido cometer un asesinato en masa premeditadamente, a fin de apoderarse de sus territorios de yamé. ¡Si no son esas unas buenas razones para una guerra...!

—Pero, ¡tenemos que hacer algo!

McCubby revolvió un poco su macuto y sacó una pistola como de juguete.

—Es sólo un calibre veintidós, pero sólo con que vean las armas del hombre blanco comprenderán que les conviene más largarse.

Los dos juntos bajamos la pendiente y llegamos al campo de batalla, McCubby disparando al aire ferozmente con su pequeño revólver y yo blandiendo el Nuevo Testamento para proclamar que el Derecho estaba de nuestro lado. Naturalmente, los invasores bingbingas retrocedieron ante aquella nueva y furiosa embestida. Se separaron de aquella confusión retirando consigo a sus heridos. Los perseguimos hasta la cima de una colina cercana, desde donde nos mostraron amenazadoramente los puños y nos gritaron insultos y amenazas durante un rato, antes de retirarse, vencidos, en dirección a su territorio.

McCubby se paseó por el campamento anula echando polvos para pies de atleta —única medicina de que disponía— sobre los que mostraban heridas más graves. En realidad, los lesionados no eran muchos, y la mayor parte tenían o bien la nariz partida o bien el cráneo magullado o heridas superficiales, y zonas donde el pelo o las patillas se veían arrancados. Hice de capellán castrense lo mejor que pude en un show mudo, con gestos que les proporcionaron el alivio espiritual que necesitaban. Hubo un hecho positivo: todos los anulas parecían haberse recuperado magníficamente de la dieta de lentejuelas que les había tenido postrados la jornada anterior. Aquel ejercicio matinal les había resultado muy provechoso.

Cuando las cosas se hubieron calmado, y tras desayunar, envié a McCubby a que buscara entre los varones de la tribu que no estuvieran ocupados alguno que tuviera por kobong, por tótem, al pájaro dólar. Encontró a un joven, y me lo trajo, venciendo su tenaz resistencia.

—Este es Yartatgurk —me dijo McCubby.

Yartatgurk caminaba renqueante, como recuerdo de un golpe de bastón que le había propinado un bingbinga en la espinilla, y sólo llevaba barba en el lado izquierdo del rostro, como consecuencia de una brasa lanzada por otro bingbinga. El resto de la tribu nos rodeó y se quedó expectante alrededor de nosotros tres, como si estuvieran dispuestos a ver qué nueva amenaza individual tenía guardada para el joven.

—Ahora tenemos que montar todos los preparativos —dije, empezando a leer la descripción de La rama dorada en la que aparecía la ceremonia, y que

McCubby se encargó de traducir frase por frase. Al terminar, el joven Yartatgurk se levantó de repente y, pese a la cojera, inició una vigorosa carrera en dirección al lejano horizonte. Los demás anulas empezaron a murmurar entre ellos y a tocarse las frentes con el índice.

Cuando McCubby hizo volver al joven Yartatgurk, que todavía se mostraba desconfiado, le dije a mi intérprete:

—Seguramente todos ellos están familiarizados con la ceremonia.

—Dicen que si tienes una sed tan jodida como para pasar por todo este follón, te hubiera costado mucho menos traer lo necesario para excavar un pozo artesiano en lugar de todos esos abalorios. Y tienen toda la razón.

—No se trata de eso —dije yo—. Según Frazer, existe la creencia de que hace mucho tiempo el pájaro-dólar tenía por compañera a una serpiente. Esta vivía en una charca y hacía llover escupiendo al cielo hasta que aparecían las nubes y un arcoiris y la lluvia caía sobre los campos.

Aquella frase, una vez traducida, hizo que los anulas iniciaran un frenesí de comentarios aun más agitado que antes, sin que por un momento cesaran de llevarse los dedos a la frente.

—Dicen —tradujo McCubby— que les enseñe usted un pájaro que se aparee con una serpiente y le traerán toda el agua que quiera, aunque tengan que trasvasar el maldito golfo de Carpentaria sobre las manos.

Era una frase muy deprimente.

—Estoy totalmente seguro de que un antropólogo de tan reputada fama como Frazer no mentiría nunca sobre las creencias tribales de esta gente.

—Si tiene algún parentesco con el Frazer que conocí hace mucho tiempo, el viejo «Chaquetas» Frazer, le diré que éste mentía hasta en cuál era su mano derecha y cuál su izquierda.

—Bueno —repuse, insaciable—. He recorrido dieciocho mil kilómetros para repudiar esa costumbre y no me voy a rendir. Bueno, dile a Yartatgurk que acabe con esos gemidos y sigamos adelante.

McCubby se las ingenió para convencer a Yartatgurk, mediante un gran pedazo del chocolate, de que la ceremonia —un asunto estúpido desde su ignorante punto de vista—, no iba a hacerle daño alguno. Los tres fuimos primero a comprobar cómo estaba la charca y la encontramos gratamente llena de una repulsiva agua marrón y de una profundidad y anchura suficiente incluso para sumergir nuestro camión. A partir de allí, nos internamos en la interminable sabana.

—En primer lugar —dije— necesitamos una serpiente. Una serpiente viva.

McCubby se mesó las barbas.

—Va a resultar complicado, reverendo. Los aborígenes se han comido la mayoría de las serpientes de sus territorios de caza. Además, ellos las cazan desde una cautelosa distancia, mediante el boomerang o una lanza. De las serpientes que hay en la tierra de Nunca Jamás, no quisiera encontrarme ninguna viva.

—¿Y eso?

—Bueno, pues te puedes encontrar la serpiente tigre y la víbora de la muerte, cuyo veneno se ha demostrado que es veinte veces más poderoso que el de la maldita cobra. Luego está la taipán, que una vez vi morder a un caballo y matarlo en menos de cinco minutos. Luego están...

Se interrumpió para agarrar a Yartatgurk, que estaba tratando de escabullirse otra vez. McCubby señaló la pradera y envió al negro hacia el horizonte con instrucciones muy detalladas. Yartatgurk se marchó cojeando, mirando nerviosamente alrededor y dándole lametones escandalosos a su pedazo de chocolate. McCubby no parecía muy contento mientras seguíamos a distancia al nativo.

—Me gustaría que fuera ese jodido Frazer el que caminara delante de nosotros en esta expedición —murmuró lleno de disgusto.

—¡Oh, vamos! —le dije para animarle—. Seguro que debe haber alguna variedad de serpiente no venenosa que sirva a nuestros propósitos

—No habrá ninguna que nos vaya bien si antes nos encontramos con una de las otras —gruñó McCubby.

Hubo una súbita conmoción frente a nosotros, en el lugar donde habíamos visto por última vez a Yartatgurk avanzar con cautela, encorvado, entre los montículos de hierba.

—¡Tiene una! —grité, al ver surgir de entre la hierba al negro y escuchar su grito estrangulado.

Su silueta quedaba marcada contra el cielo y se vio que luchaba trabajosamente con algo enorme cuya cola le golpeaba, algo que era un temible asomo de cómo era el animal en realidad.

—¡Que el diablo me lleve! —suspiró McCubby con un deje de sorpresa y temor—. Nunca había visto una pitón de Queensland tan al oeste...

—¡Una pitón!

—Así es —repuso, admirado de verdad—. Si es un macho puede llegar a los siete metros.

Eché una mirada a la escena espeluznante que tenía lugar ante nosotros, y que parecía una reproducción de Laoconte. Yartatgurk casi resultaba invisible entre los anillos que le presionaban, pero se le podía oír con toda claridad. Por un momento me pregunté si no habríamos ido más allá de nuestras

posibilidades, pero deseché fríamente aquel asomo de incertidumbre. Era evidente que el buen Señor seguía fielmente el guion de Frazer.

—Yartatgurk pregunta —dijo tranquilamente McCubby— que a qué estamos esperando.

—¿Crees que romperemos el hechizo si le echamos una mano?

—Lo que se romperá será el negro como no se la prestemos. Mire allí.

—¡Dios tenga piedad de nosotros! ¡Está escupiendo sangre!

—No es sangre. Si se hubiera comido usted cien gramos de chocolate laxante y luego se viera abrazado por una pitón, también lo escupiría. Nos adelantamos hasta el lugar donde se desarrollaba la pelea y por fin logramos que la criatura aflojara su abrazo mortal. Nos costó la fuerza de los tres abrir los anillos y procurar que no volvieran a cerrarse. Yartatgurk se había puesto casi tan pálido como yo, pero se colgó valientemente de la cola de la pitón que lo movía y zarandeaba, a veces muy por encima del suelo, mientras McCubby, en la parte de la cabeza, y yo agarrado a su parte central, parecida a un tonel, la transportábamos hacia la charca.

Cuando llegamos allí, los tres habíamos sido lanzados al aire en alguna ocasión y habíamos caído y tropezado innumerables veces.

—Y ahora —gruñí entre las convulsiones de la serpiente— tiene que mantenerla debajo del... ¡uf!... debajo del agua...

—No creo —dijo McCubby a mi izquierda— que le guste mucho —prosiguió, esta vez desde detrás de mí—. Cuando grite ¡ya! —dijo, ahora a mi derecha —la soltamos todos a la vez. —Esta vez su voz me llegaba de arriba—. ¡Buenooo...! ¡Ya!

A la voz de McCubby, éste y yo balanceamos las partes de la pitón que teníamos asidas sobre el agua y las soltamos. La serpiente cayó con el desdichado Yartatgurk, que agitaba desesperadamente los brazos, y ambos desaparecieron con un ruido sordo.

Al instante la charca se transformó en un hirviente caldo marrón.

—Las pitones —dijo McCubby cuando recuperó el aliento— odian el agua más aun que los gatos.

En aquel momento advertí que la tribu anula entera se había aproximado y formaba un racimo en el otro lado de la presa, y seguían con gran atención la función, con los ojos abiertos como platos.

—Si me lo preguntara —me dijo al cabo de un momento, ya más descansado— me resultaría difícil decidir quién mantiene a quién debajo del agua.

—Supongo que ya ha habido suficiente —decidí.

Nos metimos hasta la cintura en la charca y, tras unos cuantos golpes, nos

las ingeniamos para asir los escamosos anillos del reptil y volver a situarlo en la orilla. Yartatgurk, según comprobamos con complacencia, saltó también, comprimido en uno de los anillos de la cola de la pitón.

En un punto de la obra que habíamos construido, la presa hecha a mano se derrumbó. El barro de que estaba compuesta se había erosionado gradualmente por la presión de las aguas durante la noche y la mañana transcurridas. La agitación producida por la serpiente había desmontado la ya de por sí débil estructura y toda el agua recogida se fue con un rugido. Aquello resultaría muy positivo para los sedientos bingbingas de más abajo, reflexioné, en el caso de que no se ahogasen con la primera oleada del agua.

La prolongada inmersión había debilitado las fuerzas del animal, aunque no gran cosa. McCubby y yo nos llevamos unos cuantos morados y contusiones durante esa fase de la lucha, mientras intentábamos inmovilizar la parte de la cabeza de aquella cosa. Yartatgurk no nos servía de gran ayuda, pues estaba ya totalmente sin fuerzas y, con el movimiento ondeante de la cola de la pitón, era golpeado como una cachiporra contra los árboles de los alrededores y contra el suelo.

—Es hora de que nuestro amigo la mate —le grité a McCubby.

Este escuchó lo que Yartatgurk le murmuraba de un modo casi inaudible y finalmente me informó:

—Dice que nada le causaría un placer mayor.

Nuestra fantástica batalla duró todavía un buen rato, hasta que se hizo evidente que nuestro amigo aborígen no estaría en condiciones de acabar con la bestia en bastante tiempo, y llamé a McCubby para preguntar qué hacer a continuación.

—Yo la agarraré lo mejor que pueda —respondió, entre maldiciones y gruñidos—. Vaya a buscar mi macuto y coja la pistola. Luego dispárele a esa maldita cosa.

Le obedecí, pero con recelo. Tenía miedo de que los dos blancos que estábamos en el asunto estuviéramos interviniendo demasiado en aquella ceremonia —quizá confiados inconscientemente en nuestra superioridad— y que arruináramos lo que de significación mística tuviera para los nativos.

Volví a la carrera con la pistola sostenida con ambas manos. La pitón parecía haberse recuperado del mal rato que pasara en el agua y hacía ahora unos esfuerzos más enérgicos que nunca, hasta llegar a alzar al mismo tiempo por los aires a los dos hombres que la sujetaban. Con toda aquella confusión, y debido también a mi propia excitación, así como al nerviosismo y la impericia en el uso del arma, realicé un disparo sin ton ni son y le di en pleno pie a Yartatgurk.

Este no se quejó en voz alta (aunque creo que lo hubiese hecho, de haber podido) pero sus ojos eran todo elocuencia. Sentí que estaba a punto de llorar al ver la expresión helada de decepción con que me miró. Era algo aleccionador contemplarlo, pero supongo que incluso el líder espiritual con mayor inspiración divina debe haberse encontrado con algo así a lo largo de su carrera. Nadie es perfecto.

Mientras tanto, McCubby se había apartado del lío formado por hombres y bestia. Me arrebató la pistola y vació el cargador en la terrible cabeza del animal. Luego estuvimos un largo rato apoyados el uno en el otro, jadeando de cansancio, mientras la serpiente y el negro yacían en el suelo, uno al lado del otro, ambos sumidos en fuertes convulsiones.

La herida de Yartatgurk, tengo que decirlo, no era muy seria. En realidad, había sufrido más por su permanencia bajo el agua que a causa del disparo. McCubby tomó sus flácidos brazos y los movió arriba y abajo, lo que le hizo devolver una cantidad realmente asombrosa de agua, barro, semillas y restos vegetales, mientras yo me dedicaba a envolverle el agujero del pie con un fragmento de mis propias vendas.

El calibre veintidós dispara, al parecer, unas balas increíblemente pequeñas, y la que nos ocupaba había atravesado limpiamente el pie del indígena sin siquiera dañar un tendón. Como el plomo no había quedado dentro y sangraba limpiamente, no parecía haber mucho de lo que quejarse, aunque cuando recobró la conciencia comenzó a vociferar como un condenado.

Decidí dejar disfrutar al muchacho de un corto descanso y de la condolencia de sus cloqueantes compañeros de tribu. Además, en aquel momento yo estaba tan metido en la ceremonia que supuse que el hecho de que éstos intervinieran un poco más no haría daño alguno. Por ello fui yo mismo a realizar el paso siguiente del ritual: construir una «imitación del arcoiris» con hierbas y colocarla sobre la difunta serpiente.

Tras un rato considerable de infructuosos esfuerzos en aquel proyecto, regresé y le dije desesperadamente a McCubby:

—Cada vez que trato de liar las hierbas para hacer un arco, se me desmenuzan hasta hacerse polvo.

—¿Y qué coño esperaba —me repuso agriamente— si lleva más de ocho meses sin llover?

Aquella era otra evidencia, como la de las charcas secas, que no podía conciliar con el relato de Frazer. Si la hierba aquella estaba lo bastante seca como para justificar la ceremonia de la invocación de la lluvia, también estaba tan seca que resultaba imposible doblarla.

Entonces tuve una inspiración y fui a mirar el limo de la charca donde habíamos instalado la presa. Como esperaba, había allí unas cuantas hierbas que habían crecido dispersas, y que estaban magníficamente cargadas de agua por haber pasado toda una noche sumergidas. Recogí todas las que pude y las até en un arcoiris utilizando los cordones de las botas. Coloqué después aquel objeto cuya forma recordaba la herradura de un caballo alrededor del cuello de la serpiente, dispuesto de un modo tan airoso que parecía la herradura de un caballo de carreras en el círculo de ganadores.

Sintiéndome muy satisfecho de mí mismo, me volví hacia McCubby. Este, como el resto de los anulas, contemplaba a Yartatgurk con simpatía mientras el aborigen relataba, imagino, toda la historia de su herida a partir del día en que nació.

—Ahora dile que todo lo que ha de hacer es cantar —le indiqué.

Por primera vez, McCubby pareció resistirse a seguir mis instrucciones. Tras dedicarme una larga mirada, se cruzó las manos a la espalda. Luego, dejó vagar su mirada por la orilla de la charca rezongando para sí. Por último se encogió de hombros, emitió una especie de risa entrecortada y se arrodilló junto al excitado y harto Yartatgurk, interrumpiendo su discurso.

Mientras McCubby le explicaba el próximo y definitivo paso, la cara de Yartatgurk fue asumiendo gradualmente la expresión de un caballo malherido al que se le pidiera que se diese a sí mismo el coup de grace. Tras lo que me pareció un diálogo innecesariamente largo entre los dos, McCubby dijo:

—Yartatgurk le ruega que le excuse, reverendo. Dice que estos últimos días le han dado mucho en que pensar. Primero tuvo que meditar en la naturaleza de esas lentejuelas que usted le dio; luego tuvo que tragar que los bingbingas le quemaran la barba, que le había costado tres años cultivar para desaparecerle ahora en un abrir y cerrar de ojos; luego ha sido medio reducido a pulpa, tres cuartos ahogado y nueve décimos vapuleado hasta morir, sin hablar del agujero del pie. Dice que su pobre y primitivo cerebro negro está tan lleno de materias en que pensar que se le ha olvidado la letra de todas las canciones.

—No hace falta que le ponga letra, cualquier melodía un poco animada servirá, si la canta mirando hacia el cielo y de forma correcta y respetuosa.

Se produjo un corto silencio.

—En este desierto —repuso McCubby, conteniendo el aliento— hay un ser humano cada quince kilómetros cuadrados, y tenía que ser precisamente usted el que me tocara a mí.

—McCubby —le expliqué con tono paciente—, ésta es la parte más importante de todo el ritual.

—Bueno. Ahí va mi último chocolate.

Le entregó la tableta al aborigen y se lanzó a una larga y convincente argumentación. Por fin, con un extraño brillo rojizo en los ojos, se volvió hacia mí y se entregó a un extraño y clamoroso cántico, de un modo tan súbito que sobresalió a todos los presentes. Los demás nativos parecían ligeramente inquietos y empezaron a retirarse hacia el campamento.

—¡Hostia! Está usted escuchando algo que pocos blancos han oído alguna vez —dijo McCubby—. Es el antiquísimo canto de la muerte de los anula.

—¡Tonterías! —repliqué—. No va a morir ni mucho menos.

—¡No, él no! ¡Usted!

Moví la cabeza en señal de desaprobación y continué:

—No tengo tiempo para bromas. Debo ponerme a trabajar en el sermón que predicaré cuando todo esto haya concluido.

Se dará usted cuenta, deán Dismey, que me había impuesto una considerable tarea. Debía tener dos versiones preparadas, según tuviera éxito o no la ceremonia. Sin embargo, los sermones tenían ciertos puntos en común; por ejemplo, en ambos me refería a la oración como a «un talonario de cheques en el banco de Dios». Esto, desde luego, planteaba el problema de explicar qué es un talonario en términos comprensibles para un aborigen del Outback.

Mientras trabajaba en la soledad de mi tienda, no dejé de prestar oídos al cántico de Yartatgurk. Conforme avanzaba la noche, empezó a enronquecer. Y en varias ocasiones pareció estar a punto de abandonar. En cada una de estas ocasiones, dejaba mi pluma a un lado y bajaba hasta el otro lado de la charca para animarle por señas a que siguiera. Y en cada una de ellas también, esta indicación de mi continuado interés no dejó de inspirarle y prestarle nuevas fuerzas para continuar su canto.

El resto de los anulas permanecía silencioso en su campamento sin dar señales de indigestión, fatiga u otras molestias. Agradecí al Cielo que ningún clamor extraño interrumpiera mi concentración en los sermones y así se lo hice notar a McCubby:

—Los nativos parecen tranquilos esta noche.

—No es cosa de cada día que esos pobres diablos llenen su estómago de buena carne de pitón.

—¿Se han comido la serpiente ceremonial?! —exclamé.

—No importa —repuso para consolarme—. Aún está el esqueleto entero bajo su arquito de hierbas.

«Bueno», pensé, «a estas alturas ya no hay nada que hacer». Y, como McCubby indicaba, el esqueleto debería ser un símbolo tan potente como el

cadáver entero.

Bastante después de medianoche, justo cuando acababa las notas para el servicio religioso del día siguiente, se presentó una delegación de los ancianos de la tribu.

—Dicen que le quedarían muy agradecidos, reverendo, si se diera prisa en morir, como está mandado, o si no que calme a Yartatgurk de alguna manera. No pueden pegar ojo con tanto aullido.

—Dígales —repliqué, con un gesto magistral de la mano— que todo terminará muy pronto.

No supe cuánta verdad encerraban mis palabras hasta que, pocas horas más tarde, me vi bruscamente despertado por mi tienda, que se plegaba como un paraguas —¡fuac!— y desaparecía en la oscuridad.

En el mismo instante, y con la misma brusquedad, la oscuridad fue eliminada por la más brillante, culebreante, chispeante y crepitante cascada de relámpagos que jamás esperé ver. A continuación volvió una oscuridad aún más densa, inundada por el acre olor del ozono y un rugir de truenos que parecía sacudir como una sábana todo el Nunca Jamás.

Cuando pude oír de nuevo, distinguí la voz de McCubby que surgía de la oscuridad con una nota de horror.

—¡Así me vuelva ciego!

Eso me pareció lo más probable. Iba a reconvenirle para que moderase su impiedad cuando un segundo cataclismo cósmico, aún más impresionante que el primero, atravesó la reverberante cúpula celestial.

No había logrado recobrar me de la impresión cuando un viento huracanado me cogió por la espalda y me envió rodando por los suelos. Fui rebotando dolorosamente por eucaliptos, acacias y otros obstáculos inidentificables hasta que tropecé con otro cuerpo humano. Aunque nos agarramos el uno al otro, seguimos viajando hasta que el viento amainó unos instantes.

Por una maravillosa fortuna, mi compañero resultó ser McCubby, aunque debo decir que él no pareció ver la fortuna de aquel encuentro por ningún lado.

—¿Pero qué coño ha hecho usted? —preguntó estremeciéndose.

—¿Qué ha hecho el Señor? —le corregí yo.

Aquello provocaría una reacción inolvidable entre los anulas cuando les explicara que todo lo que sucedía no era obra realmente del pájaro— dólar.

—Ahora —no pude evitar la exclamación— ¡si tan sólo cayera algo de lluvia!

Aún no había acabado de pronunciar estas palabras cuando McCubby y yo

nos vimos otra vez aplastados contra el suelo. La lluvia caía como la bota de Dios. Me aplastaba sin piedad contra el suelo, hasta casi impedirme respirar. Eso, pensé en mi agonía, era más de lo que había pedido. Tras un lapso de tiempo incalculable, logré acercar mis labios a la oreja de McCubby y gritar con la suficiente fuerza para que me oyera:

—¡Tenemos que encontrar las notas para mi sermón antes de que la lluvia las arruine!

—Sus malditas notas deben estar en Fiji, a estas horas —me respondió también a gritos—. Y ahí es adonde iremos a parar también si no nos damos el piro cagando leches.

Traté de argüir que no podíamos dejar a los anulas ahora, cuando todo iba tan bien y cuando se me presentaba una ocasión tan providencial de lograr la espléndida conversión de la tribu en pleno.

—¿Es que no se lo puede meter en su estúpida cabezota? —gritó—. ¡Es el Cockeye Bob! Llega anticipado y con más furia que jamás lo he visto. Toda esta región quedará inundada, y nosotros con ella, a no ser que el viento nos arrastre mil kilómetros o nos destroce en la espesura.

—Pero toda mi misión habrá sido en vano —protesté entre el rugir de la tormenta— y los pobres anulas quedarán privados de...

—¡A la mierda esos malditos bastardos negros! —aulló. Luego continuó—: Hace ya horas que se han marchado. Debemos alcanzar el camión, si es que no ha volado, y llegar a las tierras altas en la zona de la estación experimental.

Siempre agarrados, conseguimos a duras penas abrirnos camino a través de lo que parecía una sólida muralla de agua. Los rayos y los truenos se producían simultáneamente, cegándonos y ensordeciéndonos en el mismo momento. Ramas desgajadas, matorrales arrancados, y árboles de tamaño cada vez mayor cruzaban el cielo de Nunca Jamás como oscuros meteoritos. Pasamos rozando uno de los misiles más extraños: el esqueleto de la pitón de Yartatgurk, misteriosamente aerotransportado, adornado aún con su elegante collar de hierba.

Me pareció extraño no encontrar a ninguno de los negros. Lo que sí encontramos por fin fue el camión, que trepidaba sobre sus ballestas y gemía en cada uno de sus remaches como pidiendo auxilio. El agua transportada por el viento azotaba el lado que quedaba a la intemperie y formaba una nube sobre el techo como el rocío que desplazan los huracanes marinos. En realidad creo que sólo el peso muerto de las lentejuelas que quedaban, y que llenaban todavía tres cuartas partes del remolque, hizo que el camión no volcara.

McCubby y yo alcanzamos a duras penas la puerta más resguardada y la

abrimos, en cuyo momento el viento casi la arrancó de sus goznes al batir sobre ella. El interior de la cabina no estaba más tranquilo que fuera, con el rumor terrible y enloquecedor del trueno y la lluvia mordiendo prácticamente la carrocería, pero el aire más tranquilo hacía más fácil respirar.

Cuando dejó de jadear, McCubby se escurrió el agua de las patillas, que formó otro chaparrón de menor entidad, y puso finalmente en marcha el motor.

—No podemos abandonar así a los anulas —dije—. ¿No podríamos desprendernos de las lentejuelas y cargar en el remolque a las mujeres y a los pequeños?

—Ya le dije que hace horas que todos ellos se dieron el piro.

—¿Eso quiere decir que se han marchado?

—En cuanto usted se metió en la tienda. Y ya estaban bien apartados de las tierras bajas para cuando llegó el Cockeye Bob.

—Mmm —repuse, un tanto herido—. Es algo muy desagradecido por su parte eso de desertar de su consejero espiritual sin avisarle.

—Reverendo, le aseguro que le están agradecidos —se apresuró a afirmar McCubby—. Por eso se marcharon sin hacerle nada; usted les ha hecho ricos. Dios mío, si ahora tienen una fortuna. Han tomado el camino a Darwin, donde venderán la piel de esa serpiente a una fábrica de calzado.

Yo sólo pude susurrar:

—Los caminos del Señor son inescrutables...

—Al menos, esas fueron las razones que me dieron —continuó McCubby mientras el camión empezaba a avanzar—. Pero ahora sospecho que olfatearon la tempestad que se acercaba y desaparecieron a toda prisa, como hacen los animales cuando se aproxima un incendio.

—¿Sin avisarnos?

—Bueno, verá: Yartatgurb había invocado al diablo para que se lo llevase a usted con aquella canción de muerte.

Al cabo de un instante prosiguió en tono cavernoso:

—Y no comprendí que ese maldito tipo me estaba jodiendo a mí también.

Tras esto, dirigió el camión hacia la estación experimental. Ni los limpiaparabrisas ni los faros nos servían de nada. No había carreteras, y el ligero rastro que habíamos seguido al venir estaba ahora totalmente perdido. El aire estaba lleno todavía de escombros. El camión experimentaba de vez en cuando fuertes sacudidas cuando a consecuencia del viento huracanado chocaba con un eucalipto, o con un pedazo de roca, o con un canguro. Fue un verdadero milagro que no nos entrara nada por el parabrisas.

Poco a poco el terreno fue elevándose a medida que avanzábamos por las

suaves pendientes de una meseta. Cuando llegamos a la máxima altura nos dimos cuenta de que estábamos a salvo de las aguas, y cuando enfilamos la bajada por el otro lado pudimos advertir que la extrema violencia del viento y la lluvia disminuía ligeramente, al encontrarnos protegidos por la meseta que nos servía de pantalla.

Cuando fue quedando atrás el estrépito, rompí el silencio para preguntarle a McCubby qué iba a ser de los anulas a partir de entonces. Aventuré que tenía la esperanza de que gastaran su recién hallada riqueza en herramientas y aparatos que mejoraran su nivel de vida.

—Quizá construir una iglesia rústica —musité—, y apuntarse a un circuito de predicadores...

McCubby soltó un juramento.

—Para ellos la riqueza es poseer un par de pavos, que es todo lo que les van a dar por esa piel. Y se lo gastarán todo en una gran farra. Se comprarán unas cuantas botellas del matarratas más barato que encuentren y estarán borrachos una semana entera. Lo más probable es que se despierten sobrios en el calabozo entre unos cuantos chorizos.

Aquello era de lo más descorazonador. Parecía que no había cumplido nada de lo que viniera a hacer allí, y así lo dije.

—Bueno, tenga por seguro que nunca le olvidarán, reverendo —dijo McCubby con los dientes apretados—. Ni tampoco lo harán todos los demás tipos de este territorio a los que ha cogido con los pantalones bajados. Ha traído usted la estación húmeda con dos meses de adelanto, y ha surgido como una venganza. Es probable que haya ahogado todas las ovejas del Nunca Jamás, que haya barrido la línea permanente del ferrocarril, arruinado a los cosecheros, hecho evacuar a los que cultivan cacahuets y a los de las plantaciones de algodón...

—Por favor —supliqué—. No siga...

Hubo otro silencio largo y lóbrego. Entonces McCubby sintió lástima por mí. Y realmente me elevó el ánimo, al tiempo que daba razón de ser a mi misión, con una especie de palabras de consuelo un tanto indirectas:

—Si vino usted aquí —dijo— con la idea primordial de apartar a los binguis de la costumbre de conjurar a los diablos paganos para que hagan llover, le aseguro que puede apostar la mejor Biblia que tenga a que nunca más volverán a hacerlo.

Y con esa nota cargada de optimismo podré ya llevar la historia hacia su feliz conclusión.

Varios días después, McCubby y yo llegamos a Brunette Downs. Transportó la carga de lentejuelas a una caravana de Land Rovers y puso

rumbo otra vez al Outback. No dudo de que desde entonces se habrá convertido en un auténtico multimillonario a base de acaparar el mercado de pieles de dingo. Yo pude contratar a otro conductor y entre ambos devolvimos a Sydney los camiones que había alquilado.

Cuando regresé a la ciudad, no tenía ni un penique y en cambio presentaba una apariencia pintoresca y escuálida. Me dirigí enseguida, antes de nada, a la Unión de Angloparlantes a buscar al obispo Shagnasty. Tenía la intención de hacer una solicitud para algún empleo de poca importancia en la organización eclesial de Sydney y pedir un pequeño adelanto. Sin embargo, en el momento en que encontré al obispo Shagnasty, quedó absolutamente claro que no estaba de un humor muy caritativo.

—No hago otra cosa que recibir estas cartas tan apremiantes de las autoridades portuarias de Sydney —me dijo malhumorado—. Hay allí una consignación de carga a su nombre. No puedo retirarla, ni siquiera enterarme de qué se trata, pero no dejan de enviarme unas facturas fantásticas en concepto de almacenamiento.

Iba a decir que yo estaba tan a oscuras en aquel asunto como podía estarlo él, pero el obispo no me dejó hablar.

—No le recomendaría que se quedase por aquí, Mobey. El mayor Mashworm vendrá de un momento a otro y va tras usted. De momento ya me ha estado pegando la paliza a mí.

—Yo también tengo algo pendiente con él —no pude reprimir.

—No dejan de llegarle cartas de reconvención del Comisario encargado del territorio del Norte en las que se le pregunta a santo de qué autorizó la presencia de usted entre los aborígenes, a los que ha corrompido. Parece que toda una tribu bajó en masa a Darwin, se emborrachó totalmente y destrozó media ciudad antes de que pudiesen reducirla. Cuando se recuperaron y estuvieron lo bastante sobrios para explicarse, dijeron que un nuevo Hermano —sin duda se referían a usted— les había proporcionado el dinero para la juerga.

Intenté musitar una explicación, pero el obispo siguió hablando sin darme una oportunidad.

—Y aún hay más. Uno de los negros dijo que el Hermano le había disparado y herido en un pie. Otros contaron que el misionero había provocado una guerra entre tribus. Otros más afirmaron que había bailado desnudo ante ellos y que les había dado alimentos envenenados, aunque esto último no ha quedado muy claro.

Traté de intervenir, pero una vez más me resultó imposible.

—No sé exactamente qué es lo que hizo usted, Mobey, y para ser franco

no me importa en absoluto. Sin embargo, me sentiría eternamente agradecido de escuchar de sus labios una cosa.

—¿Cuál, reverendísima? —pregunté, con voz ronca.

Alzó la mano y dijo:

—Adiós.

Al no tener mucho más que hacer, me llegué a los almacenes de Woolloomoolloo para preguntar por el misterioso cargamento. Resultó haber sido enviado por el querido y añorado Gabinete Mundial de Misiones del SoPrim, y consistía en un carrito eléctrico para golf de dos asientos marca Westinghouse, siete gruesas de pantallas para lámparas Lightolier, con un total de 1.008 pantallas, y varios cartones de rapé Old Crone.

En aquellos momentos estaba demasiado paralizado y descorazonado para evidenciar sorpresa alguna. Firmé una hoja y me dieron un comprobante. Lo llevé al barrio de los marinos, la parte baja de la ciudad, donde se me acercaron varios individuos de aspecto sospechoso. Uno de ellos, jefe de un transporte marino ocupado en introducir lujos capitalistas para los subdesarrollados comunistas de la China roja, me compró todo el cargamento, sin siquiera mirarlo. No me cupo duda alguna de que resulté timado en aquella transacción, pero me sentía satisfecho con sólo poder pagar las tasas de almacenamiento acumuladas, y me quedó lo suficiente para comprarme un pasaje de tercera clase en el primer mercante que salía para los queridos Estados Unidos.

La única escala que realizamos en este país fue Nueva York, así que ahí fue donde desembarqué, apenas hace unas noches. De ahí el sello de la presente carta, ya que todavía estoy en esta ciudad. Cuando llegué estaba nuevamente sin un centavo, pero se dio la afortunada coincidencia de que visité el Museo de Historia Natural de la ciudad (sólo porque la entrada es gratuita) precisamente cuando preparaban una nueva sala de aborígenes en el ala del museo dedicada a Australia. Cuando mencioné mi reciente estancia entre los anulas, fui contratado de inmediato como consejero técnico.

El sueldo era modesto, pero me las he ingeniado para ahorrar un poco con la esperanza de volver pronto a Virginia y al querido y añorado Southern Primitive para descubrir cuál ha de ser mi siguiente misión. Sin embargo, en los últimos días he descubierto que hay una misión que me llama precisamente aquí.

El artista que pintaba el telón de fondo de la sala aborigen, resultó ser un tipo italiano; se hace llamar Daddio y me ha introducido en lo que llama su «grupo in», que son los habitantes de una barriada en los mismos confines de la ciudad de Nueva York. Me llevó a una especie de celda, sucia y llena de

humo (su «guarida»), que estaba llena de gente de ese tipo, barbudos, malolientes y apenas capaces de hablar, y yo me sentí casi transportado a los aborígenes que dejara en Australia.

Daddio me dio un codazo y me susurró:

—Venga, dilo. En voz alta, y tal como te he enseñado, tío.

Así pues, me puse a declamar ante toda la concurrencia la introducción tan peculiar que me había hecho aprender de memoria antes de llegar al antro:

—Soy Crispin Mobey, hermano misionero. Acabo de ser circuncidado y he aprendido pitjantjatjara de un sacerdote que colgó la sotana cuyo nombre es Krapp.

Las personas que había en la habitación, y que hasta aquel momento habían estado charlando sin interés entre ellos, se quedaron silenciosos de inmediato. Entonces dijo uno, con un susurro tímido y reverente:

—Este Mobey está tan in, que todos nosotros quedamos out...

—Es como si de repente —respiró otro—, el Aullido^[1] no fuese más que un ejercicio literario...

Una muchacha de cabello lacio se levantó de un cojín y se puso a garabatear en la pared con su lápiz de labios verde: «Leary no, Larry Welk, sí».

—El Almuerzo desnudo^[2] —dijo otro— es, en comparación, un tentempié de Pascua.

—Tíos —dijeron varios a la vez—, se nos ha dado un líder.

Ninguna de estas cosas me dicen más de lo que me decían los murmullos arcanos de McCubby o de Yartatgurk, pero en este lugar he sido aceptado como nunca lo fui entre los anulas. En la actualidad siempre esperan con sus barbudos rostros boquiabiertos a que pronuncie las palabras más trilladas, y atienden con más avidez que cualquier otra congregación que nunca haya visto mis sermones más recónditos. (El de la oración que es como un talonario de cheques; lo he recitado en varias ocasiones en las tabernas de mi nueva tribu, acompañado de música de cuerda auténticamente tribal.)

Así pues, deán Dismey, la voluntad divina me ha guiado —sin preguntas ni vacilaciones— a la segunda misión de mi carrera. Cuanto más aprendo de la vida de esos pobres diablos del barrio y de sus pobres e ilusorios ídolos, más siento la certeza de que, tarde o temprano, les resultaré de ayuda.

He escrito a las oficinas centrales de misiones del sínodo local de la Iglesia de los Protestantes Primitivos para que me concedan las credenciales adecuadas. Me he tomado la libertad de poner el nombre de usted, deán reverendísimo, y el del obispo Shagnasty, como referencias. Cualquier palabra que su reverendísima fuera tan amable de decir en mi favor sería más que

apreciada por

su hijo en obediencia
Crispin Mobey

Notas

[1] Libro de poemas de A. Ginsberg. (N. del T.) <<

[2] Novela de W. Burroughs. (N. del T.) <<